

**Sinclair Lewis**

# **SANGRE DE REY**

BOC



A  
s. s. s.  
que fue el primero en oír esta historia.

## CAPITULO I

MR. Blingham —un personaje que no hace al caso— era tesorero auxiliar de la Compañía de Ahorros Flaver. Viajaba en coche de Nueva York a Winnipeg en compañía de Mrs. Blingham y de su horrible hija. Por ser neoyorquinos, sólo un viaje de negocios pudo arrastrarlos a aquellas soledades, y todo cuanto iban hallando al oeste de Pensilvania les parecía despreciable. Se rieron de Chicago por atreverse a tener rascacielos, y de Madison por presumir de una Universidad. Cuando entraron en Minnesota y leyeron la inscripción «Diez mil Lagos» en un poste anunciador, pararon el coche y gritaron hasta desgañitarse.

Miss Blingham, a quien llamaban «niña», hizo el siguiente comentario:

—Nadie sino quien posea el sentido del humor de un neoyorquino puede entender por qué resulta tan cómico ese letreiro.

Al llegar a la primera aldea de Minnesota —seis caseríos, un garaje, un almacén y un gran montacargas para el grano—, Mrs. Blingham exclamó riendo:

—Caramba, mirad lo que hay aquí. Un nuevo Empire State Building.

—Y todos los Svensons, Bensons y Hensons subirán cada noche a la Cámara del Arco Iris —murmuró la «niña».

Siguieron riendo durante unos cientos de millas, hasta que por fin llegó el momento de pensar en la cena. Mrs. Blingham estudió el mapa.

—Grand Republic, Minnesota. Está, según parece, a pocas millas de aquí. Tiene una población importante: 85.000 habitantes.

—Vamos allá. Supongo que encontraremos un hotel en donde nos den de comer —dijo Mr. Blingham bostezando.

—Lo mejor de la ciudad come en el refugio del Ejército de Salvación —gritó Mrs. Blingham.

—¡Oh!, vais a matarme —dijo la «niña».

Luego, contemplando desde la accidentada orilla del río Sorshay el torreón de piedra del edificio del «Blue Ox National Bank» y la serie de pabellones de cristal y acero construidos por la Compañía Maderera Wargate después del año 1941, Mr. Blingham exclamó:

—Veo que tienen una excelente industria bélica.

Desde el comienzo de la segunda guerra mundial, la población de Grand Republic había aumentado. Ya no eran 85.000, sino 90.000 sus habitantes. Para esas noventa mil almas inmortales, Grand Republic era el centro del universo, y toda distancia tenía que calcularse desde allí. Moscú se definía como «una ciudad a 6.100 millas del hogar». Y la Arabia Saudita como el «mercado de las vigas, las casetas y los propulsores de la Wargate». Los Blingham, convencidos de que el verdadero centro del sistema solar radica en la esquina donde se juntan la Quinta Avenida y la calle Cincuenta y Siete, se habrían molestado al comprobar cuántos seres ignorantes, en aquel valle que se extendía a sus pies, creían que en Nueva York sólo hay hoteles, teatros de variedades, un *ghetto* y la Wall Street.

Mrs. Blingham dijo en tono apremiante:

—Vamos. No podemos pasar aquí el día contemplando ese vaciadero. Según la guía de hoteles, en el Pineland es donde mejor se come. Veamos si es cierto.

Aunque no repararon en ello cuando iban camino del Pineland, pasaron ante algunos grandes caseríos que databan de 1880, una iglesia católica italiana, una casa de empeños —en donde un leñador lituano adquirió el revólver con el cual asesinó al cocinero siamés de una mina—, la mejor tienda de modas de señora que podía hallarse entre Fort Williams y Dallas, un aviador —Cruz Victoria— y un sacerdote negro que era doctor en Filosofía.

Ante el Hotel Pineland, edificio de nueve pisos construido en ladrillo según diseño de «Lefleur, O'Flaherty y Zipf» de Minneapolis, dijo recelosa Mrs. Blingham:

—Bien, supongo que nos darán de comer.

Hallaron cómico que el mejor de los dos restaurantes del

Pineland llevase el retumbante nombre de «Salón de Fiésole», aunque seguramente no les hubiese hecho gracia saber que la gente del lugar lo pronunciaba exactamente como ellos.

Las paredes de color tojo Pompeya, varios platos de mayólica, una jarra de vino estilo español colocada a cada lado de la puerta y un friso de antiguos corredores griegos, obra de un artista pintor de la localidad, daban al salón un aspecto muy siglo XVI.

—Acaso carecen de perro guardián en... ¿Cómo dices que se llama *esto*? —preguntó la «niña» en tono burlón.

—Grand Rapids —respondió Mr. Blingham.

No. Ese es el pueblo de tía Ella. Donde fabrican muebles. Esta ciudad —dijo autoritariamente Mrs. Blingham después de consultar el mapa— se llama Grand Republic.

—Un nombre estúpido —dijo la «niña». Tan absurdo como Fourthajuly. En fin, ¡qué le vamos a hacer!

El *maitre* los guió ceremoniosamente hasta una mesa. Era un negro de figura esbelta y majestuosa. Su cabeza parecía una oscura bola de billar. No sabían que se trataba de Drexel Greenshaw, jefe del partido conservador de la comunidad negra. Tenía aire de obispo, general o senador, y desde luego hubiera podido ser cualquiera de las tres cosas de haber escogido otro oficio distinto al de camarero y otro color de piel.

Mr. Blingham encargó *gulasch* húngaro. Mrs. Blingham se decidió por cordero asado, y la «niña» pidió ensalada de pollo, no sin decir bruscamente al camarero negro:

—Pero procure que haya «algo de pollo» en ella, por favor.

Les pareció sumamente cómico que el *maitre* se inclinase para saludar, diciendo: «Sí, señorita», aunque no hubiesen sabido explicar por qué hallaron cómico el hecho. Ellos afirmaban: «Hay que ser neoyorquino para comprender nuestro sentido del humor». Pensar que un vulgar camarero negro, en un agujero como aquel, saludase como si estuviesen en el Ritz...

Pero lo cierto es que en Nueva York, cuando salían de noche, los Blingham no cenaban en el Ritz, sino en casa Sch-

rafft.

Jugueteando delicadamente con la ensalada de pollo — que terminó por completo, al igual que todos los panecillos—, la «niña» paseó una irónica mirada por el salón.

—¡Atiza! Mis respetables padres, contemplan aquella mesa de mi derecha. ¡Comprádmelo, por favor...! Me refiero a ese joven.

El hombre a quien favorecía con su atención era un muchacho de simpático aspecto que tendría treinta años. Sus hombros eran fuertes, sus manos pecosas y su cutis blanco, como es lógico en las personas de cabello tan rojo como el suyo. Mirándole, pensaba uno en el fútbol suavizado por un poco de tenis. Pero lo que más llamaba la atención de su persona era la singular ingenuidad de sus ojos azules y la inocencia y el entusiasmo de su sonrisa

—Parece un oficial del ejército escocés —dijo la «niña» en tono de aprobación—. Debería llevar la típica faldita.

—Niña, en mi opinión, es dependiente de una zapatería —dijo mistress Blingham con un bufido.

Tras lo cual olvidaron al individuo, que no era ni dependiente de zapatería ni oficial escocés, sino un joven empleado de Banca llamado Neil Kingsblood, que últimamente fue capitán de infantería.

En su ruta hacia el norte, después de comer, los Blingham equivocaron el camino. Demasiado orgullosos para interrogar a los ignorantes lugareños, cruzaron el lujoso distrito de Ottawa Heights, así como también ante una magnífica urbanización de construcción reciente —una sinfonía en piedra gris, estuco, asfalto y grandes ventanales— conocida por Sylvan Park. Dejaron atrás la Linden Lane y tomaron el Balsam Trail. Pero no vieron una casa estilo colonial, nueva, limpia, impecablemente pintada, hecha de anchas chillas y persianas azules, en el sector noroeste. Tampoco vieron a una joven, hermosa y vibrante matrona ni a una niña de cuatro años, rubia como el oro y de cutis rosado, que salían de ese hogar. Era precisamente la casa del capitán Neil Kingsblood, y aquellas dos personas eran Vestal, su esposa, y Bidy, su vivaracha

hijita.

—Tendremos que preguntar por el camino que debemos seguir. ¿Crees que la gente de aquí hablará inglés? —preguntó irritada Mrs. Blingham.

Aquella noche, cuando estaban cerca de Crookston, en donde habían de pernoctar, preguntó Mr. Blingham:

—¿Cómo se llamaba aquel agujero en donde comimos hoy y en donde, al abandonarlo, nos perdimos?

—Es curioso, pero no puedo recordarlo —respondió Mrs. Blingham—. Era algo así como Big River.

—Allí donde estaba aquel muchacho tan guapo —dijo la «niña».

## CAPITULO II

POR aquel entonces, Neil y Vestal Kingsblood tenían serios conflictos con el servicio, cosa extraña teniendo en cuenta el carácter tolerante de los dos. Su vida no era precisamente una comedia de desventuras domésticas. La tragedia, en sus peores aspectos, puede también cernirse sobre la residencia estilo colonial de un joven empleado de Banca.

Nadie, mirando a Neil Kingsblood, le hubiese creído protagonista de grandes tragedias ni tampoco de éxitos formidables. Tenía el cabello rojo y rizado y los ojos azules. Era fornido y alegre, tan falto de erudición como de malicia. En noviembre de 1944 era ayudante de cajero en el segundo Banco nacional de Grand Republic, del que era presidente Mr. John William Prutt.

Amaba a su familia, sus amigos, su empleo, la caza, la pesca y el golf. Y también las escopetas, las cañas, las canoas y otros deliciosos e infantiles objetos necesarios para la práctica de todos estos deportes. Ahora, no obstante, le era imposible hacer excursiones por los bosques y lagos de la región norte de Minnesota. Un año atrás, siendo capitán de infantería, fue herido de gravedad en la pierna derecha. Esta le quedó, en adelante, media pulgada más corta que la otra, pero, aunque cojeaba ligeramente, caminaba con agilidad, y en la primavera del cuarenta y cinco hasta empezó a atreverse a jugar al tenis. A pesar de su cojera, seguía siendo uno de los hombres más guapos de la localidad, pues ella daba incluso un nuevo atractivo a su andar en forma de gracioso balanceo. Su pecho y sus brazos seguían siendo tan fuertes como antes.

Las últimas Navidades las pasó angustiosamente en un hospital militar de Inglaterra. Éstas confiaba pasarlas con su amada Vestal —una muchacha alta, alegre, cariñosa y sensible— y su hijita Elisabeth, de cuatro años, a quien todos llamaban Biddy: la encantadora, la deliciosa Biddy de cutis como las fresas con nata y la cabellera como el champaña.

Neil nació en 1914, cuando se iniciaban los síntomas fe-

briles de la primera guerra mundial. Había creído la segunda guerra mundial causa sagrada. Y en el Club de Tenis de Sylvan Park, entre copa y copa, dijo valientemente —convencido de que era cierto lo que decía— que «no se declararían una tercera guerra mundial a la que hubiese de ir el hijo que los benevolentes dioses (el suyo era baptista y el de Vestal episcopal) tuviesen a bien enviarle».

Su padre —afortunadamente vivía aún y ejercía su profesión— era el conocido doctor Kenneth M. Kingsblood, dentista, con consultorio en el Edificio de Profesiones y Artes, Chippewa Avenue, West Ramsey Street. Su abuelo por línea materna era Edgar Saxinar, funcionario —retirado— de Teléfonos, que a la sazón vivía en Minneapolis. Contaba, por tanto, con una excelente base científica e industrial. Una base sólida. Pero forzoso es reconocer que en lo tocante a posición económica y categoría social, su familia no podía compararse a la de Vestal. El padre de ésta era Morton Beehouse, presidente de la Compañía de Luz y Fuerza del lugar y hermano de Oliver Beehouse, consejero de las Industrias Wargate. En Grand Republic, decir «Beehouse» es como si ustedes dijeren «Adams» o «Cecil» o «Pignatelli».

Vestal había sido presidenta de la Liga Juvenil, campeona femenina de golf del Heather Country Club, la muchacha de la localidad que vendió más bonos de guerra, secretaria de la Asociación del Altar de San Anselmo, presidenta del Comité Pro programa del Club Femenino y triunfadora del campeonato de *bridge* —sesión sobremesa— que se jugó en el «Cosmopolites». Pese a todo lo cual, era humana.

Estudió en el Sweet Briar College, de Virginia, y era cosa aceptada que tenía mejor gusto que Neil, quien hubo de conformarse con la Universidad de Minnesota, una pensión modesta y cerveza vulgar. A pesar de lo cual, ella solía decir:

—No soy orgullosa. En el fondo, me tengo por una *Hausfrau*.

Su rostro era algo estrecho y alargado, iluminado por unos alegres ojos grises. Tenía el cabello, de color castaño corriente, sorprendentemente abundante, y las manos más anchas que

Neil, pues las de éste, aunque fuertes, eran de dedos muy finos. Vestal reía con facilidad, pero no demasiado. Amaba a Neil, le respetaba y le encontraba simpático. En el cine le cogía a menudo, impulsivamente, la mano. En la intimidad del dormitorio no podía ser más sincera. Antes de que le hiriesen en el frente, gozaba paseando con él en canoa por los solitarios lagos fronterizos. Por otra parte compartía sus sensatas y conservadoras teorías republicanas en cuestiones bancarias y de impuestos. Al igual que él, creía en la perfidia de los sindicatos obreros. Eran realmente un típico y dichoso matrimonio joven americano.

Aunque creció en la mansión de los Beehouse —edificio de piedra gris situado en el antiguo *faubourg* de Beltrami Avenue—, vio con placer su traslado al sencillo hogar de Sylvan Park. Allí había bosques tan viejos como las mismas montañas que circundaban los prados que en forma de cuevas y semicírculos hizo plantar, sin reparar en gastos, Mr. William Stoppie de «Proyectos y Realizaciones».

Vestal amaba su hogar, una casita blanca con entrada semicircular y finas columnas. Y el salón de estar, modesto pero brillante como el oro, con sus sillones tapizados de pana azul oscura, sus cortinas de color castaño, su reloj de pie, su chimenea encendida (eléctrica, con carbones de cristal simulando fuego) y en la repisa de ella un casco alemán que, al parecer, recogió Neil en el campo de batalla. Pero la más contundente prueba de prosperidad era el porche, con sus muebles de mimbre verde, su suelo de losas rojas, su bar portátil y, por si fuera poco, su magnífica vista del montículo en donde se elevaba «Hillhouse», la formidable residencia de Berthold Eisenherz.

Ni que decir tiene que un simple empleado de Banco no puede permitirse esos lujos; Neil había sido cobrador hasta pocos meses atrás. Su padre político era el responsable de tanto esplendor, y si tenían «criada para todo», a él se lo debían también. Este último es privilegio poco común en lugar tan civilizado como América, en donde se puede ser dueño de un *Cadillac* y tener que embetunarse personalmente los zapa-

tos. Magnífica civilización la que sólo permite abusar de los servidores de acero.

En Sylvan Park no hay jardines con muros de ladrillos, ni chóferes impecables como los que adornan Ottawa Heights. Los vecinos de Neil habitan en casitas modestas, *chalets* de siete habitaciones y sencilla construcción en madera. Por las praderas que tienen forma de media luna y por los senderos hay varias fuentes. La plaza principal llamada *El Carrefour*, está rodeada de elegantes tiendas con ilegítimas arcadas españolas. Por esa Granada de pacotilla corren locamente los chiquillos, pasean las mamás los cochecillos de sus bebés y luchan por la vida los padres de familia.

Mr William Stopple (bueno es recordar que hasta hace poco fue alcalde de Grand Republic) afirma en privado que en Sylvan Park no hay judíos, italianos, negros ni pobres de solemnidad. Y que tampoco hay ruidos, mosquitos ni calles rectangulares. En público anuncia: «¿Qué han sido de los sueños de muchacho y de las fantasías de mujer? ¿Dónde están las románticas gestas de otros tiempos, la doncella pálida como el lirio que se mira en el lago, a la sombra de la torre del castillo en donde ondea al viento un heroico pendón? Cualquiera puede hoy realizar sus sueños. En Sylvan Park se dan cita la existencia amable, el paisaje artístico, la vida americana del momento actual y todas las ventajas modernas. Es, en suma, un sueño hecho realidad a precios sorprendentemente razonables y excelentes condiciones de pago. Escribir o telefonar. Hay dos oficinas abiertas hasta las diez de la noche, todos los miércoles.»

Neil y Vestal solían burlarse de aquella poesía típicamente americana, pero consideraban Sylvan Park un paraíso. Aparte de que casi tenían la casa pagada por completo.

Junto a sus respectivos dormitorios había un cuarto de baño de baldosas decorado con flores de loto y caballitos de mar. Más allá estaba el cuarto de Bidy, con sus ratoncitos *Mickeys* y sus conejitos. Y tras éste, una complicada habitación llena de ángulos y rincones, repleta de trastos, que ellos conocían por «la guarida de Neil» y que en caso necesario

podía transformarse en cuarto de huéspedes. En ella se recreaba Neil a su antojo con sus cañas de pescar, sus palos de golf, la copa del concurso de tiro de Arrowhead que ganó en el año 1941, y su muy amada colección de armas. Tenía una escopeta de las usadas por los comerciantes de la Hudson Bay, una pistola automática del calibre 45 que perteneció a la Real Policía Montada, y media docena de escopetas corrientes. Siempre ambicionó haber sido guardia fronterizo o traficante de la compañía Astor, allá por el año 1820. Le entusiasaban los almanaques que reproducían las andanzas de algunos aventureros en canoa, o las costumbres de los alces.

En esa «guardida» tenía también sus libros preferidos, que no eran muchos: las obras completas de Kipling, O'Henry y Sherlock Holmes; una historia bancaria y varios números encuadrados del *National Geographic Magazine*; un tratado de tenis de Beasley, y otro de Morrison sobre golf. Entre estos sólidos puntales, y olvidado en un estante, había cierto libro de Emily Dickinson, que una muchacha cuyo nombre y físico había olvidado, le regaló en la Universidad. Algunas veces, Neil lo cogía y quedaba pensativo hojeándolo.

Las habitaciones que más les preocupaban, eran sin duda las situadas al final del estrecho corredor, o sea el dormitorio y el baño particular de miss Belfreda Gray, doncella de color.

Con ánimo de conservarla, a pesar de la guerra, se esmeraron por conseguir que las habitaciones de Belfreda fuesen todo lo hermosas que podían ser dentro de sus posibilidades. El dormitorio lo completaban una radio, una excelente iluminación y varios números del *Good Housekeeping*. En un momento de locura, Vestal compró un legítimo *loofah* inglés para el cuarto de baño. Pero Belfreda, creyéndolo una cucaracha disecada, el día en que Vestal se lo regaló estuvo a punto de despedirse.

Belfreda también se negó a usar la pastilla de jabón de baño —de color de rosa y con forma de pato— que Vestal le entregó, alegando que su piel oscura era muy delicada y sólo toleraba *Goutte de Rose* a dólar la pastilla. Vestal se la compró pero aun así Belfreda siguió meditando la idea de mar-

charse.

Era una excelente cocinera... cuando quería. Sólo que ahora no quería serlo. Belfreda tenía veintiún años. Era cimbreante y esbelta y, a su manera, hermosa. Prefería no llevar medias ni siquiera para servir la mesa, y sus voluptuosas piernas de satinado bronce, que apenas ocultaban las faldas cortas, eran para Neil y para sus visitantes masculinos motivo de constante preocupación, aunque nada hicieran por evitar el espectáculo.

Es de temer que por el hecho de pasar mayores sufrimientos espirituales reteniendo a una sirvienta, que si hubiesen hecho ellos personalmente las faenas del hogar, Neil y Vestal en el asunto de Belfreda simpatizasen con la teoría antietíope.

### CAPITULO III

NO —dijo Neil a Vestal—, siempre he considerado a Mr. Prutt exageradamente conservador. Opina que sólo nosotros, los descendientes de ingleses y franceses, somos competentes. Los escandinavos, irlandeses y polacos no le inspiran confianza. No comprende que vivimos en una nueva América. A pesar de lo cual, y odiando como odio los prejuicios, comprendo perfectamente que los negros son y serán siempre seres inferiores. Llegué a esta conclusión viéndolos descargar barcos en Italia, en lugar seguro, mientras nosotros, los soldados blancos, estábamos en plena línea de fuego. Y Belfreda aspira a cobrar un sueldo de estrella de Hollywood. Y es medianoche y todavía no ha regresado.

Estaban tomando un *highball* en la magnífica cocina — con su blanco y esmaltado horno eléctrico, su nevera, su fregadera y el recipiente para la basura—, sentados en rojas sillas de metal, ante una mesa también de metal, pero azul oscuro: la cocina modelo, que ha venido a reemplazar a la cabaña de madera y piel de búfalo, como símbolo de América.

Era una de esas noches en que Vestal, gracias a sus avanzadas y humanitarias ideas, «estaba de servicio».

—No estoy de acuerdo en eso, Neil. No creo que Belfreda sea más exigente que cualquiera de nuestras tobilleras de quince años que cada noche necesitan «el coche de papá». No me gustaría pasarme el día en la cocina, oliendo a grasa y a coles. ¿Acaso te gustaría a ti, orgulloso financiero?

—Desde luego que no, pero, de todos modos... Baño particular y no «seis personas en un mismo dormitorio» (así he oído decir que duermen en el barrio negro de la calle de Mayo); la posibilidad de descansar tranquila y sola (quiero creer que duerme *sola*, a pesar de la escalera de servicio); un rato de reposo cada tarde, de dos a cuatro y media, precisamente cuando en el Banco andamos locos con los libros de contabilidad; habitación y comida gratis, más dieciocho dólares a la semana para ahorrar...

—Tú ganas ochenta.

—Pero he de mantenerte a ti... y a Bidy.

— Ella dice que ha de mantener a su abuelo. Ya sabes, el limpiabotas negro del Pineland, el viejo Wash.

—¡Oh!, desde luego! —dijo Neil, que tenía un corazón relativamente tierno—. No creo que sea muy divertido cuidar siempre a los hijos de otras mujeres. Charles Sayward afirma que llegará el día en que nadie querrá hacer trabajos domésticos para los demás, a menos de los «especializados» que ganen cincuenta dólares semanales y vayan cada noche a dormir a su casa, como un banquero... o un plomero. Eso distará mucho de ser de mi agrado. Me gustaba aquella época en que las muchachas de servicio trabajaban toda la semana por ocho dólares, y lavaban, y guisaban, y hacían pasteles para el «señorito», que así me llamaban a mí. ¿Acaso no sería ofensivo para nuestros héroes que esas gentes esclavizadas (a quienes nosotros, luchando, ayudamos a liberar) fuesen ahora tan esencialmente libres que hasta nos quitasen nuestros empleos? ¡Oh, Vestal, el mundo va siendo demasiado complicado para un pobre tirador como yo!

Ella examinaba en aquel momento la despensa.

—Esa fresca ha hecho de nuevo dos pasteles a la vez —gritó— para evitarse trabajo. El segundo estará incomible cuando le toque el turno. Te juro que voy a despedirla y a encargarme yo de todo el trabajo de la casa.

—Eso es traicionar tus principios de «defender al oprimido».

—¡Bah! Inspeccionemos sus habitaciones ahora que ella no está.

Sintiéndose los dos algo espías, subieron de puntillas y entraron en el dormitorio de Belfreda. Su cama no estaba hecha —nunca lo estaba—, y sobre ella había zapatos diversos, ropa interior con cintas rosadas y algunas revistas de cine. La almohada estaba negra de brillantina. Sobre la mesita de noche, y encima de una Biblia, había un folleto con la siguiente inscripción: *Catálogo de Magia de High John, el Conquistador. Piedraimanes, bolsitas de vudú, perfumes de jickey, sales de Mo-Jo,*

*raíces de Adán y Eva, el antiguo sello de Shemhamforas.* El recinto olía intensamente a un incienso y perfume.

—Y pensar que era una habitación tan linda cuando vino ella a ocuparla... —dijo Vestal compungida.

—Vámonos de aquí. Siento como si estuviese en la cueva de una bruja y como si de un momento a otro alguien fuese a salir de debajo de la cama para amenazarnos.

Cuando iban a bajar y estaban ya en lo alto de la escalera, vieron a Belfreda que subía. Se detuvo y los miró malignamente.

—¡Oh! ¡Ah! Buenas noches — dijo Neil con estúpido aire de persona culpable.

El rostro de Belfreda era muy oscuro tenía las mejillas pequeñas y redondas y la boca risueña. No obstante, al mirarlos, su expresión se hizo rígida. Ambos huyeron en dirección a su dormitorio.

—Parece que le ha molestado nuestra incursión — murmuró Neil—. ¿Crees que hará una figurilla de cera de cada uno de nosotros para quemarla después? Las ideas y teorías de los negros resultan incomprensibles para las personas de nuestra raza.

—Neil, a ellos no les gustaría oírte hablar de los negros con tanto desprecio.

—Está bien, está bien... ¿Habré de presentar excusas a la doncella por haberla llamado negra?

—Es precisamente lo que más ofende a Belfreda: que la llamen «negra».

—¡Vaya, por Dios! ¿Por qué serán tan susceptibles esas gentes? ¿Qué importa en realidad cómo les llamen? El caso es que ciertamente no sabemos lo que hace Belfreda cuando sale ni a dónde va. Puede que practique brujerías o que trabaje por cuenta de un partido político de izquierdas que se proponga arrebatarnos esta casa. Hay una cosa evidente: que el negro, biológica y psicológicamente hablando, es completamente distinto a un blanco, sobre todo a un anglosajón como yo con algo de sangre francesa en las venas.

»Lo siento, pero hay que afrontar los hechos. Has de re-

conocer que los negros... bueno, esa gente... no pertenece a la misma raza humana que tú, que yo y que Bidy. Cuando en el frente oí decir eso a algunos muchachos del Sur, yo me reía. Ahora comprendo que tenían razón. Piensa en la mirada de animal cogido en una trampa con que Belfreda acaba de obsesquiarnos. Naturalmente me alegro de que en el norte no tengamos prejuicios en contra suya, pero... eso de que los dejen frecuentar los colegios en donde estudian nuestros hijos... Imagínate. Algún día puede que Bidy se siente en un pupitre junto a un negrito cualquiera.

—No creo que la pequeña se contamine por ello — exclamó Vestal.

—No, no, desde luego... Por lo menos mientras estén en el colegio... Pero, dime, ¿te gustaría que el día de mañana nuestra hija se casara con un negro?

—Verás... Hasta hoy, a su avanzada edad de cuatro años, no he visto que la molestase con sus atenciones ningún adorador de piel oscura.

—Claro, claro... Pero lo que yo quiero decir es que....

La lucha sostenida por el honrado e inocente Neil para exponer sus ideas raciales resultaba complicadísima. El caso es que ni siquiera sabía cuáles eran esas ideas.

—Lo que quiero decir es que.... aquí, en el norte, tenemos la teoría de que un negro vale lo que cualquiera de nosotros, y que, como cualquiera de nosotros, puede llegar a Presidente de los Estados Unidos. Tal vez estemos equivocados.

»Conocí en el ejército a un médico de Georgia, que me aseguró (y nadie como él para saberlo, por ser doctor, hombre de ciencia y haber vivido entre los negros toda su vida) que se ha probado que los negros tienen menos capacidad cerebral que nosotros, y que las suturas de su cráneo se cierran antes, de manera que, aunque en el colegio hagan progresos, pronto terminan sus posibilidades y son unos holgazanes el resto de su existencia. Y si eso no es ser inferior, que... Pero, en fin, basta. Lo peor es que me molesta la idea de odiar a un semejante. Nunca odié a los italianos ni a los alemanes. No obstante, odio a Belfreda. ¡Maldita sea! Se burla de mí en mi propia

casa. Nos saca lo que puede y hace lo menos posible. Luego se ríe de lo que le ofrecemos. No se esmera en guisar decentemente, y sólo piensa en sus noches de salida. Siempre nos acecha y nos mira con ironía, procura aprovecharse de las circunstancias, y nos odia...

Cuando Vestal se quedó dormida, siguió meditando: «Aquel negro de mi clase, que cursó conmigo los estudios... ¿Cómo se llamaba? Creo que Emerson Woolcape. Parecía honrado y bastante buena persona. No obstante, me molestaba ver su rostro obscuro entre tantas lindas muchachas blancas.

«Pero, ahora que recuerdo, su rostro no era obscuro. Era rubio como yo. Siempre le creíamos blanco, hasta que él mismo nos confesó que llevaba sangre de negro en las venas. Desde ese momento le recuerdo como a un negro, y me molestaba ver que respondía acertadamente a preguntas que Judd y Eliot no pudieron contestar.

«Aquellos aventureros negros, vestidos de uniforme, a quienes vi en Italia... Nunca llegué a hablar con uno de ellos, pero se veía a la legua que eran diferentes. Nos miraban con expresión altanera que no hubiese tolerado ni a un general con tres estrellas. Sí, señor... Para conservar los principios básicos de nuestra civilización hemos de tener firmeza y obligar a los negros a no salirse de su lugar. Claro que, en mi caso, es difícil tratar con firmeza a Belfreda. ¡Maldita sea!»

Y el joven, grande, bélico banquero, descendiente legítimo de los espadachines de Dumas, los grandes señores de Tolstoi y los valientes muchachos de Kipling, se agitó entre las sábanas del lecho. No se consideraba dichoso en modo alguno.

## CAPITULO IV

DE nuevo recobraban el espíritu navideño perdido durante los años de la guerra. Sus amigos íntimos luchaban todavía en Europa o el Pacífico. Fue pensando en ellos, tanto como por complacer a Bidy, por lo que Vestal y Neil recorrieron la ciudad en busca de un árbol de Navidad un mes antes de esta fiesta.

Confiaban en que Belfreda se mostrase dulce y amable y accediese a participar en ella, por cuyo motivo Vestal dijo un día:

—Por fin el señorito y yo hemos encontrado un árbol magnífico. Lo traerán esta noche y lo guardaremos en el garage. ¿Quiere ayudarnos? Será como una ceremonia de ritual. Naturalmente, el árbol es tan suyo como nuestro.

—Tengo un árbol en casa.

—¡Oh! Pero ¿tienen árboles de Navidad en la calle Mayo?

—Sí. En la calle Mayo tenemos árboles de Navidad. Y también tenemos... *familia*.

Vestal se enfadó, más consigo misma que con la muchacha. Comprendió que había dado a entender que la Navidad era fiesta inventada por los padres peregrinos de Plymouth, así como también Santa Claus, la Nochebuena y el solsticio invernal. Y que todo eso habían de ser novedades deliciosas para una persona de ascendencia africana. Vaciló al murmurar:

—Pues veré, yo... Lo que quise decir... No tenía intención de... En fin, creí que le gustaría.

—No, gracias —respondió Belfreda en tono altanero—. Salgo con un amigo esta noche. —Y se fue, dejando a Vestal y a Neil en aquella cocina que tanto amaron en otro tiempo, pero que ahora, gracias a Belfreda, se había convertido en un lugar extraño y hostil.

—Vámonos —dijo Neil, furioso—. Este lugar apesta a ella.

—Sí, por eso no me gusta entrar aquí. Me mira como si fuese una intrusa y como si mi intención fuese acercarme a la nevera para abrirla y mirar si la tiene limpia.

—Cosa que haces, en efecto... y compruebas que no lo está.

—Lo que más me molesta es su modo de mirar cuando le ruego que haga algo fuera de lo corriente y obligado. Siempre acaba por hacerlo, pero da a entender con su mirada que no piensa realizarlo, y una, naturalmente no sabe qué partido tomar, si despedirla o si pedirle perdón.

—Yo me río de sus miradas —fanfarroneó Neil—. Lo que más me fastidia es que no vacíe los ceniceros. Se dejaría matar antes que hacerlo. Debe de ser una manía.

—Nada de eso me preocupa tanto como sus terribles miradas. Cualquiera diría que va a atacarnos con una navaja.

—Tengo entendido que los negros prefieren ahora el punzón del hielo —manifestó Neil—. En fin, lo siento. Soy injusto con la pobre Belfreda. Ha de ser triste pasarse el día fregando platos. Tengo el hábito de criticarla.

Pero a la noche siguiente, después de cenar, Neil dijo alarmado:

—Hemos de tomar una decisión con respecto a Belfreda. Quizá fuese prudente despedirla. Nos ha servido una cena detestable. La carne estaba dura como la suela de un zapato. En cuanto a los boniatos..., creí que los negros, por pertenecer a la misma familia que ellos, los guisaban perfectamente. Pues bien, gracias a sus artes culinarias, hoy parecían calabacines. Por último, estoy dispuesto a jurar que es la cuarta vez esta semana que nos sirve la misma clase de budín.

—Es la segunda. De todos modos, confío en que mañana haga algo original. Vienen a cenar los Havock, y siento tal antipatía hacia Curtiss que no tengo más remedio que obsequiarle con una buena cena.

Para esa proyectada «buena cena», Belfreda hizo ciertamente algo original. Ni siquiera apareció por la cocina.

Curtiss, hijo del importante contratista Boone Havock, siempre había sido un error viviente. Puede que su confusión

naciese en la cuna y la causarán el turbulento carácter de su padre y los gritos de su mamá. Era alto, guapo, a pesar de su aspecto algo sombrío, y tenía mucho dinero. Pero nunca fue popular entre las muchachas cuyo amor deseó comprar, ni entre los muchachos a quienes deseó tener por amigos.

En enero de 1942, Curtiss se casó con Nancy Pzort, hija de una modesta familia de campesinos. Después de nacida su hija Peggy, Curtiss se enroló en la Marina. Siendo cabo le hirieron y fue licenciado por inválido. Su padre, aunque no había visto con simpatía el matrimonio de su hijo con una muchacha eslava carente de fortuna, consiguió para Curtiss un empleo temporal en el Banco Nacional Blue Ox, y compró para la joven pareja una linda villa de estuco y tejas verdes vecina a la que ocupaba Neil.

Dada su condición de *veterana* de cuatro años, Bidy consideraba a Peggy —la pequeña de los Havocks, que tenía a la sazón sólo dos años y nueve meses— una chiquilla. No obstante lo cual siempre jugaban juntas. Curtiss estaba convencido de que por trabajar ambos en el mismo Banco y ser ex condiscípulos, Neil había de apreciarle mucho y de oír con gusto sus absurdas historias acerca de las mecanógrafas que persiguió en su vida. En suma, Curtiss era un hombre insoportable.

Solía presentarse en el momento más inesperado, a partir del desayuno hasta la medianoche, y esperaba le obsequiasen con café, un *highball* o la más entregada atención. A Neil y Vestal les fastidiaba tanto su presencia que tenían que fingir una exagerada cordialidad. Compadecían a la pequeña Nancy Pzort Havock la infeliz campesina que había ido a dar con una familia de ladrones de Bancos.

Esa noche de mediados de diciembre, los Kingsblood habían invitado a cenar al matrimonio Havock.

Vestal decidió tomar las cosas con calma. Fue al mercado, compró pichones, castañas y setas, y muy de mañana, como un nuevo capitán dirigiendo la palabra a un viejo sargento dijo a Belfreda:

—No comeré en casa. Tenga la bondad de darle la sopa a

Biddy. Y para la noche procure preparar una cena que deje a los Havocks maravillados. Tiene todo el día para hacerla. Ponga la mantelería de encaje y los cubiertos de plata.

Belfreda se limitó a inclinar afirmativamente la cabeza, y Vestal salió de casa muy animada. Neil volvería en autobús, pues ese día «le tocaba» a ella el coche. Cuando se dirigía en él al Club Femenino para comer y jugar al *bridge* estaba francamente deliciosa.

Ganó.

Luego, con Jinny Timberlane, estuvo en la elegante residencia del juez, en el distrito del Club del Campo. Jinny tenía un nuevo abrigo de piel de topo que realmente merecía la molestia del trayecto. Cuando volvió a su casa eran más de las seis. Esperaba que Belfreda tuviese la mesa puesta y los pichones preparados. Y que Biddy no se hubiese enfadado por la tardanza de mamá.

Encontró la casa extrañamente silenciosa y al parecer desierta. Nadie respondió a su «¡Hola!» y a nadie halló arriba abajo o en la cocina. Los pichones seguían intactos, en la nevera. Encima de la mesa de la cocina halló una nota escrita por Belfreda con su letra vulgar, casi mecánica, de colegio barato: «Tuve que salir urgentemente. Mi abuelo está enfermo. Dejé a la niña en casa de la abuelita Kingsblood. Puede que vuelva esta noche. Belfreda»

A Venal se le escapó una breve y poco elegante exclamación. Pero reaccionó inmediatamente y puso manos a la obra. Telefonó a Joan, la hermana de Neil, rogándole llevase a la niña; se cambió de traje, y después de limpiar los pichones los aderezó convenientemente. Cuando llegó Neil limitó a decir:

—Belfreda nos ha dejado plantados esta noche. Ya sabía yo que era una fresca. Pon la mesa. La mantelería de encaje y todas las demás fruslerías.

Con hábiles movimientos de sus largas y pecosas manos, Neil realizó un buen trabajo. Luego gritó:

—Cuando pierda mi empleo podremos colocarnos de cocinera y mayordomo en algún sitio. Sí. Y si los demócratas y comunistas siguen apretando con los impuestos, no creas que

eso tarde mucho en ocurrir.

A las siete menos cinco entraron, dando voces, Curtiss y Nancy Havock. Solían llegar tarde a todas partes, pero si se trataba de beber unas copas se anticipaban siempre. La buena de Nancy echó los boniatos en la sartén para freírlos al estilo francés. Curtiss se ofreció para preparar los *cocktails*, circunstancia harto desgraciada, pues su receta preferida era: un noventa por ciento de ginebra, un cinco por ciento de vermut y otro cinco por ciento de hielo.

Cuando, alrededor de las siete y media, se sentaron a la mesa, Curtiss estaba muy excitado y hasta agresivo.

—Tenéis que despedir hoy mismo a esa negra. Siempre os dije que los de su raza son como perros. Si no se les pega no os respetan. ¡Dios! Odio a toda esa condenada gente. Por un buen amigo de Washington, que está muy enterado de lo que allí ocurre, sé que el Congreso piensa implantar de nuevo la esclavitud. Es lo mejor que pueden hacer. Me gustaría ver a cualquiera de esos maestrillos negros recolectando algodón ante la amenaza de una escopeta, y recibiendo cincuenta latigazos al quejarse de dolor de barriga.

—Te has hecho un lío, hombre —murmuró genialmente su esposa—. Lo que dijo tu amigo es que esos tíos del Congreso quieren mandar a todos los negros al Africa. Sería una estupenda solución.

Pero ahora Curtiss estaba lo suficientemente «entonado» para gritar a su mujer:

—Conque soy un embustero, ¿eh, perra polaca?

Neil movió sus anchísimos hombros dispuesto a intervenir, exclamando:

—Cállate, Curtiss, y vete a casa.

Pero Nancy, que parecía contenta de la ardiente atención merecida, dijo:

—Querido, tu modo de expresarte no es muy correcto. —Y añadió después mirando a Vestal con radiante expresión—: Sí, ¿por qué no la despides? Te tengo una muchacha magnífica. Mi prima Shirley Pzort. Trabaja en casa Wargate y la han despedido por flirtear con uno de los encargados.

Con sus palabras consiguió lastimar el acendrado orgullo de Curtiss, quien gritó:

—¿No es bastante horrible tener un padre que ande siempre manoseando estiércol y una prima estúpida como Shirley? ¿Por qué empeorar las cosas colocando a ésta de criada en casa de nuestro vecino, el hijo de un sacamuelas?

Antes de que Neil pudiese hablar, Vestal los llevó a todos a la cocina para lavar los platos, salvando así la situación y la cordialidad, y sacrificando en alas de ello una fuente que rompió Curtiss.

Probablemente gracias a sus artes de brujería, Belfreda apareció en el instante preciso en que Neil acababa de secar el último plato. Gritó «¡Hola!», y Neil creyó ver que le guiñaba el ojo a Curtiss.

—Lo siento. Mi abuelito se puso malo. Buenas noches, amigos.

Si su aliento olía a ginebra, cosa harto probable, nadie lo observó por no estar en condiciones para ello. Se acostó sin preparar siquiera los cubitos de hielo necesarios para conservar a Curtiss en el estado de imbecilidad requerido por la idea que tenían los Havock de la hospitalidad..., ya fuese en su casa o en casa de los otros. Neil la siguió con la mirada, pero Vestal se apresuró a exclamar:

—No digas nada. Al fin y al cabo me evita algo de trabajo.

—¡Pero si está buscando que la despidas! Es lo que deseaba que hicieras hoy. Lo había preparado todo. Es una lástima estropearle el plan. Su actitud no podía ser más irónica. Tengo que ajustarle las cuentas a esa...

—Déjala tranquila hasta que pase Navidad. Procuremos tener la fiesta en paz. Después me ocuparé de buscar otra muchacha —prometió Vestal.

## CAPITULO V

NEIL creía sentir siempre la pequeña y maligna presencia de Belfreda en la estancia, anulando por completo su viril y ruda personalidad, su fuerza de indoeuropeo. Al afeitarse la imaginaba detrás de él, sonriendo con sarcasmo. Cuando, demostrando su erudición, contestaba a las preguntas de Bidy y le explicaba que es voluntad de Dios que todos los fieles, hasta cumplidos los dieciocho años, asistan el domingo al catecismo parroquial, hasta le parecía oír la irónica risilla de Belfreda.

Fue precisamente en esos momentos en que ella, pese a su insignificante pequeñez de pulga, había logrado vencer la imponente fuerza de San Bernardo de él, dejándole en ridículo, cuando decidió romper lanzas en iniciar una cruzada en defensa de su raza.

Hacía varios años que tenían un perro, un *cocker spaniel* llamado *Negro*, no por nada especial, sino porque les pareció lógico llamar Negro a un perro de este color. Era un animal de ojos tristes y expresión implorante. El mejor amigo de Bidy... después de Belfreda.

Cierta noche, poco antes de Navidad, Neil volvió del Banco en alegre estado de ánimo. Estaba nevando. Vestal abrió la puerta, y Neil, deteniéndose en el umbral, gritó:

— ¡*Negro*! ¡Ven aquí, *Negro*!

El perro inició entonces un complicado y alegre vals, y casi asustó a Bidy con sus exageradas demostraciones de afecto. Los felices padres seguían sus movimientos con cariñosa mirada. Fue en verdad una escena modelo de dicha familiar, hasta que Belfreda —la rosa negra demasiado hermosa, que lucía una falda demasiado corta— decidió interrumpirla, gritando:

—Me parece que sienten ustedes gran desprecio por la gente de color, ¿verdad?

Era la primera vez que oían a un negro referirse directamente a su raza. Vestal respondió en voz baja y tono confuso

y vacilante:

—¿Por qué? ¿Qué ha querido decir?

—Me refiero a su modo de gritar «¡Negro!» desde el umbral.

—Pero, muchacha,..., es el nombre del perro. Siempre se ha llamado así.

—Peor todavía. No me parece bien llamar *Negro* a un perro. A los de nuestra raza les molesta. Y cuando nos tratan como si nosotros también fuésemos perros,

Neil interrumpió, furioso:

—Está bien, está bien. Le cambiaremos el nombre. Lo primero es complacerla. En adelante se llamará *Príncipe*.

Ignorando el intencionado sarcasmo de la frase, y llevada de su celo misional, Belfreda respondió:

—¡Magnífico! —Y se ausentó, mientras Bidy, como una blanca mariposa revoloteaba de un lado a otro gritando:

—No quiero que le cambien el nombre. *Negro*, ven, *Negro*...

Su alegre gorjeo hizo el nombre tan delicioso que sus correctísimos papás hubieron de sonreír. Fue suficiente. La pequeña *prima donna* era graciosa y además lo sabía.

Aunque la llamaron repetidamente, recorrió la casa gritando: «¡Negro, Negro!» con el *spaniel* pisándole cariñosamente los talones, sorprendido ante la inesperada atención que su nombre merecía y complacido por la circunstancia.

A poco se presentó un recadero llevando un paquete de Navidad. Bidy recibió al individuo, alto como un indoeuropeo, con un amable «¡Hola, señor Negro!» que, naturalmente, le ofendió.

—Nena, no debes emplear esa palabra —observó Vestal.

Bidy solía ser obediente, pero la observación se le antojó completamente estúpida.

—Entonces, ¿por qué la empleáis tú y papá? ¿Por qué llamasteis «Negro» a *Negro*? —razonó muy acertadamente, en tono amable pero a la vez firme.

—Ahora ya no se llama así. Por fin decidimos que no es un nombre bonito —dijo Vestal con exagerada dulzura.

—¡Oh! A mí me parece maravilloso —exclamó Bidy entusiasmada.

El tío Robert Kingsblood, hermano mayor de Neil, entró en aquel instante con intención de tomar de balde una copa. Bidy gritó al verle:

—¡Es tío Negro!

—¿Qué diablos estás diciendo? —protestó tío Robert, mientras Vestal repetía:

—Cállate, Bidy.

Pero la niña, excitada por el interés despertado y sumamente nerviosa —como suele ocurrir a todos los niños saludables y enérgicos en el momento menos oportuno—, salió disparada hacia la cocina. Horrorizados, la oyeron decir a Belfreda:

—¡Hola señorita Negra!

Y para que el desastre fuese completo, oyeron como Belfreda se desternillaba de risa.

Tuvieron que explicar detalladamente el asunto a tío Robert, que era curioso como un gato y casi tan erudito como este animal.

Tío Robert trató el crítico asunto a través de su experiencia como Vicepresidente y Jefe de Ventas de la «Compañía Panificadora Osterud», fabricantes del «Pan Vitaminado» y de «Las doradas y crujientes tostadas tan beneficiosas para la salud». Dijo:

—¿Queréis saber cómo se debe tratar a los negros para evitar conflictos? Yo os diré cómo hay que tratar a los negros para evitar conflictos. En nuestra fábrica nunca tenemos líos con esa gente. Nunca hemos de despedir a un negro. En primer lugar, porque no hay ninguno entre nuestro personal. Es el mejor sistema de evitar jaleos. Supongo que me entendéis. Aparte de eso, no creo que Belfreda merezca demasiados reproches. Es injusto llamarla «negra» sin rodeos.

—Pero, Robert, si nadie la ha llamado así. El que se llamaba *Negro* es el perro.

—Bueno, eso no altera el resultado de la cuestión, ¿verdad? El caso es que la muchacha se molestó. Y nunca habría

tenido ocasión de molestarse de haber empezado vosotros por no contratar sus servicios. Eso demuestra la diferencia de lo que nosotros llamamos «capacidad mental» en ambas razas. Yo no me enfadaría porque alguien me llamase «Negro». Lo entendéis, ¿verdad? Lo que a vosotros os perjudica es haber tenido la manía de estudiar en lugar de dedicaros al comercio como yo. Lo mejor es empezar por no contratar sus servicios. Pero, bueno, ¿me dais una copa?

Era Robert Kingsblood, el tío Robert, Vicepresidente y Jefe de Ventas quien hablaba.

Durante la cena, Belfreda que al oír el «señorita Negra» de Bidy rió a carcajadas, había recuperado su aire severo e inflexible. Después de cenar oyeron un gran estrépito en la cocina: la risa de Belfreda y las carcajadas de un hombre.

—¡Dios mío! ¿Qué será eso? Voy a buscar un vaso de agua —dijo Vestal, a pesar de tener uno lleno delante. Y se encaminó hacia la cocina. Allí, junto a la alegre mesa de metal, vio a un negro de unos treinta y cinco años, que estaba de pío, en actitud francamente indolente. Tenía oscurísima la tez, el pelo rizado y los labios gruesos, pero la nariz muy fina. Mirándole, a nadie se le ocurría pensar en campos de algodón, sino mejor en una comedia musical o en las carreras. Además, llevaba pantalones de un color azul brillante, una americana deportiva muy llamativa y corbatín rosa salmón. Tenía las manos finas y los hombros anchos como un campeón del peso medio. Era la suya una belleza animal, que la expresión de la mirada irónica fija en Vestal hada casi diabólica. Su mirada delataba al hombre que conoce bien a las mujeres, desde Safo a la Reina María, y que a todas comprende. Con ella no sólo *desnudaba* a Vestal, sino que daba a entender de la manera más odiosa y horrible que a Vestal le complacía la circunstancia.

Ella murmuró para sí: «Nunca en mi vida conocí a un individuo tan parecido a un payaso de circo.» Pero a renglón seguido deseó intensamente que el vigoroso Neil pudiera llevar un atavío así sin perder su aire romántico.

Belfreda sonrió, como si no hubiese un hombre presente y

dijo:

—¡Oh! Señora Kingsblood, le presento a Mr. Borus Bugdoll, dueño del Club Nocturno «Jumping Jive», un local estupendo, y buen amigo mío. Ha venido para hacerme una visita.

Borus dijo entonces con el leve acento de los negros del Sur:

—He oído hablar mucho de usted, señora Kingsblood. Verla es un honor que espero se repita.

«Se está burlando de mí», pensó Vestal. Y murmurando unas palabras incoherentes que no hicieron gran honor a su superioridad intelectual, salió de la cocina... sin el vaso de agua.

Más tarde, mirando a Neil, dijo con una sonrisilla burlona, voz temblorosa y no demasiado disgustada:

—Acaban de insultarme. Y ha sido un hombre.

—¿Quién? ¿Curtiss?

—No. Un individuo de piel oscura llamado Borus o Bóreas Bugdoll. Mr. Bugdoll. No olvides el «Míster», por favor. Borus y Belfreda. Los negros son ciertamente gente cómica. ¡Qué estupidez! Pero no entres todavía. Aunque ignoro el motivo, me parece que he tenido el privilegio de admirar al más horrible y atractivo individuo del globo.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso hay alguien en la cocina? —preguntó él tímidamente.

—¡Por el amor de Dios, no imites a tu hermano Robert!

—Pero, ¿de quién se trata? Voy a verlo ahora mismo.

Y entró en la cocina seguido de Vestal, que no dejaba de preguntarse quién de los dos iría a cometer el crimen, si Neil o Borus. Pero Borus había desaparecido, al igual que Belfreda. Y también había desaparecido el coche rojo que estuvo hasta entonces parado ante la parte trasera de la casa. Los platos seguían intactos en la fregadera. El espectáculo no podía ser más lamentable.

Kitty, la encantadora hermana de Neil, tres años mayor que él fue siempre su mejor compañera. Estaba casada con Charles Saywatd, joven y honradísimo abogado que fue, durante una temporada, fiscal del lugar. Kitty y Charles fueron a

visitarles, aquella noche, dispuestos a complicarse la vida con una partida de *bridge*.

Bien entrada la noche, cuando jugaban tranquilamente y habían olvidado por completo los horrores de la insurrección doméstica, Vestal vio a Belfreda que le hacía señas con una mano desde el pasillo, sumido en una casi completa obscuridad. Detrás de ella estaba el irónico Borus Bugdoll.

—¿Ya ha vuelto usted? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Vestal indignada,

—¡ Oh, señora Kingsblood, lo siento mucho, pero tengo que marcharme inmediatamente! Alguien de mi familia se ha puesto enfermo.

La pobre Vestal, dando muestras de su carácter poco belicoso, gritó:

—¿Qué quiere decir? ¿Marcharse en seguida? ¿A esta hora y dejando los platos sin fregar?

Borus murmuró suavemente.

—Puede descontárselo del sueldo.

No fue Vestal la única en comprender que Borus se estaba riendo de ellos. Los demás lo observaron también.

—Voy a fregarlos ahora mismo —exclamó Belfreda de mal talante.

—Nada de eso. Prefiero que se vaya inmediatamente. Cuanto antes, mejor. En seguida le abono el sueldo —dijo Vestal, acercándose a su pequeño *secretaire* de color crema y abriendo un reducido pero muy útil dietario. Luego añadió—: Teniendo en cuenta los adelantos que le llevo entregados, tengo que pagarle sesenta y tres dólares con sesenta y cinco este mes. En este momento no dispongo de esa suma.

Dirigiéndose a los jugadores de *bridge*, preguntó:

—¿Podéis prestarme algún dinero?

Neil y Charles Sayward le entregaron sesenta y cuatro dólares, pero ninguno de los dos tenía moneda pequeña.

—¿Por qué no lo dejamos en sesenta y cuatro?—preguntó Borus en tono festivo.

Neil se levantó de un salto. Sus ideales románticos le llevaron a meditar en la mejor manera de expulsar a aquel indi-

viduo de su hogar. Pero al mirarle y comprender por su regocijada actitud que eso era precisamente lo que de él se esperaba, rectificó.

—¡Excelente idea! —exclamó—. Haremos cuenta redonda. Buena suerte, Belfreda. Adiós, mister... Bugdoll. ¿No es eso?

Se acercó a Borus decidido a estrechar su mano. La garra de acero de Borus oprimió la suya. El negro sonrió. Neil halló esa sonrisa tan atractiva que tardó unos minutos en recordar su superioridad de hombre blanco y en poder decir con esa grave cortesía que resulta tan insultante:

—¿Le molesta esperar un poco en la cocina, mientras Belfreda hace su equipaje?

—Gracias, Mr. Kingsblood. Sí. Esperaré en la cocina mientras miss Gray hace su equipaje —respondió Borus. Y desapareció.

Cuando volvía de inspeccionar el equipaje de Belfreda, Vestal dijo riendo:

—Esa endiablada pareja nos ganó la partida.

—¿Por qué? —preguntaron los otros.

—La verdad es que me alegro infinito de la marcha de Belfreda. Me siento repentinamente libre. Creí que adoptando una actitud cordial y magnánima demostraría mi superioridad de mujer blanca. Pensé que al subir al coche (que casi parece un autobús, y el cual me gustaría que fuese nuestro) exteriorizarían su arrepentimiento, pero no ocurrió nada parecido. Se alejaron gritando: «¡Adiós, encanto!», como dos hienas. Porque mientras Belfreda hacía el equipaje, Borus fregó los platos y los colocó en su sitio (los ha dejado más limpios que nadie), tras lo cual colocó en el centro de la mesa una jarra de champaña. ¡Dios mío! Hasta hoy sólo había visto una cosa así en los anuncios de publicidad.

—¡Qué hombre! —murmuró admirada Kitty Sayward—. Nunca vi una figura masculina tan impresionante.

—Sí. Es un hombre de verdad —murmuró Vestal pensativa.

Pero Charles Sayward, modelo de esposos protestó di-

ciendo:

—¿Qué clase de mujeres sois? ¡Mira que enamorarse tan de repente de un *gángster* negro que trafica en alcohol, tiene máquinas tragaperras y esclaviza a los blancos! ¡Dichosas mujeres! Medio mundo se ha hundido por causa vuestra.

## CAPITULO VI

DESDE que Vestal se ocupaba del desayuno, desayunaban mucho mejor. Encima de la mesa había siempre un cenicero y el periódico de la mañana. De vez en cuando, Neil bailaba una danza escocesa sobre el suelo de la cocina, gritando: «Este lugar es nuestro otra vez.»

Pero con la perversidad característica de animales y niños, *Príncipe* y Bidy lloraban la ausencia de Belfreda, entraban buscándola en la cocina y miraban con aire de reproche a Vestal y Neil, preguntándoles con los ojos ya que no con los labios: «¿Qué hicisteis de nuestra amiga?»

Antes de una semana, Vestal había contratado los servicios de una nueva criada: Shirley Pzort, la prima de Nancy Havock.

Shirley parecía deseosa de celebrar con ellos las próximas fiestas de Navidad. Era hasta más cariñosa de lo que Vestal hubiese deseado, y al dirigirse a ella la llamaba «encanto». Era también el prototipo de lo que llaman en América *bobby-soxer*, o sea, una jovencita inocente y pura, alegre como un gatito pequeño, aficionada al baile y a masticar chicle.

Como el frío era en diciembre cada vez más intenso, la pierna enferma de Neil empezó a causarle molestias otra vez. Pensó mucho en la guerra, en los compañeros que murieron en el frente y en el solitario hospital donde pasó las fiestas de Navidad el año anterior. Las inglesas fueron muy amables con él, pero, ¡cuán intensamente deseó entonces oír las típicas voces de su tierra! La de su madre, la de Vestal y Bidy, la de sus hermanas Joan y Kitty... Ahora podía disfrutar de todas ellas. Sería la primera Navidad que pasaran juntos en tres años.

Se preguntó qué efectos habría producido la guerra en su persona, y si en realidad produjo alguno.

En su lecho del hospital se creyó convencido de que todos los jóvenes soldados, al volver del frente, se unirían para cerrar la única y desconcertante puerta de los partidos republi-

cano y demócrata, votando por el Derecho, la prosperidad y porque no hubiese más guerras. Pero después de pasar seis semanas en el Banco oyendo en boca de comerciantes, abogados y banqueros la misma profecía: «Para el año 1950, Roosevelt se habrá erigido dictador», llegó a la conclusión de que nada merecía la pena de ser tenido en cuenta.

Luego, en el Club de Tenis de Sylvan Park, así como en el Federal, oyendo las frecuentes burlas de que hacían víctima a los *kikes* sintió una profunda indignación y pensó: «No creo que a los judíos les guste que les llamen *kikes*, del mismo modo que a mis antepasados franceses canadienses tampoco les gustaba que los llamasen *frog-eaters*. No puedo olvidar al teniente Rosen, que murió por mi patria. Estoy seguro de que hay muchos judíos que son personas como nosotros. Ahora que soy joven debería defender mi punto de vista liberal y aferrarme al mismo, si no quiero convertirme en un ser mezcuiño cuando llegue a una edad mediana y sea presidente de este Banco, o del First National, o del St. Paul.»

Meditaba en todo esto sentado ante su escritorio, bajo el techo de mármol abovedado del Banco Second National. Estuvo ocupadísimo toda la mañana con la concesión de pequeños créditos, casi todos ellos solicitados por ex soldados que deseaban emprender algún negocio. A toda costa procuró combinar la generosidad con la cautela. Es completamente falso que los banqueros sólo piensen en trazar planes con que arruinar establecimientos pertenecientes a pobres individuos indignados que tengan hijas inválidas. El negocio bancario no es tan agradable cuando la sociedad carece de medios económicos.

Tenía ante sí un montón de archivadores con complicados estados de cuentas, y recordando sus reflexiones de los días que pasó en el frente, aquellos archivos se le antojaban insoportablemente monótonos. Dejó de fumar por un momento y lanzó un suspiro. Luego miró con recelo la placa de metal con la siguiente inscripción: «N. Kingsblood, auxiliar cajero.»

Cuando se graduó en la Universidad de Minnesota allá por el año 1935, su plan era estudiar Medicina. Pero aquel

mismo verano entró *temporalmente* de meritorio en el Second National, y nada ocurrió luego que le salvase de seguir en tan horrible mausoleo. Cuando se casó con Vestal y nació Bidy, el Banco le tenía conquistado por completo, y no por ello se consideraba desgraciado. Por su rapidez en el trabajo, su buen humor y su honradez, pronto fue favorito del Presidente, John William Prutt. El año en curso al volver del frente, le nombraron auxiliar de cajero.

Mr. Prutt tenía el criterio de que sus jóvenes empleados habían de conocer a fondo las distintas secciones del Banco. Aun ahora, Neil tan pronto estaba tratando de giros con antiguos clientes como inclinado sobre los libros de contabilidad, firmando cheques al cajero o transferencias de fondos. Por otra parte, Prutt no quería que perdiese contacto con los depositantes, y para ello le obligaba a pasar en la ventanilla de «Cobros» una o dos horas diarias.

El cajero, S. Ashiel Denver, le apreciaba tanto como Mr. Prutt.

Había ocho bancos en Grand Republic, y el más grande de todos era el Blue Ox National, con Norton Trock, director, Boone Havock, presidente del Consejo, y Curtiss Havock, pesadilla general. Mr. Prutt consideraba esa institución —y a su edificio de doce pisos— simplemente utilitaria. En su opinión, el Second National (no existía un Primero) seguía la trayectoria trazada por Morgan o Tellson. Era un templo de mármol situado entre la Avenida Chippewa y la calle Sibley. Allí no había oficinas para alquilar, ni tampoco se albergaban comerciantes extranjeros o agentes de maquinaria.

En el recinto bancario, bajo la inmensa bóveda del techo, digno de una catedral, sujeto por grandes columnas de verde mármol italiano que surgían del brillante suelo de mármol negro con rombos de granito y sílice rosado —y en donde sólo faltaba el consabido coro para parecer un lugar santo y solemne—, Neil sentía que disminuía su importancia.

En tales momentos se consideraba un simple colegial que ocupara un pupitre entre una larga hilera de otros pupitres pertenecientes a otros tantos colegiales.

Porque a pesar del letrero de metal con su nombre y del reloj de ónix que era a la vez tintero, almanaque, termómetro y barómetro, su escritorio era de reducidas dimensiones y hasta tenía una pata defectuosa. Sus únicos tesoros eran: una fotografía de Vestal y Bidy enmarcada en plata, un ejemplar del *True Detective Stories* y una carta en que el secretario de su colegio le pedía un favor.

Ahora bien, si Neil tenía una virtud, ésta era ciertamente la lealtad para con sus amigos.

Pensaba que en esas Navidades, los doce hombres —eran doce, poco más o menos— a quienes podía llamar buenos amigos, seguirían en el extranjero, expuestos a toda clase de peligros. Y que entre ellos se encontraban sus tres íntimos, Eliot, Judd y Rod.

Eliot Hansen, tan brillante, tan aficionado a bailar y que siempre estaba organizando fiestas, heredó de su sencillo progenitor la Compañía de Leche y Helados del Buen Perfume, cuyo símbolo —según podía comprobarse fácilmente en los carteles de publicidad diseminados por todas las carreteras de Grand Republic— era una jarra de miel y una moneda de penique.

Judd Browler, el fuerte, el astuto hijo de Duncan Bowler, primer Vicepresidente de la Wargate, había vendido ciruelas y bizcochos por la calle antes de la guerra.

El «grande hombre» del grupo era Rodney Aldwick.

Cinco años mayor que Neil, estudió leyes en Princeton y Harvard. Actualmente era comandante del Cuerpo de Tanques, con algunas condecoraciones. Rod Aldwick era un gran señor y un aventurero de abolengo. Jugaba al polo, practicaba el esquí y tenía una memoria prodigiosa. Le bastaba leer una vez cualquier página para recordarla. Contaba con todas las características especiales del héroe angloprusiano: el cabello encrespado, los hombros anchos, el talle fino y seis pies y dos pulgadas de estatura. El comandante Aldwick era incapaz de seducir a una mujer, ya fuese condesa o doncella de servicio. De haber tenido esclavos les habría atravesado el cuerpo con un acero, pero nunca los habría azotado. Es probable que al-

gún día aparezca muerto en su lecho —tal vez no en el suyo, precisamente— con un puñal clavado en el costado o una corona de laurel sobre su blanca y hermosa frente.

Neil decidió que de tener cerca a sus íntimos podría haber discutido con ellos problemas personalísimos. Por ejemplo..., su odio hacia Belfreda y el porqué se alegró de sentirlo. Inmediatamente admitió que de estar juntos los tres tratarían asuntos tan espirituales como las piernas de sus mecanógrafas o de tópicos tan complicados como el Partido Republicano. Sólo tuvo un amigo en la vida con quien pudo hablar del miedo, del amor, de Dios... Y a ese amigo sólo le trató dos semanas.

Era el capitán Ellerton, a quien conoció a bordo del transporte que los condujo a Italia. Charlaron muchísimo. De noche y de día. Ellerton era delineante y tenía debilidad por Mozart, Eugene O'Neil, Toulouse-Lautrec y Veblen. Cuando preguntó a Neil: «¿Piensas alguna vez en la inmortalidad de los humanos?», o bien: «¿Cómo quieres realmente, a tu Vestal, por lealtad o por amor?», ni siquiera resultó impertinente.

Ellerton murió a los cuarenta y dos minutos de haber desembarcado en Italia.

Actualmente, Neil hasta había olvidado lo que respondió aquella noche en que, bajo las estrellas del Mediterráneo, Tony Ellerton le preguntó:

—Y puesto que sólo crees tener una vida, ¿cómo puedes resignarte a consagrar al Banco lo mejor de ella?

## CAPITULO VII

SERÁ una fiesta como Dios manda, una Navidad tradicional. Con villancicos, empachos, etc. La celebraremos porque el año próximo habrá terminado la guerra y los muchachos habrán vuelto a sus hogares... Y tendremos más mantequilla —dijo Vestal alegremente.

Su árbol era un alto abeto de un bosque norteño. Cuando llegó el momento de adornarlo, Vestal empezó a protestar. Dijo que la guerra era terrible, pues en casa Tarr, los almacenes de «Cinco y diez», sólo pudo encontrar unas bolas plateadas y unos rizados bastoncillos de cristal de colores.

Exploró decididamente el ático de su suegro, y, ocultos en una caja de cartón —como el tesoro del capitán Kid escondido en una caja de zapatos—, halló un montón de chucherías de los felices días del 1940: una gran estrella plateada, un ángel de plata y oro, naranjas, uvas y cerezas de cristal, un puñado de brillantes guirnaldas y una cómica estatuilla de yeso que representaba a Santa Claus vestido con túnica roja y fumando en pipa.

Cuando volvió a su casa parecía una vagoneta viviente, cargada de regalos de Navidad. Aquella misma noche sacaron el árbol del garaje, y Neil, cargándolo sobre sus fuertes hombros, lo llevó a la sala de estar. Vestal, Bidy, Neil, *Príncipe* y Shirley danzaron a su alrededor con los gritos consiguientes.

Este año le tocaba a Neil invitar a la tribu de los Kingsblood el día de Navidad. Así, pues, Vestal hubo de recurrir a todo su ingenio femenino para recorrer los almacenes Tarr en busca de regalos. Su presupuesto era estrictamente de diez dólares para cada siete regalos. La maravilla del momento fue encontrar por once dólares, en casa Bozard, un collar de perlas de cuatro tiras que parecía verdadero, para mamá Kingsblood. El brillante del pendiente estaba, desde luego, muy lejos de parecer verdadero.

En casa Tarr compró Vestal los regalos de Bidy: una deliciosa y anticuada muñeca de ojos como estrellas y blando

cabello, que era como una edición más rolliza de la propia Bidy, y una moderna ametralladora que desde 1940 era regalo obligado para cualquier hija de familia. También compró en casa Tarr un collar nuevo y un hueso de goma para *Príncipe*, una bufanda para Shirley y una pipa de palo de rosa para el padre de Neil, pipa que el anciano dentista admiraría extraordinariamente, pero no usaría nunca.

En cuanto a ellos... Vestal y Neil acostaron a Bidy muy temprano y pasaron la Nochebuena bailando en el Pineland.

—Es un crimen que mañana hayas de dar de comer a toda mi famélica tribu —murmuró Neil.

—Amor mío, cualquier pariente tuyo, aunque sea ese primo segundo que cuida de la estación de servicio de Hiawatha, Wisconsin, es y seta siempre para mí un amigo querido.

—Y yo te quiero infinitamente y ruego a Dios que nos permita gozar cincuenta Navidades dichosas como estas.

—Brindo por ello —gritó Vestal alzando su pequeño vaso de helada y blanca *crème de menthe*, que era en Grand Republic la bebida más elegante.

Drexel Greenshaw, el ceremonioso *maitre* de piel oscura y bigotillo blanco —que le daba aspecto de general haitiano educado en Francia— del Salón de Fiesole, sonrió al ver a la joven pareja todavía tan enamorados. Era un goce para su alma feudal servir al capitán Kingsblood, futuro presidente del Second National, y a su joven esposa, una dama tan distinguida hija de uno de los magnates de la Compañía de Luz y Fuerza de Prairie.

Drexel se hizo la siguiente reflexión: «Es lo que yo dije a la tontuela de Belfreda: que si no se avenía con un caballero y una dama tan excelentes, la culpa sería suya. Los de mi raza nunca tendremos conflictos con blancos de clase distinguida. Me canso de repetir a esos agitadores de piel oscura, como Clem Brazenstar, por ejemplo, que ellos perjudican más la raza que cualquier mezquino blanco, pero entonces se ríen de mí y me llaman «Tío Tom». Esa chusma radical no sabe lo que es la sociedad aristocrática. Servir a un caballero como el

capitán Kingsblood (que no puede ser en la vida más que eso: un caballero), me emociona profundamente.»

Y el anciano y ejemplar conservador gozó interiormente su sensación de triunfo, a pesar de estar, al parecer, ocupado únicamente con las servilletas. Cuando Vestal y Neil se levantaron, los acompañó humildemente hasta la puerta diciendo:

—Es un gran honor para el Salón de Fiesole tener aquí al capitán y a su esposa. Confiamos en gozar pronto otra vez del privilegio de servirles.

Como quiera que Neil correspondiese a la fineza con un dólar, Drexel casi se ofendió. Pero seguidamente logró dominarse.

De vuelta al hogar, a medianoche, Neil telefoneó a sus padres para desearles unas felices Pascuas. Luego fueron en busca de los regalos. Vestal había preparado los envoltorios que guardaba de otras Navidades anteriores —papeles rojos, plateados y de color de azafrán— planchándolos cuidadosamente. Las cajas de caprichosas formas, amontonadas bajo el árbol formaban ciertamente un brillante espectáculo.

—¡Qué precioso está! —exclamó—. ¡Oh, amor mío! Hace diecisiete minutos que es Navidad, tú has vuelto de la guerra sano y salvo, todo el mundo nos quiere y seremos siempre dichosos.

Se abrazaron, temblando de emoción.

Cuando, en la mañana del día de Navidad bajaron antes del desayuno para ayudar a abrir los regalos, formaban una hermosa pareja. Llevaban los dos batín de franela y bufanda roja. Su actitud era confiada y paternal. Bidy parecía una bolita de mantequilla con su trajecito blanco y azul; Shirley, un pequeño esquimal de tez morena, y *Príncipe* un verdadero remolino, saltando sin dejar de ladrar. Así hasta deshacer el montón de brillantes cajas que había bajo el árbol. Vestal tuvo una gran alegría al ver su regalo más importante —un abrigo de piel—, porque era más bonito que el de Nancy Havock. Todos comieron barquillos para el desayuno, incluso *Príncipe* —lo cual fue un error—, y oyeron villancicos por radio. Luego se vistieron y activaron los preparativos para el festejo fa-

miliar que debía celebrarse a las dos.

El cabeza de familia era el doctor Kenneth Kingsblood, padre de Neil, a quien todos amaban por su excelente trabajo en la profesión, las conferencias que acerca de temas bíblicos daba a los adultos en la parroquia, su habilidad en cazar con trampa y los rompecabezas —verdaderas filigranas— que preparaba con su torno y su sierra de vaivén. Era rubio, alto, delgado, cariñoso y de carácter algo indeciso.

La madre de Neil, Faith, era bajita y delicada. Tenía el cabello castaño, y siempre parecía algo asustada de vivir, como sorprendida de que aquellos cuatro hijos tan fuertes fuesen realmente suyos. Tenía los ojos ardientes de su madre Julie Saxinar, la picante y atrevida francesita a quien sólo faltó un pañuelo rojo y una pandereta para pasar por gitana. Los ojos de Faith parecían dotados de vida propia, mientras que el resto de su persona era dulce y vago, como si verdaderamente nunca escuchara a quienes le hablasen.

La seguía en importancia el hermano Robert, vendedor del Pan Vitaminado —bromista y chistoso—, con su esposa Alice y sus tres hijos, incluyendo a Ruby, la compañera de juegos de Bidy. Hay que añadir que Alice no sólo era la esposa de Robert Kingsblood sino la hermana de Harold W. Whittick, el genio poético del negocio publicitario. Y allí estaban también Kitty Sayward, la hermana de Neil, con su Charles. Y Joan, la más joven de los hijos del doctor Kingsblood que aún vivía en su hogar. Joan tenía diez años menos que Neil y era relativamente bonita, relativamente inteligente y relativamente sosa. Creía tener deseos de trasladarse a Chicago para aprender «dibujo de modas», pero estaba segura de desear otra cosa: quedarse en casa y contraer matrimonio, a ser posible con su novio, un excelente muchacho que era actualmente teniente de navío.

Reunida la tribu —nueve adultos y seis niños, sin contar a Shirley y a *Príncipe*—, aunque hablaron de Rusia y de qui-mioterapia, daban la impresión de ser una de aquellas antiguas familias reunidas en la cocina de una vieja granja. Y en realidad no estaban tan lejos de serlo. Las mujeres jóvenes revolvo-

teaban junto al fogón y ponían la mesa (sin omitir la fuente de cristal tallado para los melocotones con coñac), mientras Neil servía formalmente un *cocktail* a los hombres. En cuanto a mamá Faith, se había acomodado en una mecedora junto a la chimenea y sonreía vagamente.

El doctor Kenneth ocupó la cabecera de la mesa, a la que se sentaban quince personas. (Bajo el mantel de encaje se ocultaban dos mesillas de juego en las que se apoyaban las tablas de caoba.) Contemplando las dos hileras de robustos seres a quienes tanto amaba, se maravilló al verlos tan guapos y alegres. Inclino la cabeza sobre el pecho y con su tenue y dulce voz murmuró una oración:

—Padre muy amado que estás en los Cielos y que nos has librado de los peligros de estos últimos tiempos para que podamos hoy celebrar el nacimiento de Tu Hijo: consérvanos unidos durante el maravilloso año próximo y bendice a mis hijos. Bendícelos, bendícelos, Señor.

Neil recordó entonces la sala del hospital en donde estuvo un año atrás. Después de contemplar todos aquellos amados rostros, fijó los ojos en el rostro fatigado de su padre y hubo de contener la respiración.

—¡Atiza, dos pavos! —murmuró con reverencia Ruby, la pequeña de Robert.

Después de comer, todos en la casa —niños, perros y tíos— se acostaron. El padre de Vestal, Morton Bevhouse, acompañado de su hermano Oliver —ambos eran viudos y habían comido en casa de este último—, honraron con su presencia aquel hogar. Llevaron consigo algunos inútiles objetos de piel y de marfil sintético, como presentes. El doctor Kingsblood se regocijó viendo que su hijo mantenía excelentes relaciones amistosas con los fabulosos Beehouse.

—El muchacho promete —murmuró alegremente el doctor Kenneth—. Llegará lejos. Creo que es el momento oportuno de revelarles el Secreto.

Durante la tranquila cena y los consiguientes juegos de *monopoly*, poker y adivinanzas, no dejó de contemplar a su hijo. Sería medianoche cuando dijo afablemente a Neil:

—Muchacho, pareces tan satisfecho de tu familia y de tu hogar, que tu viejo padre considera un deber llevarte a tu «guarida» y decirte unas cuantas cosas.

Porque era hombre de imaginación que se exaltaba con frecuencia. Neil le siguió escalera arriba, sorprendido y hasta quizás algo nervioso.

## CAPITULO VIII

EL doctor Kenneth M. Kingsblood (la M. era herencia de su madre, Jennie McCale, que era escocesa) estaba satisfecho de su paso por el mundo. Tenía a gala haber visto en un tren al ex presidente Herbert Hoover y poseer un nuevo aparato de rayos X. Cada uno de sus cuatro hijos valía para él su peso en oro. Se fatigaba más de la cuenta, dada su edad —tenía sesenta años—, y su corazón no marchaba demasiado bien. Había llegado a la conclusión de que quizá le convenía marchar con mamá a Florida el próximo mes de marzo, para escapar de las inclemencias del tiempo en Minnesota.

Estaba principalmente orgulloso de Neil, el «muchacho milagro», que iba a ser financiero y caudillo civil y que realizaría todas las reformas en que tanto soñó el doctor Kingsblood —escuelas más grandes y un nuevo pantano—, y que por estar demasiado ocupado con su oficio de dentista, sus trabajos con la sierra y el cuidado del jardín, no pudo realizar él.

Se sentaron con las rodillas muy juntas en la «guarida» de Neil, para fumar un cigarro puro digno del día de Navidad o de un banquete en honor del Gobernador. El doctor dijo entre chupada y chupada:

—Es curioso que hayas cambiado el nombre del perro para ponerle precisamente *Príncipe*, muchacho. Nuestra familia está capacitada para sentir por los príncipes especial interés.

—¿Por qué, papá?

—Puede que no pase de ser una estupidez, pero a mí me encanta llamarle «el Secreto». De aquí viene mi misteriosa actitud. Ciertamente, no acabo de creer que sea verdad, y si te lo refiero a ti en vez de contárselo a otro cualquiera de la familia es porque sé que tienes suficiente imaginación para no reírte de mí. A pesar de todo hay una probabilidad entre diez mil de que sea cierta mi historia, y si lo fuese creo que serían los Beehouses quienes habrían de estar orgullosos por haber emparentado con los Kingsblood en lugar de ocurrir lo contra-

rio.

—¿En qué consiste el gran misterio, papá?

—Hijo, mi padre, y el padre de mi padre antes que él, estaban convencidos de que por nuestras venas corre sangre real.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Tal vez descendamos de reyes. Pero no de esos reyes franceses y alemanes (Luises y Fernandos), sino de reyes de verdad, reyes británicos. Muchos hallan extraño nuestro apellido, Kingsblood. Lo es, ciertamente, y por una excelente razón. Según la teoría de mi padre (no estoy demasiado cierto de que creyese realmente en ella), Kingsblood no es más que un apodo dado a nuestros antepasados para indicar que llevaban en sus venas sangre real. La misma que llevamos tú y yo. Y bien ¿qué opinas de todo esto?

—La verdad es que me tiene sin cuidado, papá. Prefiero vivir en Grand Republic que en un lóbrego palacio.

—Bueno, he de confesarte a fuer de sincero que lo mismo pienso yo. Apuesto cualquier cosa a que en el mejor palacio no tienen hornos automáticos. Pero no es eso lo que iba a decirte, sino que... Sería estupendo poder seguir aquí, trabajando como hasta hoy, y saber que por derecho propio somos... quizá reyes de Inglaterra. Tu madre se emocionaría. Y Joan, y Vestal, y hasta Biddy algún día. Y no creo que tu carrera en el Banco se perjudicase si Mr. Prutt supiera la elevada condición social del muchacho que tiene a sus órdenes. Eso suponiendo que la historia sea cierta. Existe la teoría de que soy descendiente por línea directa del rey de Inglaterra, y tú has de ser el sucesor. Naturalmente, tu hermano podría reclamar el título de príncipe de Gales, pero (siempre suponiendo que la historia sea cierta) creo que yo rogaría a Robert que abandonase sus pretensiones, y supongo que me obedecería. No tiene imaginación, y sólo Dios sabe lo que yo agradecería que dejara de referirse a mi hermosa colección de conchas de Florida como a «esa chatarra». Pero escucha la historia. Me la contó mi padre, Williams, quien aunque no despuntó como monarca, fue ciertamente el mejor granjero y tratante en caballos del con-

dado de Blue Earth. Su padre, Daniel Kingsblood, el de la guerra civil, se la había referido, y éste ¡a su vez de labios del suyo, Henry Aragón Kingsblood, nacido en Kent, Inglaterra, allá por el año 1797, quien fue arrestado por declarar en público, en una feria (o lo que estuviese de moda en Inglaterra por aquella época), que era el legítimo monarca de Gran Bretaña e Irlanda y supongo yo que de todos los reinos allende los mares, sean los que sean. Dijo que debieron coronarle con el nombre de Enrique IX y como había nacido en Inglaterra, puede que todo eso sea verdad y puede también que sea mentira. ¿Qué te parece?

—Muy interesante. Pero aun suponiendo que fuese cierto, creo que no podríamos probarlo.

—A eso iba a referirme precisamente. He comprobado que ahora que tu pierna te impide la práctica de algunos deportes, lees mucho más que antes. Tal vez te divierta investigar este asunto. Antes de morir me gustaría saber lo que haya en él de cierto.

»Carecemos de pruebas escritas. Siempre me interesó la verdad de los hechos, pero he estado tan ocupado... Ya sabes, la casa, etc. Los dentistas tenemos demasiado trabajo, sobre todo ahora, con tantos colegas en el Ejército. Además, nadie parece tener aquí consideración con nosotros. Creen que podemos trabajar en todo momento, principalmente esos jóvenes estudiantes que vienen a pasar las vacaciones en el hogar. Si se lo permitiésemos nos matarían de trabajo, pero como además nunca pagan las facturas, no tengo tiempo para ocuparme de ellos. En fin, voy a contarte lo ocurrido tal como a mí me lo refirieron.

«Este Henry Aragón Kingsblood afirmaba descender de un hijo de Enrique VIII y Catalina de Aragón, y ser su legítimo heredero. Cuando Enrique se cansó de Catalina y decidió repudiarla, ocultó la existencia de ese hijo, llamado Julián, príncipe Julián, a quien educaron unos fieles vasallos que le llamaron «Julián Sangre Real». De ahí el origen de nuestro apellido.

«Ahora bien, si él era hijo de Catalina, nosotros somos, en

parte, forzosamente españoles, y eso no me complace demasiado. Ya sabes, mi madre era pariente lejana de Bruce, Wallace y otros famosos soldados escoceses. Eso es una reconocida verdad. De todos modos, pensando en que los padres de Catalina fueron Isabel y Fernando, los mismos que enviaron a Colón a descubrir América, llega uno a la conclusión de que valen tanto como los ingleses. Por tu pelo y mi pelo tan rojos, es fácil deducir que la sangre española no nos ha perjudicado demasiado.

»Y bien, ya conoces toda la historia. Tal vez no haya en ella una sola palabra de verdad, pero,..., muchacho, ¿crees que podrás averiguarlo?

Parecía lleno de buenos deseos. Neil, que quería mucho a su noble progenitor, afirmó:

—Desde luego, papá.

—Me alegro. Procura recordar que no se trata de un imposible. Piensa en aquel individuo del Oeste (en Alberta creo que vivía; ¿o sería en Wyoming?), que no sé si era mormón o algo por el estilo. Pues bien, él, un simple ranchero, se encontró repentinamente convertido en conde de no sé cuántos. ¿Comprendes?

—De todos modos, será interesante saber la verdad —convino Neil—. Puede que te parezca absurdo, pero cuando Bidy se puso sobre la frente la corona dorada que colgaba del árbol, parecía verdaderamente una reina. Sí me ocuparé del asunto.

Y se ocupó de él, en efecto; en enero del año inmediato.

## CAPITULO IX

HABÍA leído lo suficiente acerca de algunos pretendientes a títulos y tierras para comprender que las ilusiones de su padre eran totalmente absurdas. Pero halló divertida la misma arrogante insensatez del tema, y deseaba encontrar algo que le distrajese.

Como a causa de su pierna enferma no podía practicar el esquí ni correr por los ventisqueros persiguiendo conejos, tuvo que contentarse, como único deporte, con nadar en el Club Federal. Estaba harto de *bridge*, de crucigramas y de leer constantemente biografías, libros de viajes y novelas (cosecha espiritual de la guerra), en las que, por ejemplo, las muchachas de la época isabelina deleitaban a millones de lectores haciendo cosas que hoy en día no se atrevería a hacer cualquier muchacha de Isabel, Nueva Jersey.

Le alegró pensar que era en Inglaterra donde debía reinar. Poco vio de ella, aparte de los muelles, algunos trenes y el caserío estilo Tudor convertido en hospital, pero interiormente decidió que aquellas cariñosas y fatigadas mujeres inglesas que le cuidaron eran ciertamente compatriotas suyas.

Por la ventana de la sala de convalecientes contempló día tras día una iglesia de pedernal con su torre almenada cubierta de largas ramas blanquecinas de hiedra invernal. Había visto salir y entrar por el arco ojival de su puerta a Tess y a Jude, a la pequeña Nell y a Lorna Doone, a J. G. Reeder y a Henry Baskerville. Ningún edificio de Grand Republic, ni siquiera la empalizada de troncos estilo 1862 levantada en la elegante «Cochera de Alquiler y Garaje», le impresionó como aquel que era a su entender prueba admirable del valor permanente de la humanidad.

Bastante mejor que su padre comprendía lo que podía ocurrir si la Prensa de Londres publicaba la noticia de que un americano —un empleado de banca— había decidido ser su rey.

No obstante... ¿Y si existiese una posibilidad entre un mi-

llón de que todo aquello fuera cierto?

¿Por qué no estudiar libros de historia y averiguar si el Secreto de su padre era completamente absurdo o sólo un noventa y nueve por ciento estúpido? Para Bidy sería magnífico poder decir que era hija de un rey. Conocía bien a la dictatorial damita, y la sabía capaz de recorrer el vecindario gritando a los chiquillos: «¡Atención! ¡Oíd! Podéis aproximarnos a mi real persona». Imposible olvidar la corona de papel dorado que, aunque algo torcida sobre su cabeza, llevó orgullosamente la niña.

En la cocina, sentado a la mesa ante un vaso de ginebra y cerveza de jengibre, Neil explicó a Vestal el asunto. Fue un domingo de invierno por la tarde. Habían comido pavo, dormitado un poco, escuchado por radio el concierto de la Orquesta Filarmónica y examinado deportes y modas en el *Sunday Frontier Banner*. En el porche, Bidy jugaba con los restos de sus regalos de Navidad, en compañía de su prima Ruby y de Peggy Havock.

Como buenos ejemplares infantiles de la decadente civilización anglosajona, estaban ametrallando a un perrito de felpa oscura y tristes ojos y a una muñeca que llevaba un collar de cuentas de cristal y tenía la nariz rota.

—¡Nada menos que un rey! —dijo Vestal en tono burión—. Tu padre es un encanto, pero le tengo por el más loco soñador de la comarca. ¡Qué cosa tan divertida! Si algún día ahorramos bastante dinero (cosa improbable, considerando el precio actual de la carne), iremos al Viejo Continente para admirar nuestro palacio, y luego volveremos aquí, en donde por lo menos entendemos el idioma. ¿Me permites una observación, capitán? Aunque fueses, no ya rey de Inglaterra, sino dueño del mundo, no podría quererte más de lo que te quiero. De todos modos, te aseguro que juego a las cartas mejor que cualquier reina. Y ahora, vámonos de aquí.

Una vez en el porche, Vestal sacó la corona de Bidy y solemnemente fue a colocarla sobre las sienes de Neil, a manera de sombrero. Luego preguntó a las tres encantadas criaturas:

—Decid, niñas, ¿qué os parece que es?

—¡Un rey! —gritaron todas.

Vestal se inclinó para saludar.

—¡Qué tontos sois! —dijo Bidy.

Es aquel mundo de viudas de guerra y de niñas que ni siquiera conocían a sus papás, Bidy estaba muy orgullosa de tener un padre real y tangible.

—¿Te gustaría que fuese un rey de verdad? —preguntó Neil.

Su hija repuso, admirada:

—Serías un rey muy guapo. Y, ¡quién sabe!, quizá podrías llegar a estrella de cine.

Era domingo por la noche, y a Shirley le tocó salir. Vestal y Neil prepararon la cena. Mientras lo hacían, ella exclamó:

—Me gustaría poder considerarte como a un rey de verdad, pero no puedo. Tu personalidad está perfectamente definida. Eres un típico americano de la clase media, con mezcla de sangre escocesa, inglesa y del Middlewest. Un blanco cien por cien normal, protestante, muy masculino, eficiente. Te gusta el golf, mimas a tu mujer y tienes porvenir. No podría tomarte por otra cosa que no fuese *eso*, aunque me lo demostrases con documentos firmados por el propio general Eisenhower. Dime, ¿para qué quieres ser un rey en un palacio? Mejor es que seas rey de mi corazón.

—Puede que haya muchas mujeres que quisieran que fuese yo rey de sus corazones.

—¿De veras? ¡Qué estupendo! Pero, bueno, ¿queréis cortar esas patatas tan finas como os sea posible, Majestad?

De no haber sido porque su padre le preguntó dos veces: «¿Has empezado a estudiar nuestro árbol genealógico?», Neil no se hubiera decidido a emprender la importante investigación. De repente, cierta tarde en que Vestal se llevó el coche porque tenía que jugar una partida de *bridge*, se dijo: «¿Por qué no hacerlo? Ahora ya no puedo distinguirme jugando al tenis o al golf. Sería magnífico hacerme célebre como historiador. ¿Por qué no hacerlo?»

Subió a su «guarida» y se sentó ante su escritorio. Parecía

un aplicado colegial entregado de lleno al estudio, siguiendo una trayectoria trazada limpiamente, mientras Vestal, Rod Alwick, Mr. Prutt y el que fue en otro tiempo su profesor de historia europea, de pie, a sus espaldas, le contemplaban impresionados.

Una vez decidido a empezar la investigación, tropezó con algo sumamente difícil. «¿Cómo empezarla?»

Calculadoramente echó una ojeada a su alrededor para estudiar cuanto había en el recinto. Nada le pareció interesante, aparte de una *Historia infantil de Inglaterra*, de Dickens, un *Almanaque Mundial* y la *Enciclopedia Universal Yanqui* en cuatro tomos.

Abrió muy decidido la enciclopedia y buscó un nombre: Catalina de Aragón. Sólo logró enterarse de que fue esposa de Enrique VIII y de que tuvo una hija, pero ningún hijo varón. Y de que, para deshacerse de ella, el rey hasta hubo de renegar de la verdadera iglesia.

—Bien, si no tuvo un hijo varón, difícilmente pudo su hijo ser antepasado nuestro. Parece demasiado absurdo.

La *Historia infantil* tampoco le sirvió.

¿Cómo *se hacía* una investigación de aquella especie? Posiblemente habría que empezar por enviar una carta a determinada autoridad en la materia. Pero, ¿a qué autoridad? Su profesor de historia en la Universidad nunca dejó entrever que le interesara mantener correspondencia con un jugador de tenis. ¿Habría algún miembro del Gobierno —un Ministro— encargado de explicar cómo puede saberse la verdad de unos hechos históricos? ¿Cómo se llamaba aquel escritor que entendía tanto en la historia de todos los países, y escribía gruesos, enormes libros que luego vendía a cinco dólares el ejemplar?

¿Cómo lograban reunir todos aquellos profesores las informaciones que deseaban obtener acerca de un determinado individuo muerto doscientos años atrás? En la Universidad nunca demostró demasiado respeto hacia sus profesores. Entonces los tenía por tiranos, dotados de especial talento para descubrir el alumno que estuvo de juerga la noche anterior.

«Puede que el trabajo de aquellos individuos fuese más duro de lo que yo creí —pensó—. ¿Cómo lograron saber lo que Shakespeare quiso decir con algunos de sus versos, cuando existe la posibilidad de que por estar borracho en el momento de escribirlos ni siquiera el propio Shakespeare lo supiese? Indudablemente, perdí excelentes oportunidades en el colegio, pero ahora voy a recuperarlas todas.»

En honor de Neil Kingsblood confesaremos que no le asustó la dura tarea que se había impuesto. Al comprender que aquello de «desenterrar» a sus reales antecesores iba a ser trabajo arduo y difícil, lo emprendió con sincero entusiasmo.

Inmediatamente se encaminó al «Sylvan Circle», tomó un autobús hasta la «Librería de Vanguardia» de Rita Kamber y compró la *Historia de Inglaterra* de Trevelyan. En una librería de lance halló dos tesoros que, aunque no habían de serle muy útiles, no pudo dejar de comprar: las *Memorias de la Corte, el campo y las residencias señoriales de nuestra Isla Dorada*, de lady Montessor (dos volúmenes encuadernados en zangala blanca, con sellos heráldicos y numerosas ilustraciones; una ganga pues el precio marcado era de veintidós dólares con cincuenta y él lo adquirió por cuatro dólares con sesenta y siete), y una *Documentación literal de los feudos bajo el reinado de Enrique VIII*, tesis doctoral de J. Humboldt Spare Ph. D., que contaba, al publicarse, dos dólares cincuenta y que él acababa de comprar por quince centavos. Cuando, cargado con estos libros, volvía al autobús, el brazo le dolía de llevarlos. «¿Llegaré a leer tanto texto algún día?», se preguntó. Era el primer escollo importante de su carrera estudiantil.

Compró también *Hockey efectivo*, por Sandy Gough y ése sí fue, con el tiempo, un libro que llegó a leer.

Cuando su padre supo que había dado comienzo a la investigación, buscó con ahínco en viejos baúles hasta encontrar una carta autógrafa de Daniel Kingsblood, el granjero carpintero que luchó en la guerra, hijo de aquel Henry Aragón expulsado de Inglaterra, carta que entregó a Neil seguidamente. Neil la leyó con avidez.

*Mi querida esposa:*

*Cojo la pluma para decirte que estoy bien y que deseo lo estéis también tú y William nos encontramos en un rincón de Carolina o Virginia que no sé cómo se llama pues el sargento se niega a decírnoslo la comida es mala pero no me quejo alguien tiene que luchar en esta maldita guerra no es lugar sano para nadie tenemos unos cuarenta oficiales a cuál más antipático el reumatismo se recrudece en estas humedades no me gusta el terreno es difícil moverse de un lado a otro y prefiero nuestra granja aunque esté en pleno incivilizado Oeste sin otras materias de interés nuestro campamento fue atacado la otra noche espero sin consecuencias no creo que al enemigo le guste tampoco esta guerra pero que estéis en buen estado de salud como yo mismo tengo que terminar tu esposo que te quiere*

Daniel R. Kingsblood.

El doctor Kenneth, alzando las manos y moviéndolas nerviosamente, se apresuró a decir:

—Es una carta maravillosa, ¿verdad? ¿Te imaginas al viejo? En aquellos tiempos eran realmente buenos patriotas. Aceptaban los hechos sin protestar y lo sufrían todo por el bien de la patria. Sí, es una carta maravillosa. Apuesto cualquier cosa a que un historiador pagaría mucho por leerla, pero no permitiré que ninguno la vea. Procura tú no mostrársela a ningún curioso que se acerque por aquí. Y bien, supongo que te habrá inspirado ¿verdad?

— ¡Oh!, pues... Sí, sí, naturalmente, papá.

—Entonces, escucha. He de decirte algo que te sorprenderá. Estoy casi seguro de saber dónde hay más cartas no sólo de mi padre y del viejo Daniel, sino del propio Henry Aragón. Imagínate... Mi prima Abby Kiphers tiene la santa manía de guardar documentos. Vive en Milwaukee, y está casada con el dueño de la ferretería del lugar. Le he escrito sobre el particular. Supuse que eso te ayudaría en tu tarea investigadora.

—Desde luego —murmuró Neil con voz apenas percepti-

ble—. Documentos originales... Son de importancia definitiva para mí.

La prima Abby envió cartas de William, Daniel y Henry Aragón Kingsblood. Neil se abalanzó ansiosamente sobre ellas como un gato sobre un ratón.

Quedó perfectamente informado del precio del trigo en 1852, de la voracidad de los cerdos en 1876 y del estado de salud de una completa colección de Emmas, Abigails y Lucys. Pero nada de eso contribuyó a iluminar la cuestión de una posible realeza. En las cartas de Henry Aragón, escritas en Nueva Jersey del 1826 al 1857, sólo halló una frase que pudo orientarle:

*Estos individuos de Nueva Jersey todavía no han decidido si prefieren tener por gobernador a un canalla o a un necio. Si yo fuese rey en esta tierra, los haría ahorcar a todos.*

Neil llegó a la triste conclusión de que los antepasados de su padre eran gente trabajadora, prudente y fatigada, y de que si algún día podía localizar al hijo putativo de Catalina, le hallaría convertido en piadoso sepulturero. Suspiró, diciéndose: «Nunca he creído que tenía realmente sangre real. Empecé a investigar sólo por complacer a mi padre. Creo que voy a dejarme de tonterías y a ocuparme de Bidy y su futuro en vez de molestarme con el Príncipe Hipotético. ¡Al diablo con él!»

Pero su interés por la familia se había despertado. Ahora empezaba a preocuparle «la línea maternal». Confiaba hallar el tema más sabroso.

Sabía poco acerca de sus antepasados, a pesar de que cuando estudiaba en la Universidad conoció a la madre de su madre, Julie Saxinar, viva todavía. Las relaciones entre su madre y su abuela Julie nunca fueron demasiado cordiales. Neil llevaba cinco años sin verla, pero recordaba a una alegre anciana francesa de corta estatura y ojos brillantes, que pasó su niñez en la frontera de Wisconsin. En cuanto» tuvo ocasión de ver a su madre —cierta noche a hora avanzada—, le pre-

guntó:

—He leído mucho acerca de la familia de papá. Pero, ¿qué hay de la tuya mamá?

Estaban en el salón del viejo hogar del doctor Kenneth, una habitación mal ventilada en la que dominaban los tonos pardo y gris oscuro. El mobiliario lo constituía un viejo *bu-reau* y unas sillas —imitación de ébano— con dragones tallados. Faith Kingsblood era una mujer pequeña y flexible, extrañamente pacífica. Hablaba poco y siempre parecía tener miedo a que ocurriese algo desagradable. Sus ojos eran negros como dos cuentas de azabache, el rostro palidísimo, los labios ligeramente sonrosados. Confiaba en Neil, le amaba y nunca le daba consejos. Su única demostración de afecto era algún cariñoso golpecito en el brazo.

En tono vacilante, como si intentase recordar algo agradable borroso por la pátina del tiempo, dijo:

—Poco sé acerca de ella. La familia de mi padre, los Saxinar, eran como la de tu padre, mitad ingleses y mitad escoceses, granjeros y comerciantes de poca importancia. En cuanto a la familia de mi madre, sólo sé que eran franceses y que, según tengo entendido, traficaban en pieles en el Canadá. Esa clase de personas escribe poco, es decir, casi nunca. En cierta ocasión pregunté por ellos a mi madre, y ella se echó a reír diciendo: «¡Oh! Eran todos aventureros y borrachos. Su vida no puede interesar a una niña inocente como tú.» Ya sabes que mi madre es una mujer extraña. Creo que le molestaba que yo fuese tan completamente Saxinar, es decir, ordenada, juiciosa y prudente. Es raro, ¿verdad? —preguntó.

Y quedó, como siempre, silenciosa y expectante. Neil decidió que estudiar su ascendencia era bastante absurdo.

En un lugar inmenso como Grand Republic —que tiene casi cien mil habitantes— hay muchos mundos desconocidos para según quién. Uno de los que Neil desconocía totalmente era el mundo febril de la música: el de los profesores de violín que daban lecciones en los saloncitos de tantas casas de ladrillo rojo; el de las niñas que aprendían a tocar el saxofón, y el de la Asociación Sinfónica, que una vez al año conseguía lle-

var al pueblo a la Orquesta de Duluth.

Este año la orquesta tocó en el «Auditorium» de Wargrave junto con la Sociedad Coral Finlandesa, un día del mes de enero. Además de varios ciudadanos de tipo corriente, como Vestal y Neil, asistieron al concierto importantes personalidades, tales como Webb y Louise Wargate, el doctor Henry Sparrock, Madge Dedrick y su hija, Eve Champeris, Oliver y Morton Beehouse, Greg y Diantha Mari y el juez Timberlane y señora, una mujercita chispeante y nerviosa. Hasta Boone y Queenie Havock estaban presentes, ambos ligeramente bebidos, pues sólo en ese estado hubiesen podido soportar el supremo goce de la música. (También asistieron algunas personas a quienes ignoró el cronista de sociedad del *Frontier*, pero que eran realmente amantes de la música.)

Neil se divirtió muchísimo pensando en cómo cambiarían todos y en cómo se inclinarían para rendirle pleitesía de saberle un personaje de sangre real. Creyó verse camino del trabajo, en el autobús de Sylvan Park, con la corona y el manto real, e instalando la corte en su escritorio del Second National.

Cuando la orquesta y el coro atacaron los primeros compases de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, olvidó todo ese esplendor. Había nacido en un lugar que no conocía. Tenían que cruzarse pintorescos lagos, grandes bosques de robles, para llegar ante las columnas de un palacio a cuyas ventanas se asomaban las flores. Tras él había una montaña cubierta de brezos, y en ella un torreón antiguo y semiderruido. Neil tuvo la impresión de que todo eso era suyo.

«¿Serán recuerdos ancestrales? —se preguntó—. ¿Habrá pertenecido este lugar a un personaje del que yo desciendo? Quién sabe si será cierto eso de que puedo ser rey...

»O duque.. Bueno, ¡mejor será dejarlo en barón!»

## CAPITULO X

HABÍA tenido una nueva idea en cuestiones bancarias que mereció la aprobación de Mr. Prutt y del cajero S. Ashiel Denver.

Estaba muy ocupado organizando una Sociedad de Consejo para ex combatientes, para cuando éstos fuesen licenciados del Ejército o la Armada. De este modo, los antiguos camaradas de Neil podrían acudir a él en busca de información acerca de los empleos que desearan conseguir, las casas que quisiesen alquilar, las compensaciones ofrecidas por el Gobierno y las concesiones educativas. Sería indicadísimo que abriesen una nueva cuenta corriente en el Second National o hipotecasen cuanto tuvieran.

Neil había de ocuparse del asunto. Para ello le aumentaron el sueldo hasta trescientos cincuenta dólares al mes. Si la cosa prosperaba, incluso le pondrían un ayudante. Ahora —en ese abril norteano, que más que primavera parecía invierno diluido—, Neil tuvo el convencimiento de que la guerra en suelo alemán terminaría dentro de poco, y por ello se apresuró a preparar la sede de aquella organización, un magnífico rincón cuyo mobiliario lo constituía la mesa de Neil, dos sillones tapizados de terciopelo y un banco también tapizado —aunque con bastante menos terciopelo— dispuesto para recibir a los héroes.

Ni de día ni de noche dejaba de trabajar. Vestal estaba orgullosa de su trabajo y de sus progresos. Bidy decidió organizar un Banco por su cuenta. Ruby, la hija de Robert, fue su primer cliente, y depositó en él seis alfileres el mismo día de la inauguración. *Príncipe*, por su parte, depositó un bizcocho a medio roer. Pero, de todos modos, el negocio fue mal, porque Ruby, cuya ética en materia de Bancos no estaba a la altura de las teorías de Mr. Prutt, se las compuso para retirar once alfileres en vez de seis. Bidy, después de pedir consejo al tío Oliver Beehouse, se declaró en quiebra.

Mr. Prutt se mostraba reservado con respecto al futuro de

la Sociedad de ex combatientes, pero Neil estaba entusiasmado con la idea. A últimos de abril cogió el tren para St. Paul y Minneapolis a fin de consultar con los banqueros, funcionarios de Estado, jefes de la Legión Americana y otras organizaciones de ex combatientes.

Y porque era un experto en cuestiones bancarias tomó una butaca en el tren llamado *Borup*.

Para los trotamundos inveterados de Grand Republic y Duluth, el *Borup* fue durante muchos años una especie de hogar ambulante. Tan viejo era que había quien insistía en que no lo fabricaron con acero sino con madera endurecida por las tempestades de invierno y el sol de julio, cuando el termómetro alcanza los ciento diez grados. Su interior lo adornaban «apliques» de madera verde aceituna, rosa o gris. Fue construido con tan magnífica irregularidad que después de cuatro años de viajar en él, cualquiera podía abrir una puerta y descubrir un compartimiento hasta entonces desconocido, con una mesa de juego y cuatro viejos sillones tapizados de felpa de color verde vivo.

El viejo Mr. Sparrock, Hiram Sparrock, padre del doctor Hiram —vivo a los 94 años, aunque retirado del negocio—, guardaba en el *Borup* una colección de sus cinco clases de pastillas, tres tónicos y dos dentaduras postizas, además de un peine y un tubo de fijapelo para el bigote. Hiram, el viejo avaro que conoció a John D. Rockefeller, padre, y a Cecil Rhodes, tenía —aparte de lo que había cedido a su hijo— un millón de acres de tierra en los Estados Unidos, y sus fincas en Méjico no se medían por millas sino que hasta se podía volar sobre ellas en avion. Es creencia general en Grand Republic que Hiram es más rico que los Wargates o los Eisenherzes, aunque invariablemente hable de «su pobreza» y no dé al mozo negro del *Borup* más de un cuarto de dólar.

Su hijo, el doctor Henry Sparrock, guarda en el *Borup* una moderna edición de las obras de Carlos Marx, que desde hacía cinco años tenía empeño en leer para comprender los fines perseguidos por congresistas de izquierda y cabecillas radicales y laboristas. Pero siempre, durante esos cinco años, una

invitación para jugar al *bridge* interrumpió su lectura en la segunda página de la que jamás consiguió pasar.

También en el *Borup* guardaba Magde Dedrick su baraja —con las correspondientes iniciales— para solitarios; Oliver Beehouse, un libro de crucigramas, y Diantha Mari uno de psicoanálisis, otro de etiqueta y una botella de coñac.

Mac, el mozo, individuo de setenta años, grueso y de piel obscura —verdadero genio en su profesión—, los conoce a todos. Vigila a las muchachas que se dirigen al colegio en donde han de cursar sus estudios, hijas de aquellas parejas cuya boda recuerda todavía. Mac, a pesar de haberlas conocido siempre por «Toots» o por «Kay», las llama en esa ocasión «señorita», les encuentra la polvera o la caja de bombones que han perdido, y procura evitar que se familiaricen demasiado con los apuestos y desconocidos viajeros a quienes conocen en el tren. Sabe qué esposo se despide de su esposa en la estación de partida, y qué marido espera a su mujer para recibirla con un beso en la estación de término.

Mac es como el almanaque de Gotha: una mezcla de doncella y mayordomo, una persona sin sexo definido, la carabina sin *fichú* de Duluth y Grand Republic y todas las ciudades de la línea D. & T. C. Socialmente hablando, era preferible que el doctor Sparrock le hiciera a uno el vacío, o que le ignorase Mrs. Dedrick, a que Mac no le reconociera. Llamarle George en vez de Mac es un reconocido barbarismo, y nadie hasta la fecha inventó para él un apodo, o al menos ni Neil ni sus amigos lo conocían.

Acogió a Neil diciéndole:

—Nos felicitamos de que viaje con nosotros, capitán Kingsblood. Confío en que estará mejor de la pierna.

—Sí, gracias, Mac, estoy mucho mejor.

«Es estupendo que Mac me recuerde. Tengo que darle una buena propina», pensó.

—¿Quiere leer el periódico de Minneapolis, capitán?

— ¡Oh!, gracias, Mac.

«Una propina espléndida. Es un viejo negro que hace honor a su raza. ¿Por qué no serán igualmente considerados esos

estúpidos jovenzuelos, como Belfreda, por ejemplo? Desde luego, la propina será magnífica. La cargaré en los gastos generales», siguió pensando.

Al terminar el viaje, Mac le cepilló con esmero y atención, regalándole los oídos con un:

—Confiamos merecer el honor de que viaje con nosotros a la vuelta, capitán.

Solemnemente, Neil le alargó un dólar.

En otro lugar del vagón, cuando el tren ya entraba en la estación, el viejo Hiram Sparrock refunfunó dirigiéndose a Mac:

—¡Eh, tú, maquiavélico bastardo! ¿Acaso no «confías merecer el honor» de que yo viaje con vosotros a la vuelta?

—No, mi general. Da usted demasiado trabajo con sus endiabladas píldoras.

—¿Cómo? ¡Viejo interesado, tío Tom, cortesano negro! Aquí tienes un cuarto de dólar, y ya puedes darte por satisfecho.

—Desde luego, mi general. Es mucho dinero, teniendo en cuenta que nada hice por usted, aparte de mirarle. Generalmente sólo me da quince centavos. ¿Prepara algún golpe mortal en la Bolsa, mi general?

—Eso no te interesa, viejo curioso. Dime, ¿por cuenta de qué periódico espías?

—Por cuenta de *todos*, mi general. ¿Hasta pronto?

Ninguno de los dos mencionó que el viejo Hiram entregaba anualmente al viejo Mac cincuenta dólares el día de Navidad. Las dos reliquias de la pasada era feudal del 1900 sonrieron con ironía. El joven Neil los miró con aire de aprobación, muy satisfecho de la escena que habían representado.

## CAPITULO XI

NEIL había llegado a la conclusión de que el ligero distanciamiento que se produjo entre su madre y los padres de ésta se debió a la desmedida ambición que abuela Julie había sentido siempre de dominar a todos con su voz chillona y alegre. Nunca existió una manifiesta hostilidad, pero la frialdad de relaciones era un hecho, y este hecho privó a Neil de intimar con sus abuelos.

Una noche, durante su estancia —por motivos de negocio— en Minneapolis, estuvo en Lago Minnetonka y visitó a los Saxinar.

A los sesenta y cinco años, cuando se retiró de la Compañía Telefónica (actualmente tenía ochenta y cinco), Edgar Saxinar compró una linda casa de una planta, que supo describir con gran acierto en una de sus cartas.

*Habitamos una casa de piedra situada en las cercanías de las románticas aguas del lago Minnetonka, y el paisaje es muy hermoso. No existe otra ciudad grande como Minneapolis que tenga un lago tan extenso y hermoso a distancia tan comparativamente escasa. Mrs. Saxinar y yo hablamos a menudo de los indios que cruzaban en canoa estas románticas aguas.*

Ahora se había demostrado que la casa no era de piedra, sino de bloques de cemento tan apretados que parecían piedras. El paisaje de que disfrutaban los Saxinar ya no incluía el justamente ponderado Minnetonka —a poca distancia de allí—, sino una casa de ocho pisos, una capilla protestante y una plantación de chopos de los llamados de Virginia. Pero era, no obstante, un delicioso refugio para la feliz pareja de ancianos que tanto solían discutir. Sentado en un sillón tapizado de felpa amarilla, en la pequeña sala de estar de paredes cubiertas de papel también amarillo salpicado de espadañas y nenúfares, Neil sintió una profunda satisfacción.

Aunque comió magníficamente en el Hotel Swanson Grand, abuela Julie se empeñó en llevarle a la cocina y hartarle de buñuelos de chocolate. La suya no era una de esas cocinas de esmalte y cristal que ilustran los anuncios de las revistas. Guisaba en un fogón de carbón no demasiado nuevo, y guardaba sus tesoros en una serie de latas de té —azules y algo rotas— o en latas vacías de galletas. Su vajilla procedía de un anticuario, y a decir verdad hubiese sido preferible que se quedase allí. Neil recordó que mientras su madre y el abuelo Edgar insistían en que eran muy limpios (solían decir «limpios como una patena»), Julie, la oveja negra de la familia era un verdadero genio del desorden.

Pero sabía también que en medio de todos sus cachivaches, abuela Julie siempre podía encontrar lo que buscaba, mientras que su madre y el abuelo, tan orgullosos del orden geométrico de sus cosas y de archivar debidamente direcciones, cartas, las cuentas de la lavandera y los cordones de zapato no demasiado usados, no lo conseguían.

Volvió con Julie a la sala de estar, dispuesto a portarse como un nieto cariñoso con el anciano, rechoncho, calvo, alegre y refunfuñón patriota. Porque todo eso y mucho más era el abuelo Saxinar.

Hizo las preguntas de rigor para saber la opinión de Edgar sobre impuestos del Estado, el último partido de *base-ball* del equipo de Minneapolis aquella temporada, y algunos futuros modelos de aparatos telefónicos, de ninguno de los cuales tenía Edgar muy buena opinión. Tras lo cual Neil hizo la única pregunta que realmente le interesaba:

—Abuela Julie, no hace muchos días tuve una conversación con papá que me hizo interesar por mis antepasados. Háblame de tu familia y de la del abuelo.

La pintoresca anciana —ochenta y tres años según el almanaque, pero cuarenta y tres según su fina garganta y sus oscuros ojos que no necesitaban gafas—. mezcla curiosa de gitana e irlandesa con algunas ligeras pinceladas del instinto conservador yanqui, hacía punto de media sentada en la vieja mecedora de mimbre que tanto detestaba su esposo mientras

éste, con sus anticuadas gafas en forma de media luna que daban a su rojo y redondo rostro aspecto de empleado de oficina, fumaba una larga pipa sin dejar de refunfuñar, para demostrar bien a las claras que no daba crédito a cuanto oía. Abuela Julie se ahuecó la falda como pudiera haber hecho una gallina clueca, y repuso:

—Tu abuelo Saxinar ese sólido objeto que ahí ves fumando en pipa, nació en Wisconsin. Trabajó de tenedor de libros en un aserradero y luego de telegrafista en la «Chicago Mihvaukee». Todo eso antes de entrar en las oficinas de la Compañía Telefónica. Según se desprende de sus manifestaciones, su familia no se diferenció en nada de la generalidad de las personas. Fabricaban quesos o vendían ratoneras. Buena gente, aunque algo estúpida.

Edgar gritó entonces con la misma rapidez con que escupe agua una ballena a la que acaban de clavar el arpón:

—¡Pues claro que los Saxinar son buena gente! Tanto como puedan serlo los familiares del padre de Neil. Todos tenemos sólidos y excelentes antecedentes republicanos, presbiterianos y calvinistas. Todos, sin excepción alguna.

Julie se echó a reír y añadió:

—Repito lo que te dije. Buena gente, aunque algo estúpida. Mis antepasados, en cambio, eran franceses. Todas las mujeres se adornaban con cintas y perifollos. Todos los hombres se divertían quitándoselos.

Neil dijo en tono cariñosamente burlón:

—Vamos, vamos, abuelita, en el Ejército tuve ocasión de comprobar que los franceses no son tan malos como sus absurdos periódicos dan a entender. Son excelentes granjeros (los mejores de Europa), y para administrar una tienda no tienen rival.

—Puede que eso haga referencia a *una parte* de los franceses. Pero mis antepasados eran hombres de carácter inquieto que tuvieron que abandonar a Europa por hallarla aburrida y que se instalaron en Quebec para, tras encontrarlo demasiado «piadoso», salir también de allí. Hombres que bebían vinos fuertes y no querían tratar con seres más sumisos y tímidos

que el lobo, el lince o el *assinibuanés*. —Quedó ensimismada pensando en su brillante juventud. Luego dijo en voz alta—: También yo nací en Wisconsin, Hiawatha, y por Dios que era aquel un bello país maderero. Solía danzar con los leñadores que recorrían en balsas el río. Yo bailaba muy bien. Ellos llevaban puesto un gorro rojo.

—Tu relato resulta algo incoherente —refunfuñó Edgar.

—Todo era incoherente por aquel entonces. Más de lo que nunca serías tú capaz de imaginar. Mientras mi vida transcurría entre chozas de papel alquitranado y pinos talados, vosotros, los Saxinar, leíais los *Extractas dominicales para jóvenes cristianos*. En cuanto a mi familia... Mi padre, Alexandre Payzold, murió cuando yo tenía diez años, lo mismo que mamá, de una epidemia de viruelas.

Neil se estaba preguntando cómo reaccionaría Vestal — Old Bay Colony, Dorset— ante un origen tan ardiente, primitivo y salvaje. Pero Julie siguió diciendo sin dejar de hacer punto de media.

—Si, Alexandre Payzold. Creo que no le recuerdo demasiado bien. Sólo sé de él que era alto y apuesto, que llevaba una larga barba negra con la que al besarme me hacía cosquillas, y que solía cantar. Conducía el coche correo, y algunas veces trabajaba en los bosques. Su inglés era magnífico, pero recuerdo perfectamente que para chillar a los caballos lo hacía en francés. Cuando murieron él y mamá, yo sólo tenía diez años. El tío Emil Aubert, hermano de mi madre, se encargó de educarme. Traficaba en pieles. Nunca me dio detalles de los Payzold, la familia de papá.

»No obstante, sé que el padre de mi padre, Luis Payzold, era granjero y cazador, que encontró cobre en el Lago Superior y que se casó con una muchacha llamada Sidonie Pie, hija de Xaxier Pie. Veamos... Xavier sería ahora tu tatarabuelo.

»Tío Emil sabía algunas cosas acerca de Xavier, porque éste era un hombre maravilloso que viajaba sin cesar de un lado a otro, hasta la frontera. No creo que la historia mencione su nombre: nunca llegó a ser rico, y dudo de que en aquellas soledades existiesen periódicos o registros civiles. De cuanto

me refirió tío Emil (¡Dios mío, creo que hará setenta años por lo menos que oí contar esas historias!) se desprende que Xavier era un perfecto *voyageur* francés. Puede que tuviese sus defectos, pero entiendo no era lógico que tío Emil tratase de ellos con una chiquilla como yo.

—Yo, en tu caso, no hablaría de Pie —dijo abuelo Edgar en tono apremiante.

—Pues yo sí lo haré. Estoy muy orgullosa de él. Veamos... Xavier Pie debió de nacer allá por el año 1790. Según tío Emil, había quien afirmaba que nació en Mackiknac Island; otros decían que en Lake Pepin; algunos que en Nueva Orleans, y hasta hubo quien dijo que en la vieja patria, en Francia. Todos convenían en que Xavier no era muy alto, pero sí enormemente fuerte y valiente, que cantaba muy bien y que bebía demasiado. En cuanto a idiomas... ¡Bendito sea Dios! Al parecer, hablaba todos los de la tierra: francés, inglés, español, y hasta la lengua de los *chippewas*, *sioux* y *crees*. Xavier los conocía todos, según tío Emil; y tío Emil era hombre que siempre decía la verdad, con excepción hecha de cuando hablaba de pieles. ¡Oh! Edgar habría odiado a Xavier Pie.

—Siempre le odié. ¡Si al menos no le alabases tanto! —dijo el abuelo Edgar.

—Bueno, prosigo. Según dicen, Xavier era *voyageur de la Hudson's Bay Company*, y más tarde trabajó por cuenta propia, como *coureur de bois*, traficante y comprador de pieles. Como cazador no tenía rival. Probablemente, de joven llevaba atada a la cintura una faja ancha, como todos los *voyageurs*, y debía cantar...

»Pero, Neil, creo que te ha hablado de Xavier cuando eras tan pequeño que no llegabas al fogón de mi cocina. Tal vez hayas olvidado todo eso. En cambio, creo que has de recordar la canción de los *voyageurs*, aquello de *Dans mon chemin...*

—En efecto, creo que empiezo a recordarlo, abuela.

Por entre las historias y anécdotas que acerca de Minnesota aprendió en la escuela, y los viejos relatos que escuchó de labios de su madre y su abuela, surgía ahora la figura de su antepasado, Xavier Pie.

Abuela Julie había quedado silenciosa. Tenía inclinada la cabeza en señal de aquiescencia. La figura del robusto y jovial aventurero francés iba tomando cuerpo de realidad.

Xavier no araba los campos ingleses como aquellos dignos antepasados del doctor Kenneth que sin duda eran tan rústicos como aristócratas pretendían ser. Xavier nada sabía de las nieblas de la tarde ni de los estridentes cencerros de las vacas. Perteneecía a otro ambiente: a la mañana brillante, a las rutilantes y rápidas aguas de algún río ignorado. Neil creyó verle volver de Montreal, una mañana de primavera, al frente de un grupo de canoas, y avanzar hacia el oscuro bosque de pinos que hay en la desembocadura del Kaminstikwia.

¡Xavier Pie! Sin duda fue un individuo mal hablado y fanfarrón, de corta barba rizada y dotada. Llevaría un capote de lana azul claro airosamente echado hacia atrás, y, prendidos en la faja escarlata ceñida a la cintura, la bolsa del tabaco y el cuchillo ligero. Los mocasines y las polainas serían de piel de alce, y en su gorro de punto de media luciría una pluma.

Desafiando las corrientes del río, la noche oscura, los lobos, la inmensa soledad de los bosques norteños, y riéndose de las monstruosas tormentas del Lago Superior, y del frío, del hambre y de los malvados indios, Xavier, al iniciar alegremente cualquier viaje al frente de sus camaradas, cantaría:

*Dans mon chemin j'ai rencontré*

*Trois cavaliers bien montés.*

*Lon, lon, laridon daine.*

De este modo, en imágenes, ya que no con palabras, Neil fue recordando al héroe juvenil, antepasado suyo.

Pero todo eso ocurrió sin duda durante la juventud de Xavier. Cuando abuela Julie volvió a hablar manifestó que por viejas leyendas oídas en su niñez sabía que Xavier comerció luego por su cuenta y riesgo, y también que siguió su inquieta vida hasta 1850. Le constaba que fue el primer hombre blanco que exploró unas inmensas extensiones de terreno desolado en donde existen actualmente granjas y poblados nacidas del

valor y el ingenio de Xavier.

Indudablemente —según mantenía la abuela a pesar del constante refunfuñar de su esposo—, el aventurero francés fue uno de los héroes primitivos fundadores de determinadas provincias que habitaron luego americanos e ingleses: Minnesota y Wisconsin Ontario y Manitoba.

Pero Neil dedujo que los servicios que Xavier prestó en aquellos tiempos a los borrachines anglicanos no fueron completamente sinceros. Seguramente llevaba aún en el corazón la flor de lis y no el estandarte rojo encendido de los ingleses ni la bandera rayada de los yanquis. ¿No sería aquel valiente galo —mejor que cualquier aristócrata y lánguido inglés— el antepasado que le diera derecho a presumir de sangre real?

Seguramente el doctor Kenneth no se regocijaría ante esa posibilidad, ya que por sus rugosas arterias no corría la fogosa sangre de Xavier. Pero puede que el hecho fuese algún día maravilloso para Bidy, ya que la niña tenía un carácter tan osado como Xavier.

¿Por qué no? ¿Quién pedía decirlo? Quizá ese pintoresco Xavier Pie fuese vástago exilado de algún duque de Picardía de abolengo casi real.

Pero bien pronto le fue arrebatado de las manos el estandarte ducal.

—Comprenderás —dijo abuela Julie— que Xavier tal vez no fuese francés puro. No me sorprendería que llevase en sus venas sangre india. Puede que tú y yo seamos, en parte..., *chippetvas*.

—¿*Chippetvas*? —repitió Neil sin gran entusiasmo.

—Supongo que no te importaría llevar en tus venas sangre india —dijo la vieja dama mirando de reojo a su esposo.

—No, claro que no —manifestó Neil, evidentemente con exagerado entusiasmo—. No tengo prejuicios contra ninguna raza. Al fin y al cabo, he hecho la guerra contra los prejuicios.

—No importa que el muchacho tenga o no prejuicios en lo que respecta a eso de ser indio —se lamentó el abuelo Edgar—, uno de aquellos individuos que arrancaban el cuero cabelludo. Lo importante es que no ande por ahí pregonándo-

lo a los cuatro vientos.

Julie, mirando fijamente a su esposo, exclamó:

—No quiero que digas tonterías. A mí no me importa confesar quiénes eran los míos. En mi familia no hubo vendedores de baratijas como en otras que yo sé. Si alguien se acercase y me preguntara: «¿Es usted una india de esas que manejan el *tomahawk*?, yo respondería: «Naturalmente. Y puedo demostrárselo arrojándole el *tomahawk* a la cabeza.»

Mientras los viejos discutían —arte en el que eran maestros gracias a sesenta años de práctica—, Neil seguía sin salir de su estupor. En general, tenía a los indios por excelentes individuos, duchos en el manejo de la canoa y en el arte de curtir pieles de ciervo, pero... saltar del castillo de un duque de Picardía hasta una vieja y ennegrecida canoa era realmente un golpe fuerte.

Después de algunos acertados comentarios acerca de los avaros antepasados de Edgar, yanquis todos ellos, abuela Julie siguió diciendo:

—Es todo caso, la única vez que Xavier cometió la tontería de casarse lo hizo con una muchacha *chippewa*, por lo cual, y aun suponiendo que Xavier no tuviese antepasados indios, nosotros, gracias a esa mujer, los tenemos. En cuanto a mí, prefiero tener antepasados que comiesen frutas y pescado crudo, a conformarme con los de Edgar, que en toda su vida sólo comieron bacalao seco y que eran, en consecuencia, secos e insulsas.

—Por lo menos, nadie de mi familia comió carne de perro como vosotros los *chippewas* —manifestó Edgar—. En cuanto a Neil, *mi* familia es *su* familia. Tan suya como pueda serlo la tuya. A pesar del bacalao, ¿no es cierto?

—Eso crees tú. De todos modos, tanto si te gusta como si no te gusta, y tanto si eres indio salvaje como si no lo eres, descendes de Xavier Pie, Neil, del hombre más maravilloso que existió en el país, hasta la frontera. Es suficiente, ¿no te parece?

— ¡Oh, sí, abuela! ¡Es magnífico!

Pero su sangre india —de la que acababa de tener noti-

cias— le había impresionado bastante más que todas las maravillas de Xavier Pie.

Recordó que de niño, debido a alguna olvidada historia que abuela Julie narrara, creyó tener sangre de guerrero indio, y con orgullo habló de ello a Ackley Wargate. El rostro pálido sintió envidia. ¡Herencia real! El valor de los *chippewas*... Individuos que no tenían miedo a nadie, ni de las rocas, ni de la noche, ni del enemigo que pudiera acecharles... A pesar de lo cual...

Todo aquello podía ser satisfactorio para muchos, pero no para el sumiso esposo de Vestal Beehouse. Sospechaba, y el hecho no le hacía muy dichoso, que su excepcional Biddy, aquella radiante chiquilla de cristal, rosa y plata, tenía más estrecho parentesco con criaturas sucias que vestían faldas de arpillera —por no decir sacos de harina— o que iban sencillamente en camisa, que con princesas británicas y damiselas con trajes bordados de lirios.

Se preguntó cuántas criaturas indias de esas que andan sueltas por las tierras reservadas para los de su raza, con la cabeza llena de liendres, podían presumir de ser primas de Biddy.

«Bueno, que presuman de ello si quieren. Tal vez nos convenga a los dos tener una pequeña parte de la sangre de aquellos honrados y primitivos americanos. «Mr. y Mrs. Neil *Injunblood* participan a ustedes el próximo enlace de su hija Elisabeth Visón Agil con John Pierpont Morgan Wargate.» Y bien afortunado podrá considerarse el pedante individuo que se la lleve.»

Recordó cierto almanaque que vio en una tienda un día de Navidad, y la imagen de una muchacha india de la que se enamoró en su niñez; una criatura esbelta con la consiguiente cinta en el pelo, la chaqueta de piel de ante con abalorios, la canoa, la cascada, el bosque de pinos y la luz de la luna. Le pareció un símbolo, y no precisamente pequeño, junto a la rubia pero estúpida Elaine sonriendo tontamente en el tenducho.

Por fin se decidió a hablar. Dijo bruscamente:

—Está bien, abuela. Soy *chippewa*. Pero, dime, ¿tiene un *chippewa* derecho a una copa?

—Nada de eso —exclamó riendo el abuelo Edgar—. El alcohol los excita demasiado, y sólo comen colas de castor fritas. Pero un nieto de Edgar Saxinar sí tiene derecho a ella. O, mejor dicho, a dos.

## CAPITULO XII

Ni siquiera habló de los *chippewas* cuando volvió a Grand Republic. Lo que fue con abuela Julie un divertido tópico de conversación, no habría armonizado con la vivacidad muy «Liga Juvenil» de Vestal. Tanteó la opinión de sus padres, y comprendió que ninguno de los dos sabía nada acerca de los antepasados de su madre. Y aun suponiendo que Faith lo hubiese sabido, tan lejos estaba de la abuela que a buen seguro lo había olvidado convenientemente.

En cuanto a Julie, «no había ofrecido pruebas convincentes de que Xavier Pie o su esposa fuesen indios», insistió Neil. Pero su insistencia era demasiado frecuente y tenaz.

Seguía pensando en Biddy, criatura sagrada, y en la posibilidad de que tuviese sangre india. Empezó a mirar a la chiquilla, de aspecto completamente sajón, con una nueva y extraña ansiedad, comparándola seguidamente con sus compañeras de juego. Decidió que Biddy era más brusca y práctica que las demás niñas, y un día o, mejor dicho, a la luz escasa de cierto atardecer, creyó ver en sus mejillas de camelia un ligero tinte cobrizo.

Observó que Biddy tenía una destreza casi anormal para jugar a que el diván de la sala de estar fuese una canoa, y en remar montada en ella valiéndose de una raqueta de tenis con lo cual quedaba la raqueta harto perjudicada. Y que era maestra en el arte de caminar arrastrándose y en saltar de la manera más inverosímil e inesperada. Y cuando ambos —él y Biddy— encendieron una hoguera para celebrar el final del deshielo a últimos de abril, notó que los dos eran extraordinariamente hábiles en el manejo del hacha y la leña.

«Puede que esto sea algo más que un juego. Tal vez nuestro atavismo indio...»

Luego, contemplando a Vestal coser abalorios en su pequeño par de mocasines destinados a Biddy, se dijo distraído: «Sólo un indio podría crear un dibujo como ése.» Pero seguidamente recordó que no había sido la ascendencia de Vestal

Beehouse la que estudió, descubriendo en ella una parte india. Sólo entonces comprendió cuán absurdas y estúpidas habían sido sus deducciones. Y, en consecuencia, llegó a la conclusión de que ni él ni Bidy tenían en realidad sangre india, por lo cual sintió una ilógica sensación de triunfo.

Y aun suponiendo que la tuviesen... Recordaba haber oído decir que el admirable juez Cass Timberlane era en parte *sioux*, y que son los llamados «genes» los que transmiten parecidos raciales, no la sangre.

En total, y resumiendo hábilmente la situación, Neil decidió: 1.º Que posiblemente no tenía sangre india, ni gérmenes, ni lo que fuese; 2.º Que si los tenía no le importaba. Pero que: 3.º No hablaría de ese tema con Vestal. Y, además: 4.º Recordando la actitud de abuela Julie, tuvo la plena seguridad de que Bidy y él eran tan indios como Sitting Bull: 5.º Que el asunto había dejado de interesarle, y: 6.º Que tan pronto como le fuese posible averiguaría si tenía en realidad sangre y «genes» indios, o una de las dos cosas por lo menos.

El segundo viaje de inspección a Minneapolis lo hizo un lunes, 7 de mayo, el mismo día en que se publicó la prematura noticia del armisticio con Alemania, que se confirmó al siguiente. Mientras las bocinas de los automóviles y la argentina voz de las campanas de las iglesias dejábanse oír con estridencia por valles y poblados a lo largo de la línea del ferrocarril, el *Borup* avanzaba por ella alegremente. Personas que ni siquiera se conocían se estrechaban las manos bebían un trago de la misma botella y daban cariñosas palmadas en la espalda de Mac cantando a coro el *Auld Lang Syne*.

Regocijado, Neil pensó que ahora podrían volver Judd y Eliot y Rod Alwick, y que ya no volvería a sentirse solo, sin amigos y sin consejos. Decidió que había sido esa soledad la causante de que tomara tan en serio «toda aquella estupidez de su sangre india».

Jamie Wargate, en cambio, no podía volver. Nadie sabría nunca en qué rincón de Alemania yacía su cuerpo bajo los restos de un avión, sus hermosas manos confundidas con el acero destrozado.

Ni el capitán Ellerton, con quien Neil trabó amistad en el transporte. Ese tampoco volvería. El menos pedante de los hombres yacía ahora bajo una primorosa cruz en un cementerio que casi parecía un jardín suburbano.

Una vez celebrada su conferencia con los banqueros y políticos de Minneapolis, un miércoles por la mañana, Neil se encaminó a St. Paul para entrevistarse con el doctor Werweiss, funcionario de la «Sociedad Histórica de Minnesota», instalada en un edificio cercano a la cúpula del siempre bullicioso Capitolio.

Halló al doctor Werweiss —un intelectual de simpático aspecto— en su despacho. Neil le habló con estudiada indiferencia. El mismo no se daba cuenta de que había decidido previamente decir una mentira.

—Serví en Italia como capitán. Uno de mis hombres, que ha vuelto herido, me ruega averigüe si existen antecedentes de cierto antepasado suyo, un traficante llamado Xavier Pie, que vivió allá por el año 1830.

—No recuerdo el nombre en este momento. ¿Se escribe Peake?

—No. Creo que es Pie. Tal vez sea una contracción de Picardy —dijo Neil esperanzado.

—Sí, supongo que debe ser eso.

—Pues bien, el soldado a que me refiero tiene gran interés por saber si entre los documentos que se guardan en esta Sociedad existen datos autorizados. Mi subordinado cree que Pie nació en 1790, quizá en Francia. Supongo que lo que desea saber es si Xaxier Pie era francés puro o si tenía sangre india. Es decir, a qué raza pertenecía.

—¿Cree que a su soldado le gustaría que resultase cierto lo de la sangre india, capitán Kingsblood? ¿No será uno de esos estúpidos racialistas, los *Croix de Feu*?

—Pues... ¡Oh sí! El... ¿Cómo dice? La verdad es que lo ignoro. No he tratado a fondo el asunto...

—¿Tiene la bondad de aguardar un momento, capitán Kingsblood?

El doctor Werweiss volvió con un viejo libro manuscrito.

—Creo que he hallado la pista de Xavier Pie —explicó.

—¿De veras? —La pausa que siguió fue como ese segundo que precede a la sentencia pronunciada por el juez.

El doctor Werweiss dijo con aparente indiferencia:

—Taliaferró le menciona en su diario. Sí. Xavier Pie. Puede que se trate del mismo Pie. Según parece, ayudó a apresar a un bandido indio. Pero el comandante Taliaferro no dice si Pie tenía o no sangre india. Naturalmente, si nació en Francia eso es poco probable, a menos de que su padre se casara en el Canadá con una india y la llevase a su patria. Se han dado algunos casos, pero son poco frecuentes.

Neil suspiró aliviado. Inmediatamente se enfadó consigo mismo por haber sentido esa sensación de alivio. Pero de nuevo la sintió, al pensar que tanto él como Bidy eran de pura raza indoeuropea.

—No obstante —prosiguió diciendo el doctor Werweiss—, tanto si tiene o no sangre india, lo cierto es que se casó con una mujer india.

«¡Maldita sea! Había olvidado a la tatarabuela de piel cobriza. ¿Por qué no se quedó Pie en Francia, en Nueva Orleans o en donde quiera que hubiese nacido, el muy condenado? ¿Qué daño le hice yo hace ciento veinticinco años para que ahora me haga esto?»

Y seguidamente, en tono afable e indiferente, el doctor Werweiss le dio la noticia:

—No creo posible que Xavier Pie tuviese sangre india, porque... Ignoro si es prudente que se lo diga usted a su curioso ex combatiente (hay tantas personas con supersticiones vulgares en cuestión de razas), pero el caso es que... el antepasado de su amigo, ese Xavier, según se desprende del diario del comandante Taliaferro, era *negro*.

Seguramente Neil no se inmutó, pues el doctor Werweiss prosiguió diciendo en igual tono ligero:

—Supongo que sabrá usted que en la mayoría de los Estados del Sur y aun en algunos del Norte, la definición general del negro es: «La persona que lleva aunque sólo sea una gota de sangre de negro en las venas.» De acuerdo con esa bárbara

psicología, su amigo, el soldado y sus hijos, suponiendo que los tenga, por blancos que sean y parezcan, son legalmente cien por cien negros.

Neil no pensaba en sí mismo, sino en su Bidy de dorados cabellos.

## CAPITULO XIII

SE encontró sentado ante el mostrador de un café donde servían comidas, contemplando fijamente la húmeda superficie de madera, la botella de salsa y el aparato de metal que sujetaba las servilletas de papel. Estaba distraído, pero recordaba perfectamente que el doctor Werweiss prometió proporcionarle más detalles, y que para ello tenía que volver a visitarle a las dos. También sabía que no admitió nada en concreto.

Estaba todavía horrorizado. El horror pudo más que la sorpresa que sintió. Era como un hombre que sabe que le busca la policía, porque la noche anterior, en un ataque de sonambulismo, asesinó a un hombre.

Al parecer, comía un bocadillo. Lo miraba francamente atónito. ¿Cómo pudo encargarse algo tan horrible? Un pedazo de insípido jamón entre dos gruesas rebanadas de pan que dejaba mucho que desear. El comedor olía muy mal. El olor que allí se percibía era una ofensa a Dios y a la dulce tarde de mayo.

«¿Por qué entré en este lugar? Mejor será simular que lo encuentro agradable. Es a lo máximo a que puedo aspirar de hoy en adelante. Quién sabe si habré de conformarme con algo peor... Probablemente, hasta este agujero resulta demasiado elegante para nosotros los negros.»

Era la primera vez que se atrevía a calificarse a sí mismo de este modo. Ni siquiera intentó suavizar la frase y decir «mestizo». Ante la magnitud del hecho, toda palabra resultaba trivial. Le ofendía pensar que pudieran calificarle de «negro», de «amarillo» o de no importa qué otro color. Él quería ser Neil Kingsblood, un hombre de piel corriente como fue siempre y como siempre sería.

No obstante, *ellos* dirían que era negro un negro.

Ser negro era para Neil... ser un Borus Bugdoll o una Bel-freda Gray. O un Mac, el mozo del tren tan obsequioso con los negociantes blancos. O uno de aquellos descarados estiba-

dores de los muelles de Nápoles que, aun llevando uniforme americano, no podían disponer de un fusil, y a quienes sólo se les permitía inclinarse dolorosamente bajo el peso de las enormes cajas que cargaban sobre sus espaldas. O trabajar de jornalero bajo el sol del delta o a la luz de unas antorchas. Y ser como una bestia sin gozar de la libertad que ellas tienen para mostrarse avergonzadas. O ser un asesino de la calle Beale, o un payaso danzando en un café para obtener unos peniques y mucha humillación.

Ser negro significaba vivir en una choza ruinosa o en una casa de madera parecida a una inmunda caja de huevos, y llevar o viejos zapatos demasiado grandes o un palillo en la boca. Y dormir entre sábanas sucias que más que sábanas parecen hongos. Y tener por consejero espiritual a un estafador cualquiera, un charlatán lascivo.

Prácticamente, puede decirse que no existe otra clase de negros. ¿Acaso no lo oyó de boca del médico militar, oriundo de Georgia?

Ser negro —suponiendo que todos lo supiesen, no importa lo clara que sea la piel— significaba trabajar en la cocina, siempre en la absurda cocina de los otros, o en horribles lavanderías o en fundiciones de temperatura infernal, o de betunero para que los caballeros blancos le mirasen con desdén a punto de escupirle en el rostro.

Ser negro significaba la imposibilidad —biológica, fundamental, inconvencible— de adquirir una cultura aparte de guisar, sumar y conducir un automóvil, y de conocer más filosofía que la contenida en unos absurdos libros de sueños. Y de no bañarse —por algún misterioso motivo— hasta el punto de resultar ofensiva la presencia del interesado. Más ofensiva que la de cualquier animal que, al fin y al cabo, se lava.

Significaba tener, invariablemente, desagradables maneras, y nunca ser admitido a la mesa en una mansión decente, ni a las asambleas de los sindicatos, cuyos jefes, aunque fuesen para Neil —en su calidad de concienzudo banquero— seres absurdos, tenían talento suficiente para comprender que los negros no son más que holgazanes, esquirols y espías.

Significa ser, físicamente, un animal, y, en sentido cultural, una bestia. Insensible a Beethoven y a San Agustín. Desde el punto de vista de la ética, significaba también ser un animal; incapaz de reprimir violencias y de no robar, mentir y traicionar a todos. Significaba ser exactamente una bestia. Algo así como una transición entre el ser humano y el mono.

Y significaba también saber que los hijos propios —no importa cuanto se les quiera ni cuanto por ellos se luche, ni si son rubios como Bidy— están condenados también a ser tan feos, traidores, estúpidos y bestiales como uno mismo. E igualmente los hijos de esos hijos, por siempre, eternamente, bajo la maldición de Ezequiel.

«Pero yo no soy así. Ni mi madre tampoco. Ni Bidy. Ni la vieja Julie. Somos gente honrada, corriente Debe de existir un error. No somos negros. Ni una sola gota de esa sangre corre por nuestras venas. Habrán existido dos Xaviers Pie.

»Sabes perfectamente que eso es falso, Kingsblood. Tienes la certeza absoluta de que era antepasado tuyo. ¡Maldito sea per ser negro! ¡Mi pobre y dulce Bidy!

«Perfectamente. Si Bid es negra, todo cuanto he oído contar acerca de esa raza —así como todo cuanto he oído contar acerca de judíos, japoneses y rusos— es mentira.

«Puesto que eres negro, tienes que acostumbrarte a la idea y luchar como si lo fueses.

«Pero antes tienes que saber lo que significa ser negro. Has de aprender desde el principio lo que eres.»

Tras toda esta lucha por pensar con lógica racional, surgía una imagen: la cándida y a la vez picara carita de Bidy —la pequeña duquesa de Picardia, heredera real de Catalina de Aragón— desenmascarada por un irónico vecino cualquiera para ser calificada de negra de horrible plagio de criatura realmente humana, de estúpida y obscena danzarina, de todo aquello que merece ser expulsado por la puerta de servicio.

«Ella no es así. Nosotros no somos así. Los negros no son así ¿verdad?»

El doctor Werweiss dijo a Neil que había encontrado una carta de puño y letra de Xavier Pie escrita al general Henry

Sibley, carta que le entregó seguidamente.

El papel se había oscurecido, pero la tinta no perdió color y la letra era fina y clara, indudablemente la de un hombre culto. Neil se preguntó si sería el primer hombre —aparte del doctor Werweiss, su ayudante y el propio general Sibley— que tuvo en sus manos aquella carta desde que Xavier la escribió, cien años atrás, a la luz de un candelabro o del sol norteño, sobre una mesa rústica o encima de una canoa de madera de abedul convenientemente vuelta boca abajo.

*Cuando estuvisteis aquí, mi honorable General, y tuve el privilegio de obsequiaros con un poco de pescado y de té — todo cuanto en estas soledades me fue posible hallar—, os confesé que soy de raza negra, nacido en la Martinica, aunque quizá tenga también algo —no mucho— de sangre francesa, portuguesa y española.*

*Mi esposa fue una excelente mujer ojibway, y ahora mi querida hija Sidonie ha contraído matrimonio con un francés llamado Louis Payzold.*

*Aunque me siento orgulloso de los negros —gente valiente y apasionada—, me consta que en los Estados del Sur han convertido en un infierno la vida de los hombres de mi raza, por lo cual no desearía que Sidonie y sus hijos fuesen tenidos por negros y hayan de sufrir lo que éstos sufren y vivan como las bestias. Os suplico tan sólo una oportunidad para sus hijos. Por favor, al hacer referencia a mi persona, decid en adelante que soy francés*

*Voy siendo viejo para seguir actuando en estas soledades. Casi puedo decir que he conseguido cuanto me proponía, y no me gusta pensar que mis nietos tengan que inclinarse bajo el látigo. Os ruego, honorable general Sibley, que no hagáis referencia alguna al color de mi piel ni comentarios acerca de lo obscura que es.*

*Las damas indias, a pesar de todo, admiran el tono de mi tez, y los guerreros afirman que soy el primer hombre blanco que ha pisado este suelo.*

Mes estimez les plus distingués.

—Parece un hombre a carta cabal —dijo el doctor Werweiss—. Bastante más noble que monsieur de Saint Luson u otro cualquiera de los cortesanos parisienses que atravesaron la frontera. Si su amigo el soldado tiene sentido del humor y suficiente imaginación, hasta puede que se sienta orgulloso de su antepasado.

«Es cierto cuanto dice en esa carta. Los indios sólo habían visto, en los terrenos fronterizos norteños, hombres de piel cobriza y hombres de piel blanca. Los negros como Xavier y los bongas fueron los primeros «hombres blancos» que llevaron nuestra civilización —es decir, la botella, la bomba y la Biblia— junto a aquellos infelices salvajes. Hicieron lo que Perry en el Japón, y si el resultado ha sido igualmente desastroso, no fue suya la culpa.

»La verdad es que los nombres de todos ellos son aristocráticos. Sidonie casó con un Lotus, y, a lo que parece su hijo, de quien nada sabemos, se llamó Alexandre. Nombre de rey.

Era la misma cadena que describió abuela Julie. Xavier, Sidonie, Louis Payzold, Alexandre... De hablar de esa cadena con los demás, tanto él como Bidy pasarían a ser simples eslabones de ella.

Si es que llegaba a tocar el tema.

«¡Y yo que estaba tan seguro de que Xavier tenía una barba corta y dorada! —se dijo cuando estuvo en el interior del coche interurbano que había de conducirle a Minneapolis—. ¡Yo, con mi rojo cabello, tener sangre de negro! ¿Y Bidy? No obstante, abuela Julie es bastante morena. ¡Cielos! Tener que pensar en una cosa así.

»¿Será cierto que hay hombres de color que si tienen la tez clara pasan completamente inadvertidos? Yo creo poder lograrlo. ¿Por qué he de ser tan vanidoso que imagine que Dios ha querido escogerme como mártir? ¡Valiente mártir, capaz de sacrificar a su madre y a su hijita en aras de una santa vanidad! Todo ha de quedar igual que antes. Tiene que ser así. En bien de Bidy. ¿Quién es capaz de convertir delibera-

damente a su propia madre en una pobre paria? Nadie, ¿verdad?

«Ningún hombre puede hacer *eso*.

«Pero... ¿Y si alguien más lo supiese? ¿Y si alguien adivinase que llevo sangre de negro en mis venas? Sé de un crecido número de personas del Sur que se precian de conseguirlo. Ese hombre que con tanta fijeza me mira desde el otro extremo del coche, ¿habrá comprendido que soy parcialmente negro? ¿Habrá sabido verlo todo el mundo, desde siempre?»

## CAPITULO XIV

CRUZÓ el vestíbulo de su hotel en Minneapolis con los ojos rígidamente fijos en el mármol negro y blanco del suelo. Observó irritado que era negro y blanco. Andaba con el cuidado exagerado del borracho a quien traiciona precisamente su modo de andar. Se preguntaba quién le miraría en aquel instante sospechando su origen. Wilbur Feathering, que tenía una tienda de ultramarinos en Grand Republic y había nacido en Missisipi, aseguraba frecuentemente que podía desenmascarar a cualquier negro empeñado en hacerse pasar por blanco, aunque su tanto por ciento de esa raza no excediese del 64. Si Wilbur descubría su secreto, sería espantosa la situación.

Pensó en detenerse en mitad del vestíbulo para estudiar sus manos. Recordó haber oído decir que a un negro —no importa en qué grado—, aunque tuviese la tez pálida como un narciso, suele traicionarle la media luna de sus uñas, que es azulada. Deseó intensamente poder contemplarlas. Pero mantuvo los brazos rígidamente a lo largo del cuerpo, hasta el punto de que alguien empezó a preguntarse el porqué de su actitud y hasta a mirarle con fijeza. Luego entró en el ascensor. Con total y, según él, inteligente indiferencia, apoyó una mano en la pared del ascensor para poder mirarse las uñas.

No. Las medias lunas eran tan claras como las de Bidy.

«Ahora sé perfectamente lo que siente un negro cuando para en un hotel como éste. Sin duda espera que ninguno de los importantes y orgullosos viajeros que le rodean repare en él y reaccione pidiendo al policía que le expulse. ¿Es posible aguantar esa tensión tanto tiempo?»

En la amplia e ignorada ciencia de «Ser negro», con la cual hubo de familiarizarse, Neil aprendió pronto que existe en muchos Estados del Norte —hasta en el suyo— la llamada «Ley de derechos civiles», mediante la cual se prohíbe sean expulsados del teatro, hoteles y restaurantes los hombres negros o de otra raza cualquiera. Y esa ley era cumplida al pie de la letra, exactamente igual que la de la prohibición.

Los blancos hospedados en hoteles exteriorizaban su desagrado: «¿Por qué no se quedan esos negros en los lugares que les pertenecen, junto a sus paisanos? ¿Por qué vienen a molestar dentro de un ambiente que no es el suyo?».

Pero esas personas de juicio severo nunca se habían detenido a pensar cómo podía un negro que llegase a medianoche a una ciudad extraña adivinar en dónde estaba realmente «el lugar que le pertenecía». Siempre que hubieron de sufrir la presencia de un negro durmiendo a doscientos pies de distancia de ellos, creyeron que podían contaminarse y hasta incluso perecer, por lo cual amenazaron al gerente del hotel, quien, comprendiendo que lo primero era el negocio, adoptaba para con los negros una actitud correcta pero glacial y respondía evasivamente, cuando éstos le interrogaban acerca de un posible alojamiento.

En aquella primera noche de su existencia de «negro», Neil temía que el empleado nocturno del hotel le telefonease para decir: «Lo siento mucho, caballero, pero la habitación que le hemos dado estaba reservada con anterioridad».

Sabía que eso podía ocurrir. Con bastante más certeza y convencimiento de lo que supo en otro tiempo toda la compleja y lógica etiqueta de un oficial y un caballero.

Y aunque en el refugio de su habitación parecía un hombre fuerte y erguido, él se sabía inclinado, vencido, pendiente de la consabida llamada telefónica que creyó escuchar cien veces aunque no se produjo ni una.

«De no pertenecer al ambiente de este hotel —se dijo—, tampoco en el *Borup* sería bien acogido». No es que le arrestasen por viajar en él, pero ya nunca más podría hablar en tono protector al negro Mac. Este sería ahora su tío, su superior. Y en un futuro tenebroso puede que fuese él quien aceptara el dólar que Mac, compasivo, le entregase.

A él le pertenecía viajar en otra clase de tren, junto a otros individuos, como él, leprosos. Un horrible vagón del Sur, infecto y viejísimo, para que el olor a simio de que en él se disfrutaba no ofendiese el delicado olfato, la blanca nariz de Curtiss Havock.

Todo eso pensó. Mas no por ello se atrevió a volver junto a Vestal y decirle que le había dado una hija negra.

Previamente tenía decidido cortarse el pelo en la barbería del «Swanson Grand».

Sentado ante el pequeño escritorio de su habitación, se entretenía en pasar una uña por sus dientes, deteniéndose de vez en cuando para estudiarla, pensativo. Aun suponiendo que lo de cortarse el pelo fuese cuestión que pusiera en peligro su vida, tenía que acudir sin falta a la barbería para demostrar que era *un hombre* en todo el sentido de la palabra. No estaba dispuesto a permitir que un barbero le amedrentase. Era un ciudadano y un huésped del hotel. Pagaba sus impuestos y sus facturas. Tenía tanto derecho a ser bien atendido en una barbería como cualquier hombre blanco.

Se levantó, completamente fuera de sí. Sólo que estaba furioso consigo mismo.

«¡Por todos los diablos, Kingsblood! ¿Acaso no es para ti problema suficiente ser negro y tener que confesárselo a Vestal? ¿Para qué crearte nuevos problemas? Ese barbero no tiene por qué tratarte como a un hombre de otra raza. Nadie lo hizo en treinta y un años. Deja de comportarte como un muchacho blanco que pretendiese pasar por negro. *Eres negro*. Sin remedio. Y *chippewa*. E indio del Oeste. No has de *pretender* nada. Es curioso comprobar que ahora tengo demasiada imaginación. Siempre me tuve por exageradamente práctico. Todo el mundo estaba seguro de ello.

»¿Será posible que lo que yo necesitase fuera lo mismo que puede necesitar Grand Republic, unas gotas de ardiente sangre negra?»

En cierto modo halló cómica la situación, cómico ver cómo se hundía cuanto fue en otro tiempo Neil Kingsblood. Porque un negro como él jamás podría ser un banquero, socio de un club de golf, capitán del Ejército, esposo de la digna y plácida Vestal, hijo de un dentista medio, e íntimo del arrogante comandante Rodney Aldwick. De súbito había dejado de ser todo lo que fue antes. Pero seguía existiendo. E ignoraba totalmente lo que era en la actualidad.

Que aquel segundo oficial de la barbería del «Swanson Grand» tratase a Mr. Kingsblood exactamente igual que siempre le había tratado fue cosa tan lógica que Neil apenas advirtió que mientras se preguntaba si el segundo oficial accedería a cortarle el pelo, el segundo oficial se lo estaba cortando ya. Pero ni aun bajo la soporífera rutina de las manos frescas y húmedas del segundo oficial, que se movían sin cesar por entre su pelo, consiguió Neil tranquilizarse.

El primer oficial o jefe de la barbería, la cajera, el limpia-botas negro, el segundo oficial que le atendió, ¿habrían adivinado que era negro? ¿Lo sabrían desde años atrás? ¿Esperaban el momento oportuno para amenazarle o hacerle un chantaje? ¿Estarían acechándole, riéndose de él?

—Es difícil cortarle el pelo y dominárselo, capitán. Lo tiene tan rizado...

¿Qué quiso decir? ¿Pelo rizado? ¿Crespo? ¿Pelo de negro?

¿Acaso el barbero que estaba detrás de él había guiñado el ojo al otro barbero que atendía al cliente de al lado? ¿Por qué le tiró del pelo de aquel modo? ¿Empezaba quizás a cernirse sobre su cabeza la inconcebible noche social, el oscuro invierno de los negros?

Con cuidado extremo, Neil sacó una mano para rascarse la nariz. Luego la dejó descansar sobre sus rodillas para, de este modo, estudiar de nuevo sus uñas. ¿Fue debido al reflejo de las luces de mercurio, o tenían realmente un tinte azulado las medias lunas?

Tentado estuvo de saltar del sillón y de correr hacia su habitación en busca de paz; o, mejor todavía, de volar hacia unos desconocidos amigos negros que le acogiesen con simpatía y le ofrecieran amparo y protección.

Cuando por fin abandonó el elegante sillón verde y marfil de la barbería creyó dejar la silla eléctrica. Una vez en su habitación, se dijo: «A Vestal siempre le gustó acariciar mi pelo. ¿Seguiría haciéndolo de saber qué clase de pelo es el mío? De igual color que el de mi padre en otro tiempo, sólo que él no lo tenía rizado. ¿Qué pensaría Vestal? No quiero que lo sepa.

Nunca».

Pensaba constantemente en cosas agradables a las que estaba acostumbrado y que su nueva condición de negro podía vedarle. Por ejemplo: la adoración de Bidy, el señorial Club Federal, los bailes del «Heather Country Club», las copas que allí solía tomar con sus amigos, y hasta la ocasión en que fue presidente de un concurso celebrado en aquella piscina; la fraternidad mantenida con sus compañeros de estudio, su carrera en el Banco, su amistad con el comandante Rodney Aldwick...

Repetió un fragmento de cierta copla popular que Rod Aldwick solía recitar solemnemente:

*Los recuerdos del hombre blanco son:  
el hogar encendido en el crepúsculo,  
las vacilantes luces de la noche navideña,  
y su orgullo imperial.*

¿Cuál fue su versión, qué observaciones hizo acerca de los negros?

—Vamos ilustre e imperial hombre blanco. ¿Qué opinión te merecieron? Vamos, habla...

—Pues bien, los negros son todos mala gente, traidores como Belfreda.

—¡Tonterías! Mac, el mozo, no es así. Ni yo tampoco. Y ya no estoy tan seguro de que Belfreda lo fuese.

—Todos tienen la piel oscura, la nariz chata los labios gruesos.

Se acercó a un espejo y, echándose a reír, exclamó:

—Cuántas cosas que no sabía realmente pretendía saber. Charlaba como un loro. Repetía las estúpidas palabras del doctor de Georgia... Conque los negros no son seres humanos, ¿verdad, Kingsblood? O, mejor, Congoblood? Merezco todo cuanto me está ocurriendo... y aún mucho más. Creo que Dios me ha hecho negro de repente para salvar mi alma, si es que, además de algunos libros de contabilidad y de cuatro frases del colegio, tengo un alma dentro de mí. Ahora debo decir:

«Eres ciego, mezquino e ignorante como hombre blanco». Y la frase es fuerte, aun para aplicármela a mí mismo.

—No has de tener tantos prejuicios en contra de los hombres blancos. Sin duda, muchos de ellos serían tan buenos como pueda serlo cualquiera... si se les ofreciese oportunidad de redención.

—Capitán, ¿no cree que está exagerando su alegría por pertenecer a la raza negra?

—En efecto, admito que sí.

Bajo un viejo periódico que había sobre el escritorio, Neil halló una hoja de papel con el membrete del Swanson Grand, una reproducción fotográfica del hotel y el nombre del propietario impreso en tipos característicos del 1890 todo lo cual apenas dejaba lugar para escribir, cosa que, al parecer, nadie esperaba que los huéspedes hiciesen. dio la vuelta a la hoja, sacó la pluma estilográfica de oro —digna de su trabajo en el Banco— y procedió a anotar la tabla completa de una rama de sus antepasados.

*Xavier Pie*: Posibles antepasados franceses y españoles, pero tenido por negro cien por cien.

*Sidonie, su hija*: Casada con Louis Payzold 1/2 *chippewa* y 1/2 negra.

*Alexandre Payzold, su hijo*: Padre de abuela Julia. 1/4 negro.

*Mi abuela. Julie Saxinar, ochavona* 1/8 negra.

*Mi madre, su hija ...* 1/16»

*Yo ... ..* 1/32»

*Biddy ... ..* 1/64»

—Bien. Por fin tengo *algo* interesante que comunicar a mi padre con respecto a nuestra ascendencia real.

## CAPITULO XV

ERA tarde, pero no bajó a cenar al restaurante del Swanson Grand. No se vio con ánimos de sentarse allí, preguntándose si le estarían observando. Había tenido ocasión de comprender que los negros no se limitan a la compañía de los suyos por amar exageradamente a los de su raza, sino por considerarse incapaces de aguantar a los blancos con su cara de cordero y su charla insulsa.

Enormemente asustado, tomó el camino de Excelsior y visitó la linda casita del abuelo Edgar Saxinar. Al verle entrar, el anciano caballero dijo con voz tan estridente como el chillar de su mecedora:

—Bienvenido jovencito. Ver tu alegre rostro dos veces en una misma estación no es privilegio que Se prodigue.

Fue abuela Julie la que preguntó:

—¿Qué sucede, muchacho?

Neil se detuvo en el centro de la habitación, que olía a cojines hechos con broza de pino, y quedó inmóvil. Luego preguntó en tono solemne:

—Abuela, ¿estás segura de que tus antepasados, remon-tándonos a Xavier Pie, fueron sólo franceses y *chippewas*?

—Te advertí que no hablastes de Pie —gimió Edgar.

Ella quedó pensativa. Sin duda, *lo sabía*.

—¿Estás segura de que por tus venas no corre sangre negra? —preguntó Neil en tono apremiante.

—¿Qué quieres decir, atrevido jovenzuelo? —gritó ella—. Nunca en mi vida he oído semejante cosa.

Pero su reacción fue demasiado enérgica, al igual que la cólera del abuelo Edgar. Este había dejado de ser un cómico viejo gruñón sentado junto a la chimenea. Su rostro adquirió una terrible expresión: la del hombre cruel y asesino que está dispuesto a linchar a alguien. Neil había visto anteriormente una expresión parecida en dos ocasiones: a un prisionero alemán y a un policía militar borracho. Edgar gritó fuera de sí:

—Pero, ¿qué diablos quieres dar a entender? ¿Cómo se te

ha ocurrido tan estúpida idea? Decir que tu abuela lleva sangre negra... ¿No será que estás borracho? ¿Quieres hacerme pasar por padre de unas criaturas medio negras? ¿Sostienes que son negros tu madre y tu tío Emery?

Neil siempre había sido comunicativo y cariñoso para con su abuelo, lo mismo que para todos los simpáticos ancianos que conocía. Pero en esta ocasión no demostró ser ni lo uno ni lo otro.

—Espero que no, pero quisiera saber la verdad esta vez. ¿Cuál es esa *verdad*?

El abuelo Edgar parecía haber envejecido mucho en pocos momentos, y hasta inspiraba compasión. Su apasionamiento se extinguió inútilmente.

—No debes hacer caso de historias y mentiras estúpidas, Neil. Nada de eso es cierto, y aun suponiendo que lo fuese, no es necesario que nadie se entere. Por Dios te lo pido, Neil, no volvamos a tocar el tema.

Abuela Julie dijo con acritud:

—Todo es falso, Neilly. Alguien, celoso de la felicidad de que gozábamos Ed y yo, inventó ese cuento en Hiawatha.

Era descorazonador ver a la pareja de ancianos y decrepitos anfitriones deshacerse en excusas. Neil optó por retirarse, pero no pudo evitar cierta brusquedad.

—Está bien, está bien, olvidémoslo. Y ahora... tengo que irme. Buenas noches.

Una vez en el tren que había de conducirlo a Minneapolis, murmuró para sí, encolerizado: «Estoy harto de todas estas tonterías. De *Lo que el viento se llevó* y de la página de Thomas Nelson. El amo en la vieja plantación... El amo en la glacial oficina... Espadas y rosas... Y al condenado negro unos cuantos azotes... Puesto que soy un negro... a callar. Soy un negro y basta. Nunca como ahora había necesitado tanto un buen trago.»

Pero en el bar del Swanson Grand pidió una naranjada. No se atrevió ni con un *highball*. Se preguntó si alguna vez en su vida volvería a beber uno, a pesar de que en otro tiempo fue gran aficionado a ellos. Mirando a los bebedores que esta-

ban allí presentes decidió que seguramente se convertirían en lobos, zorros y linceos si él se atreviese a contarles lo que sabía y podía contar.

Viajando en el *Borup*, camino del hogar, y ante las atenciones de Mac, hasta llegó a sentirse molesto. Hubiese deseado gritarle:

— ¡Vamos, déjate de tonterías! Soy de los tuyos.

La obsequiosa carcajada con que Mac acogía los chistes de dudoso gusto de Orlo Vay, de Grand Republic —excelente persona cuando se limitaba a ocuparse de gafas—, llegó a exasperarle.

Neil hubiese deseado preguntar a Mac: «¿Cómo puedes soportar las sandeces que salen de la cochina boca de un blanco? Nosotros, los de nuestra raza, hemos de tener dignidad.»

El hecho de que veintiocho horas de vivir su existencia de «negro» fuesen una pobre experiencia para permitirse aconsejar el modo de comportarse a los hombres de su raza, no se le ocurrió hasta que estuvo de vuelta en el hogar.

Por regla general, cuando sufría alguna contrariedad e intentaba a toda costa disimularla, Vestal adivinaba en seguida la verdad. No obstante, aquel día, cuando entró en su casa gritando: «Tu marido ha comprado todos los Bancos de las dos ciudades» y cuando la besó y acarició el pelo de Bidy como joven y cariñoso esposo que era, ella nada sospechó.

—Me alegro de que hayas tenido buen viaje —se limitó a decir—. Es maravilloso pensar que ha terminado la guerra, ¿verdad? ¿Te ves con ánimos de soportar esta noche una partida de *bridge* en casa de Curtiss Havock?

—Pues claro.

Curtiss, el hijo de Boone, sería el primero en desenmascararle.

No llegó a ninguna conclusión definitiva porque ni siquiera pudo decidir la cuestión primordial. ¿Diría la verdad al mundo? ¿Se la diría siquiera a Vestal?

Si se callaba, probablemente nadie llegaría a saber nada, exceptuando naturalmente a sus abuelos Edgar y Julie, quienes serían los primeros interesados en no hablar. En cuanto al

doctor Werweiss era bastante inverosímil que relacionase a Pie y a los Payzolds con los Kingsblood. Sólo él podía ser su propio acusador. Este acusador llegó a ser tan tenaz algunas veces, que Neil estuvo tentado de gritar: «Pues sí, es cierto. Soy negro... en parte. ¿Acaso me han tomado por un Judas, capaz de renegar hasta de la raza de su madre?»

Mas siempre que se decidía por actitud tan heroica y definitiva, un espíritu más cínico que él gritaba burlonamente en su interior: «¡Vaya, vaya con el valiente capitán. Conque el pobrecillo quiere desafiar al mundo... ¿Es que vas a permitir que un puñado de policías del Sur, de ojos inexpresivos y rojos puños, te cojan en sus garras sin ninguna necesidad sin que remedies nada con ello, sin que nadie lo exija de ti? ¿Quieres convertirte en un mártir de cartón?»

En tan horrible estado de ánimo, pensando que su vida era un infierno, Neil hubo de hacer una visita de inspección a la oficina de la Asociación de ex combatientes instalada en el Banco. Mr. John William Prutt se acercó carraspeando ligeramente. Mrs. John William Prutt —de expresión austera y senos que habrían sido voluptuosos de no pertenecer a dama tan cristiana como ella— le seguía.

La dama murmuró:

—Me parece que usted y Mr. Prutt cometen un error. La decoración de esta oficina no debería ser tan severa. Espero que sepa usted que a mí no me gusta meterme en los asuntos del Banco (sé de muchos matrimonios desunidos porque la esposa se empeñó en hacer eso, aunque animada por excelentes intenciones), pero es que... estoy segura de poseer un magnífico instinto para la decoración. También sé que muchas mujeres presumen de eso y que hablan estúpidamente «de unas cortinas que hacen juego con el malva del diván», pero es que yo... estoy realmente convencida de que lo poseo. Además..., serán muchos los ex combatientes que vengan aquí con sus novias, esposas o lo que sea, y a ellas les gustaría una brillante nota de color. Por ejemplo, unos deliciosos cojines amarillos en ese banco. Algo primaveral y encantador. Creo que el detalle es de la máxima importancia. ¿Usted no? Uno

de esos detalles que tan a menudo se olvidan, pero que son realmente definitivos.

Luego habló Mr. Prutt en tono jovial y alegre, aunque con cierto deje avinagrado.

—Bueno, Neil, no es necesario que dé usted la razón a mi esposa. ¿De veras cree que ese detalle puede ser importante?

—No creo estar capacitado para definir lo que en realidad es importante o no, Mr. Prutt — dijo Neil.

«¿Qué dirían ellos si les revelase lo que sé?»

Esa frase, «¿Qué dirían ellos si les revelase lo que sé?» le asustaba, le deprimía y hasta le tentaba de manera diabólica siempre que estaba en presencia de Wilbur Feathering quien, aunque nacido en el Sur, se había reconciliado con el sistema comercial del Norte y hasta cantaba *Entrando las Gallinas* con música de *Dixie*. Igual le ocurría cuando, en el Club de Tenis de Sylvan Park, oía hablar a W. S. Vander, el negociante en maderas; a Cedric Staubermeyer, que trataba en alfombras y era antisemita por excelencia o a Orlo Vay, el óptico político, que decía de vez en cuando que «nuestras libertades americanas, tales como masticar tabaco y cobrar a los clientes lo que se nos antoje, amenazan actualmente ruina».

Todos ellos eran excelentes vecinos, dispuestos a prestar a Neil la segadora mecánica para el jardín o una botella de ginebra. Buenos clientes del Banco, también. Todos se preciaban de ser serviciales y corteses. Pero todos practicaban la ley de Lynch con distintas variantes. Todos «habían creado una industria floreciente gracias a su esfuerzo personal, y no estaban dispuestos a dejarse vencer por un afecto sentimental hacia la pandilla de vagos que trabajaban a sus órdenes, si ese afecto podía interponerse entre ellos y la conservación de cuanto tenían».

En este caso, no era tan difícil adivinar lo que diría su auditorio si Neil les revelaba lo que sabía.

Vestal se había ido a dormir. Estaba solo en el porche y en la noche de mayo, agitándose inquieto en el sillón de mimbre tapizado de cretona e intentando leer un artículo acerca de *El empleo de los documentos de embarque en Créditos Inter-*

*nacionales, dada la temporal estructura financiera de la postguerra.* Era magnífico y estaba muy bien escrito. Lo ilustraba una fotografía de la Bolsa parisiense. Pero Neil lo dejó a un lado. Decididamente lo apartó de su vista y se dejó conquistar por la paz que le rodeaba.

Contempló el amplio vestíbulo, la hiedra que cubría el enrejado de la puerta y la coctelera de cristal y níquel que había sobre el pequeño bar verde. Creyó ver el rastro sereno de Vestal reposando sobre la almohada. Y a Biddy hecha una bola dorada. El mes próximo, Biddy cumpliría cinco años, y estaba empeñada en saber por qué no iba a ser mayor de edad para poder votar. Tenía la intención de votar por su padre como candidato a la Presidencia, y no se dejó convencer por el frívolo comentario de mamá, que había dicho: «No, nena, papá es demasiado guapo para llegar a Presidente».

Toda esa dicha sencilla...

Algún día se traicionaría con una frase, con algo que un Wilbur Feathering, por ejemplo, recogería. Quedaría deshonrado y perdería su modesto bienestar, el hogar que tanto amaba y al que Vestal daba vida. Creyó hallarse ante un grupo de crueles revendedores de muebles y de varios vecinos reunidos en torno a su hogar, en espera de comprar sus muebles a bajo precio, mientras Vestal y Biddy, vestidas de negro, lloraban... Exactamente como una viuda y una huérfana de la época victoriana.

«No. Viviendo, conservaré nuestro hogar. Parece que esté representando un anticuado melodrama. Pues bien, me gusta el melodrama.»

Entonces, inesperadamente, le asaltó la idea de que era muriendo como mejor podía conservarlo. Desde una tumba fría nada podría decir para traicionarse. Como todo hombre de negocios de Sylvan Park, Neil tenía un buen seguro de vida. Debía de existir un medio de suicidarse sin ser descubierto. Por ejemplo, un coche que avanza a gran velocidad y que se incendia...

La jornada en el Banco fue dura y difícil. Estaba harto de Prutt y cansado como nunca a fuerza de imaginar lo que podía

llegar a ocurrirle. Si pudiera desaparecer sin estridencias, dejando asegurado el futuro de Bidly.

Se echó a reír.

«Según parece, estoy aprendiendo muchas cosas. Yo solía despreciar a los individuos que durante la última crisis se arrojaron por la ventana, pobres hombres blancos que no saben vivir sin tener por lo menos dos chóferes a quienes maltratar. En cambio, nosotros, los negros, no hacemos esas cosas.»

De nuevo se echó a reír. Su risa no fue afectada. Porque no reía para nadie, ni siquiera para sí mismo.

Randy Spruce, Secretario Supremo de la Cámara de Comercio de Grand Republic, era gran amigo de Wilbur Feathering, quien, aunque nacido en Stote, Mississipi, en una colina de roja arcilla, era ahora ciudadano de Minnesota y entusiasta del esquí, deporte que, aunque no practicaba actualmente, parecía haber inventado. Mr. Feathering era fundador y presidente de la «Compañía Abastecedora del Hogar, Comidas Rápidas»: platos calientes al momento; se sirve de todo, desde un bocadillo a un banquete; facilitamos mantelería y cubiertos si es necesario; avisarnos por carta o bien por teléfono. Frases todas de Wilbur Feathering. Las comidas que servían no estaban mal, los beneficios eran cuantiosos, y él se había hecho popular en todo Grand Republic, excepto entre aquellas personas a quienes le molestan los odios de razas y los ruidos que pueden hacerse con la boca

Había sido muy útil a la Cámara de Comercio con sus ideas. Randy Spruce decía a menudo: «Según afirmo con frecuencia, un hombre de mi posición se convierte en protector profesional de toda empresa ambiciosa. Nuestra moderna vida americana tiene hoy en día curiosas ideas acerca de la industria en general. Acostumbro a hacer algo más que sentarme a leer revistas o a oír los comentarios de la radio. Nunca me niego a escuchar las ideas que pueden exponerme personas de la clase humilde, como un polaco o un obrero de cualquier sindicato...»

Randy se alegró de que fuese uno de los Featherings de

Stote quien le ofreciese una brillante idea para solucionar el problema de los negros.

Indirectamente, Neil tuvo ocasión de conocerla, cierto día en que Randy formó parte de un comité de nueve individuos reunido para ocuparse del triunfal recibimiento que la ciudad preparaba a los ex combatientes que volvían a sus hogares.

Randy dijo muy excitado:

—Naturalmente, han condecorado a algunos negros, pero no podemos permitir que desfilen junto a los héroes blancos.

—¿Acaso los soldados negros no pueden ser héroes también? —preguntó el doctor Norman Kamber.

—De ningún modo, ¡qué diablos!... —exclamó Randy—. Según afirmo con frecuencia, todos los soldados negros son rebeldes y cobardes. El Alto Mando decidió repartir algunas medallas entre ellos para evitar que se amotasen, en cuyo caso no habría tenido más remedio que fusilarlos en masa. Así me lo refirió un coronel. Pero Wilbur Feathering me ha dado una excelente idea: la de preparar otra recepción por separado, para los negros, en la calle Mayor. Habrá desfile, fuegos artificiales y banderines. Algún diputado estúpido, como, por ejemplo, Oberg, pronunciará un discurso. Les diremos que no quisimos que se confundiesen entre la masa de camaradas blancos, y que por ello les rendimos honores especiales. Los negros son tan idiotas que seguramente nos creerán.

—¿Todos los negros son idiotas? —se empeñó en saber Neil.

—Todos.

—¿Y los otros, los que lo son sólo parcialmente?

—Muchacho, según afirmo con frecuencia, el hombre que lleva en sus venas una sola gota de sangre negra es un fracasado. No tiene facultad de crear, ¿comprendes? Supongo que no crearás que un perro de circo es inteligente porque su dueño le ha enseñado a montar en bicicleta y a simular que está borracho como un colegial. Por tal motivo, sostengo que un negro no puede desempeñar cargos de responsabilidad. Doctor, puede llamarme embustero si acierta usted a nombrar algún negro que pudiera ser senador de los Estados Unidos.

—Hiram Reveis o B. K. Bruce —respondió el doctor Kamber.

—¿Cómo dice? ¿Por qué cree que esos negros pueden llegar a senadores?

—El caso es que *lo han sido*.

—¡Oh!, ya entiendo... Pero eso ocurrió durante la Reconstrucción. Feathering me lo ha explicado. Dice que los negros que poco antes habían sido esclavos estaban acostumbrados a trabajar y a obedecer. Pero desde entonces, con toda esa historia de la libertad, los individuos de piel oscura son intelectualmente un cero a la izquierda. Y no hablemos de su moralidad. Actualmente no hay ni uno digno de desempeñar cargo más importante que el de conserje de cualquier ayuntamiento.

Neil pensaba entre tanto: «Es inútil. Nunca se lo diré a nadie. Está decidido. Será sencillísimo.»

## CAPITULO XVI

EL día 12 de junio fue pródigo en brillantez, en lilas y en hojas nuevas, tal como era de rigor. Porque el 12 de junio cumplía Bidy cinco años. Fue un digno día de cumpleaños para la blanca damita del traje blanco y las blancas flores, rodeada de blancas criaturas que la admiraban y admiraban sus nuevos patines y el teatro de juguete blanco y dorado.

Neil regresó temprano. Media docena de niñas y cuatro chiquillos —cortesés, a pesar de su continuo griterío— de la misma edad de Bidy, jugaban al escondite en el patio, alrededor del estanque de los peces, que era de cemento, y del teatro de Bidy, que era de tablas blancas cubiertas de enredaderas. Todos los niños allí presentes, especialmente Peggy Havock, querían a Neil. Empezaron a saltar a su alrededor, gritando:

— ¡Oh, señor capitán Kingsblood! ¡Oh señor capitán Kingsblood!

Vestal —encantadora, esbelta— salió entonces de la casa. Vestía un traje largo de color verde salvia con cinturón dorado, y era portadora del pastel típico en la festividad que se celebraba, espolvoreado de azúcar con la siguiente inscripción de huevo batido: «A nuestra Bidy-5.» Las seis velitas rosadas (una de ellas muy pequeña porque tenía que crecer) lucían erguidas, firmes, en la tranquila y dichosa tarde estival.

Antes de aceptar el pastel la histriónica Bidy desapareció un momento en el interior y volvió a poco con la corona dorada del día de Navidad sobre las sienas. Pero, aunque insistió en ser reina, fue sin duda una soberana constitucional y democrata, pues cortó el pastel y distribuyó sus pedazos con justicia real. Neil la miraba actuar, recordando que no hacía muchos días la creyó de sangre real. Era evidente que la tenía. Pero, ¿de quién la heredó? ¿Del viejo y lascivo Enrique VIII, o de Xavier Pie soberano de la selva?

Bidy se acercó a él. Sus ojos parecían dos brillantes que irradiasen reflejos de dicha. Se alzó sobre las puntas de los

pies para abrazarle por la cintura.

—Papá, no recuerdo haber tenido un cumpleaños tan feliz. ¿Serán así de felices todos mis demás cumpleaños?

El la besó con brusquedad.

*Príncipe*, el antiguo *Negro*, que había llegado a suponer que era su cumpleaños lo que se celebraba y creía un deber social dar la bienvenida a sus amiguitos ladrando y empujándolos, se acercó a Bidy e histéricamente empezó a lamerle la cara hasta hacer que rodase por el suelo su corona, quedando muy satisfecho de su hazaña. Bidy olvidó su dignidad real para gritar:

— ¡Eres un perro viejo y malo! ¡Estate quieto! ¡Sé bueno, si no quieres que te eche de mi castillo! ¡Malo, más que malo! ¡*Negro*!

Oyéndola, Neil se exasperó.

El doctor Ash Davis se acercó al escritorio que Neil ocupaba en el Banco. El doctor Davis era negro. Tenía la tez del color oscuro de las hojas secas de otoño cuando brillan al sol. Neil había oído decir que, por desagradables exigencias de la guerra, el laboratorio experimental de la Wargate hubo de contratar los servicios de un tal Davis —desde luego, un buen químico—, doctor en Ciencias, que estudió en la Universidad de Chicago, pero que, a pesar de todo, no pasaba de ser un simple negro. El hecho demostraba plenamente (todos los asistentes a la cena del Boosters Club se pusieron de acuerdo sobre el particular) la terrible escasez de hombres que se sufría. Quedaba aún por decidir si el esfuerzo de la postguerra, contribución obligada para todos, podía justificar un precedente como ése, es decir, el ofrecer la colocación de un blanco a un infeliz de piel oscura. Sólo Dios sabía cómo podía terminar el asunto.

¡Oh, sí! Neil había oído hablar de Ash Davis.

Por primera vez en su vida se fijó en un negro. Nunca había mirado así a Belfreda, ni a Emerson Woolcape, su compañero de estudios en la Universidad, ni a Mac, ni a los soldados negros. Nunca *se fijó* en ellos. No hizo más que mirarlos con la impaciencia consiguiente, como el que está en Arabia y

busca un rótulo en inglés, francés u otro idioma igualmente «humano» y halla sólo una absurda inscripción en árabe. Tampoco se fijó nunca en aquellos negros que le visitaban en el Banco para arreglar determinados préstamos. Para él fueron... manos oscuras que sostenían papeles, voces oscuras y exageradamente serviles.

Ahora, al fijarse en Ash Davis, no vio en él a un hombre de color, sino, por el contrario, a un hombre encantador, un hombre de mundo y al parecer cultísimo. Se hizo esa pregunta que suele uno hacerse tan a menudo: «¿Dónde lo he visto antes de ahora?» Pronto comprendió que tenía ante él al capitán Tony Ellerton, el del transporte militar, el único de sus amigos que ignoraba lo que es la envidia. Un Tony de tez bastante más oscura.

El doctor Davis tendría unos cuarenta años. Era delgado y fuerte, muy tranquilo, y no precisamente alto. Llevaba un bigotillo negro que en él no resultaba afectado. La expresión de sus ojos era prudente. Vestía como cualquier acomodado hombre de su profesión, pero llevaba una larga americana gris de corte europeo. Si Neil hubiese sido un Sherlock Holmes, por el acento de Davis habría adivinado inmediatamente que éste pasó su infancia en Ohio y luego tres años en Francia, Inglaterra y Rusia. También que había conservado la amistad de sus parejas de tenis, sus profesores de piano y sus compañeros de laboratorio. Mas Neil sólo sabía que el doctor Davis hablaba clara y agradablemente, al estilo de Rodney Aldwick, sólo que con mayor corrección.

En suma, se hizo la siguiente reflexión: «Este Davis es un hombre estupendo. Yo ignoraba que existían negros como él. Pero, claro, ¿cómo podía saberlo si nunca tuve oportunidad de conocer a uno?»

(A decir verdad, pocos meses atrás, Neil se había sentado frente al doctor Ash Davis en un autobús y le oyó hablar con un negro de alta estatura que llevaba cuello de clérigo, sin fijarse especialmente en uno ni en otro.)

El doctor Davis dijo que había ido a verle para pedirle un favor.

Terminada la guerra, cientos de negros serían despedidos de las fábricas de la localidad. Los dirigentes de la Comunidad de Negros trabajaban, en colaboración con la Liga Urbana, para convencer a las casas comerciales de la localidad de que les empleasen. ¿Podía el Second National colocar a uno o dos negros en sus oficinas? Disponían de un buen número de hombres cultos que estudiaron comercio y que durante la guerra fueron oficinistas y tenedores de libros. ¿Qué opinaba Neil de este asunto?

—¿Por qué acude a mí precisamente? —preguntó Neil nervioso—. Me gustaría complacerle, pero... sólo soy auxiliar de cajero.

Ash Davis sonrió amable y amistosamente.

—El doctor Norman Kamber, buen amigo de mi raza, me aseguró que es usted un ser humano, pese a su oficio de banquero. Temo que esto no sea un cumplido.

—Lo es en boca del doctor Kamber. En fin, veremos lo que puedo hacer. Me ocuparé del asunto.

Por todos los medios procuró retener al doctor Davis para gozar de su conversación. Necesitaba intensamente hablar con alguien capaz de comprender *aquello* en que se había convertido. Las ideas que nacieron tímidamente en los abismos de su imaginación cobraban repentina fuerza y vigor ante la clara y brillante presencia de Ash Davis.

«Este individuo parece un hombre magnífico, y, sin embargo, se ve obligado a suplicar a los hombres blancos una oportunidad para los de su raza —pensó—. Me indigna que tenga que mostrarse tan obsequioso con un pobre empleado de Banco. Vale mil veces más que yo. Bien, Kingsblood, ahora, puesto que reconoces la superioridad de otros, se te depara una gran oportunidad.»

Habló tanto como pudo del problema de la colocación de los negros. Pero dudó entre decir «negro», «hombre de color» o bien... ninguna de las dos cosas. El doctor Davis se levantó para despedirse, y por segunda vez en su vida, en esta tierra en donde tantas manos se estrechan, Neil estrechó la de un negro. (La primera fue la de Borus Bugdoll.)

Y no pareció sufrir por ello vejación alguna.

Recurrió a toda su diplomacia para decir a John William Prutt que, como quiera que tenían varios prósperos clientes negros y podían tener más en el futuro, tal vez fuese prudente tomar uno o dos empleados de esa raza en la oficina. Prutt le miró con aire compasivo y dijo:

—Me alegro, muchacho, de que adoptes una actitud tan liberal con respecto al problema de los negros. Ansío ver el día en que éstos puedan recibir una educación decente y sean considerados como obreros de la raza blanca... en sus tierras del Sur. Porque no pertenecen a esta tierra, lo mejor que por ellos puede hacerse es dejar que se mueran de hambre, por si de este modo les entra en la dura mollera que deben vivir en el Sur. Además, nuestros clientes protestarían enérgicamente.

Camino del hogar, decidió entrar en casa de su padre para tomar un *cocktail*. El comunicativo caballero le preguntó:

—¿Sabes algo nuevo acerca de nuestra ascendencia real, Neilly?

—Puede que sí, papá.

Aquella noche, y por ley del contraste, pensó en el doctor Ash Davis, precisamente durante la fiesta que dio Rod Aldwick para celebrar su vuelta al hogar. Una fiesta presidida por el propio Rod, ya que nadie hubiera podido superarle como anfitrión.

El comandante Rodney Aldwick, del Cuerpo de Tanques, en su vida privada abogado y hombre de negocios graduado en Princeton y en la Escuela de Leyes de Harvard, hizo sus prácticas militares en la Guardia Nacional. Era alto y delgado, tenía la piel curtida por el sol y llevaba el cabello cortado al estilo prusiano. Era un soldado, un caballero aventurero, un halcón, un lince, un héroe. Para Neil, cinco años menor que él, Rod había sido «su héroe» en sus tiempos de estudiante. Rod podía resolver sus problemas de álgebra, corregirle un paso de tango, mostrarle en qué punto de Lago Squaw Muerta estaba el mejor sollo, enseñarle los trucos del *hockey*, ayudarle cuando hacía la guerra a polacos e italianos, consolarle cuando Ellen Havock le dio calabazas, prestarle quince centa-

vos, y explicarle el misterio de los impuestos y el de la Santísima Trinidad. Y también por qué los hombres decentes, como sus respectivos padres, nunca votaron por la candidatura de los demócratas. No es que Rod hubiese hecho por Neil todos estos actos heroicos —Neil siempre supo defenderse en la vida—, pero éste tenía la absoluta seguridad de que los habría hecho si él se lo hubiera rogado.

En sus días de estudiante en el Este —según Neil tuvo ocasión de saber a pesar de estar lejos de su amigo—, Rod demostró ser tan brillante orador como excelente jugador de polo, y aunque frecuentaba los bares de Nueva York y juraba y tenía frases ingeniosas, nunca sedujo más que a muchachas de familias que estaban por debajo o por encima del chantaje. Con su habitual y humorística claridad de expresión, típica en él desde su primera juventud, solía decir: «Cuando haya de formar parte del Senado, ningún pequeño bastardo estorbará mi carrera.»

No vivía actualmente en el amable vecindario de Sylvan Park, sino en la casa inmediata a la habitada por el doctor Roy Drover en plena grandiosidad de Ottawa Heights. Disfrutaba a la sazón de un permiso. Era una romántica figura de la guerra, aficionado a vestir de uniforme, pero elegantemente. Para recibirle con todos los honores, la ancha escalera de roble de su espacioso hogar fue convenientemente encerada; su colección de jarros y de cristal, recién lavados, resplandecientes, estaban llenos de narcisos. Tras un biombo chino rescatado de las indignas manos de los alemanes, un cuarteto tocaba *Delius* y *Copian*. Era la primera cálida noche de estío de que disfrutaban en esas tierras norteñas. Los caballeros vestían *smoking* blanco (bastante frío que estaban pasando), y las damas —la flor y nata de la sociedad femenina del lugar— traje también blanco y mantón.

Rod iba de un lado a otro, como pudiera hacer un candidato a la Presidencia, admirándolo todo. Al ver a Neil y a Vestal, se limitó a decir:

—Por fin. Ahora sí creo estar realmente en mi hogar. Neilly, me han referido con cuánta valentía soportaste la desgra-

ciada circunstancia de tu herida. Por cierto que fue en Europa, y un puñado de hombres valientes quienes me hablaron de ti. En seguida respondí: «Ese muchacho es mi mejor amigo y estoy muy orgulloso de él.»

Neil se hinchó de orgullo. Le molestó que el doctor Drover dijese pensativo momentos después:

—Parece que Rod piensa dedicarse a la política cuando salga del ejército, y busca para ello popularidad.

Janet, la esposa de Rod, era un poco más alta que Vestal, iba un poco mejor vestida y entendía un poco más en caballos. El hijito y la hijita de Rod eran tan correctos y decorativos como su espaciosa mansión. Neil decidió que en aquellos momentos estaba en el ambiente que le pertenecía. Cuando Rod abandonase su actual actitud —parecía un primer secretario de embajada en funciones— charlarían largamente, evocarían preciosos recuerdos de cuando eran niños, jugaban al *base-ball* y bebían cerveza ocultos en el guardarropía del colegio en donde estudiaban.

Neil llegó a la conclusión de que eran dos caballeros, dos oficiales, dos hombres de negocios responsables de sus actos, luchando juntos en pro de los altos ideales y las necesidades de América.

Si pensó en Xavier Pie fue sólo... como un fantasma persiguiendo a otro fantasma. Ash Davis pasó a ser «un individuo que trabajaba en un laboratorio».

El capitán Kingsblood hizo al comandante Aldwick, la siguiente y arrogante pregunta:

—¿Viste actuar a un regimiento de soldados negros? Yo no tuve ocasión.

—Claro que sí... Había un pelotón de soldados negros en nuestro Cuerpo de Tanques. Eran gente horrible. Indisciplinados y rebeldes. Teníamos que alejarlos de nosotros en cuanto empezaba el combate. Uno de los sargentos era comunista declarado. En lugar de obedecer, se entretenía mandando absurdos mensajes al Estado Mayor por medio de algún poco escrupuloso ordenanza. Con ellos sólo lograba rebajar la moral de las tropas. Se quejaba de que los negros fuesen separa-

dos los unos de los otros y destinados al Cuerpo de Transportes o al de Cruz Roja. De habernos sido posible, te aseguro que ese caballero negro no habría vuelto a su hogar en esta dulce tierra de la libertad.

De repente, Neil sintió indignación. Los soldados negros no eran así. «Y el sargento rebelde a quien tan a gusto habría suprimido Rod, podría haber sido perfectamente yo mismo», se dijo Neil.

Al despedirse de Rod, su actitud no pudo ser más correcta.

## CAPITULO XVII

Y puesto que no podía creer que la mayor parte de los hombres de su raza fuesen tal como Rod Aldwick los había descrito, tenía forzosamente que averiguar cómo eran en realidad. ¿Dónde encontrarlos reunidos? ¿En un cinematógrafo? ¿En la iglesia?

Debía de haber una iglesia para negros en Grand Republic, ya que había en el lugar unas dos mil personas de esa raza. Lo lógico era pensar que los negros van a la iglesia. (Su madre bien iba...)

Un día, mientras se hacía limpiar los zapatos en el tocador del Hotel Pineland, miró con más amabilidad que de costumbre al viejo Wash, el limpiabotas, que no se llamaba Wash sino George Gray y era hombre de avanzada edad, corta estatura y paciencia infinita. Era el negro a quien más alababa Randy Spruce. Decía de él «que sabía mantenerse siempre en su sitio y quitarse la gorra para saludarnos a nosotros, los blancos». Era también abuelo de Belfreda Gray.

Inclinado, encogido hasta parecer una araña, el viejo Wash —más pardo que negro— parecía intimidado. Alzó los ojos un instante para mirar a Neil, y entre sus confusos recuerdos buscó alguna desagradable anécdota sobre Belfreda. Luego, con una risita, exclamó:

—Señor capitán, hizo usted bien despidiendo a Belfreda. No tiene remedio. Es una desvergonzada. —Se echó a reír otra vez antes de añadir—: Se acuesta con todos los negros de la ciudad. Estos jóvenes del Norte son difíciles de manejar, señor.

Neil, con afabilidad digna de un joven príncipe, respondió:

—¡Oh! Después de todo, Belfreda no es mala. Lo que ocurre es que... es joven. Y nada más. Oye, Wash, yo. ¿Dónde está la iglesia a la que asisten los de tu raza?

Wash se puso rígido y le miró con expresión amarga. Un velo de tristeza empañaba sus ojos. Olvidó hasta el típico

acento de los negros, para inquirir:

—¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría verla.

—Pues a nosotros no nos gusta que los blancos se rían de nosotros... mientras rezamos.

—No es esa mi intención, Wash, te lo juro.

—¿Qué otra intención puede tener?

—Quisiera comprender a los tuyos, conocer el sector de la ciudad en que vivís.

—No nos gusta que la gente vaya allí a curiosear.

—Iré yo solo. Espero que sabré comportarme correctamente.

Neil no se había dado cuenta de que en aquellos momentos, ante el venerable anciano de su raza, había adoptado una actitud casi humilde. Wash refunfuñó:

—Está bien, señor. Hay cuatro o cinco iglesias, pero puede visitar la baptista de Ebenezer, la iglesia del reverendo Brewster, en Cinco Puntas, calle Mayo, Avenida Omaha. Es a donde yo voy. Todos consideramos al reverendo Brewster un hombre admirable.

Neil tenía una vaga noción de que el barrio negro de Grand Republic era conocido por Cinco Puntas, y de que la calle Mayo era su centro vital. El Banco tenía allí algunas hipotecas, y aunque pasó por la referida calle en alguna ocasión, lo hizo distraído, sin fijarse en nada. Nunca oyó hablar del reverendo Brewster; por ello, y con su característica jovialidad de hombre blanco, preguntó a Wash, que de nuevo limpiaba sus zapatos:

—Brewster es apellido completamente yanqui. Demasiado yanqui para un sacerdote negro.

—*Es yanqui.*

—¡Oh!

—Sí. Y eso que llaman... doctor en filosofía.

—Querrás decir doctor en teología.

Pero Wash, recobrando de súbito el típico acento de los de su raza, insistió con humildad:

—No, señor. Es doctor en filosofía. Graduado en la Uni-

versidad de Columbia de Harlem.

—Davis *también* es doctor. Dime, ¿acaso son doctores *todos* los habitantes de la calle Mayo?

—No, señor. Algunos no servimos para eso.

El hombre blanco que todavía latía en el interior del capitán Kingsblood se preguntó: «¿Estará burlándose de mí este condenado viejo?»

Había dicho una mentira a Vestal.

Dijo que aquella mañana de domingo de junio iba a comer con un grupo de ex combatientes del South End. Recordando las mentiras inventadas el día que visitó la Sociedad Histórica, llegó a la conclusión de que se había convertido en un perfecto embustero.

Fue hasta Cinco Puntas en autobús, y luego echó a andar en dirección Oeste, por la calle Mayo. Era ésta como cualquier otra calle —centros de la vida comercial de la clase media—, con tiendas instaladas en modestos y vistosos edificios y rótulos deficientemente pintados. En la manzana comprendida entre las avenidas Denver y Omaha había dos droguerías, que no se diferenciaban mucho de las de Sylvan Park, repletas de tesoros domésticos. También allí vendían botellas de agua, libros de misa, aspirinas, regaderas y montones del *Sunday Frontier Banner*. El «Antiguo Colmado Inglés», la «Casa de la Electricidad», con sus «radios reparadas» en el escaparate, todo contribuía a recordarle la ciudad anglosajona llamada Grand Republic. Y lo mismo podía decirse del Mercado de carne de Lustgarten, instalado en un antiguo edificio cuya fachada había sido cuidadosamente renovada en la parte baja, pero que en la parte superior estaba sencillamente blanqueada. A pesar de lo cual, todo lo que le rodeaba dejó de parecerle familiar en cuanto comprobó que en la acera repleta de público no se veía ni un solo rostro blanco.

Ante varias puertas cerradas —sobre las cuales se leía la siguiente inscripción: «Camas, 75 centavos»— había grupos de fornidos obreros negros. Casi todos ellos hablaban el dialecto del sur, tan cerrado que Neil apenas logró entender lo que decían. Vio a un muchacho —sin duda alguna, un verda-

dero crápula— que lucía un atrevido atavío: americana deportiva amarilla, pantalones azules, zapatos de puntera afilada y amplio sombrero negro ribeteado de blanco También vio a una pareja que, del brazo, paseaba cantando por en medio de la calle. Y a una vieja negra cuya figura parecía salida de un anuncio de publicidad. Su redondo rostro de ébano sonreía con picardía bajo un pañuelo negro y amarillo.

Luego, al mirar hacia un cercano callejón, vio que tras unas lindas casitas estucadas, rodeadas de pequeños y cuidados jardines, había algo así como un arrabal de salvajes. Jamás creyó que podía existir semejante cosa en los civilizados estados del Norte. Chozas... Una detrás de otra, hasta formar tres hileras en la parte central. Verdaderas casetas de perros completamente torcidas en las que un can que se preciase no hubiese querido dormir. Un tubo de hierro de dos pulgadas que sobresalía del tejado servía a cada una de ellas de chimenea. El terreno libre entre una choza y otra era sólo un confuso montón de pollos, perros y desnudos chiquillos de piel obscura. El espectáculo le asustó.

«¿Y si me volviese negro de verdad y tuviera que traer a Vestal y a Bidy a este lugar?»

Pero al pasar ante el Bar B-Q, de la calle Beale, y contemplar la obscura nube de negros que a través del empañado cristal de una ventana miraba con odio al hombre blanco que merodeaba por allí, se convenció de que eso no podía ocurrir.

Al llegar ante el Club nocturno llamado «Jumping Jive», que pertenecía al amigo de Belfreda, el irónico Borus Bugdoll, capaz de burlarse de los Kingsblood en la propia cocina de su hogar, se detuvo. En otro tiempo, el edificio debió de ser un almacén. El cristal del escaparate estaba ahora parcialmente cubierto de purpurina y decorado con pifias plateadas y cintas de color verde chillón. Todo ello servía de marco a la fotografía de una muchacha, una bailarina negra casi desnuda.

En esa calle, Neil se sintió más forastero que en Italia durante la guerra. Decidió que todos aquellos rostros sombríos, todas aquellas destartaladas paredes, le odiaban y le odiarían siempre. Pensó que quizá era preferible volver al hogar.

Pero todo esto ocurrió en el espacio de cinco minutos. Al llegar el que hacía seis, se deshizo el hechizo y Neil comprendió que se hallaba entre personas que, aunque de piel oscura —como si hubiesen recibido más generosamente la caricia del sol—, eran como cualquier otro grupo de americanos de la clase media, camino de la iglesia.

Eran los feligreses del doctor Brewster que gozaban del semanal rato de chismorreos que precede al toque de la campana del templo que les obliga a entrar. Hombres perfectamente afeitados y plácidos, vestidos con el traje dominguero que la generalidad de la gente suele llevar ese día. Mujeres, madres... Unas, delgadas y nerviosas; otras, frescachonas y alegres. Todas hablaban de los hijos que servían en el ejército. Chiquillos extrañamente limpios —como domingo que era— y bastante incómodos con los zapatos demasiado apretados. Niñas que lucían dominical esplendor. Personas mayores, cuyo rostro traicionaba el paso de los años. Inocentes criaturas que aun no se oyeron llamar negros y que se comportaban, por lo tanto, sólo como chiquillos.

Las voces de una media docena de individuos nacidos en el norte sonaban como las de no importa qué otros individuos de Minnesota. Y aunque miraron a Neil con cierto recelo, no le hicieron sentirse un intruso como ocurrió con los irónicos haraganes del Bar B-Q.

La capilla baptista de Ebenezer era un limpio edificio de reducidas proporciones y forma cuadrilonga, construida en ladrillo, con un campanario absurdamente pequeño. Los claros y algo estrechos ventanales de cristal —con marco de madera formando punta en la parte superior, imitando el arco gótico— tenían adornos de cristal de colores, con citas de la Biblia. Con ellos terminaba toda reminiscencia gótica en el lugar.

Al sonar la pequeña campana, la risueña multitud de fieles empezó a subir con lentitud los escalones. Tímidamente, Neil los imitó.

Ya en el interior de la capilla decidió que ésta no tenía aspecto de lugar santo, sino todo lo contrario. Un listón de ma-

dera, clavado a lo largo del muro con tachuelas rojas, le servía de adorno. Los bancos formaban líneas rectas de color pardo. En las paredes colgaban algunos carteles —el texto escrito con letras doradas sobre fondo negro— y un cuadro de Santa Agustina de Cartago, la santa negra. En la plataforma de enfrente había un coro de nueve niñas vestidas de negro. Dos de ellas tenían la piel blanca como la leche.

Neil, que pertenecía también a la secta baptista y a quien educaron despreciando los sacrílegos embustes de Roma, se sorprendió enormemente al ver junto al patético enrejado de madera del fondo, un altar de sencilla construcción cubierto de un paño con encaje, sobre el que había una cruz de falsa pedrería.

Antes de entrar se detuvo en el umbral. Parecía un cliente nuevo en la sala de espera de un doctor. ¿Les molestaría su presencia? ¿Le echarían de allí? Pero el ujier que se le acercó andando de puntillas —un negro de color de azabache, de nariz achatada y labios gruesos— sonrió, dándole a entender que en la casa de Dios todos eran amigos. Llevaba un traje azul gris de los llamados de espiguilla, exactamente igual al que se hizo últimamente el padre de Neil y que constituía su orgullo. Correctamente tocó el brazo de Neil, y con solemne andar le guió hasta mitad del camino. Neil pasó entonces, por primera vez, otra importante experiencia en su vida de negro. Se sentó entre dos individuos de color y los halló seres normales.

Tenía a su izquierda a una mujercilla que le ignoró por completo mientras murmuraba en voz muy baja una rápida plegaria. Al otro lado se hallaba un hombre alto, negro como la boca de un lobo, que probablemente era carpintero o pintor, y que para corresponder a la rápida inclinación de cabeza de Neil le saludó muy afablemente.

Contemplando el boletín de la capilla, se preguntó cuál sería el significado del título del sermón que había de pronunciar el pastor. «Salvados de la corrupción.» Sería un sermón inferior y estúpido, un sermón especial para negros, a pesar del dudoso título de doctor en Filosofía que ostentaba el cléri-

go. O puede que fuese uno de tantos sermones de los que hubo de tragar sin digerir, año tras año, una vez al mes, en la capilla baptista que frecuentaba.

Entonces, por una puerta lateral del presbiterio apareció el Dr. Brewster. Por un momento, Neil creyó que se trataba de un actor dispuesto a representar una comedia. Le vio detenerse un instante y contemplar a sus feligreses y hasta mirarlos con cierto recelo. Pero el carácter teatral de la escena sólo duró un instante. Seguidamente, el reverendo Brewster dijo algo al coro, murmuró unas palabras a oídos del ujier —Neil temió que le estuviese dando órdenes con respecto a su expulsión— y fue a ocupar el púlpito que le estaba destinado. Ahora era un digno sacerdote en su templo, confiado, sereno.

Evan Brewster era un hombre de alta estatura, tez negra como el charol, hombros de descargador de muelle, pelo ensortijado, nariz chata, labios gruesos, frente abultada y piernas delgadas. En suma, el prototipo del obrero portuario negro, que Neil había visto tantas veces y que regularmente suele atacar a los excelentes policías blancos. Tenía todo lo necesario para asustar a una dama blanca de cutis de pétalo de rosa, y aunque Neil no era tan delicado como ésta, no halló justo que aquel hombre parecido a un boxeador profanase el púlpito sagrado luciendo sobre el lustroso traje azul la severa vestimenta calvinista.

El Dr. Brewster contemplaba en silencio a sus feligreses. Después de observarle detenidamente, Neil hubo de admitir que en ningún rostro humano había visto una expresión parecida de dulzura y bondad, tan honrada y varonil delicadeza, un amor tan perfecto hacia la vida y hacia todos los seres vivos. Cuando le oyó hablar, comprobó que su voz era la de un hombre culto y vigoroso que pasó del seno de una familia bien educada a una buena Universidad. La voz de un hombre que, de desearlo, podía ser extraordinariamente elocuente.

—Amigos, especialmente esos nuevos amigos a quienes damos esta mañana la bienvenida, empezaremos por entonar ¡*Qué firmes cimientos los vuestros, oh, Señor!* Es un «Himno de Batalla de la República» muy adecuado en estos días de

lucha.

Evan Brewster, que era realmente doctor en Filosofía con título de la Universidad de Columbia, estudió también en la de Harvard y en el Seminario Teológico de la Unión. Los alumnos de ese centro creían en la trinidad del Padre, el Hijo y la Sociología —el Padre como símbolo, el Hijo como un mito poético, y la Sociología como un halo rosado—. Pero, además, Evan tenía religión y raza.

Nació en un pueblo de Massachusetts, un pueblo de olmos y blancos campanarios. Su padre era sastre y trabajaba a las órdenes de un blanco. Tendría actualmente poco más de cuarenta años. Tenía una esposa muy callada, una hija llamada Thankful y un hijo que se llamaba Winthrop, que estudiaba en un buen colegio y prometía ser un talento en ciencias físicas. Cuando llegó a Grand Republic en calidad de misionero para la gente de su raza, su iglesia fue sólo una choza de Swede Hollow. En los doce años que llevaba en el lugar, vio cómo la colonia de negros aumentaba y cómo de trescientos o cuatrocientos aumentaban a dos mil. Vio cómo muchos emigrantes negros de Carolina y Texas —unos demasiado tímidos, otros demasiado bulliciosos— se convertían en ciudadanos honrados. Y cómo iban a la escuela los muchachos, y se convertían más tarde en oficiales del ejército, y hasta escribían para el *Defender*, el *Courier* y el *Spokerman*.

Swede Hollow se llenó de finlandeses, polacos y escandinavos. Subieron enormemente los alquileres (gracias a los clientes favoritos del Second National), y el doctor Brewster llevó a sus fieles y a otros muchos negros de Swede Hollow a los campos y los marjales, en donde más tarde se levantó el barrio de Cinco Puntas. Cuando fue construida la nueva capilla, trabajó junto a sus feligreses colocando ladrillos, mientras su esposa Corinne, ligera como un gamo, iba de un lado a otro sirviendo café, prestando a los hombres su libro de rezos y a las mujeres su tubo de carmín.

El juez Cass Timberlane dijo en cierta ocasión que el Dr. Evan Brewster era la persona más inteligente de todo Grand Republic. Pero eso podía ponerse en duda recordando que

existían personas como... Sweeney Fishberg, el doctor Kamber y su esposa, y un par de químicos de la Wargate llamados Ash Davis y Cope Anderson, sin hablar del propio juez Timberlane. Pero ninguno de estos inteligentes individuos amaba a la humanidad doliente como Evan Brewster.

Los amigos de Neil Kingsblood nunca oyeron hablar del Dr. Brewster.

Durante el himno, cantado por los feligreses, no con actitudes cómicas ni exagerado misticismo, sino como pudiera entonarlo otro grupo cualquiera de americanos evangélicos, Neil contempló al público que le rodeaba. Sólo conocía a dos personas: a Wash, el limpiabotas, que ahora, con su cruzada americana azul, parecía un pequeño, misterioso, patriarcal y anciano banquero internacional judío, y a Mrs. Higbee, la cocinera del juez Timberlane.

Cuando terminaron de cantar se sentaron para oír el Evangelio. Neil observó que la sensación antes experimentada de hallarse rodeado de negros y de encontrarlos extraños, fundamentalmente distintos a él, se había desvanecido por completo. Tanto se parecían los unos a los otros, con su pelo encrepado y su obscurísima tez, que ya apenas podía apreciar diferencias individuales. Habían dejado de ser *negros* para convertirse en personas, en seres humanos a quienes admirar, amar u odiar.

Evan Brewster, tan enérgicamente varonil, ya no le parecía feo. Ahora le hallaba noble, con la nobleza del oso pardo. Comprendió cuán estúpida es la teoría de los blancos que creen su figura anémica y enjuta, perfecta expresión de la belleza humana.

Neil no era un turista que se divirtiese. Ir conociendo a los suyos era algo terrible. Su exaltada imaginación le hizo ver a esos negros cambiando sucesivamente de color. Pasaron del negro brillante al color pergamino, del crema al bronce y al amarillo limón. Y entre ellos había un hombre de tez pálida y pecosa, casi tan pelirrojo como él, de quien sin embargo podía asegurarse con toda certeza que era *negro* también.

Empezó a identificarlos con personas de la raza blanca a

quienes conocía. La mujer alta —seguramente de mal genio— que antes cantó con tan entregada atención, era sin duda Mrs. Boone Havock; la dama delgada de expresión dulce pero lejana, sombrero negro adornado con lilas que casi le tapaban el rostro y pendientes de perlas que resaltaban blanquísimas sobre el fondo oscuro del cuello, era Mrs. Don Pennloss, y la orgullosa mujer de rostro más blanco que el de cualquier mujer blanca, aunque evidentemente no era *blanca*, no podía ser más que la distinguida Eve Champeris.

El obrero que estaba a su lado, el mismo que le sonrió y le ofreció su libro de himnos abierto, era el carpintero medio irlandés, medio escocés, que en su niñez solía darle largas y deliciosas virutas que él usaba como barba, peluca o leña para encender la hoguera de un campamento de indios.

Neil nunca había sabido apreciar la suprema belleza de unas manos. Mirando ahora las de aquel carpintero, lo comprendió perfectamente. El dorso era de color muy oscuro —un color triste—, pero las palmas eran tan rosadas como las suyas, excepto las rayas, que también tenían un tinte oscuro. Las uñas eran como las de Neil, de color de rosa. Manos magníficas para coger viejas tablas, para manejar el escoplo y el martillo y para bendecir a un niño.

«Puede que unas manos así hagan cosas mejores que anotar cifras en un libro de contabilidad», se dijo Neil suspirando.

Intentó averiguar si era cierto que *olían de aquel modo*.

Como muchos americanos, creyó siempre, honradamente, que los negros despiden un detestable y sospechoso olor. Cualquiera que en aquellos momentos le mirase le habría visto olfatear solemnemente. Percibió, en efecto, *un olor*, un perfume a jabón, a naftalina, a ropa recién lavada; ese olor peculiar que se percibe en cualquier iglesia —ya sea blanco, negro, amarillo o cobrizo el color de la tez de los feligreses en ella reunidos— una calurosa mañana de domingo. En total, que la iniciación en los misterios de *su raza* fue un rotundo fracaso, ya que esperó hallarla demasiado distinta a aquella otra raza —la llamada «blanca»— que era también suya.

Neil baptista por rutina más que por convicción, se sintió

en aquella iglesia baptista completamente a sus anchas.

Y de igual modo que había empezado a vislumbrar en el doctor Brewster la ruda hermosura de una tosca estatua de bronce y la espiritual belleza de un santo copto bajo el sol del desierto, creyó ver también la belleza del leopardo en la mujer de los pendientes de perlas, y percibir el sano, alegre y pícaro atractivo de la tobillera en aquellas muchachitas —tipo «colegiala americana»— que le rodeaban.

## CAPITULO XVIII

EL sermón del Dr. Brewster fue largo y solemne.

—Bajo la luz divina y en el divino amor —dijo— no existe corrupción posible, a menos que se empeñe en ello el pecador.

Todo lo cual tuvo escasa significación para el muchacho que deseaba conocer el mejor camino a seguir por la persona a quien Dios hizo blanco y a quien las leyes de muchos Estados de la Unión —que vivían en el santo temor de Dios— hicieron negro. Aquel sermón pudo perfectamente ser pronunciado por un pastor cualquiera en una iglesia gótica de la Quinta Avenida, de la Avenida de Michigan o del Hollywood Boulevard. Para Neil, que tan ardientemente deseaba conocer el verdadero sentido de la realidad, fue demasiado refinado y cultural. Un sermón *de blancos*, en suma. El hubiese preferido los tam-tam, las danzas de la selva y otras reminiscencias de lo que sus antepasados negros podían haber sido. Hubo de conformarse con dos o tres poco entusiastas «Aleluyas» y un «Loado sea Dios, verdad suma» que se permitieron los fieles durante el sermón.

Cuando el ex estudiante de Harvard, Columbia y el Seminario de la Unión terminó de hablar, Neil sintió un repentino alivio. Esa sensación de alivio creció al oír decir al Reverendo Brewster: «Hermanos míos» y «Querubines», y hasta confesar que un verano estuvo al frente de una capilla de St. Joe consiguiendo hermanar por completo a sus «ovejas».

«Eso está mejor», pensó Neil, animado. Porque se parecía bastante más a los sermones de los negros que mencionaban en sus artículos los periodistas del Sur, y que Rod Aldwick comentaba con ironía. Según se desprende de ellos, todos los ministros del Señor que tienen negra la piel hablan invariablemente de este modo: «Hermanos y hermanas míos. Estoy convencido de que esta comunidad de infieles que me rodea perecerá entre las llamas del infierno...»

«Puesto que voy a ser negro, quiero sermones entusiastas

y apasionados. Puede que así hasta me guste escapar a la verificación de los cheques, las partidas de *bridge* y otras tonterías parecidas.»

«Déjate de sentimentalismos, Kingsblood. Si fueses descubierto, si se hiciese público tu origen, adoptarías una actitud digna y serena, todo lo respetable posible, confiando que a los excelentes hombres blancos no les importara que tu pobre Bidy se sentase junto a sus hijos, en la escuela.»

«Y ahora que recuerdo, el doctor Buncer, el predicador blanco de la iglesia que frecuento, también nos llama algunas veces «querubines» y «ovejas». Es horrible entrenarse tanto para ser *negro* y luego descubrir que serlo no tiene nada de particular. ¿Acaso no sería terrible para un mártir entusiasta, comprobar que las llamas de la hoguera son agradablemente cálidas?»

«No te preocupes por eso. Cuando el conductor de cualquier autobús de Tennessee nos eche a mí y a Bidy del vehículo, y un policía agresivo me atice en las mandíbulas con su porra mientras un detective se hace cargo de Bidy diciendo entre risotadas: «Vamos, vamos, no te atormentes así», no hallarás la situación tan sencilla.»

Si bien criticó al doctor Brewster por su sermón, que en aquella humilde capilla resultó presuntuoso, cuando le oyó decir las Sagradas Escrituras, Neil se conmovió profundamente. Sin ser aficionado al drama, hubo un momento en que sintió la misma impresión que produjo en él la escena en que se vuelve loco el rey Lear. Esto ocurrió cuando oyó la voz del pastor, que leía con ternura y emoción el eterno lamento de todos los negros, orientales, mujeres y hombres vencidos por la miseria.

«Me he lamentado como una paloma. Mis ojos están ciegos de mirar a lo alto. Estoy a punto de ahogarme... Ayúdame, ¡oh Señor! Seguiré resignado mis días con la amargura en el alma. Mírame... Tengo por paz una gran aflicción, pero Tú, por amor a mi alma, salvarás ésta del abismo de la corrupción. El sepulcro no puede alabarte, ni puede celebrarte la Muerte. Los que se hunden en el abismo no pueden aspirar a la Ver-

dad. *Los que viven, sólo los que viven, podrán alabarte como hoy yo te alabo.»*

El público cantaba por lo bajo: «¿Estabas allí cuando crucificaron al Señor?» Seguidamente, y con súbito entusiasmo, entonaron «Una pequeña charla con Jesús conviene, conviene mucho». Y Neil vio un campo de terebintos, unos hombres de bronce y ébano cantando despacio, deteniéndose a veces para reír bajo el látigo de los blancos, mientras, maniatados y fanfarroneando, se hundían en la ciénaga un amanecer.

«Esta es mi historia —pensó Neil—. Este es mi pueblo. Tengo que definirme de una vez.»

## CAPITULO XIX

DURANTE el sermón, Neil observó que en un banco, al otro lado del pasillo, había una familia compuesta de padre — un hombre de sesenta años más o menos—, madre, hijo —que vestía uniforme de capitán—, mujer con un niño —que por cierto se estaba portando muy bien— en los brazos y una muchachita quizá de diecisiete años. Todos eran personas serias, y, a juzgar por su aspecto, eficientes. Y todos ellos, con excepción de la joven esposa de tez oscura y su hijito, podían ser tomados por blancos de no saltar a la vista que estaban en un ambiente familiar.

¿Dónde había visto antes a aquel capitán?

Sólo entonces comprendió que se trataba del muchacho que cursó con él sus estudios y estuvo siempre en su misma clase, respetado pero ignorado por todos. Algunas muchachas blancas hasta simulaban cierta simpatía hacia él, y en cierta ocasión fue elegido secretario de clase. Pero... ¿cómo se llamaba? ¡Oh, sí! Emerson Woolcape.

Neil había oído decir que siguió la carrera de dentista y que actualmente tenía despacho abierto en Cinco Puntas, con sillón moderno, un equipo de rayos X y hasta una enfermera uniformada para ayudarle. Por ser hijo de un dentista «de verdad», Neil halló algo cómica la situación.

Ahora, empero, no la encontraba tan divertida, así como tampoco hallaba divertido que Emerson pretendiese ser capitán —como él—, aunque en el cuello de su guerrera no se viese insignia alguna que denotase que andaba matando gente, sino sólo el caduceo con una D indicadora de que no hacía nada más noble y belicoso que salvar dientes.

Recordaba que de niño había visto a la familia Woolcape instalada junto al río Sorshay, adonde fueron de excursión. Estaban todos sentados alrededor de un mantel rojo y blanco extendido sobre las rocas, y cantando. Neil pensó que se divertían más de lo que nunca se divirtió él con su familia, y hasta sintió envidia. Estaba seguro de haber visto a papá

Woolcape trabajando en aquel absurdo Café de la Sirena, en donde prestaba servicio como portero y mozo. Pero en estos momentos no había en él rastro alguno de suciedad ni de polvo del fogón. Su traje gris era de buen corte; el nudo de su corbata, perfecto. Para oír el sermón había echado orgullosamente hacia atrás la cabeza, coronada de encrespado cabello gris, y su rostro parecía el de un senador romano.

Contemplando la solemne figura de John Woolcape, Neil sintió un estremecimiento. Pensaba con recelo en su propio futuro en aquel mundo de Mr. Prutt que sólo podía ofrecer un modesto y servil empleo a un hombre como Woolcape. Se dijo, con verdadero ardor, que por mucha simpatía que sintiese hacia todos aquellos negros no sería una gran hazaña declarar en público su origen. No obstante, suspirando, añadió para sí: «Me gustaría tener la dignidad de ese hombre.»

La figura de Mrs. Woolcape se le antojó especialmente familiar. Tanto, que hasta quedó perplejo. Pronto descubrió que era a su propia madre a quien le recordaba. Quiso negarlo, se estremeció, y volvió a mirarla. Parecía más vieja que su madre, más tranquila y a la vez más decidida. Pero por su tez de color de miel, su nariz bien dibujada, su pequeña boca de tímida expresión y sus ojos que nada pedían para sí, era tan parecida a su madre que Neil se sintió como ligado a ella y a su familia por algo más que por la historia de un vagabundo de las fronteras que calzaba mocasines. Decidió que le gustaría responder a todas las preguntas que aquella mujer le hiciese. Y que hallaría consuelo en su sonrisa, en su ternura...

—Que el Señor permanezca con nosotros mientras estamos separados los unos de los otros. Que el Señor no nos deje y nos llene de ternura y de amor... —Evan Brewster hizo una pausa para mirar a Neil. Tuvo para él una amistosa y magnífica sonrisa, y terminó diciendo—: ...ya seamos ricos o pobres, negros o blancos..., porque somos Sus hijos.

Las niñas africanas del coro —niñas americanas— cantaban «Bendito sea el lazo que nos une», pero el público al levantarse, rompió el encanto. Sólo Neil siguió sentado, hechizado todavía.

Cuando por fin se dirigió a la puerta con el último grupo de feligreses, se preguntó si era ternura lo que sentía o simplemente curiosidad. Y también... si le saludarían o le ignorarían. Pero todos los oriundos del sur habían tenido ocasión de comprobar que era mejor hacer ambas cosas y huir rápidamente.

En la puerta, el reverendo Brewster estrechaba la mano de todos. Al dirigirse a Neil le habló en igual tono que a los demás:

—Ha sido un gran placer para nosotros tenerle aquí esta mañana —dijo.

El convencionalismo de la frase le irritó. Pero, ¿acaso no le hubiese dicho lo mismo el doctor Buncer?

Contemplándole de cerca al estrechar su mano —ahora Neil estaba lo bastante *entrenado* para no dar importancia al hecho—, observó que el doctor Brewster tenía un grupo de arrugillas al extremo de ambos ojos, que sudaba como un minero y que al estrechar su mano lo hacía con cansancio y timidez, también como un minero. Sus ojos expresaban todas las amarguras humanas, desde el Gólgota hasta nuestros días.

Una vez en la acera, Neil se sintió algo confuso. No se alegraba de que hubiese terminado el sermón. Estaba asombrado y como perdido en un mundo vulgar en donde ni los blancos de dura expresión con quienes tropezó por la calle, ni los negros —rudos jugadores, haraganes— tenían ni sombra de la paciencia que Evan Brewster demostró tener.

Contempló durante un buen rato el Cine Etiopía, situado al otro lado de la calle, como si fuese la catedral de Chartres. No se dio cuenta de que se había parado junto a la familia Woolcape, que charlaba con unos vecinos, como solían hacer al salir de la capilla. El capitán Emerson Woolcape, aunque reconoció perfectamente a Neil, no esperaba que éste a su vez le reconociese. Se sorprendió al ver que Kingsblood se inclinaba para saludar y balbucear:

—No estaba seguro de que fuese usted. No había vuelto a verle desde el colegio.

Los Woolcape le miraron fijamente, sin decir nada. Su si-

lencio igual podía ser benévolo que hostil. Neil siguió hablando, ansioso de ser acogido con agrado, sin que hubiese podido decir por qué.

—El caso es que hace muchos años les vi comer en el campo, y me hubiese gustado acompañarlos.

Todos abrieron mucho la boca, olvidando hasta la cortesía. Neil, decidido a hacerse grato aunque para ello tuviera que matar a sus interlocutores, dijo en tono apremiante:

—Siento no haber tenido el placer de oír al doctor Brewster antes de ahora. ¡Oh! ¿Estuvo usted en Europa, capitán... Emerson?

—Sí, una temporada —repuso Woolcape. Y, aunque de mala gana, cumplió con las exigencias del momento—. Capitán Kingsblood —añadió—, le presento a mi esposa. Supongo que conoce usted a su padre, Drexel Greenshaw, del Salón de Fiesole, y a mi hijito. Mi padre y mi madre. Esta jovencita es mi sobrina Phoebe. Mamá, ya me has oído hablar del capitán Kingsblood, ¿verdad? Íbamos juntos al colegio.

Los Woolcape parecían chiquillos que, una vez cumplidos los deberes de la buena educación saludando al diácono, se considerasen libres para escapar y ser dichosos. Pero Neil no se resignó fácilmente a aceptar la situación, aun a riesgo de recibir un desplante. Aquella familia era ahora inmensamente importante para él. Cuando un hombre nace a su vida de negro a los treinta y un años, necesita una familia.

Nunca, ni de niño, fue Neil aficionado a suplicar. No obstante, ahora se mostró solícito con Emerson.

—¿Qué camino siguen, capitán? No conozco bien esta parte de la ciudad.

No fue Emerson, sino su madre, la que respondió en tono amable:

—¡Oh! ¿Quiere acompañarnos, capitán?

John y Mary Woolcape vivían una manzana más allá de la iglesia, y Emerson junto a ellos. Mientras caminaban, John, señalando la pequeña rectoría de Evan Brewster, preguntó:

—¿Le gustó el sermón, capitán Kingsblood? Nosotros tenemos una alta opinión del doctor Brewster.

A los Woolcape les sorprendió el ardor con que el banquero blanco —que posiblemente estaba allí para espiar en pro de alguna desagradable operación financiera— respondió:

—Ese hombre es una combinación perfecta de fuerza y ternura. De veras. Es un santo..., pero un santo simpático.

—El doctor Brewster juega con demasiada habilidad a los bolos y guisa harto bien para merecer que le llamen santo. Pero todos le queremos mucho —dijo Mary Woolcape.

Neil comprendió que se estaba burlando de él y de sus críticas teorías de aficionado. No se avino a tolerarlo. Contempló el edificio de la rectoría, de un blanco algo sucio que constaba sólo de planta baja y tres o cuatro pequeñas habitaciones. En total, todo ello cabía en la modesta sala de estar de su casa. Las ventanas lucían cortinas almidonadas, y en el porche —del tamaño de un pañuelo— había tres macetas de geranios.

—La casa es pequeña para un hombre de su talla —dijo—. Supongo que será casado.

—Sí. Tiene dos hijos. El Dr. Brewster dice que han solucionado la cuestión durmiendo sobre el fogón, guardando bajo éste la bañera y el gato, y teniendo... sólo los libros en la biblioteca.

—¡Vamos, John! —protestó su esposa—. Te consta que Evan tiene una magnífica biblioteca, teniendo en cuenta el sueldo que gana. Cientos de libros. Todos los importantes. Obras de Myrdal y Wright, de Langston Hughes, de Alain Locke, etc.

Todos se echaron a reír al oírla, como suelen hacer las familias que se quieren de verdad.

Pero Neil, que tenía especial empeño en continuar la conversación, dijo:

—La iglesia es pequeña. No le pagarán ustedes mucho. Es vergonzoso...

John, orgulloso, explicó:

—En efecto, no podemos pagarle un gran sueldo. Tampoco nosotros ganamos mucho dinero. Evan, es decir, el doctor Brewster, trabaja de noche en la oficina de Correos para poder ir tirando. Sus hijos son jóvenes todavía. Pero todo se lo toma

a broma. Dice que somos realmente afortunados por tener un pastor que sea funcionario del Estado y no pinche de cocina. Además —añadió dándose importancia—, es encargado y tiene a varios empleados blancos a sus órdenes.

—No obstante —dijo Neil—, que un hombre con título universitario haya de pasarse el tiempo clasificando sobres...

—No estamos de acuerdo —insistió Mr. Woolcape—. A nosotros nos gusta que el doctor Brewster trabaje junto a personas humildes, de nuestra clase, en lugar de pasarse el tiempo en su despacho, soñando. Sobre todo, esa es la opinión de mi hijo Ryan. Actualmente está en casa con permiso (sigue en el Ejército), aunque nos acompañase hoy. Temo que sus ideas sean... de izquierda.

—Vaya, vaya... Supongo que el capitán Kingsblood estará fascinado escuchando la historia de nuestra familia. ¿Por qué no le explicas que una vez tuvimos un perro con seis dedos en cada pata? —preguntó burlona Mary Woolcape. Y tendió una mano a Neil para despedirse.

Pero éste hizo como si no lo hubiese visto.

Se habían detenido ante la casa de los Woolcape, que no era mucho mayor que la de Evan Brewster. Constaba de una sola planta y su fachada era de un blanco immaculado. Quedaron inmóviles, Neil más inmóvil que nadie. Finalmente, John Woolcape no pudo evitar preguntarle

—¿Quiere usted pasar?

Y Neil pasó. Rápidamente. Sin pensar en si su visita sería grata o no. Decidido a no privarse, por un deber de buena educación, de tan excelente oportunidad para saber lo que le interesaba.

Vio la mirada que cambiaban el padre y el hijo, que indudablemente daba a entender: «¿Qué buscará aquí este zorro de la sección de préstamos del Banco? ¿Qué innoble treta, de esas a que tan aficionados son los hombres blancos, estará tramando?»

Intentó dar un giro afable a la conversación hablando de sus tiempos de estudiante.

—¿Se acuerda de aquella vieja cacatúa, nuestra profesora

de álgebra? —preguntó—. Era una figura cómica.

—En efecto, lo era —admitió Emerson con sonrisa burlesca.

—Pero tenía buen corazón. Un día, después de clase, me dijo: «Neil, si aprendieses álgebra con más interés hasta podrías llegar a Gobernador.»

—¿De veras, capitán? —preguntó Emerson en tono casi insultante—. Pues un día, después de clase, a mí me dijo algo completamente distinto. Dijo que, pensando en mi porvenir y teniendo en cuenta mi raza, eso de estudiar álgebra, mejor dicho, eso de estudiar otra cosa que no fuese para pinche de cocina, era... *perder el tiempo*.

Desapareció al instante toda sensación de camaradería estudiantil. Los Woolcape miraron glacialmente a Neil. Sin duda esperaban que expusiese el verdadero motivo de su visita. ¿Harían seguros de entierro los empleados de Banco?

—Por favor, no tengo intención de molestarles. Sé que es domingo y esperan ustedes disfrutar de su almuerzo. En seguida me voy, pero... hay unas cuantas cosas que me interesan vivamente. Quiero decir que... conozco poco este sector de la ciudad, y he de comprender mejor a... bueno, *a este sector de la ciudad*.

Neil hubiese querido decir sin ofender a nadie: «Comprender mejor a los negros», pero ¿qué era preferible? ¿Decir «negros», o «etíopes», o aquello otro tan horrible de «afroamericanos»? ¿Cómo los ofendería menos? Cierta vez, en Italia, Neil oyó cómo un soldado negro decía a otro soldado de su misma raza: «Cállate, negro.» No obstante, sabía que no les gustaba que los demás se lo dijiesen. Era una situación difícil.

El ambiente se suavizó.

—¿Qué desea saber, capitán Kingsblood? —preguntó Emerson.

¿Cómo sabían que era capitán? ¿Sería cierto lo que decía la gente, que los negros no hacían sino conspirar y planear la destrucción de los blancos, que eran gente diabólicamente inteligente y salvaje, seres ardientes como hogueras encendi-

das, dispuestos al sacrificio de sus vidas, y que tenían espías por doquier, anotando las idas y venidas de los blancos, para mostrar luego esos apuntes a sus brujos sacerdotes y a los agentes comunistas?

Neil sólo deseaba hacer una pregunta. La siguiente: «¿Creen ustedes que yo por llevar sangre negra, puedo llegar a ser «un negro»?»

Miró a su alrededor, luchando por hallar palabras para expresar lo que sentía.

No había motivo para que un hombre medianamente inteligente se asombrase porque la casa de unos negros de la clase media fuese un hogar acondicionado y limpio, como el de otro americano cualquiera de la clase media acondicionado y limpio también. «¿Qué esperaba encontrar?», se reprochó Neil. ¿Un altar de magia negra? ¿Tambores? ¿Una piel de leopardo? ¿Juegos extraños? ¿Una garrafa de licor de trigo? ¿A un Eldzier Cortor pintado y varias fotografías dedicadas de Haile Selassie, Walter White y Pushkin? Sí, probablemente esperaba hallar algo extravagante.

Pero, de haber sido porteros en lugar de abogados y comerciantes, tanto él como sus amigos habrían tenido en su casa un saloncito así, con la misma alfombra raída, las sillas tapizadas, el taburete, el diván, los ceniceros decorados, el mueble de doradillo para la radio, las revistas femeninas y las reproducciones no demasiado buenas de unas deficientes pinturas de flores.

«A Vestal le gustaría esta habitación. Seguramente diría que Mrs. Woolcape la tiene más limpia de lo que Shirley tiene la nuestra.»

Pero en seguida dejó de mentirse a sí mismo y, estremeciéndose, hubo de admitir la imposibilidad de imaginar a Vestal en aquel ambiente, tratando de igual a igual a aquellas personas que ahora eran... de su propia raza.

Ellos seguían esperando. Intentó explicar lo que quería decir.

—Deseaba preguntarles... No sé cómo expresarme... El caso es que... Han ocurrido cosas que me hicieron comprender

que tengo el deber de conocer mejor a...

—A los negros. Puede decirlo sin rodeos —exclamó John Woolcape interrumpiéndole.

—También puede decir «a las personas de color». No nos importa —añadió su esposa en tono dulce y tolerante.

—Lo que mi madre quiere decir —explicó Emerson— es que las dos cosas nos disgustan igualmente, pero que nunca nos ofenden tanto como esos otros calificativos insultantes con que ustedes nos obsequian, aunque el blanco que habla sea un basurero y el negro a quien se refiere un obispo. Confiamos en que no han de pasar muchas décadas sin merecer que nos llamen «americanos» simplemente, o «seres humanos».

—No me gusta que hables en tono tan amargado —dijo, agresivo, el padre de Emerson—. Estoy de acuerdo en que los calificativos son ofensivos, pero ¿desde cuándo un basurero es inferior a un obispo? Al fin y al cabo, yo me paso la vida removiendo cenizas con una pala. Ahora bien, si el capitán Kingsblood desea hacernos algunas preguntas acerca de los negros (que así llamo yo a los nuestros), tendremos gran placer en explicar cuanto sepamos.

—Naturalmente —se apresuró a responder Emerson—. No quise ofender a nadie. Pero no me gusta que me consideren como a un animal marcado en un establo. Mire, capitán, si de veras desea tener una acalorada conversación sobre problemas raciales, espere a que venga mi hermano Ryan. Tiene sólo veintitrés años, pero puede hablar con tanto entusiasmo, y hasta equivocarse tan magníficamente, como si tuviera diecinueve. Está en servicio activo como yo, pero espera ser licenciado en breve. Actualmente disfruta de permiso. Es sargento, y hay que ver cómo nos mira a nosotros los capitanes. Ryan estuvo en la India, y, a juzgar por lo que habla, es íntimo de Gandhi y de Nehru, aunque quizá ellos ni siquiera lo sepan. Ha estado en Birmania.

Después de mencionar el servicio en el extranjero, ambos soldados hablaron de los ex combatientes. Emerson Woolcape, capitán y doctor, tenía aspecto de soldado, hablaba como

un soldado y en nada desmerecía como tal. Neil se dijo que si bien Emerson no tenía el encanto de caudillo de Rod Aldwyck, no por ello parecía menos documentado al hablar de las B-29, las raciones, los coroneles y el mareo de los soldados en el mar.

Se habían sentado todos, aunque, a decir verdad, sólo Neil parecía encontrarse cómodo y a sus anchas.

Phoebe, la sobrina de Emerson —de la que no hemos hablado aún—, se aburría soberanamente oyendo la conversación de aquellos dos venerables soldados, como hubiese ocurrido a cualquier muchacha americana de diecisiete años. Era muy linda y respiraba juventud. Tenía el pelo tan dorado como Bidy y la tez tan blanca y rosada como Joan, la hermana de Neil, sólo que parecía bastante más inquieta. Al ver entrar a un muchacho de su edad, saltó de la silla.

El joven era completamente negro y tenía facciones de africano. A pesar de lo cual, por su atavío dominguero —traje azul y jersey crema con el borde del escote de color castaño— parecía exactamente un estudiante americano. Había erguido los hombros, y su actitud era libre e independiente —puede que demasiado libre e independiente— como la de todos sus compañeros, estudiantes de la raza blanca, desesperación de sus malhumorados maestros.

—Este es Winthrop Brewster, el hijo del pastor. El y Phoebe van a comer a Duluth, en el coche —dijo Mrs. Woolcape, como si el lugar, a setenta millas de allí, estuviese realmente al otro lado del parque.

Winthrop murmuró:

—Encantado de conocerle.

Phoebe dijo:

—Lo siento, pero tenemos que marcharnos —con cuya frase apenas logró disimular su gozo por escapar a la compañía de aquel viejo de treinta y un años. Seguidamente desaparecieron, envueltos en los mismos vapores de gasolina que envolvieron doce años atrás a una pareja de jóvenes americanos llamados Vestal y Neil.

En igual tono que la madre de Vestal en aquella ocasión,

Mrs. Woolcape se lamentó ahora:

—Me preocupa esta niña. Me refiero a Phoebe, nuestra nieta. Sus padres murieron y somos responsables de lo que pueda sucederle. Estoy segura de que yo me comportaba de muy distinta forma cuando estaba en el colegio y en Oberlin. Parece estar enamorada de varios a la vez. Uno es Winthrop Brewster, que es un muchacho encantador y será un magnífico técnico electrónico cuando salga del colegio, pero a quien Phoebe halla demasiado serio y solemne ¿sabe usted? Por eso afirma que también está enamorada de Bobby Gowse, el bailarín más loco del lugar. Y de nuestro vecino Leo Jensing. Pero Leo es blanco, y nosotros no veríamos con buenos ojos el noviazgo.

—¿Tiene usted prejuicios contra los blancos? —preguntó Neil, asombrado.

—Naturalmente —dijo enojado el esposo—. Aunque yo me canso de decirle que una persona culta como ella (no como yo, que sólo cursé la enseñanza primaria) no tiene excusa para condenar así a toda una raza. Le tengo dicho que con paciencia puede encontrar personas de buen corazón y comprensivas tanto entre los blancos como entre los nuestros. Claro que yo tampoco soy partidario de esa clase de matrimonios, pero únicamente porque hay muchos seres, blancos y negros, que no habiendo tenido oportunidad de amar sienten envidia y hacen cuanto está en su mano para perjudicar a una pareja que de veras se ama y que por ese amor esté dispuesta a sufrir «el destierro social». Desde luego, el código de las razas es absurdo, pero está tan ligado al mito de la antigua aristocracia, como la D. A. R. o la nobleza británica (así lo he leído), que no podemos ignorarla de igual modo que no podemos ignorar la sífilis, sífilis enfermedad a la que mucho se parece.

—¡John! —exclamó Mrs. Woolcape.

—Por todo ello —prosiguió diciendo su esposo—, yo... Bueno, a decir verdad, capitán Kingsblood, si Phoebe decidiese contraer matrimonio con un blanco..., que me ahorquen si sé lo que haría. O encerrarla, o arrojar mi gorra de portero al suelo y matar a quien se atreviera a meterse en sus asuntos.

—Vamos, John, déjate de cuestiones raciales —dijo Mrs. Woolcape, evidentemente sólo por rutina.

La esposa de Emerson había cogido a su hijito y salido en dirección a su hogar. Puede que su acción fuese significativa. Neil comprendió que todos esperaban que él también se fuese.

—Sé que no debo quedarme, pero... Dígame, ¿es difícil la vida para un negro, aquí, en el Norte..., en Grand Republic? No es simple curiosidad; es que... necesito saberlo.

El matrimonio Woolcape y Emerson se miraron pensativos y no respondieron. Por fin fue Emerson quien habló:

—Sí. Es muy difícil. Siempre —dijo.

—Siempre no —corrigió su madre—. En muchas ocasiones olvidamos que nos han clasificado como a parias y vivimos sin pensar en diferencias raciales, sin creernos distintos. Pero en algunas ocasiones es intolerable, no sólo por lo que a uno mismo se refiere, sino por aquellos a quienes se ama. Entiendo perfectamente a los jóvenes que hablan excitados de ametralladoras... Hacen mal, pero los comprendo.

Neil dijo preocupado:

—Yo... no es que quiera discutir, Mrs. Woolcape; lo único que deseo es *saber*. No dudo de que la vida ha de ser difícil para un negro en el Sur, pero aquí, en el norte, carecemos de prejuicios. Bueno, puede que haya quien los tenga, pero oficialmente no existen. Tengo entendido —añadió con orgullo— que, según las leyes de este Estado, un negro puede entrar libremente en cualquier restaurante. Y hasta mirar a su hijo y a Phoebe para comprender que no han tenido que sufrir el desprecio de nadie.

—Capitán —dijo Emerson—, hemos sido compañeros de colegio. Ya por entonces le tenía (y le sigo teniendo ahora) por hombre franco y bondadoso. Ponía usted especial empeño en ser amable con casi todos los muchachos, y ambos teníamos intereses en común: el curso, las matemáticas, el derecho civil... Sin embargo, en doce años sólo se dirigió a mí para decirme «Buenos días», como dudando de que todo aquello fuese cierto.

Neil inclinó la cabeza afirmativamente y respondió:

—Sí. Y ahora es demasiado tarde para rogarle que me perdone. Me gustaría poder hacerlo. Pero Phoebe... Su generación es distinta. Parece tan desenfadada como mi hermana.

La madre, habitualmente tranquila, gritó exaltada:

—Esa chiquilla empezará pronto a sentir la humillación que cada día hemos de sufrir los negros, principalmente en nuestra región nortea, de la cual se sienten tan orgullosos sus habitantes. En el Sur nos dicen simplemente que somos perros y que hemos de acostumbrarnos a vivir en una perrera, y que si somos buenos nos tratarán con cariño y nos darán un bonito hueso. Aquí, en cambio, nos dicen que somos seres humanos, nos animan a tener esperanzas y a meditar. En consecuencia, es más doloroso sentir una supuesta inferioridad debido a una serie de pequeños detalles. Tememos esas dolorosas humillaciones mucho más que nuestros hermanos del Sur temen la ley de Lynch. ¡Humillación! Es una palabra cuyo sentido han de aprender ustedes los blancos. Especialmente nosotros, los negros de tez blanca, somos los que mejor la conocemos. Constantemente tratamos a gente que *no lo sabe* y que nos mira con simpatía, obligándonos a cometer la estupidez de olvidar nuestra eterna actitud defensiva. De repente, un día, huyen de nuestro lado. Empiezan a tratarnos con aspereza. Nos miran con desagrado. Entonces comprendemos que *lo saben*. Y termina toda felicidad. En cuanto a los que tienen negra la tez, la generalidad de la gente (en el norte también) los mira como a perros rabiosos al hallarlos en trenes, autobuses y tiendas. Raramente les ofrecen un empleo, como no sea en la cocina, no importa cuáles sean sus conocimientos. Los ambiciosos, al comprobar que nadie les ofrece trabajo de responsabilidad, se convierten en vagos y jugadores. De mala gana son admitidos en los restaurantes, porque la ley así lo ordena, pero luego, los insultan y los ignoran hasta el punto de que otro día ese individuo preferirá morir de hambre a entrar allí otra vez. Y pasar la noche en medio de la calle, aun en invierno, antes de solicitar albergue en lo que ustedes llaman «un buen hotel». Hasta el extremo de que John y yo, que podíamos ser admitidos, odiamos la idea de tomar habitaciones

en cualquier hotel si vamos de viaje, sabiendo que nuestros hermanos son arrojados de él.

«Nos humillan hasta destrozarnos o hasta que, como John y yo, prefiere uno quedarse en casa para siempre, para no correr el riesgo de tropezar con un hombre blanco. Pero no somos malos. No, no lo somos. Cuando pienso en lo bueno y valeroso que es mi marido, y mis hijos, y mi padre el zoólogo, que...

«Lo siento, me he puesto sentimental. Sé que ustedes los blancos hallan cómico que las mujeres negras alabemos a nuestros esposos.

—¡Basta, por favor! —exclamó Neil tembloroso, conmovido.

—¿No lee usted las historias que publican los periódicos sobre algunos negros presumidos? ¿No ha oído los chistes que acerca de Mandy y Rastus se cuentan en los banquetes? En cuanto a Phoebe... Ha hablado usted de su nueva generación. Hace pocos días, un mozo del garaje, un individuo blanco que tiene cincuenta años (Phoebe es bastante más blanca que él), le dijo que gustosamente se acostaría con ella si pudiera acostumbrarse a la idea de que era negra. Claro que en el Sur es peor. Allí, una amiga nuestra, negra también, resultó herida en un accidente de automóvil y se desangró porque, uno tras otro, todos los hospitales de blancos rehusaron admitirla. Murió en mitad de la calle... *asesinada*.

«Y volviendo a Phoebe. Cuando iba a trabajar en una obra teatral que había de representarse en su colegio, el de Hamilton, un colegio de blancos, antes de empezar a ensayar le anunciaron que el reparto estaba completo, a pesar de que a una amiga suya, blanca, le aseguraron que aun no se había designado a los intérpretes. Y este curso, uno de los maestros, mirándola primero a ella y luego a unos alumnos italianos griegos y rusos, dijo: «Los que cuentan con antepasados nacidos en Nueva Inglaterra no necesitan que les expliquen lo que es el honor.»

«Claro que con eso no lograron romperle los huesos, tal como hicieron a su padre. Era nuestro hijo primogénito, Ba-

yard. Con el tiempo habría llegado a ser un excelente profesor de Economía. Estudió en Carleton y se pagó la carrera con el producto de su trabajo. Pero era *summa cum laude*. Luego se casó con una excelente muchacha.

»Se había criado y educado en el norte. Sí, sí, admito que me contradigo pero el Sur todavía es peor. El caso es que se educó aquí y que nunca hubo de sufrir vejaciones legales, y no podía creer que un negro honrado y culto pudiera ser, en el Sur, víctima de violencias.

»Se trasladó a Georgia, en donde su bisabuelo había sido esclavo para dar clases en un colegio de negros. La primera vez que vio el odioso letrado: «Sólo para negros», según se desprende de una carta que me escribió, sintió cólera y espanto, como si se le hubiese acercado un individuo empuñando un cuchillo. Tuvo que llevar el coche a un lado de la carretera y vomitar.

»Intentó luego hacer lo que le aconsejaban sus amistades del Sur: «Seguir el juego.» Pero lo malo es que en ese juego siempre son los otros quienes dictan leyes. Cuando sólo llevaba allí un mes un policía le detuvo por creer que había robado el coche que conducía. Ese individuo había visto a Bayard en las cercanías de la escuela, y sabía que, a pesar de su aspecto de blanco, era de raza negra. Estuvo tan incorrecto, que Bayard, fuera de sí, se fue de la lengua. Le llevaron al cuartelillo alegando que estaba borracho; ¡él, que no bebía ni cerveza! Bayard se molestó, y entonces le pegaron. Le pegaron hasta dejarle en el sitio. A mi hijo...

»Le pegaron muchísimo, hasta que murió. Allí, sobre el suelo de cemento. Era un muchacho apuesto. A su esposa le aconsejaron que callara si quería vivir para dar a luz al hijo que esperaba, que es precisamente... nuestra Phoebe.

»Cuando nació la niña, ella huyó hacia el norte. Pasó un día y una noche en un tren inmundo. Murió antes de que transcurriese un año. Bayard era un muchacho estupendo. Pero dieron con su cabeza en el suelo de cemento, que quedó manchado de sangre. Así murió.»

Mrs. Woolcape estaba llorando. Y lo peor del caso es que

su llanto nada tenía de histérico. Era... desesperado. Neil quiso hacerle la mayor ofrenda que podía hacer. Se oyó decir:

—La comprendo, porque.... acabo de saber que, en parte, también yo soy negro.

¡Cielos! Lo había dicho. ¿Cómo pudo ser tan estúpido?

## CAPITULO XX

¿DICE usted que es negro... en parte? No me parece una broma de buen gusto —dijo John Woolcape en tono menos rudo del que Neil empleara, y, por lo tanto, más digno de un blanco.

—Tampoco a mí. No lo supe hasta hace poco —Tuvo la sensación de estar cogido en una trampa. ¡Oh! Los Woolcape eran gente estupenda, pero no le gustaba saberse a su merced. Añadió en tono apremiante—: Tal vez no debí decírselo a ustedes. Nadie está enterado de ello, ni siquiera mi esposa, o mis padres, pero temo que la noticia sea completamente cierta. Tengo sólo una pequeña parte de sangre negra, pero... soy negro, según la ley. —Se sorprendió de que los otros no experimentasen una mayor sorpresa. Había quedado rígido. Esforzándose por simular indiferencia, exclamó—: en fin, supongo que tendré que hacer frente a la situación.

John Woolcape dijo dulcemente:

—No se compadezca tanto de sí mismo. No sea niño. Hace sesenta y cinco años que soy negro y que *hago frente a la situación*. Y mi esposa, mis hijos y unos cuantos millones de excelentes personas, *le hacen frente* también.

Se miraron fijamente, pero fue Neil quien hubo de ceder, diciendo sin sombra de arrogancia:

—Tiene usted mucha razón, Mr. Woolcape. Comprendo que tendría que pedirle perdón otra vez. Sucede que... es todo tan reciente, que todavía no he podido acostumbrarme a ello. Nadie lo sabe. Ni siquiera mis padres. Estudiando la historia de mis antepasados, supe que... Bueno...

—Ustedes los blancos, llaman a eso «tener una pincelada de alquitrán» —dijo Emerson con sarcasmo—. No es tan fácil resignarse, ¿verdad?

— ¡Vive Dios! Nadie mejor que usted para saberlo —gritó Neil airadamente.

—John, Emerson. Dejad tranquilo a este muchacho. —La voz de Mary Woolcape tenía toda la ternura y la firmeza de la

voz de una madre—. Está fuera de sí, el pobrecillo. —Puso un brazo sobre el hombro de Neil y le besó suavemente en la mejilla. Era como si le estuviese consolando su propia madre—. ¿Qué edad tiene, hijo mío? —le preguntó.

—Voy a cumplir treinta y uno, Mrs. Woolcape.

Estuvo a punto de decir «mamá».

—Es triste comprender cómo es en realidad la vida... tan tarde. Nosotros los negros, para poder vivir en paz, tenemos que entender nuestro mundo y el de los blancos. Pero... Se me ocurre una idea. —Mrs. Woolcape hablaba en tono práctico y animado—. Quédese a comer con nosotros. Espero que su esposa no se moleste por ello. Siéntese y telefonéele inmediatamente.

Vestal dio su conformidad. Luego preguntó «si la juega de los ex combatientes resultaba divertida».

Halló que en Mary Woolcape —por lo menos en un detalle— se cumplía perfectamente el mito de la típica negra: era una excelente cocinera. Neil, por ser novato en la materia, se extrañó de que, siendo domingo, no tuviesen pollo asado y sandía para comer, sino un *rosbif* completamente ario.

Emerson salió con destino a su casa, también para comer.

—No diré a nadie cuanto acaba de confiarnos, capitán —aseguró—, a menos de que usted me autorice a ello. Queda admitido como miembro de nuestro Club. Somos buenos amigos, aunque no tengamos piscina. —Se estrecharon las manos. Eran amigos. Como hubieran podido serlo veintitrés años atrás.

—Ryan llega tarde otra vez —dijo John Woolcape suspirando—. Estos jóvenes revolucionarios llegarían tarde hasta a las barricadas. En fin, empezaremos sin él. La comida Mary.

Así fue cómo, por primera vez en su vida, se sentó Neil junto a sus nuevos amigos para compartir con ellos la comida, símbolo de igualdad, el más antiguo y universal.

Comprendió que los Woolcape se entretenían en referir su historia para restar violencia a la situación.

John Woolcape, aunque «hombre de color», era completamente blanco de aspecto; es decir, una combinación de mo-

reno, rosado y gris. Nunca estuvo más al sur de Iowa o más al este de Chicago. Nació en Dakota del Norte. La suya fue la única familia de negros en aquel lugar. Su padre era mozo de estación; mejor dicho, capataz de los mismos. El padre de su padre había sido esclavo en Georgia, y, terminada la guerra civil, trabajó de jornalero en una granja de Florida que no era precisamente «una playa de moda» con ruletas y sombrillas.

John también trabajó en alguna granja, aunque se empeñó en estudiar por lo menos agricultura. A poco de ingresar en la escuela del pueblo, murió su padre arrollado por un tren y se colocó de aprendiz de barbero. Cuando llegó a Grand Republic, en 1902, era barbero. Allí, a los veintidós años, comprendió al fin lo que era «ser negro».

Hasta entonces, de ese arte tan diplomático supo poco más que Neil Kingsblood. Convencido de que su padre era buen baptista y excelente jefe para los mozos irlandeses y suecos que trabajaban a sus órdenes, John nunca tuvo ocasión de saber que, biológicamente, era un ser inferior. Sus inocentes compañeros de estudio —niños y niñas de piel blanca— tampoco sabían que el contacto de sus manos contaminara.

En especial las niñas.

En aquel pueblo de Dakota casi nadie hablaba de «pince-ladas de alquitrán», y quienes lo hacían era gente ruin e inde-seable. John nunca asimiló el veneno por ellos destilado.

En Grand Republic le aceptaron como blanco y como excelente barbero, por lo cual olvidó las advertencias que en contadas ocasiones le hizo su padre acerca del misterio denominado «problema racial».

Por aquel entonces, que le llamaran «negro» habría producido a John igual efecto que ser llamado «pólipo de hortensia». Porque no tenía negra la piel, y en realidad le importaba poco ser blanco o negro, con tal de que sus clientes y su novia —una muchacha suiza— le apreciaran.

Pero pronto llegó a aquel lugar un individuo procedente de su pueblecito de Dakota y dijo algo al oído del dueño de la barbería, quien a su vez dijo a John:

—Conque desciende de negros, ¿verdad?

—Creo que sí. ¿Tiene eso algo de particular?

—No sé. Para mí, posiblemente no. Pero a mis clientes les desagradaría saberlo. Hasta me dejarían plantado.

—¿Le ha dejado plantado algún cliente hasta ahora?

—No. Pero pueden hacerlo. No quiero correr riesgos. Confieso que eres el mejor barbero que tengo, pero... no quiero correr riesgos.

Allá por el año 1904, ya imperaba en el mundo la misma fórmula que ahora, en pleno siglo de la democracia y el progreso, sigue en vigor sin perder un átomo de su absurda dignidad, su imbecilidad y su cobardía.

John fue despedido sucesivamente de varias barberías, y no porque su trabajo fuese deficiente o no le apreciaran sus clientes. Por lo menos, ninguno dejó de apreciarle hasta después de saber la noticia. Algunas veces fue el propio John quien se encargó de comunicarla a los demás. No se resignaba al servilismo de un tío Tom, y en los dos minutos que duró la acusación de su primer jefe al despedirla, se había convertido en negro integral, consciente de su raza.

Su novia suiza, una deliciosa doncella de servicio a quien John enseñó el inglés, no dio importancia a la gran noticia cuando la supo. Pero sus compañeras, irlandesas y escandinavas, se encargaron de asegurarle que «si tenía intención de quedarse para siempre en la tierra de la democracia, habría de apartarse de John».

John fue el primer negro de Grand Republic que tuvo noticia de la fundación de la N. A. A. C P. (Asociación Nacional Pro Progreso de las Gentes de Color, poderoso ejército de los negros), y en una convención celebrada por dicha entidad en Minneapolis, conoció a Mary, quien, como él, por su aspecto parecía blanca.

Había cursado sus estudios en la escuela de Orbelin y era hija de un próspero y casi científico granjero de Iowa, especializado en la cría de pollos, pavos y ocas. John y Mary, al conocerse, sintieron un mutuo antagonismo creado por el hecho de ser ambos de piel blanca y de molestarles la circunstancia. Pero precisamente porque los dos odiaban la idea de

parecerse a «los tiránicos blancos» se acercaron el uno al otro. Luego, su común simpatía por cuanto significase integridad y carácter los mantuvo unidos.

John se estableció por su cuenta, pero la nueva barbería fracasó. No porque a sus clientes les molestase su ascendencia negra, sino porque John se negó a echar a la calle a los clientes de su raza. Para un blanco, cumplir con ese requisito era un deber social.

Luego, y por ser hábil en el manejo de toda clase de herramientas, John quiso ser mecánico. Pero le faltaba experiencia, y las escuelas técnicas estaban en lugares apartados, muy lejos de allí. Mary y él proyectaron trasladarse a una ciudad más grande y mecanizada, en donde a John le fuera posible aprender. Pero su estupidez les hizo tomar como cierta la máxima predicada por los blancos, aquello de que «una comunidad honra al obrero que tiene fe en ella y que lo demuestra comprándose en ella un hogar y creando una familia».

Compraron un hogar, crearon una familia —en la persona de Bayard— y se quedaron allí para siempre. John se colocó de conserje —con harta satisfacción, por cierto—, y Mary le ayudó haciendo pasteles que luego vendía al público, y trabajando de camarera interina en banquetes de gala.

—Sí, capitán, le he visto varias veces que trabajé en casa de los Havocks y de Mrs. Dedrick, pero creo que usted no reparó en mí —dijo.

Y aunque ella era demasiado maternal y sensible para hacerle reproches, Neil hubo de avergonzarse de sí mismo.

Estaba seguro de que si John Woolcape hubiera sido blanco y su padre político se hubiese llamado Morton Beehouse, sería ahora presidente del Second National. Y también de que, en igualdad de circunstancias, John William Prutt podía ser conserje. Más así como en el caso de Mr. Prutt todo marcharía bien y éste habría demostrado ser metódico en su trabajo, magnífico barrendero y «único» limpiando el local de botellas vacías, John Woolcape sería evidentemente menos feliz adulando a los clientes importantes que en su presente situación.

Casi durante toda la comida, y con escasa reticencia, se ocuparon de si le convenía al negro Neil manifestar abiertamente que lo era.

—De lo único que estoy seguro, Mr. Kingsblood —dijo John—, es de que en modo alguno deberá usted precipitarse.

Neil se sentía tan cerca de ellos como de sus propios padres, de cuya vida y de cuyos planes no sabía tanto como de los Woolcape. Le habría gustado que le llamasen Neil, pero ellos se limitaban a suavizar su «capitán» y el «Mr. Kingsblood» con algún afectuoso «hijo mío».

—No tome a juego su martirio —insistió John—. Antes de decidir lo que debe hacer, o por lo menos lo que desea hacer, ha de leer las grandes obras de los autores de mi raza. Es lo que yo estuve intentando hacer durante los últimos treinta años, a pesar de mi poca cultura. He sido afortunado. Un asiento junto al fogón es maravilloso lugar para el estudio. Cuando haya leído y pensado mucho, quizá decida no revelar a nadie su secreto. Nuestra raza no se beneficiaría gran cosa con ello, y podría ser desastroso para su madre, su esposa y su hijita Yo estoy orgulloso de ser negro. Conozco a muchos de mi raza, gente sencilla y vulgar, que son como los grandes poetas y héroes de la Biblia. Pero a los hombres de negocio blancos les disgusta que la gente humilde, blancos o negros, sea heroica, y nos aplastan. De todos modos, no tiene derecho a esperar que a las mujeres de su familia les guste compartir su sacrificio. Me pregunto cuántas mujeres quisieran ser mártires. Puede que tengan para ello demasiado sentido común.

—Nunca he conseguido que John entienda el caso de Juana de Arco —se lamentó Mary—. O pongamos otro más sencillo: el de Harriet Tubman. No sabe lo que es el feminismo. Yo creo que eso se debe a su experiencia de barbero.

—El caso es —murmuró Neil, pensativo— que nunca he pensado realmente en hacer público mi origen. ¿Desprecia usted a los negros que se niegan a luchar y prefieren la muerte?

Sus interlocutores suspiraron. Luego, John respondió:

—No. Lamentamos su pérdida, pero nos hacemos cargo

de que hallaron la lucha demasiado dura. Tenemos por norma, si nos cruzamos en la calle con algún viejo amigo que vaya en compañía de un blanco y que prefiera ignorarnos, no demostrar que le conocemos y abstenernos hasta de hacer un guiño. Del mismo modo que antes de traicionar la confianza que usted ha depositado en nosotros, todos nos dejaríamos cortar la lengua. Mi hijo pequeño, Ryan, también reaccionará así si se lo dice usted. Aunque sea de izquierdas y en algunas ocasiones bastante rudo con los blancos, es el más leal de todos nosotros.

«Vuelva el viernes por la noche si le parece bien. Hallará aquí a Clement Brazenstar, de la Liga Urbana, y a Ash Davis, el químico...

—Conocí a Mr. Davis en el Banco.

—Quizá venga también Sophie Concord, una bella y lista muchacha negra, que es enfermera municipal. Todos ellos hablan de problemas raciales bastante mejor que yo. Por una noche puede que le resulte más ameno que una partida de *pinacle* o de su juego preferido.

—De *bridge* —dijo Mary, más versada en modernismos.

—Vendré —afirmó Neil.

—*No* es necesario que les confiese usted su origen —prosiguió diciendo John—. En suma, Mr. Kingsblood, yo no trataría de eso con nadie más que con nosotros que le consideramos de la familia, pues Emerson ya nos hablaba de usted cuando iban juntos al colegio. Tenía tal admiración por usted...

»Si viene el viernes aprenderá muchas cosas oyendo a Clem Brazenstar. Es negro como Tophet y por nacimiento, jornalero del delta del Missisipi, acostumbrado a recoger el algodón. Nunca ha ido al colegio, pero dudo de que ninguno de esos remilgados profesores lea lo que él lee.

»Ash y Marta Davis son un término medio: ni tan negros como Clem, ni como él criados entre plantas de algodón, pero tampoco casi blancos como Mary y yo ni como nosotros nacidos en un ventisquero. El color de su tez es amarillento y proceden de algún lugar cercano a la frontera. Ya sabe usted cómo

mo son los nacidos en Tennessee y Kentucky. Nunca acaban de definirse. Hoy nombran a un negro policía para lincharle mañana y publicar pasado en el *Courier-Journal* un magnífico reportaje sobre su muerte.

—No creo que mi actitud hacia los negros haya sido hasta ahora mucho más loable —dijo Neil suspirando.

—¿No?

—Últimamente tuvimos una doncella negra que se llamaba Belfredi Gray, por quien sentía gran antipatía. Era adusta y dejada. Casi llegué a odiarla. Casi llegué a odiar a *todos* los negros por su culpa. ¿La conoce?

—Sí. Conocemos de sobra a esa pájara —respondió muy serena mistress Woolcape. Neil creyó que era su propia madre quien acababa de hablar.

En igual tono plácido, Mr. Woolcape añadió:

—Sí. Belfreda es una calamidad. Un pésimo ejemplo para nuestra juventud. No podemos hacerle reproches porque, como otros muchos blancos, también usted haya llegado a la conclusión de que todos los negros son iguales que ella. No obstante, Belfreda tiene parte de excusa. Sus padres murieron, su abuelo Wash es hombre de poco carácter, y su abuela una vieja endiablada. Belfreda es una locuela. Le gusta decir a las muchachas polacas que es mucho más elegante que ellas, pero, en fin... Vale más eso que convertirse en artista de ínfima categoría que haga el ridículo para divertir a los blancos, o en holgazán harapiento y hasta en ladronzuelo, como, según cuentan los grandes señores del sur, ocurre con sus criados negros. ¿Y qué han de ser, al fin y al cabo, si su porvenir está en la cocina? ¡Oh, sí! Es muy fácil excusar a Belfreda.

—Estoy harta de escuchar tonterías —exclamó su esposa— y también de excusas y rodeos. Una causa nunca puede convertirse en excusa. Hay muchos criminales, no importa que sean blancos o negros que gritan: «La culpa no es mía. Mis padres no me comprendían.» ¿Qué padres hubieran podido entenderlos? Todo el mundo dice lo mismo para excusar sus devaneos y sus borracheras, incluso aquí, en Cinco Puntas. Estoy cansada de oírlos. No creo que Borus Bugdoll, que

comercia en drogas y en mujeres, justifique su negocio alegando que nació en una granja arruinada.

Su esposo gritó, interrumpiéndola:

—Hasta Borus puede sufrir debido a las diferencias que se ve obligado a soportar.

Fue el primer debate sobre problemas raciales a que asistió Neil en Cinco Puntas. Esos debates se prolongaban hasta la noche, emocionantes y contradictorios, cultos o vulgares. Eran sastres, camareros y engrasadores negros quienes los mantenían. Individuos que nunca habían comprado un batallón de libros para colocarlos en distintos estantes de caoba, como solían hacer Oliver Beehouse o John William Prutt, sino que los iban pidiendo prestados de uno a otro en cualquier Biblioteca Pública.

Neil, empeñado en tomar parte en la conversación, dijo amablemente:

—No creo que los blancos tengan mala intención. Puede que la mayor parte de ellos ni siquiera se den cuenta de que establecen esas diferencias.

Detrás de él, una voz desconocida, una voz joven y profunda, exclamó con sarcasmo:

—En tal caso, ¿quiénes son los misteriosos seres que empezaron a hacerlo?

—Mr. Kingsblood, nuestro hijo Ryan —dijo Mrs. Woolcape.

—Nuestro hijo Ryan, que siempre llega tarde —añadió Mr. Woolcape.

—Vuestro querido hijo Ryan, que en cuanto se habla de problemas raciales tiene siempre razón. Pero, ¿quién es este amigo?

## CAPITULO XXI

VESTIDO de uniforme, el sargento Ryan Woolcape podía pasar por un típico estudiante anglosajón que sirviese en el ejército. Medía seis pies y dos o tres pulgadas, tenía los hombros orgullosamente erguidos y alzaba la cabeza con aire casi tan altanero como su padre. Preguntó con ironía:

—¿A qué viene ese cuento de los blancos que no han establecido diferencias?

—Calla, Ryan —dijo John con aspereza—. El señor es amigo nuestro. Mr. Neil Kingsblood, del Second National.

—Conozco perfectamente tan noble hecho, papá. Le he visto trabajar en el Banco. Perdone mi rudeza, capitán. Tengo motivos para estar de mal humor. Vengo del templo de Nuestro Señor. Estuve escuchando al reverendo doctor Jat Snood, el evangelista fundamental, de Kansas, o de donde sea. Un sinvergüenza. Dudo que los ujieres me hubiesen admitido de saber que soy negro. ¡Así revienten los muy canallas! Bueno, el caso es que entré y oí cómo Snood explicaba que Jesús exige a los cristianos de Minnesota que obliguen a los negros a volver a Georgia. Mi capitán, espero que me excuse por excitarme al hallar en este inmundo agujero a uno de sus fieles devotos.

—¡Cállate, Ryan! —gritó Mr. Woolcape. Y Mrs. Woolcape añadió:

—Ryan, Mr. Kingsblood legalmente hablando..., no es *blanco*.

«Sabía que hice mal diciéndoselo», pensó Neil.

—Es de los nuestros, Ryan. Acaba de saberlo. Y, a propósito, tendrás que guardar el secreto. Ha venido en busca de amistad y consejo. Y aquí estás tú, vociferando como un *sheriff* de Tejas.

Ryan tendió a Neil una de sus grandes manazas y sonrió. Parecía un gigante feliz. Luego refunfuñó:

—No sé si debo alegrarme o si debo mostrarme comprensivo. No obstante... Siempre pensé que parecía usted una ex-

celente persona, a pesar de ser oficial. Ahora entiendo por qué. Sea bienvenido. Desde luego, guardaré silencio. Lamento haberme ido antes de la lengua. En el Ejército aprende uno a odiar a los oficiales blancos.

—¿Por qué? —preguntó Neil—. ¿Tantas *diferencias* tuvo que soportar? Yo no he tenido ocasión de servir con tropas de color.

—Se lo explicaré, capitán. Estuve en un campamento, en el Sur. Los soldados blancos tenían cine o funciones de teatro cada noche en un gran salón. También tenían magníficas habitaciones para jugar a los naipes y escribir su correspondencia; cuantos autobuses deseaban para trasladarse a la ciudad y docenas de bares. *Nosotros* sólo teníamos cine una vez por semana, ningún sitio en donde escribir, y para coger un autobús habíamos de andar un par de millas. En realidad, teníamos pocos autobuses y ningún bar. Y a los Policías Militares vigiándonos como si fuésemos criminales.

»Los oficiales de color carecían de autoridad. Eran como oficiales de juguete para engañar y contentar a los ciudadanos negros. Nuestros coroneles tenían que viajar en trenes infectos. Un capitán de color vestido de uniforme, en comisión oficial de servicios, fue detenido y encerrado en una cárcel civil porque en la sala de espera del cuartel de su raza no había teléfono y hubo de trasladarse al salón de espera del de los blancos... para hablar con un oficial de graduación superior a la suya.

»De todos modos, algo he sacado... Estuve en Birmania y en Java. Allí pude comprobar que los indígenas de la localidad también están hartos de «diferencias» y que se unirán gustosamente a nosotros los americanos para acabar con la odiosa y mundial oligarquía de los blancos. —Ryan se detuvo. Parecía un gigante súbitamente herido por un proyectil—. Ya me enredé en otro discurso acerca del problema de las razas —dijo—. La culpa es del reverendo Snood.

Miró a Neil sonriente, como si fuese su mejor amigo. En cuanto a Neil, estaba completamente abatido ante un odio tan intenso hacia los blancos. Quiso alejarse. No era del problema

de *su raza* de lo que ahora se trataba.

Mrs. Woolcape intentó suavizar la situación, explicando:

—Encontramos a Mr. Kingsblood en la capilla esta mañana, Ryan. Dice que Evan es un gran predicador.

Con burlona sonrisa, Ryan preguntó:

—¿Me habéis dejado algo que comer? No quiero caer en la trampa y empezar mi discurso número cinco: el que trata de las iglesias de los negros que todavía están más muertas que las de los blancos. Los sacerdotes jóvenes que habrían enseñado catecismo los domingos a la pasada generación, trabajan ahora para la «Asociación Nacional Pro Progreso de las Gentes de Color». En cuanto a los más avanzados, los que habrían sido en otra época entusiastas diáconos y oradores magníficos, se han apuntado en el partido comunista. Brewster es una bellísima persona, pero le tienen por favorito demasiados individuos serviles al estilo del tío Tom. Y todavía es capaz de pronunciar un sermón acerca del blanco pecador, rico y elegante, que se convierte gracias al comportamiento de un infeliz negro que no tiene ni para pagar los impuestos. Mira, mamá, si querías que siguiera siendo un buen cristiano y que tuviese buenas maneras, nunca debiste contarme la historia de Simon Legrec.

Mientras el simpático revolucionario devoraba un *rosbif* frío, Mrs. Woolcape explicó que la mayor ambición de Ryan consistía en organizar una granja para negros, en forma de cooperativa. Pero Neil había dejado de sentir interés por el asunto. Era incapaz de asimilar en un solo día más teorías revolucionarias y problemas raciales.

Prometió volver el viernes. Ryan, muy acalorado, dijo:

—No estoy demasiado seguro de que le permitamos formar parte de nuestra raza de senegaleses. Si conociese nuestras opiniones sinceras, esas que nunca confiamos a los blancos, puede que se asustara. Ni siquiera creemos que un individuo tenga forzosamente que vestirse de etiqueta cada noche para la cena.

Neil decidió que Ryan tenía ganas de bromear, y que era un deber de cortesía sonreír y mostrarse amable. Pero cuando

iban camino del autobús, abriéndose paso por entre los muchos haraganes negros que transitaban por la calle Mayo, sintió que los odiaba. Furioso, murmuró para sí: «Vaya, tenientillo, conque no está seguro de si me va a permitir que pertenezca a su raza, ¿eh? Desde el principio debí comprender que soy un estúpido. Bien. Aquí estoy de nuevo ante la desagradable perspectiva de ser presidente de un Banco... blanco.»

Pero de nada le sirvió. Era imposible evadirse. Los ojos de Mary Woolcape le rechazaban ahora con apenada expresión, del mismo modo que antes, cuando era «un atribulado hijo recién encontrado», le consolaron.

Entró en su hogar. No sabía *qué* iba a ser en realidad Neil Kingsblood. Ni *cómo* iba a ser. Ni *dónde* iba a ser.

Vestal preguntó amablemente:

—¿Qué tal tus ex combatientes? ¿Os habéis referido los unos a los otros cuán valientes sois?

—Quiero hablarte de algo que acabo de averiguar —dijo él muy serio—. Las tropas negras no han sido honradas como se merecen. Construyeron aeródromos y condujeron camiones bajo el fuego enemigo, y no han obtenido condecoración alguna.

— ¡Vaya por Dios! ¿Crees que también yo me he portado mal con ellos y que debí darles medallas? Inmediatamente iré al Congreso para remediar la situación. ¡Pobrecillos negros! Los haré caballeros de la Orden del Corazón Rojo, o de la Cruz Rosada, o de... la Sandía Esmeralda, Segunda Clase.

—Deberías tomarte el asunto más en serio —dijo él, algo molesto—. Yo me voy a dormir.

—¿Tomarlo en serio? —preguntó ella con ironía.

Antes de irse a dormir, Neil aun tuvo que contemplar el nuevo modelo de bombardero que Bidy había dibujado.

Olvidó abrir las ventanas aquella tarde de estío, y durmió mal.

Soñó que era de noche y que corría aterrorizado a través de un bosque. Y que atravesaba pantanos y tropezaba con los troncos de unos árboles cuyas ramas azotaban su rostro, pues llevaba la cabeza erguida. Su respiración era jadeante. Parecía

tener secos los pulmones y una sedienta caverna por boca. No sabía quién le estaba persiguiendo. Sólo que le odiaban y que, de poder, le derribarían, le darían de puñetazos, le arrancarían los ojos.

Le detuvo el espectáculo de unas luces pequeñas y brillantes. Comprendió que no eran sino los ojos de unos sabuesos que le contemplaban. Detrás de ellos, y gradas al reflejo de las antorchas que acababan de encenderse, distinguió a un grupo de hombres que formaban un semicírculo. Hombres horribles como no vio nunca en su vida. Tenían el rostro tan surcado de arrugas como los propios perros, e igual puede decirse de su cuello. La expresión de sus ojos era glacial; su mirada de serpiente. Los hombres se movían, se acercaban, avanzaban hacia él.

Alguien dijo tranquilamente:

—¡Maldito negro! Espero que este cepillo de púas le acaricie bien los huesos.

Había caído al suelo y una bota de gran tamaño —le fue fácil observar que olía a estiércol— acababa de darle un puntapié en la cabeza. Sólo que ahora ya no estaba tendido sobre el suelo cubierto de hojarasca de la selva, sino en un suelo de cemento sucio y manchado de sangre. Y la bota seguía golpeándole y golpeándole, hasta hacer intolerable el dolor que sentía en mitad del cráneo.

Ahora le levantaban a pesar de que luchaba por evitarlo. Le ataban a una cuerda que lentamente iba alzando su cuerpo en el espacio. Luego se vio de pie en un cenagoso sendero de la selva, contemplando aquel cuerpo que pendía de la cuerda y que no cesaba de dar patadas y que era precisamente *el suyo*. Observó que, aunque el rostro era su rostro típico de blanco, pecoso y colorado, su cuerpo desnudo era negro como el carbón. De un negro brillante por el sudor, a la vacilante luz de las antorchas. Y que sus oscuros miembros seguían estremeciéndose, dando patadas de manera mecánica, grotesca. Y que tanto él como los demás espectadores blancos reían y gritaban: «Mirad cómo el negro da puntapiés. Parece una cochina rana. Una rana negra. Miradle... Mirad cómo el maldito negro

da puntapiés. Y luego pretenden pasar por seres humanos, como nosotros. ¡Ja, ja, ja!»

Despierto, siguió meditando, horrorizado.

«Ese podría ser yo. Hasta en Minnesota han linchado negros. Me odiarían todavía más que a los que siempre fueron gente de color. Hasta he sentido la soga en el cuello. No puedo afrontar la situación. No obstante, sería lo más honrado para con los míos. Mi deber... Imposible hacerle *eso* a Biddy. No quiero que tenga que avergonzarse recordando el asesinato de su padre, tal como ahora ha de ocurrirle a Phoebe Woolcape. Pero... quizá ella prefiera luchar. Puede que ahora sean así todas las niñas. Crueles, complaciéndose en dibujar aparatos bombarderos. «Mirad cómo el maldito negro da puntapiés. Y luego pretenden pasar por seres humanos...»

Súbitamente deseó correr hacia los Woolcape. Hacia Mary Woolcape. Y, sobre todo,,,,, hacia Ryan.

## CAPITULO XXII

EL doctor Kenneth Kingsblood guiñó un ojo a su hijo, dando a entender que existía entre ambos un secreto que no podían compartir las mujeres, y con una sonrisa burlona preguntó en un aparte:

—¿Qué tal sigue tu investigación? ¿Somos o no somos los legítimos reyes de Inglaterra?

La pregunta, por hacer referencia a la antiquísima época de seis meses atrás, resultó extraña. Fue como si le hubiesen preguntado: «¿Decidiste finalmente votar por Rutherford B. Hayes?»

Sujeto todavía a los deprimentes efectos de su sueño de aquella tarde, Neil había ido a visitar a su padre para compartir con él la típica cena dominical: sopa caliente, pollo frío, patatas a la inglesa y helados no hechos en casa. Bidy dormía arriba, en un sofá. Vestal charlaba, de niños y de criadas, con la madre de Neil y con su hermana Joan, como debieron de hacer tantas mujeres excelentes en las primitivas cavernas, los castillos normandos y bajo los tintineantes aleros de la primera dinastía china. Fue una noche parecida a la noche de salida de una doncella de servicio, y como ésa llena de dulzura, seguridad y ternura Neil sólo acertó a contestar a su padre:

—Aún no he acabado el estudio de los documentos de la corte, Majestad. —Y rápidamente, cambió de conversación.

Contemplando con atención a su madre, creyó encontrar vestigios de la raza negra en sus ojos oscuros. Luego recordó que en cierta ocasión también creyó encontrarlos, de raza *chippewa*, en Vestal. El fuerte impulso que hacia África le arrastraba no debía hacerle olvidar que llevaba en la sangre una buena parte del heroísmo indio. Aquella noche la pasó inquieto. Le hubiese gustado cruzar un lago tempestuoso a bordo de una canoa *chippewa*. La certeza de saber que tenía en su interior no sólo libros de contabilidad y rejas de arados, sino también canoas y cuchillos de *kaffir*, resultaba excitante.

Y aunque la suave dulzura doméstica de la jornada do-

minguera no contribuyó a tranquilizarle, tampoco la agitación de la noche siguiente consiguió aturdirle.

Esta noche hubo de asistir a otra de la prácticamente interminable serie de recepciones organizadas para dar la bienvenida al muy valiente comandante Rodney Aldwick durante su permiso temporal. Ahora Rod tenía que reintegrarse al cuartel para ser convenientemente desmovilizado. De allí volvería convertido en ex combatiente, con una inmejorable hoja de servicios, y haría pública la noticia de que pensaba consagrarse al ejercicio de su profesión para que la difundiesen los periódicos.

Durante esta recepción —definitivamente, la última—, Neil oyó cómo Red, fiel a su táctica, decía:

—Los ex combatientes tenemos que unirnos para luchar contra los elementos introductores del fascismo que acabamos de vencer, es decir, las razas inferiores que fueron desleales y que debilitaron los imperios inglés, americano, francés y holandés, hasta conseguir que un individuo como Hitler derrotase a Winston Churchill.

Neil, al comprender que su héroe no sólo era imperfecto sino también estúpido, no salía de su asombro. Ningún hombre al desenmascarar a un enemigo se hubiese considerado tan desgraciado como Neil.

Las dos noches que siguieron a su horrible sueño no las pasó desvelado y despierto. Había pocas cosas capaces de desvelar a Neil Kingsblood. Mientras se afeitaba por la mañana, era cuando más clara tenía la cabeza. Las múltiples bellezas de su maquinilla de afeitar eléctrica —un precioso aparato de níquel e imitación de marfil—, que sin necesidad de recurrir a la superstición feudal del jabón y la brocha acariciaba su sólida mandíbula como una mano amorosa, arrastrando consigo todo rastro de pelo brillante y demostrando que la civilización moderna todavía sirve para algo, le daban mucho que pensar.

Hoy pensaba que el rizado cabello que se reflejaba en el redondo espejo que, colocado en una repisa junto al armarito del cuarto de baño que servía de botiquín, utilizaba para afei-

tarse, era casi tan crespo como el del doctor Brewster. Pensaba en Evan Brewster en su seriedad, en su bondad sencilla. Y porque Brewster era baptista y él también, pensó igualmente en la especial sabiduría y la gloria de los predicadores baptistas y en su divino programa.

«¿Qué creencias profeso actualmente?», se preguntó. ¿Creía en un Dios determinado? ¿En la inmortalidad del individuo? ¿Cuál era su finalidad en la vida, aparte de amar a Vestal y de dar a Bidy oportunidad para crecer y ser dichosa? ¿Y... por qué quiso Dios castigar a Vestal casándola con un negro? ¿O es que *eso* no era un castigo, sino una noble revelación?

Dejó de afeitarse por un momento, para admitir que en los últimos doce años, aparte de sus conversaciones con Tony Ellerton, dedicó a cuestiones teológicas tantos pensamientos como a Washington y al cerezo.

El pastor oficial de la capilla baptista de Sylvan Park, el reverendo doctor Shelley Buncer, era hombre amable y de acusada sensibilidad. ¿Por qué no creer siquiera una vez que aquel inteligente pastor supiese acerca de Dios y de la inmortalidad cosas que desconoce un banquero o un vulgar obrero? ¿Por qué no admitir que la iglesia contrató los servicios del doctor Buncer por ese motivo, y no porque fuese buen jugador de golf, excelente organizador de bodas y bautizos y magnífico orador cuando se trataba de vender bonos?

Así, pues, el martes por la noche, Neil visitó al doctor Buncer y le puso en una situación difícil al preguntarle qué sabía de Dios y de la Verdad.

Fue un agradable paseo el de aquel atardecer de estío, por entre los arcos y los recién regados jardines de Sylvan Park. La iglesia baptista era un edificio de piedra a franjas rojas y grises. Junto a ella estaba la rectoría, una vieja y pobre casa blanqueada, que Mrs. Buncer, oriunda del Este, de Ohio, intentó modernizar en lo posible con cortinas orientales azules y doradas. El despacho del pastor, que el pobre hombre llamaba «su estudio», y algunas veces, alegremente, «su *omnium sanctorum*», era a la vez atrevido y solemne. Sobre el escritorio,

de un triste color rojo oscuro, había un jarrón sueco grabado al aguafuerte y lleno de rosas. En la pared, entre dos retratos —uno de Adoniram Judson y otro de Harry Emerson Fosdick— había un grabado con la siguiente inscripción: «Niños y gatos.»

El doctor Buncer era un definitivo, un entusiasta producto de la Universidad de Brown y de la Escuela Teológica de Yale. Tenía veinte años más que Neil, muy poco pelo y la voz digna de un obispo. Llevaba traje de mezclilla y corbata roja. Obsequió a Neil con un buen cigarro puro, mejor dicho, un cigarro relativamente bueno.

—Muchacho —dijo—, el preferir un blando cigarrillo al suave y varonil cigarro puro, no es sino una muestra de la degeneración de nuestra época. Siéntese y enciéndalo. Yo, por mi parte, dejaré a un lado mi volumen de Saki. En este tesoro de sabiduría y sencillez he buscado refugio huyendo de los sórdidos problemas del día.

Tras lo cual se dio buena maña para esconder en el cajón de su escritorio el libro que estaba leyendo: *Un crimen repugnante*.

Con el consiguiente desaliento comprobó el pastor que la visita de Neil no se debía al deseo de conocer la dirección del Boosters Club o de la Asociación de Empleados Jóvenes. No. Era otra cosa la que Neil pretendía saber, algo acerca de lo cual no podía el reverendo buscar referencias en su magnífica biblioteca. De haber conocido el verdadero motivo de la visita de su sencillo feligrés, puede que se hubiese vuelto completamente loco y hasta quizá habría empezado a ladrar.

—Doctor Buncer, he recibido varias cartas de un soldado que estuvo a mis órdenes, en las que me comunica que por ciertos detalles que han llegado a su conocimiento ha deducido que descende en parte de negros. En consecuencia, me ha hecho algunas preguntas acerca de un problema de ética que usted puede resolver mucho mejor que yo. Tengo entendido que está casado y que tiene dos hijos, ninguno de los cuales sospecha su ascendencia negra. Esta, según mis deducciones, debe de remontarse a muchísimos años atrás. Ahora desea

saber cuál es el camino recto y qué actitud ha de tomar. ¿Tiene que decírselo a sus familiares y hasta quizá a sus amigos, o guardar silencio?

El doctor Buncer hizo entonces una demostración de lo que significa «meditación profunda», a pesar de no ser un maestro en ese arte, y luego preguntó:

—Dígame, Neil, ¿sospecha alguien lo ocurrido?

—Por sus cartas creo entender que no.

—¿Frecuenta la compañía de personas de la raza negra?

—Lo dudo.

—A propósito, Neil, ¿ha frecuentado usted alguna vez *esa* compañía?

Hizo la pregunta en tono glacial.

Neil procuró a toda costa que el suyo resultase indiferente, al responder:

—Temo que nunca tuve ocasión de conocer a gente de esa... —No. Imposible hablar en tono despectivo de los negros. Tenía que rectificar, aunque con ello se traicionase y arruinara para siempre su vida—. Sólo he tratado a una clase de negros —siguió diciendo—. Doncellas de servicio y mozos de tren.

—Se lo pregunto para saber si puede comprender el problema de esa pobre gente en todos sus muchos y profundos aspectos, incluso, desde el punto de vista religioso.

¡Dios! ¡Qué peso le quitaron de encima a Neil!

—Pues bien, se da el caso de que yo sí he tratado en mi vida a muchos negros. En Brown, en la habitación vecina a la mía, había un estudiante de esa raza. Varias veces, por lo menos media docena, intenté entrar en ella y tratarle como a un igual. Pero esos individuos, aun los que se molestan en adquirir una cultura universitaria, no se sienten bien entre nosotros los blancos que hemos heredado nuestra propia cultura y hallamos el hecho perfectamente lógico.

»Nos consta que también ellos son hijos de un Dios misericordioso, lo cual nos complace. Y puede que algún día, dentro de cien o de doscientos años, sean, fisiológicamente hablando, iguales a nosotros. Actualmente se sienten inferiores,

aunque lleven sólo una pequeña parte de sangre negra en las venas, y ese sentimiento de inferioridad hace imposible que podamos sentarnos a su lado y mantener con ellos una charla amistosa y varonil, como la que en este momento sostenemos usted y yo.

»He asistido, aquí en Grand Republic, a algunas asambleas a las que también asistieron negros. Me he sentado junto a ellos en la mesa de la presidencia, y he tenido ocasión de conocerlos íntimamente. Pero en donde de verdad aprendí a comprenderles fue en el Sur, su tierra natal. Estuve una temporada (un mes en total) trabajando en cierta institución de Shreveport, Louisiana (algo así como un confinamiento voluntario), y allí comprobé que el aislamiento de los negros en el Sur no fue creado para perjudicarlos, sino para protegerlos de los malvados de una y otra raza hasta que llegue el momento en que su inteligencia esté lo suficientemente desarrollada para enfrentarse con la realidad, al igual que hacemos usted, yo y los demás hombres blancos.

«Entiéndame; no es que yo vea en eso una solución permanente. No existe razón capaz de justificar el hecho de que unos ciudadanos americanos se vean obligados a viajar en trenes infectos y a comer separados de los demás siempre que se trate de «ciudadanosamericanosentodoelsentidodelapalabra», lo cual, mucho me temo, no pretenderá ser ni aun el más inteligente de nuestros amigos de color.

»No hay nadie más deseoso que yo de admitir los progresos de la raza negra en el camino de la civilización, como, por ejemplo alternar sus cosechas, criar más cerdos, cuidar sus comidas, etc. Pero un pastor tiene el deber de ser siempre fiel a la verdad Precisamente porque somos honrados y leales en demasía nos odian algunos... Pero en fin, que nos odien. Yo siempre digo que su odio es para nosotros un cumplido. ¡Ja, ja, ja!

«Mas volvamos a su soldado y al problema que le aflige. Puesto que nunca le tuvo nadie por negro, no creo que ofenda la moral guardando silencio y pasando en el futuro, técnicamente, por hombre blanco. Al fin y al cabo nadie tiene el de-

ber de decir *todo* cuanto sabe. ¡Ja, ja, ja!

«Opino que, suponiendo que tenga usted con él bastante confianza como para hablarle de esto sin herir sus sentimientos, debe aconsejarle se aparte en lo posible de los blancos, pues de otro modo su diabólica y genesíaca mutación saldría a relucir no importa cuándo. Yo, que he estado en el sur, tengo la seguridad de que podría descubrir al momento su origen.

«Así pues, aconséjele por su propio bien que tenga cuidado, hable poco y siga el juego. ¡Ja, ja, ja! ¿Comprende lo que quiero decir?»

—Sí. Y creo que tiene razón.

Neil había dejado de sentir interés por las doctrinas de Buncer, no importa cuál. Mas no supo resistir la tentación, que a todos nos asalta, de hacer a clérigos, jueces, doctores, senadores y policías de tráfico la siguiente pregunta: «¿Qué piensa usted realmente cuando está en el baño, es decir, cuando deja de escudarse tras su uniforme?»

—Doctor Buncer, supongo que habrá usted asistido a alguna asamblea en donde no sólo hayan habido negros sino también judíos.

—Sí. A menudo. En cierta ocasión, hasta invité a comer a un rabino. Mrs. Buncer, mi hijo y mi hija estaban presentes. Puede afirmar sin miedo a equivocarse que soy un liberal empedernido.

—Pero... Tomemos por ejemplo a un negro. ¿Cree que sería prudente invitarle a comer, aunque éste fuese... un gran predicador?

—Vamos, vamos, Neil, no me tome por tonto. Ya le he dicho que pertenezco a la nueva escuela. No me importaría en absoluto sentarme junto a determinados intelectuales negros en determinada asamblea. Pero invitar a alguno a comer a mi casa... Eso no, amigo mío. Sería una incorrección para con ellos. No están familiarizados con nuestro modo de vivir y de pensar. ¿Cree usted que un negro, no importa la educación teológica que pretenda tener, puede sentirse bien en compañía de Mrs. Buncer, que tanto se interesa por Scarlatti y el clavicordio y que estudió en el Conservatorio de Música de Fort

Wayne? No, Neil, no.

—;Qué opina del predicador negro de la localidad, que es bautista y se llama... Dr. Brewster o algo por el estilo?

—Conozco al doctor Brewster. Parece un hombre humilde y honrado.

—¿Por qué no hay nunca un negro en nuestra capilla? ¿Por qué no se permite entrar apenas a ninguno?

—Porque cuando se les ocurre hacerlo, tengo dada orden a nuestros ujieres de que les digan que, aunque un negro siempre será bien admitido en la comunidad, creemos ha de ser mucho más dichoso entre los suyos, en Cinco Puntas. Supongo que los ujieres saben explicarse bien, tal como es su deber.

«Hay algunos sacerdotes jóvenes que no están de acuerdo con mis teorías y actúan como si fuesen agentes a sueldo de sindicatos obreros y asociaciones de negros y judíos. Al fin y al cabo... Cuentan que Nuestro Señor compartió su pan con pecadores y ladrones, mas nadie dijo que se sentara entre infieles perturbadores de la paz, hombres empeñados en destruir el hogar cristiano y agitadores egoístas, no importa que sean blancos, amarillos o negros. ¿Comprende lo que quiero decir, hijo mío?

—Sí. Ahora lo veo todo con más claridad. Muchas gracias, doctor —dijo Neil.

## CAPITULO XXIII

EN el Banco, Mr. Prutt le observó preocupado. En tono burlón, mordaz y riendo entre dientes, le dijo:

—Pero, ¡qué distraído está usted, Neil! Debe de haberse enamorado.

A pesar de lo cual, durante todos aquellos días de incertidumbre, Neil siguió siendo uno de los empleados jóvenes más eficientes del Banco, y la Asociación de ex combatientes contaba ya con muchos clientes, soldados desmovilizados todos ellos, que aunque vestían aún un uniforme, algo grasiento, podían convertirse más tarde en médicos tocólogos, arrendatarios de gramolas o fabricantes de caramelos.

Un número increíble de ex combatientes de los que acudían a visitarle eran negros. Neil, algo intranquilo, se preguntaba si sería Ryan quien los enviaba y lo que Ryan les habría confiado, pero no se atrevió a hacerles preguntas.

Todas estas meditaciones fueron como un preludeo a su velada del viernes, entre los intelectuales de color.

Insistió en que Vestal usase el coche aquella misma noche, alegando que tenía que visitar otra organización de ex combatientes, y primero en autobús y luego a pie se encaminó a casa de John Woolcape.

Emerson había vuelto al ejército, requerido por sus deberes militares, de modo que fueron John, Ryan y Ash y Martha Davis los que dieron a Neil la bienvenida. Con harta sorpresa de todos —hasta de sí mismo—, Neil saludó al doctor Davis como a un viejo amigo en quien se confía desde muy antiguo y a quien se desea volver a ver. Por su andar airoso y la cadena de oro de su reloj que resaltaba sobre su suave piel oscura, Ash Davis se parecía más a un parisiense de los bulevares, que un americano de cualquier sitio, y por su negro bigotillo un artillero francés. Le imaginaba uno vestido de azul claro. Y aunque en el laboratorio sus compañeros de trabajo le considerasen persona de extraños gustos en materia de tenis, piano y botánica *amateur*, admitían que era un talento en investiga-

ciones químicas y que poseía extensos conocimientos de plástica. Estuvo tres años en distintos laboratorios de París, Zurich y Moscú. En Europa casi llegó a olvidar que era hombre de color para recordar tan sólo que era un hombre.

Y por muy odiosa que le resultase la idea de volver a «la gran república de las gentes de su raza», el hecho es que volvió. No era un rapsoda aficionado a cantar las glorias del exilado por entre las mesas del Café Select y los vagabundos de la bohemia blanca. La escasez de químicos durante la guerra le ofreció la posibilidad de un excelente empleo en la Compañía Wargate. Ingenuamente llegó a creer que podía quedarse allí toda la vida, y en vez de seguir deambulando de hotel en hotel, Martha y él compraron una modesta casita en Canoe Heights, que reformaron debidamente.

Era hombre trabajador, eficiente e ingenuo, y menos en lo que respecta a Martha y a su hijita Nora, bastante solitario. Respetaba a los Woolcape y a Evan Brewster como a luchadores y sólidos ciudadanos, pero a éstos les disgustaba la culta charla a que Ash era tan aficionado.

Martha, la gordezuela y encantadora Martha, de radiante cutis moreno oscuro, había nacido en Kentucky y era hija de un abogado negro. En sus días de estudiante pensó seriamente dedicarse al teatro dramático. En cuanto a su hijita Nora, todos la recordaban en *Casa de muñecas*. Martha nunca llegó a entender cómo su esposo podía ser tachado de «negro sin escrúpulos que no sabe resignarse a ocupar el sitio que le pertenece». Para ella era un hombre sumamente inteligente y honrado, un compañero alegre y el más tierno amante de que nunca oyó hablar. Se esforzó por impedir que los miembros más modestos de la comunidad negra les considerasen sólo «nuevos ricos», para lo cual les sobraban motivos. Habían visto en todas las capitales demasiados negros enriquecidos, gracias a la fabricación de un tónico capilar u orgullosos de un puesto en el Palacio de Justicia, que olvidaron la cabaña de sus abuelos y que ansiaban formar parte de algo llamado «Buena Sociedad de Color», con sus *debutantes* de tez oscura como el café, sus *limousines* también oscuras como el

café, y los hombres cultivados, los poetas «protegidos», los tímidos suspiros del salón de Mme. Noire-Mozambique. Y las cacerías seguidas del consiguiente almuerzo, sin olvidar las casacas rojas y la reseña en la columna dedicada a «Vida de Sociedad» (de color, se entiende).

Pero Neil no sabía que existiese algo llamado «Buena Sociedad de colono ni tampoco que Martha Davis no sintiese simpatía por ella. Cometía el inevitable error de todos los novatos: creer que los negros no pueden ser tan triviales y frívolos como los blancos, mientras que la verdad es que los negros —¡pobrecillos!— pueden ponerse una camisa con chorrera, adoptar un acento treinta por ciento londinense y resultar tan fastidiosos como la propia Park Avenue. Pero Neil tenía que aprender todavía muchas cosas acerca de las gentes de color. Y acerca de los blancos también.

Debidamente sentados los Woolcape, los Davis y Neil escuchaban fragmentos de la conversación general, prestando atención a determinadas frases para olvidarlas casi inmediatamente. Todo el mundo se comportaba con exagerada corrección, hasta que, de repente, la puerta se abrió con violencia y un hombre, que por su aspecto parecía un agradable e inteligente actorcillo, penetró en la estancia. Su presencia fue acogida con un general «¡Hola, Clem! »

Clement Brazenstar, activo agente de la Liga Urbana, era hijo de un negro, vulgar jornalero del Missisipi, cuyo apellido provenía del nombre de una plantación. Clem no había ido a la escuela. Solía procurarse libros (montones de ellos) de manera casi milagrosa, cuando de jovencito recorría el país trabajando de botones, cocinero, vendedor de productos fertilizantes, periodista y organizador. Su misión actual consistía en hallar trabajo aceptable para los negros, denunciar a los granjeros de su raza, demasiado perezosos para estudiar los motores de gas y el sistema de compra por cooperativa, y —esto último no era obligación impuesta por la Oficina, sino por sí mismo— a aquellos determinados directores de escuela —escuelas de blancos— que aprobasen las vejaciones a que los negros se veían sometidos. Adoraba el *whisky*, los cacahuetes,

a Tolstoi y el boreo. Su francés, aprendido en Marsella, durante la primera Guerra Mundial, era magnífico. Su italiano sólo práctico al igual que su *yiddish*.

Si bien los Woolcape eran norteños no precisamente de piel de ébano, y los Davis simple y amablemente «morenos» —éstos recordaban a los árabes y los jardines de la Alhambra—, en Clem Brazenstar el sorprendido Neil vio todo aquello que los misioneros del odio querían dar a entender cuando hablaban de «los pequeños payasos negros del Delta». Era un hombrecillo de cara de simio, parecido a uno de esos grotescos muñecos que salen de ciertas cajas al apretar un resorte. Era negro como la noche. Negro y lustroso como una hoja nueva de papel carbón. No sólo parecía exteriormente negro —como Evan Brewster—, sino negro también hasta los huesos. Tenía los labios casi morados y el interior de las orejas negro y brillante. El blanco de sus ojos no era de este color, sino amarillento, y hasta tenía las palmas de las manos bastante más oscuras del rosa normal. Su rostro resultaba cómico, sobre todo cuando estaba serio, porque entonces se reía de sí mismo a la vez que del mundo.

Su boca pequeña, de labios abultados, adoptaba siempre una mueca despreciativa. Su frente era un verdadero torbellino de arrugas. Era magníficamente feo, pero por su piel oscura y brillante, su aire confiado y alegre, hasta podía resultar hermoso como un alegre mirlo que se meciese en una caña

Su acento era una mezcla del de Mississippi, Harlem y el nasal del medio oeste. Y aunque al hablar de sí mismo y de sus amigos decía siempre «nosotros los negros» en tono algo despreciativo, nunca permitió que sus enemigos lo empleasen sin tomar inmediatamente represalias. Era para muchos un personaje inverosímil por ser hombre perfectamente natural y normalísimo, a quien nunca pusieron trabas una familia ambiciosa, las actividades de una escuela ni los libros de contabilidad.

—El capitán Kingsblood, un nuevo amigo blanco. Un buen amigo —dijo John Woolcape.

Clem dedicó a Neil una sonrisa, la típica del obrero amable. No hubo de esforzarse mucho para ello. Estaba tan acostumbrado a adular y a amenazar a los blancos como a incitar y a golpear a los negros.

—Encantado, capitán. Bueno, hermanos en la lucha, siempre es agradable volver a la ciudad de Grand Republic, sede del progreso, en donde no se conocen diferencias. Al venir hacia aquí en el autobús me senté junto a una linda señora, oriunda de alguna región centroeuropea, a quien acompañaba un hermoso chicuelo nazi. Este, después de estudiarme atentamente, gritó: «¡Mira, mamá, que negro tan extraño!» Ella, con estridencia exagerada (nunca oí chillar así a nadie), respondió: «Es una vergüenza. Escribiré a la Compañía de Autobuses, quejándome de que nosotros, los americanos, tengamos que viajar con semejante gentuza.» En fin, aquí tienen ustedes a la *gentuza* en cuestión.

El aspecto de Clem era radiante. Se reía estrepitosamente de su desgracia. Pronto comprendió el atónito Neil que esa era costumbre inveterada de los «caudillos de su raza», quienes nada hallan tan cómico como la propia derrota

Todos estaban bastante alegres, pero inevitablemente refirieron a su «nuevo amigo blanco» algunas de las pruebas que hubieron de sufrir como ciudadanos de segunda categoría. Hablando de los Estados Fronterizos, Ash Davis, dijo alegremente:

—Es la inconsistencia del Aislamiento lo que más mortifica al pobre Sambo. En una ciudad del Sur puede comprar en cualquier almacén lo que desee y montar en los principales ascensores, y su esposa hasta puede probarse trajes. En cambio, en la vecina ciudad, a cuarenta millas de allí, ni siquiera se le permite entrar en un almacén decente, de blancos, y si lo intenta le detienen sin remedio. En cuanto a los ascensores reservados para ellos, aun en esas casas de veinte pisos destinadas a oficinas, son infectos. Durante muchos años, nosotros, los parias, hemos podido comprar revistas en la sala de espera de cualquier estación de blancos. Pues bien, de repente, cualquier estúpido policía viene y nos detiene, sólo porque nos

atrevimos a entrar allí.

«No es sólo la humillación del Aislamiento, capitán Kingsblood, lo que nos molesta, sino la imposibilidad de definir cuándo una pequeñez cualquiera (por ejemplo, saludar a una monja, alzando ligeramente el sombrero) será considerada como un hecho criminal, haciéndonos merecedores de una paliza. Esa duda es la que impulsa a emplear la navaja a tantos seres tímidos.

»Claro que algunos pobres hermanos nuestros alaban el Sur, pues gracias al Aislamiento son muchos los comerciantes negros que se hicieron ricos a costa de los demás. En suma, que en la Prensa de color existe ahora la siguiente controversia: no se sabe si es mejor marchar al norte y helarse, o permanecer en el Sur y achicharrarse. En fin, en todo caso, el resultado siempre es desastroso.»

Clem Brazenstar gritó furioso:

—¿Pero es que vamos a empezar otra discusión sobre temas raciales y a permitir que dure roda la noche? —Y, decidido a prepararse para ella, se acomodó bien en el diván.

—Protesto. No quiero oír hablar más de nuestra maldita raza —exclamó Ryan Woolcape acomodándose a su vez.

Neil se apresuró a decir:

—Antes de abandonar el tema —alguien soltó una carcajada— quisiera oír su opinión acerca de una carta que recibí hace meses de un antiguo compañero de estudios que sirve actualmente en el sur del Pacífico. ¿Permiten que les lea un fragmento? —Por las exclamaciones que siguieron, dedujo que podía hacerlo. Añadió con voz ronca—: «Últimamente tuve que hacerme cargo de un trabajo muy desagradable. Fui inspector criminalista del Ejército. Soy el primer sorprendido al ver cuán diferente es la opinión que de los negros tengo en la actualidad. Son poco populares. Los inspectores blancos tratan con mayor consideración a los representantes de otra cualquier raza extranjera, porque el negro no tiene para con los soldados blancos la misma amable cortesía que se tienen los blancos entre sí.

Eso es muy importante cuando los hombres han de vivir

en estrecha intimidad. No dudo que haya excelentes soldados negros pero, en los cuarteles, por cada prisionero blanco hay tres negros —es un porcentaje bastante corriente—, todos ellos detenidos por “*Ausente sin permiso*”, desobedecer órdenes, cometer crímenes y apuñalamientos o robar a los demás soldados. En todos estos casos optan por mentir libre y voluntariamente. Aquellos de nuestros muchachos que antes de la guerra no tuvieron contacto de ninguna clase con negros, cuando se reintegren a la vida civil los mirarán con bastante recelo.»

Neil esperaba que se molestasen, pero a su alrededor se hizo un gran silencio que nada tenía de enfático. El belicoso sargento Ryan Woolcape exclamó con marcado desinterés:

—Su amigo es el prototipo del policía. No tiene interés por encontrar buenos soldados; sólo a los malos. Nada sabe acerca de los numerosos regimientos (el 76 batallón de tanques, por ejemplo) que se portaron heroicamente. En cambio, estoy seguro de que conoce los efectos del cuento que él y otros individuos como él han hecho correr por Asia y Europa: que todos los individuos de color llevamos coleta. ¿Cómo quiere que, teniendo *eso* en cuenta, los tratemos con amable cortesía?

Se echaron a reír, y la voz de Clem Brazenstar, dominando todas las demás, gritó:

—Ya es hora de que salgas de tu letargo, Ryan, y de que empecemos un discurso. Capitán, lo que dice ese individuo es, en parte completamente cierto. Por ello opino que ustedes los blancos, en bien propio, tendrán que tomar medidas radicales.

»Antes, y por mal que los trataran, todos los viejos tíos Tom se limitaban a gritar *Aleluya*. Eso no ocurre con nuestra moderna juventud. Esta ha leído un libro. Procure comprenderlo. El Nuevo Negro exige todos los derechos al Nuevo Blanco y no piensa arrastrarse suplicándole sino luchar por ellos. Ustedes, los Yagos blancos, han formado un ejército revolucionario de trece millones de Otelos, masculinos y femeninos. Es lógico que los muchachos de color no sean correctos con los soldados blancos en una guerra en la que no

deseaban tomar parte, por estar muy cerca la hora de su propia guerra.

»Los muchachos, criados como yo en chozas que no tenían ni retrete, junto a charcos en donde flotaban cadáveres de perro junto a cadáveres humanos, y que hubieron de sufrir la expoliación a que los sometían los almacenistas de la plantación y los compradores de algodón, quienes nos robaban sin permitirnos siquiera echar un vistazo a las cuentas, esos muchachos claman venganza. ¡Qué terrible hoguera han encendido ustedes los blancos!

«Aislados... John y Mary, Ash y Martha... Aislados al igual que un pobre diablo como yo. Separados de todos. Soportando oírse llamar cerdos, indignos de vivir junto a seres humanos. Y su amigo el policía militar pretende que seamos obedientes... y amables.

«Aislados... *Gozarán de las mismas comodidades, pero separados de los demás.* Vagones nuevos para los blancos y verdaderas pocilgas sobre ruedas para los pobres negros. Nuevas escuelas de ladrillo rojo (vea las fotografías del periódico de Atlanta del domingo) para sus hijos, y establos sin pintar, bancos sin respaldo, nada de pupitres, para los nuestros. Para los *piccaninnies*, como dirían ustedes. Que los pequeños rufianes escriban sobre sus rodillas si, como gravemente se preguntarán las personas sensatas, es necesario que aprendan a escribir.

«Aislados... Autobuses para llevar a la escuela a sus hijos. Los nuestros pueden reventarse andando cinco millas. Hospitales con suelo de mármol para ustedes, e inmundos mataderos para nosotros. Sólo el trabajo duro, sucio, peligroso para los nuestros Y los policías blancos inventando cada cual sus propias leyes para castigarnos, provocándonos y constituyéndose a la vez en jueces y verdugos. Entre tanto, su amigo se queja de que no contemos nuestros secretos en sus cariñosos oídos. Tendría gracia la cosa.

Clem se echó a reír estrepitosamente, mirando a Neil con afecto. También con afecto, Martha Davis murmuró dirigiéndose a Neil:

—Mr. Kingsblood el hombre blanco nacido en el Sur le contará invariablemente que el mejor amigo de su niñez fue un pillete de la raza negra, especie de guía, ladronzuelo, camarada y cómplice. ¡Pobre Jim! Mas nunca le dirá que tuvo por amigo a un muchachito negro serio y estudioso. Ni siquiera sabía que existiesen negros *así*. Todavía no lo sabe.

«Y algunas mujeres del Sur realmente cariñosas y buenas, que cuidan con verdadera ternura a una criada negra si ésta tiene el tífus, se ofenderían si a la misma muchacha le diera por la psicología.

«No son precisamente los horrores mayores los que más nos oprimen en el Sur, es decir el temor a ser linchado, quemado, apaleado... Esas cosas podemos olvidarlas, salvo en esas noches sofocantes, cuando el calor actúa como el disparo de un fusil; esas noches en que, tumbados en la cama, rígidos, silenciosos en la obscuridad, se limita uno a escuchar, experimentando el consiguiente terror al oír un coche, unas pisadas, unos murmullos. Terror de que vengan ustedes los blancos, porque cuando vieses nunca es por cosa buena.

»Con todo, ese temor no puede compararse a las continuas, a las pequeñas bofetadas que nos propinan. Son las pequeñas, en ese Sur que adora las pequeñas: por ejemplo, las rosas, la espada del abuelo, los versos de Lanier y la alegre controversia de machacar o estrujar la menta para un julepe. Es el letrero «Sólo para negros», que obliga a una muchacha negra, presumida como yo, a creerse sucia

«Durante un año, después de terminar mis estudios, fui profesora en un colegio en el corazón del Sur. Creía cierta la historia de que los blancos deseaban extraordinariamente limpios y cuidados a los profesores de color para servir de ejemplo a los alumnos. Tenía un coche viejo y absurdo que yo misma cuidé de pintar de blanco. Un sábado que hube de ir a la ciudad lavé el coche hasta dejarlo como un espejo. Estaba orgullosa de mis zapatos y mi traje, ambas cosas blancas y nuevas. Hasta mis guantes eran blancos y nuevos. Salí de una tienda, y un asqueroso, viejo y estúpido leñador, tan amarillo como uno de esos gusanos que clavamos en el anzuelo cuando

vamos de pesca, se acercó al vehículo y deliberadamente escupió en la portezuela parte del jugo del tabaco que estaba mascando. Los demás hombres blancos se echaron a reír. Entonces comprendí que en el infierno hay colgado un letrero que dice «Sólo para negros».

## CAPITULO XXIV

CLEM Brazenstar insistió en que si se limitaban a hablar de parecidas trivialidades, si no referían actos de fiera violencia cometidos en el Sur —como, por ejemplo, el caso del soldado negro que volvía a su hogar, a quien un policía golpeó en los ojos con la porra, dejándole ciego—, su nuevo amigo blanco se aburriría. Y también que su fuerza moral, como oriundo del Sur, se debilitaría sensiblemente.

De nuevo se echaron a reír. Esta vez, Neil se encogió de hombros.

—En ningún estado del norte se registran semejantes actos de violencia —insistió.

—¡Pues claro que sí! En cuanto se produce algún disturbio por cuestiones raciales —dijo Clem plácidamente—. Pero la cuestión *trabajo* es mucho más importante. A muchos excelentes profesores y buenas taquígrafas se les niega un empleo, no porque estén incapacitados para desempeñar el cargo, sino por su color. Y muchos restaurantes que *deben*, según la ley, admitir a los negros, lo hacen. Pero los obligan a esperar indefinidamente, o echan tanta sal en su plato que todo resulta incomedible. Además, durante la guerra, en las fábricas no se permitía a los obreros negros beber en la misma fuente donde bebían los «divinos blancos». Desde luego, cualquier muchacho negro acostumbrado a bañarse cada noche a quien le prohíban compartir la misma agua con un granjero yanqui o un palurdo de Tennessee de esos que creen que la bañera sólo sirve para guardar gusanos, puede convertirse en ardiente patriota.

»No. Entérese bien, padrecito blanco. En esta democrática región norteña no se lincha a los negros (por lo menos a menudo), pero nos dicen a diario que nuestra presencia contamina, que somos unos asquerosos, unos criminales. Ahora bien, ¿creen ellos lo que dicen? ¡Cielos, no! Mas se esfuerzan en creerlo y en hacer que otros lo crean. Y así se libran de nuestra competencia cuando se trata de conseguir un buen empleo.

»Lo más curioso es que aquí, en Grand Republic, un vil etíope no puede ser admitido en la Y. M. C. A., la benemérita asociación consagrada a difundir el ejemplo de Cristo, pues su cuerpo obscuro contaminaría a la multitud y envenenaría a los hijos de Fulanito y Menganito, blancos todos ellos, que contribuyen a costear las misiones africanas. ¡La Y. M. C. A.! Yo diría mejor «El estadio donde se arrastran los sumisos.»

—No sabía que se hiciesen esas diferencias en Grand Republic —dijo Neil dulcemente.

—Lo que más me fastidia —explicó Ryan— es que de chico, cuando iba a la escuela, era amigo de los niños y las niñas blancas; nadábamos juntos, construíamos fortines de barro, patinábamos y nos deslizábamos por el mismo tobogán. En suma, que llegué a creerlos camaradas míos. Luego, al llegar a la pubertad, ellos supieron que yo era «de color» y me lo echaron en cara. Una vez fui a visitar a cierta muchacha con quien jugué durante años en el patio que había ante su casa, y me dijeron que «había salido». Al cabo de un rato la vi salir realmente, con un muchacho de tez blanca y llena de granos a quien todos despreciábamos. ¿Llama usted a eso aislamiento, capitán? Es casi como siuviésemos lepra.

John Woolcape dijo amablemente:

—Mary y yo tenemos pocas ocasiones de sufrir los efectos de esas diferencias. Algunas veces me molesta que durante las horas de trabajo un chiquillo blanco de doce años me grite: «Vamos, Johnny, ¿dónde diablos te has metido?» Pero eso le ocurre a cualquier portero. En cuanto a restaurantes y cinematógrafos, pocas veces hemos sido ofendidos en ellos. Preferimos no exponernos, y nos quedamos en casa todas las veladas, leyendo, oyendo la radio o jugando a las cartas con unos amigos. Nunca, nunca, salimos. A Mary y a mí no nos gusta excitarnos y discutir, y esta es la mejor manera de evitarlo. Así nadie puede decir que somos malos ni intentar echarnos de nuestro hogar. Sí, amamos nuestro hogar y en él estamos a salvo.

—Hasta cierto punto —dijo Clem con rudeza—. Pero el Sur mejora de día en día. Hay menos linchamientos y más

negros que votan, y en algunos lugares hasta le dan el mismo sueldo a los maestros. En cambio, el Norte está cada día peor, de lo cual me felicito, pues eso asegura mi trabajo.

»Sí. El individuo del Norte tiene ante sí un gran futuro como un Lee sintético. Tomemos, por ejemplo, a Mr. Pete Snitch, de la Compañía de Aceros Snitch Hermanos, de Illinois. Ha comprado una casa en Carolina del Sur para pasar el invierno. Dentro de diez años será más del Sur que cualquiera que haya nacido allí.

»Ha trabajado en una fundición, pero ahora es millonario, y por ello tanto él como su mujercita ansían tener una tradición aristocrática estilo Walter Scott, con corcel de guerra, hiedra y todo lo demás. Allí, en el Sur, la tiene. Magnolias, sinsontes, columnas blancas, el valle en donde solían batirse en duelo los galantes caballeros, y pobres respetuosos (por lo menos parece que lo son). El único descendiente actual de la familia a quien pertenecía la mansión que han adquirido los Snitch, trabaja en un periódico de Birmingham. Así, pues, Mr. Snitch cree haber comprado los fantasmas de la familia vestidos de miriñaques a la vez que la casa.

»Es caballero por derecho de compra, y sudeño porque aprendió por el método «linguafónico» a hablar como los de allí. Pero tiene que *probar* su caballerosidad. Evidentemente, para lograrlo el mejor sistema es insultar a sus inferiores. Y como nosotros los africanos no tenemos su hermoso y dorado color anglosajón, nos escoge como a inferiores y chilla más fuerte aún que un carcelero de Carolina. En el transcurso de cualquier conversación sostenida en «Bollington Hall», el «coronel» Peterborough Snitch será el primero en gritar: «Pero no permitiría usted que su hija se casase con un negro, ¿verdad?» ¡Oh, sí sí! En asuntos de caballerosidad y de tratos crueles, ustedes los del norte tienen gran porvenir.

»He modificado aquel viejo proverbio que decía: «En Roma, haced lo que hagan los romanos», añadiéndole: «Pero no pretendáis por ello haberlo inventado.»

La conversación sobre problemas raciales se hizo después de esto casi histérica. Para Neil, hasta resultó confusa. Fue

interrumpida por la llegada de Sugar Gowse, que llevaba consigo la cesta del almuerzo.

Aunque nacido en las plantaciones de azúcar de Louisiana, Sugar había aprendido a manejar las herramientas y el torno. En aquellos momentos iba camino de la fábrica Wargate, en donde formaba parte del equipo de mecánicos. Como su trabajo era perfecto, creía que la Wargate le conservaría en tiempo de paz, y por ser tan ingenuo como Ash Davis compró la casucha de dos habitaciones en donde habitaba. Era viudo y sólo tenía un hijo, Bobby, el bailarín de los pies alados, campeón de *boogie-woogie* de Cinco Puntas.

Su acento —el típico y dulzón acento de los negros— era tan cerrado que Neil sólo le entendía a medias. Parecía un indio por sus labios finos y su oscura nariz aguileña. Era alto y esbelto, algo así como un juez Timberlane tallado en basalto. Llevaba camisa y mono azul, tan románticos como suelen serlo siempre los atavíos de los obreros.

Cuando intentaron obligarle a tomar parte en la conversación, Sugar manifestó que desconocía esas diferencias. Sólo hizo una excepción. Dijo que allí, como en otro lugar cualquiera, los hombres de color eran los últimos en hallar trabajo y los primeros en ser despedidos. Así, pues, ¿a qué preocuparse?

—Pero, ¿puede usted soportar nuestros crudísimos inviernos? —preguntó Neil.

—Mire, caballero, hace más frío en una choza de Louisiana llena de agujeros, si el termómetro marca más de cuarenta, que en mí estucada casa de aquí, aunque marque el termómetro menos de cuarenta.

—Sugar sólo ambiciona un rincón que poder llamar suyo. Es lo suficientemente sensato para ignorar el constante sentimiento de inseguridad, de futilidad que nos atormenta a Martha y a mí —dijo Ash.

—Ustedes los intelectuales son demasiado susceptibles, doctor. No saben lo que siente un obrero —respondió Sugar.

—¡Obrero! —protestó Ash—. Cuando salí del colegio trabajé de cocinero en un restaurante ambulante, propiedad de

un particular, un individuo que casi siempre estaba borracho. Cuando acabé la carrera de químico me coloqué en un modesto laboratorio de productos farmacéuticos, en donde hacía paquetes que luego cargaba en un camión, cuando no estaba ocupado en la composición de las fórmulas.

Clem Brazenstar empezó a discutir con Sugar.

—También a ti te duele que una mujer cambie de sitio en el autobús cuando te sientas a su lado —dijo—. ¡Hola, Sophie, encanto!

Una muchacha de piel oscura acababa de entrar en la estancia. Mary, dirigiéndose a Neil, la presentó:

—Sophie Concord, enfermera municipal. Mr. Kingsblood, un nuevo amigo.

—He visto a Mr. Kingsblood en el Banco —dijo Sophie. Y añadió con afectada indiferencia—: Es guapo y eficiente. —La miró. No olía a anestesia. Neil decidió que era la muchacha más hermosa que había visto en su vida. Y también... la menos fría.

Sophie Concord había nacido en Alabama y tenía la edad de Neil. Era alta como Vestal, y, como la de Vestal, también su expresión era franca. Pero su figura tenía curvas más marcadas y líneas más suaves. Todo lo cual podía interesar incluso a un hombre tan serio como Neil. Su boca era grande, y su piel casi tan oscura como la de Ash Davis; una hermosa piel morena, increíblemente suave, como la seda. Sus brazos desnudos, del color del higo seco resaltaban sobre el blanco rayón de su traje de noche bastante usado.

Sophie había sido animadora en varios clubs nocturnos de menor importancia, en Nueva York. También había frecuentado los círculos del dorado brillo y del champaña, en Harlem. Hasta que un día se cansó de divertir a los blancos que la miraban boquiabiertos y se convirtió en una muchacha evidentemente piadosa. Juró solemnemente acabar con el *jazz*. Tres años después era enfermera: eficiente, pacientemente consagrada a su labor y muy hábil.

Prefería —según confesaba con ironía— cuidar a pequeños piojosos que a caballeros blancos de mirada intencio-

nada. Ryan Woolcape, siempre oportuno, admitió que Sophie era «una inflexible enfermera aunque tuviese aspecto de usar perfume de Cobra y almohadones de encaje».

—Nuestro nuevo amigo blanco parece una excelente persona —explicó Clem a Sophie en voz alta—. Acabamos de obsequiarle con el segundo cursillo de doctrina subversiva y ni siquiera ha pestañeado. No sé por qué, me parece que ha de tener en sus venas unas gotas de *chocolate*.

Todos rieron, menos los Woolcape y Neil, que habían quedado helados.

—Hasta para hablar con un pebre individuo que sólo quisiera saber datos de Joe Louis, harías propaganda. A estas alturas estará tan harto de tus temas raciales como yo —protestó Sophie. Y seguidamente atacó ella también—: Dígame, Mr. Kingsblood, ¿es usted otro blanco curioso o un verdadero amigo de nuestra raza?

—No sabe usted qué buen amigo —respondió Neil.

—Es un honrado y excelente muchacho —insistió mamá Woolcape.

—Bueno bueno —dijo Sophie. Neil decidió que su voz, aun cuando de modo lamentable procuraba ser sarcástica, era como un atardecer de estío salpicado de luciérnagas—. Son muchos los blancos que nos creen celosos y poco dispuestos a entablar una amistad. Puede que eso sea cierto. Todos hemos sufrido vergonzosas experiencias por causa de blancos aparentemente sinceros que se acercaban para decirnos: «¡Qué simpáticos sois!», y que luego en su hogar contaban una estúpida historia.

»Por cada blanco como Sweeney Fishberg o Cope Anderson, quienes ni siquiera se fijan en el color de sus amigos, ni en si tienen el pelo rojo o negro, hay diez indeseables que simulan amistad pero que van a lo suyo y sólo quieren vendernos algo (una máquina de coser, una doctrina religiosa o comunista) o que predicán la igualdad social para con sus pobres hermanos de color, hablando a la vez de «Paquetes para Inglaterra», de Thomas Wolfe, de Dalí y de Monseñor Sheean. O bien son fracasados de su mundo, mujeres frustra-

das, periodistas sin trabajo, pastores sin pulpito. Todos creen que pueden ser importantes e intensamente amados en el nuestro, pues nos imaginan ansiosos por hallar un protector blanco que haya leído la vida de Booker T. Washington. La verdad es que sólo consiguen que miremos con recelo a nuestros buenos amigos blancos. Comprenda, Mr. Kingsblood, que es así cómo ahora le miramos. Casi con el mismo recelo con que nos mira usted.

Mientras hablaba de esta suerte, como un misionero, Neil la iba contemplando como a una mujer. Parecía una gatita de sinuosos movimientos. Una gata de bronce; bronce que bajo el zarpazo del tigre había de convertirse en carne suave. Como el bronce tenía de firmes los pechos, aunque más suaves — según pensó Neil— que el lomo de un gato.

Movió la cabeza de un lado a otro, malhumorado, y se dijo: «¿Crees que podrías amar a esta raza sin experimentar el deseo de acariciar a sus representantes, Kingsblood, blanco fracasado?»

Sugar Gowse se levantó con la cesta del almuerzo en una mano y dijo arrastrando las palabras:

—Creo que prefiero los muchachos que trabajan conmigo a todos esos individuos de que habla miss Sophie. En la fábrica o comparten con uno su cerveza y su almuerzo o le odian y cuidan de dárselo a entender con una palanca en la mano. Buenas noches.

Sugar tenía un acento muy cerrado. Empleaba palabras y frases de un léxico especial. Decía, por ejemplo que si un encargado «le miraba mal» él «no le echaba cuenta». Pero Neil comprobó que había dejado de ser *un negro*, esa criatura sólo a medias humana que, de haber seguido en el sur, los blancos —aun el mejor dispuesto— habrían calificado de «bastante decente teniendo en cuenta su raza». Aquí se había convertido en un ser humano como Webb Wargate o John Woolcape. Sólo que... más alegre.

Neil se dijo que en toda la noche no había oído el pinto-resco dialecto que, según muchas de las novelas que leyó, hablan los negros del Sur. Tampoco vio señales de la horrible

perversión que se atribuye a Harlem. Ni drogas ni bandidos. Con excepción de alguna palabra que inconscientemente se le escapara a alguno de los presentes, todos ellos —con harta sorpresa de Neil— hablaban como las demás personas que conoció en el Banco, el Ejército o la Universidad. Sólo que... con más optimismo.

Clem seguía perorando.

—El tío Bodacious... Quiero hablar a Mr. Kingsblood del tío Bodacious. Es el cretino (blanco, aunque tiene parientes de color) que inventó esta frase: «Algunos de mis mejores amigos son judíos», y también: «Soy partidario de los sindicatos, pero odio a los agitadores extranjeros.» El tío Bodacious, una reconocida autoridad, alega que el motivo del Aislamiento es el matrimonio, pues todos los negros, si pudiesen, se casarían con mujeres blancas. Imposible convencer a ese idiota de que casi todos los nuestros prefieren casarse con una muchacha como Sophie a hacerlo con una de esas criaturas de cara blanca como el yeso.

«Mi mujer, Dios la bendiga, no es de estas últimas, sino buen ejemplar de nuestra raza. Y si quisiera casarme con una blanca que a su vez deseara casarse conmigo, lo haría sin vacilar.

«Cuando alguien se exalta hablando de la importancia del matrimonio entre blancos y negros, puede usted estar seguro de que intenta tener una buena, piadosa, obscena razón con que degradar al individuo de color para luego pagarle mal y seguir considerándose virtuoso.

»La máxima preferida del tío Bodacious es: «El problema de los negros no tiene solución.» Parece una frase etnológica y prudente como la que más. Pero lo único que consigue demostrar es que no hay solución para el tío Bodacious, aparte de una hermosa tumba en Forest Lawn. Y ahora, Mary, por lo que más quietas, ¿nos sirves de una vez café y buñuelos?

Y café y buñuelos fue lo que Mary sirvió. Estaban maravillosos.

Con la taza en la mano, inclinado hacia una muchacha de color, Neil no parecía precisamente estar atravesando por una

aguda crisis dramática. Sophie Concord, con sus ojos de mu-  
dable expresión y su voz profunda, fue para él compendio de  
toda la tentadora fascinación de un Africa fantástica. Llegó a  
la conclusión de que Sophie tendría que entonar en esos ins-  
tantes un canto de brujería y encantamiento, en lugar de seguir  
hablando enfáticamente acerca de los fondos recogidos para el  
tratamiento de la parálisis infantil.

Como reciente «convertido», Neil ansiaba acercarse a los  
«iniciados» que le rodeaban. Deseaba que le interpelasen por  
su nombre propio, pero ellos seguían empleando el *míster* al  
dirigirse a él. Hablando con Sophie, dijo correctamente «miss  
Concord», pero el tratamiento se le antojó ridículo. La vio  
echar hacia atrás la cabeza, sacudir la melena oscura y mur-  
murar : «¡Cielos!» Deseó intensamente poder contemplarla en  
el ambiente de los clubs nocturnos de Broadway, por entre los  
vapores del alcohol no en la calle Mayo, comiendo buñuelos.

Hablando con ella pudo al fin preguntar:

—¿Qué opina usted acerca del futuro de su raza? —Y se  
sintió orgulloso de su aire profesional.

Sophie preguntó a su vez, con igual rapidez que Vestal  
habría empleado:

—¿Qué quiere decir eso exactamente, Mr. Kingsblood?  
Parece una de las preguntas que suelen hacer por teléfono los  
agentes de seguro. Es como si preguntaran: «¿Qué tal durmió  
anoche?», o: «¡Vaya, vaya, vaya! ¿Cómo marchan las cosas  
esta mañana?»

—Tal vez sí. Sólo que... deseo ardientemente obtener una  
respuesta.

—¿Por qué?

—Pues porque... me son ustedes muy simpáticos, miss  
Concord. Sus amigos... y usted.

—Caballero, no había tenido ocasión de que un banquero  
blanco se mostrase tan atento conmigo, desde que trabajaba  
en el Tiger Divan de Harlem y un financiero de categoría,  
algo así como un espía alemán, quiso ir a mi casa para exami-  
nar unos documentos que el gobierno...

—¡Basta!

—¿Basta de qué?

—Sólo deseo conocer a fondo a los negros. Soy un humilde discípulo; nada más.

—Pero, ¡bendito sea Dios!, ¿qué está usted diciendo?

—¿En qué colegio cursó sus estudios?

—¿Cómo?

—No es usted sino una muchacha más de Alabama que a toda costa intenta pasar por africana.

—Caballero es usted muy listo. Estuve un año nada más en el colegio, y lo pasé estudiando historia de Francia. Dios me lo tenga en cuenta.

—No esperaba conocer esta noche a tantos individuos de su raza más cultos que yo.

—No se deje engañar. Hay pocos que lo sean en realidad.

—Por lo menos, lo son los que están aquí. Y no se burle de un pobre y estúpido blanco como yo. Hábleme de usted.

—Pero, caballero, ¿todavía no ha comprendido quién soy? Soy aquella hermosa mestiza de Nueva Orleáns educada en un convento. La apasionada esclava de los ojos radiantes y las negras trenzas largas y lustrosas, que aguarda con las mejillas arreboladas y muy poca ropa, ante la mirada lasciva de los dueños de la plantación (o los agentes teatrales) que llevan sombrero de copa y un reloj con cadena. Hasta que un joven caballero, un tal Nevil Calhoun Kingsblood, de Kingsblood Corners, Kentucky, se apiada de ella. Pronto, por las galerías de una inmediata mansión de Lexington, se desliza una figura envuelta en velos. Mire cómo se desliza... Mire cómo se desliza la desdichada.

»En fin mi querido Mr. Kingsblood, no se empeñe en hallarnos románticos. Somos un puñado de trabajadores que sólo tienen un ideal común: el aumento de jornales para los de su raza, a fin de que una muchacha de color, verdaderamente competente, pueda encontrar trabajo en un despacho con treinta y dos dólares con setenta y cinco de sueldo, en lugar de pasarse la vida en una lavandería. Somos eso y nada más.

Pero, al hablar así, le consideraba ya un amigo.

Por fin se fijó Neil en cómo iba vestida. Llevaba un largo

traje blanco, un bolero dorado de reminiscencias barbáricas, y un anillo con un topacio enorme que ponía en entredicho su charla de igualdad.

«Tengo que fijarme bien en su atavío —se dijo—, para luego explicarle a Vestal cómo es.» Pero inmediatamente comprendió que sería poco apropiado hablar con Vestal del traje de Sophie o de otra cosa que hiciera referencia a aquella muchacha de reconocida vida alegre.

Cuando la discusión sobre temas raciales —para ellos tan irresistible como una bolita de papel para un gato joven— volvió a empezar, Neil supo que cuando un blanco de buena fe pregunta: «¿No se darían los negros por satisfechos si...?», la respuesta siempre es: «No.» Supo que un liberal del Sur es el individuo que explica a un liberal del Norte que la calle Beale ha cambiado de nombre y es ahora la Avenida Beale.

Oyó hablar de jueces de color, de cirujanos y corresponsales de guerra para la Prensa negra. Oyó hablar de cosas muy raras: de budistas negros y de judíos ortodoxos también negros; de comunistas y masones de color; de extraños personajes; de fraternales cartas griegas; de negros de modesta condición que odiaban a los tenderos judíos, y de negros de condición tan elevada que odiaban a los negros de condición modesta.

E inevitablemente llegaron a la segunda pregunta. Neil, torpemente, dijo al doctor Davis:

—Aunque sea para usted tema gastado, ¿qué opina sobre eso de que «los negros forzosamente han demostrado su inferioridad al no construir catedrales ni Partenones en Africa?»

Todos se echaron a reír, pero el doctor Davis respondió en tono grave:

— ¿Probó usted alguna vez de construir un Partenón en un lugar donde abunda la mosca tse-tsé? Además, se da el caso de que los hombres de nuestra raza han trabajado mucho, junto a otros esclavos, en Egipto y en Roma. Y... ¿quién cree usted que construyó esas casas de nuestras plantaciones? ¿Sus dueños? ¿Sabe usted con cuántos arquitectos de color contamos en la actualidad?

»Mr. Kingsblood, no debe pensar que los negros son menos amantes de la arquitectura que los blancos, pese a la elocuencia del cretino predicador que en una capilla sencilla y sin pintar habla acerca de «los negros que por misterioso designio divino nunca pudieron levantar un Partenón». Pero... es la una ya. Me voy a casa.

Neil comprendió que había pisado un mundo nuevo, más extraño que la luna, más oscuro que la noche, más brillante que una loma en el amanecer. Un mundo excitante y peligroso.

«Amo a estas gentes», pensó.

## CAPITULO XXV

IGNORO lo que harán ustedes los millonarios, pero yo soy una pobre mujer que trabaja, y tengo que irme a casa — dijo Sophie Concord.

«He oído decir eso a Vestal», pensó Neil.

Martha Davis hubo de acompañar a Sophie. Ash indicó:

—Yo acompañaré a Mr. Kingsblood al autobús. Iremos andando. Será mejor que no vaya solo por estos lugares después de la una de la madrugada. Hay malos sujetos, y no todos son negros. Le prometo que no volveremos a tocar el tema de las razas, aunque eso tal vez sea muy difícil. El otro día, en el cuarto de baño, en un letrero que decía «Toallas faciales», leí: «Problemas raciales».

Neil, en un aparte, dijo a Mary Woolcape:

—He pasado una noche estupenda, pero todavía no sé si confesar a nuestros amigos que soy negro.

—No estoy segura de que deba decirlo. ¿Para qué correr el riesgo de sufrir las humillaciones a que esta noche nos hemos referido?

Tras las oscuras cortinas de varias casas de la calle Mayo brillaban todavía algunas luces. De unas habitaciones situadas sobre cierto almacén salía un gran estruendo de carcajadas. Los callejones cercanos estaban llenos de sombras que igual podían ser hombres emboscados como barriles, pero que en todo caso no agradaron a Neil en lo más mínimo. Ash no tenía ganas de hablar. Neil le vio vigilar atentamente hasta a los gatos que transitaban por cada calleja y a unos individuos en cuclillas sobre cierta rejilla del suelo.

Neil insistió en dejar atrás la parada del autobús y en seguir andando hasta Canoe Heights y el domicilio de Ash.

Era una casa pequeña de tejado bajo. Contemplando el gran ventanal que convertía en jaula de cristal un rincón de la misma, Neil comprendió que estaba en lo que se ha dado en llamar «una casa moderna», extremo opuesto al estilo Tudor y Cabo Cod, predominantes en Sylvan Park. Había oído cómo

Mr. Prutt condenaba esas viviendas calificándolas de anarquistas, pero nunca tuvo ocasión de pisar el interior de una de ellas.

—Entre a beber algo —murmuró Ash.

Y Neil entró en una habitación que le repelió y le fascinó a la vez, por su total desnudez, su completa falta de adornos. Dos cosas llamaban la atención en ella: el gran ventanal, desde donde se veía una red de luces tenues —bastante lejanas, hacia Cinco Puntas—, y una severa chimenea de piedra pulida que carecía de repisa. Las escasas sillas tapizadas de tejido áspero tenían forma completamente inconventional, como si hubiesen sido fabricadas pensando en el cuerpo humano y su comodidad no en el estilo Chippendale. En la pared, cubierta de algo que parecía papel y metal, sólo había un cuadro, una orgía de triángulos colocados al azar. Sobre un pequeño piano había una extraña escultura negra.

—¿De modo que esto es lo que llaman una casa moderna? —dijo Neil maravillado, mientras Ash mezclaba un *highball* en un mueble bar muy bien surtido.

—Así la llaman, en efecto.

—¿Quién es el arquitecto responsable?

—Yo mismo, si en realidad puede decirse que ha existido. Esto era una especie de choza cuando Martha y yo decidimos restaurarla. Verá usted, yo la considero «el símbolo de mi vergüenza». Temo que sólo la arreglé para fastidiar a Lucien Firelock. Siempre es más difícil estar bien con el orgulloso que con el humilde. ¿Conoce a Firelock?

—¿El jefe de publicidad de la Wargate? Sí, le conozco. Es del Sur, ¿verdad?

—Liberal del Sur. Estudió en la Universidad de Vanderbilt. Es el prototipo del blanco empeñado en mantener a raya a los endiablados negros, dándose las a la vez de tolerante. Quiere que estudiemos como los blancos, pero a escondidas. Firelock vive dos casas más abajo, en una horrible arca de Noé adornada de guirnaldas de hongos. El único lugar que el pobre hombre ha podido encontrar debido a las restricciones de la guerra.

»Cuando supo que íbamos a ser vecinos se indignó. Está acostumbrado a ver negros en el vecindario, pero cree lógico que éstos sean seres humildes y agradecidos. La primera vez que me vio me miró despectivamente. Luego sus hijos se aficionaron a jugar con mi Nora y trabamos cierta amistad. Lo peor del caso es que al pobre diablo le resulto yo mucho más simpático que todos los demás vecinos del lugar, y no quiere admitirlo abiertamente.

»Cuando me decidí a arreglar la casa no me di cuenta de que adoptaba el estilo moderno (que, desde luego, es algo así como el exponente freudiano del puritanismo) sólo para impresionar a Firelock. Lo peor es que lo conseguí. Cada vez que le veo pasar por aquí adivino su envidia. ¿Llamaría usted a eso una baja acción por mi parte? Esta habitación es tan endiabladamente modesta que ansío tener en ella una mecedora de roble dorado, bajo un cuadro de cierta vieja iglesia a la luz de la luna. Soy un rotario disfrazado de profesor.

«Pero no, es falso todo eso. (¡Cielos, cuánto estoy charlando esta noche! Es porque casi a diario paso las veladas en mi hogar.) No tengo nada de afable hombre de negocios ni de entusiasta agitador.

»Me gustaría vivir en una torre de marfil, tocar música de Bach, leer a Yeats y a Melville y ser una autoridad en historia química y alquimia en lugar de un desgraciado ratón de laboratorio. Pero los intelectuales blancos me rechazan, y por ello procuro convertirme en ardiente cruzado de mi raza. Claro que eso sólo es un papel. Y yo no soy un buen actor.

«Aprecio mucho a los amigos en cuya compañía hemos pasado la velada, pero encuentro a Clem demasiado enfático, a Ryan demasiado entregado a su comunismo jesuítico, a Sophie demasiado igual a esas mujeres blancas que charlan por los codos, y a John y a Mary, a quienes amo sinceramente, demasiado afectados. Mi ideal con respecto a una velada agradable es sentarme junto a la chimenea con George Moore y guardar silencio. Para mí no es sencillo gritar para tratar de conseguir nuestros derechos, a pesar de que opino sinceramente que son justos.

«Creo que le explico todo esto para dar a entender que ni nosotros ni nuestra propaganda son lo sencillos que en principio parecen. Ni usted tampoco.

«Adivino que siente un interés especial por nuestra raza y que no es usted un estúpido filántropo. Dígame, ¿de qué se trata?»

«He aquí, realmente, al hombre que me diría algo interesante y que pudiera ser el amigo que tanto necesito —pensó Neil—. No quiero confiar mi secreto a todo el mundo, pero...»

—Ash —dijo—, creo que llevo sangre negra en mis venas. Una pequeña parte.

Ash no demostró simpatía, ni tampoco sorpresa. Se limitó a decir tranquilamente:

—¡Oh! Bueno, puede que acabe estando orgulloso de ello. Tal vez ha emprendido usted ahora una guerra mejor.

—Me da miedo ser descubierto. Y precisamente por personas cuya opinión no me importa en lo más mínimo.

—Si necesita un refugio, aunque sólo sea para desahogarse hablando, acuda a mí, Mr. Kingsblood. Será un placer verle por aquí.

—Sí, vendré. Buenas noches, Ash.

Evidentemente, el doctor Davis vaciló antes de responder:

—Buenas noches, Neil.

Emprendió el camino de vuelta al hogar. Era joven y apuesto, y parecía imperturbable. Atravesando calles en donde vivían obreros y encargados, calles iguales a esos caminos que se abren entre montones de cajas en un almacén oscuro, sentía más esperanza que aprensión. Si bien seguía nervioso con respecto a su posible futuro de negro, ya no odiaba en absoluto la idea. En espíritu, estaba junto a ellos. Junto a Ash y a Sophie, junto a Ryan y a Clem.

Cuando, con paso vacilante, entró en su dormitorio, Vestal se despertó para decir afectuosamente:

—Vaya juerguecita que os habréis corrido los ex combatientes,... —Y volvió a dormirse.

Era asombroso, pensó Neil, que su amada esposa no comprendiese al instante que aquella noche había sido la más crí-

tica de su vida. Y Sophie, ¿lo habría comprendido?

Vestal y Neil marcharon a la casita que tenían alquilada en la orilla norte del Lago Superior, para pasar en ella dos semanas de vacaciones veraniegas. Antes de partir, Mr. S. Ashiel Denver, cajero del Second National, les ofreció una cena en el Hotel Pineland para celebrar los excelentes resultados prácticos de la Asociación de ex combatientes. A la luz rosada de las lámparas que había en cada rincón de pared y que iluminaban los frescos pompeyanos del salón de Fiesole, avanzaron hacia una mesa maravillosamente adornada con rosas y plata, guiados por el solemne Drexel Greenshaw, el de la majestuosa figura oscura y el recortado bigote blanco.

Atacando una sardina que yacía exhausta sobre un pequeño canapé formado por una tostada fría, Vestal miró la solemne espalda de Mr. Greenshaw, diciendo admirada:

—Es el prototipo del negro de otros tiempos, ¿verdad? Apuesto cualquier cosa a que adora las chuletas de cerdo y la sandía.

—Sí. Es una excelente persona —convino Mr. Denver—. Nunca se propasa ni intenta comportarse como si fuera blanco. Sabe cuál es su sitio y cumple lo que le ordenan diciendo simplemente «Gracias» en lugar de hacer como si el hotel fuese suyo, cosa que harían muchos de los jovencitos negros de hoy en día.

Pero Mrs. Denver no parecía decidido a ponerse de parte de Drexel.

—A mi modo de ver, en algunas ocasiones se permite una exagerada familiaridad. Opino que en tiempos tan críticos como los que atravesamos (la moral está completamente perdida) tenemos que mantener nuestros principios. No me gusta ver a un camarero negro comportándose como si fuera de la familia. No entiendo cómo en un lugar que presume de adelantado y selecto no se libran de estos criados negros para emplear en su lugar a encantadoras camareras. Camareras americanas, naturalmente, en modo alguno estúpidas escandinavas.

—¡Oh! Pues a mí me parecen perfectos estos camareros

negros. Lo único molesto es que no logro distinguir cuál es uno y cuál es otro —murmuró Vestal, comprensiva, mirando a los camareros que estaban entonces de servicio. Uno era bajo y negro; otro, delgado y de piel de color café; otro, muy alto, pálido y con gafas—. ¿Y tú, Neil?

—¡Oh, sí! Yo veo en cada uno de ellos a un individuo distinto.

Mrs. Denver, en su acostumbrado tono estridente —su voz siempre resultaba afectada—, exclamó:

—Pero, Neil, aun suponiendo que consiga determinar cuál es uno y cual es otro, no creo que pueda gustarle ese viejo y chismoso *maitre*, ¿verdad?

—Pues sí, me gusta. Le tengo por un excelente y anciano caballero.

—¡*Caballero!*..... ¡Jesús! ¿No es un extraño calificativo para aplicarlo a un negro?

Después de la cena se trasladaron al domicilio de los Denver, quienes vivían detrás de Neil. No tardaron en presentarse varios vecinos: Don y Rose Pennloss, y Cedric Stauber-meyer, comerciante en pinturas, papeles para empapelar, linóleos y otros objetos de arte, que había viajado mucho. Le acompañaba su esposa. Siguió una amena conversación sobre temas intelectuales, y Neil tuvo ocasión de comprobar el elevado nivel cultural del hombre blanco de buena posición, comparando esta conversación con la otra, tan primitiva, que en boca de unos negros escuchó hacía tres noches en casa de un portero de color.

—Parece que va haciendo calor.

—Sí, pero hemos tenido un junio muy frío.

—¡Oh! ¿Lo cree usted así? No me pareció más frío que de costumbre. Quiero decir que no observé que hiciese un frío especial.

—¿De veras? Pues yo creí que hacía más frío.

Y otras frases por el estilo, dichas sin el menor esfuerzo.

Mrs. Cedric Stauber-meyer demostró ser más culta y, en cierto modo, hasta intelectual.

—Vaya, vaya... Parece que fue ayer y no diez años atrás

cuando estuvimos en Roma. Recorrimos de una punta a otra la Ciudad Eterna. Y las ruinas, tan antiguas, y el Vaticano, y el aeropuerto. También conocimos a la dama del salón de té británico, era inglesa de nacimiento, que creyó que llevábamos allí mucho tiempo. Claro que tuvimos una gran ventaja: la de hospedarnos en una pensión y no en un hotel, por lo cual tratamos íntimamente a varios italianos, que nos explicaron muchas cosas. También conocimos a un francés muy interesante. ¡Dios mío, qué inglés tan estupendo hablaba! Igual que Cedric y yo. ¡Imagínense! Nos dijo que tenía un primo aquí, en Grand Republic.

Pero Mr. Staubermeyer dijo con cierta acritud:

—Al volver, ni siquiera buscamos a ese primo. Sospecho que el francés en cuestión era judío, y ya saben la opinión que me merecen los judíos. La misma que tendrían ustedes si hubieran de comerciar con ellos. Por eso dije a mi esposa: ¡Que se vaya al diablo! Sólo soporto a los extranjeros en país extranjero. Los nativos no me molestan por serlo, sino por su modo de vivir y trabajar. Mejor es que se queden en el extranjero, a donde pertenecen.»

Pero sus intereses no sólo se limitaban a viajes. Hablaron largamente de la caza del faisán en el próximo otoño, de la mala fe de los diputados por quienes, a pesar de todo, pensaban seguir votando —a menos de que se presentase como candidato un demócrata laborista granjero—, de que Mr. Jones pensaba comprar la casa de Mr. Brown, y de que Mr. Brown bebía demasiado. Escrupulosamente compararon el precio de las medias femeninas en el «Tarr Emporium», el «Beaux Arts» y las tiendas de Duluth, Minneapolis y St. Paul. Hasta que Mrs. Denvers gritó:

—¡Dios mío! Hemos hablado tanto que no me di cuenta de lo tarde que es. Neil, supongo que no piensa marcharse ya.

Pero eso fue lo que Neil hizo.

## CAPITULO XXVI

LAS olas del Lago Superior chocaban contra las oscuras y secas raíces de los abedules, los pinos y los cedros. Su cabaña —hecha de troncos de árboles— olía a frescura y a humedad. Se zambullían en el agua fría, de la que salían luego gritando alegremente. Y en otros lagos más cálidos, hacia el interior de los inmensos bosques de Arrowhead, navegaban en canoa, pescaban peces de diversas especies y se divertían tirando al blanco sobre algunas latas que flotaban en la superficie líquida. Pero, a pesar de toda esa paz, Neil seguía nervioso.

Estaban en el viejo país de los *chippewas*. Xavier Pie debió de navegar en canoa a la sombra de aquellos mismos arrecifes, en sus viajes a Thunder Bay. Junto a su casita, existía aún un territorio reservado para los indios de esa raza. Neil confiaba conseguir que Biddy amase a sus hermanos de piel cobriza, para así poder decirle un día que ella —aunque fuese una dulce niñita blanca— era en parte negra y en parte *chippewa*, cosa perfectamente lógica y natural.

Como tantos otros padres sensatos de diversas épocas de la historia, Neil se consoló diciéndose: «Mi generación ha fracasado, pero la próxima cambiará el mundo por completo. Los ciudadanos irán pacíficamente al colegio electoral, aun en días tormentosos de votación, no beberán nunca más de un *cocktail* y acabarán para siempre con las guerras.»

Sentado en el coche, con Biddy a su lado, contemplaba un reducido campamento *chippewa*. Mujeres y niños, alojados durante el verano en cabañas hechas de corteza de árbol, vendían a los turistas cestas y canoas de juguete fabricadas con corteza de abedul.

—Biddy, fíjate en esos pequeños *piccaninnies*, o como los llamen, indios. ¿Verdad que son encantadores? ¿No te gustaría jugar con ellos? ¿Acampar, encender hogueras y cosas por el estilo?

—No.

—¿Por qué, querida?

—Van muy sucios.

—¿Los pequeños indios? ¿Sucios?

—Sí.

—Bueno, puede que vayan sucios, pero... Piensa en los castores, los tocados de guerra. ¿No te parece todo eso maravilloso?

—No.

—¿Por qué te molesta que vayan algo sucios? Es sólo del humo de guisar. Al fin y al cabo, el encanto de papaíto también se ensucia lo suyo algunas veces.

—Todos parecen negros.

—¿Y qué tienen de malo los negros?

—Que no me gustan.

—¿Acaso has conocido a algún negro alguna vez?

—Sí.

—¿A quién, aparte de Belfreda?

—A la pequeña Eva.

—Eva no era negra, sino blanca.

—Pero no me gustaba.

—Elisabeth, permíteme que te diga que en algunas ocasiones eres una criatura muy mal educada.

—¿Con un rizo en mitad de la frente?

—¡Rediablos!

—¡Oh, papaíto! Lo dijiste. Has dicho «¡Rediablos!» Rediablos, rediablos, rediablos, rediablos...

En su femenina actitud de buscar una buena salida, Bidy estaba tan encantadora, tan blanca, rosada y deliciosa, que Neil sintió que la quería con locura y comprendió —fue como si recibiese una ducha de agua helada— que los pequeños y triviales defectos de las personas decentes pueden ser más destructores que las bombas y que los grandes aviones.

Por tener quince días de vacaciones y considerar a Vestal «la esposa de un hombre de color», la estudió atentamente, tumbados en las rocas cubiertas de líquen. Era menos inteligente que la enfermera Sophie Concord, y tenía menos mundo. Decidió que era también menos hermosa y menos apasio-

nada, pero que poseía una mayor claridad de juicio y más dominio de sí misma. Vestal era «el prototipo ideal de la joven matrona americana». Limpia, atlética, culta —bueno, relativamente culta— e interesada por cuanto en el mundo pudiera ocurrir. Era todo lo devota que se exigía en Sylvan Park, y se burlaba del sentimentalismo. Desde luego, lo tenía todo... menos personalidad...

En el transcurso de pocas semanas, Neil había comprendido que sin sufrimientos y sin dudas no existe ser humano que pueda considerarse completo.

Vestal, aparte del episodio del alumbramiento de Biddy, no sabía lo que era sufrir. En cuanto a dudas y sorpresas enervantes, sólo experimentó las de su noche de bodas.

En cierto modo, era bastante superior a otras mujeres virtuosas. No le gustaba ser intencionadamente cruel. Pero Neil estaba descubriendo que la crueldad no intencionada puede ser muy efectiva.

Recordando viejos días, Vestal empezó a cantar: *Negro, negro, negro... ¡Cómo quisiera cambiar mi color!*

«Eso es lo que soy yo —pensó Neil—. Y lo que es Biddy. Un negro. Un negro inferior. Un negro grotesco. Una dama de la categoría de Vestal no puede pensar en mí sin sentirse ofendida.»

*Príncipe* se acercó a ellos levantando a su paso una lluvia de barro. Vestal le amonestó, diciendo:

—Nunca debimos cambiarte el nombre, perro. No tienes nada de príncipe. No eres más que un negro sucio e inútil.

Y mirando a Neil, sonrió confiada.

Neil comprendió que, para Vestal, su cariño hacia los negros —suponiendo que llegara a conocerlo— sería por partes iguales perverso y absurdo. ¿Para qué admitir abiertamente que se es... un personaje tan extraño? Dos semanas en un mágico paisaje norteño, junto a rocas grises, líquenes de color naranja y dulces pinos; dos semanas de pasear en rojas canoas y de contemplar a lo lejos, en los confines de unos lagos inmensos, la línea del horizonte azul; pueden hacer milagros. Se bañó con ella en agua muy helada, y, pese a sus preocupaciones, ambos se divirtieron

como dos chiquillos. Volvió a la ciudad curado de su locura.

Volvió convertido en un joven y enérgico banquero... blanco.

## CAPITULO XXVII

QUE Neil iba camino de llegar a presidente de Banco, con un sueldo diez veces mayor que el de Mr. Pruft, era para Vestal cosa tan obvia que ni siquiera permitía se discutiese la cuestión. Lo que le interesaba era la mansión que, llegado el caso, había de prestar dignidad a su posición. Neil se reía de su ambición de comprar a Berthold Eisenherz la mitad de «La Colina» para construir en ella la casa perfecta que desea poseer toda mujer.

Bromeando, se preguntó Neil si conseguiría interesarla por el modelo de «casa moderna», toda ella yeso y ventanas, que vio en... Bueno, en algún sitio la había visto.

No lo consiguió. Ella no podía sentir interés por algo tan raro y frío. Prefería una casona de piedra estilo normando, con porches en donde dormir, salón con techo de madera artesonada, un buen bar y una casa de muñecas para Bidy dotada de —«¿O acaso, preguntó Vestal, es una pretensión demasiado absurda?»— cuarto de baño de juguete con agua corriente.

—¿Eso es importante para Bidy? —preguntó Neil.

—Como nada en el mundo, porque sólo se es niña una vez, ya lo sabes.

Tan lejos llegó en sus planes con respecto al hogar normando, que hasta pensaban adquirir una nueva cocina de gas.

Había terminado la guerra con el Japón, y aunque, naturalmente, Vestal se alegraba de que sus amigos fueran regresando al hogar procedentes del sur del Pacífico, estaba dispuesta a admitir que la alegraba de igual manera pensar que en adelante los industriales pondrían a la venta infinidad de tesoros domésticos. Tocadores de material plástico, cafeteras de cristal y aparatos automáticos para fregar los platos. Pensaba ya hasta en el ajuar que prepararía para Bidy cuando ésta ingresara en Bryn Mawr dentro de doce años.

Durante el desayuno dijo a Neil:

—Pienso ir hoy a la ciudad. ¿Puedes invitarme a almorzar, y buscaremos juntos esa cocina de gas en la que cifro

todas mis juveniles esperanzas? Es una joya, un encanto, una prenda, una maravilla. La quiero más que a la misma virtud. Por lo menos, es más práctica.

Al verla, Neil comprobó que la cocina poseía realmente casi todas las bellezas que Vestal había mencionado. Ella, radiante, exclamó:

—Convertirá nuestra cocina actual, ese inmundo agujero, en algo digno de la mansión normanda que el destino nos reserva.

—Pero nuestra casa te gusta, ¿verdad? —preguntó él suspirando.

—¡Oh, Neil! Por mucho entusiasmo que ponga al hablar de nuestros palacios futuros, sigo adorando nuestro modesto hogar. Es nuestro, y nadie, ni el Gobierno demócrata más loco y absurdo, puede echarnos. Cuando llegue el momento de la crisis, nos retiraremos a él, plantaremos cebollas en los cuartos de baño y seremos dichosos como dos grillos. (¿Cómo será de dichoso un grillo de tamaño corriente?) ¡Oh! —añadió saludando al vendedor que con los hombros inclinados y los brazos cruzados los miraba evidentemente preocupado—. Creo que haciendo un poco el judío podrías conseguir una rebaja de cinco dólares en el precio inicial. Inténtalo.

«Me pregunto —pensó Neil— si a un judío le gustará esa frase: «Haciendo el judío.» Es como para los de mi raza aquella otra de «trabajar como un negro». Pero basta. Soy dueño de una bella esposa y de una linda cocina de gas y me había propuesto olvidar todo este loco asunto de las razas.»

Aquella misma tarde, Ash Davis fue a visitarle, y, sentándose ante su escritorio, dijo gravemente, por si alguien los escuchaba:

—¿Me concede unos minutos, Mr. Kingsblood?

—No hay nadie por aquí, Ash.

—Vengo a pedir otra vez, Neil. Malas noticias. Unos soldados de color han sido arrestados en Carolina del Sur acusados de un crimen que no han podido cometer. Sophie y yo hemos abierto una suscripción para procurarles abogados. Le advierto que si es usted lo bastante tonto como para darme un

solo céntimo, esto será el principio. En adelante me tendrá como a una sanguijuela, diciendo siempre: «Deme, deme, deme...»

Después de meditar lo que estaba dispuesto a dar, Neil extendió un cheque por una suma algo mayor de lo que había proyectado. Anhelaba escuchar la charla jugosa, llena de humor, devastadora, de Ash, Clem y Sophie.

—¿Cuándo podré pasar un rato con ustedes? —se apresuró a preguntar.

—Clem no volverá hasta dentro de unas semanas. ¿Le gustaría cenar en casa con Martha y conmigo? Puede que vaya Sophie, si consigo localizarla. ¿Le parece bien esta noche?

La mentira que dijo a Vestal en esta ocasión fue casi automática. Apenado, pensó que en adelante ya no podría regocijarse en su compañía hablando de su adorada cocina de gas. Exteriormente, era una gran señora; en el fondo de su confiado corazón, una pobre chiquilla.

Sentado con los Davies y con Sophie ante una mesa — surgida de debajo de una librería— que convertía en comedor la severa habitación, no supo qué decir. Ellos pertenecían a un mundo cerrado para «nuestro Mr. Kingsblood, del Second National». Y cuanto más tabú consideraba a Sophie, más tentadoras hallaba sus obscuras manos suaves que ora se movían con la precisión de las de un ebanista, ora estaban tranquilas e inmóviles.

Juguetando con la comida (una excelente sopa de setas primero, y bistec alemán después), preguntó:

—Pero, ¿de quién están hablando los tres? ¿Quién es *el turco*? ¿Por qué es un sinvergüenza?

En tono algo triste, Sophie respondió:

—Es un individuo de color llamado Vanderbilt Litch. Un usurero. El único negro sospechoso de la ciudad. Pero, naturalmente, usted no puede sentir interés por él.

—¿Por qué no puede interesarme?

—¿Cómo habrían de interesarle las andanzas de las personas de nuestra raza? Nuestro lema es: «Sólo para negros», y *eso*, capitán, le excluye a usted por completo.

«No lo digas —pensó Neil—. No le digas que eres negro. Cállate No digas *nada*. Ya se lo dijiste a Ash y a los Woolcape..., a demasiada gente. Espera ahora. Espera.»

Pero mientras pensaba eso, dijo:

—Al contrario, Sophie. *Eso* me admite. Recientemente he descubierto que, en parte, soy negro yo también.

Quedó ella con la boca abierta y las manos en alto e inmóviles. Sus dedos, que sostenían un cigarrillo, parecían juncos oscuros. Su pecho se movía a impulsos de una fuerte emoción. El asombro cedió paso a una mirada de intensa compasión. La enfermera que antes fue vecina de un modesto barrio en una pequeña ciudad, le compadecía. Fue la cantante de Broadway, la que preguntó:

—¿Sin guasa?

Luego oyó cómo acertada y gravemente Sophie discutía su situación.

—Es usted un redomado tunante —gritó—. Y pensar que consiguió engañarme, que nada sospeché.

—Ya le dije que hasta hace poco no lo supe.

—Cierto —dijo Ash en el mismo tono que hubiese empleado un maestro de escuela.

—¿Será posible? —dijo Sophie—. ¿Cómo pudo ignorar ese ritmo, mi pequeño Neil? Le diré una cosa... La persona de raza negra tiene nervio, empuje, vida. Uno siente correr por sus venas la savia de Africa.

—Basta, Sophie —gritó Ash.

—Bueno, creo que me habéis comprendido. Puede que haya empleado el léxico de Harlem, pero por Dios os juro que no entiendo cómo un hombre con sangre del Congo puede creerse uno de esos estúpidos seres de fuertes puños y helado corazón. De esos que se denominan a sí mismos «de raza blanca». En todo caso, le felicito, amigo.

—Basta —dijo Ash—. Todo eso de su sangre salvaje es una farsa, Neil. Lo mismo que su aversión por los blancos. Los blancos son un grupo heterogéneo con gran número de virtudes. Sophie sería un gran caudillo, y sus informes serían perfectos, pero...

En todo cuanto decían Ash y Sophie había siempre un pero. No le sucedía igual a Martha, porque ésta apenas hablaba. Cuanto mejor los iba conociendo, más compleja hallaba su doble actitud hacia él. Le consideraban como un amigo a quien debían protección y un convertido a quien tenían que explotar en bien de la publicidad de su raza. Haciendo caso omiso de sus sentimientos personales, especularon con el siguiente tema: «Si no sería más lógico, aunque en principio el hecho le hiciera sufrir —y no poco—, confesar abiertamente que era negro.»

Por fin decidieron dejarle en paz durante algún tiempo.

A Neil nunca se le ocurrió pensar que otra persona que no fuese él pudiera propagar la noticia de que era negro, no importa si el público reaccionaba bien o mal. Comprendió que por haber dejado escapar la confidencia, de manera rápida e irremediable, ahora el ser traicionado dependía únicamente de aquellas tres personas y de los Woolcape. De cualquiera de los Woolcape. Pero, aparte del temor que sentía, experimentó un alivio al aceptar a Sophie, a Ash y a Martha como a individuos de su propia raza. Cuando Sophie se puso de pie, dijo:

—Iré con usted en su coche.

Se sentó a su lado en el desvencijado *coupé*, y le cogió la mano. Nunca había estrechado una tan cálida. Aquel extraño calor nada tenía que ver con el termómetro. Era un calor fresco y suave, pero a la vez profundo y ardiente.

Mas la Sophie que recientemente cantó las glorias de la selva se mostró ahora esquiva. Al oírle preguntar ansioso:

—Cuando se enteren todos de que soy negro, ¿querrás compensarme de la pérdida de otros seres? —le amonestó diciendo con voz estridente:

— ¡Vaya por Dios! Pero si no perderá a nadie que en realidad valga la pena. Vamos, hombre, ¿espera que nosotros, los negros, compadezcamos a alguien por tener la ventura de ser negro? —Luego, más tranquila, añadió—: Bueno, bueno, chiquillo. —Era exactamente el tono de esposa que Vestal hubiese empleado—. No deje que le invada el desaliento. Está deshecho... Permita que mamaíta le consuele.

Y le besó. Neil nunca conoció antes un beso como aquel. Un beso tan fuerte, tan suave, tan franco. Pero ella se apartó rápidamente, diciendo:

—Lo siento. No suelo besar a los hombres blancos. Y aunque su corazón sea bueno y negro, su pobre cerebro es blanco todavía. Como el de un niño. Buenas noches.

El se quedó mirando el coche que desaparecía ruidosamente.

«No puedo hacerle *esto* a Vestal —pensó—. A Vestal, tan excitada con su pequeña cocina de gas. Tengo que salir de este mundo africano. Es demasiado complejo para personas sencillas como Vestal y yo. Prutt, vuelvo al hogar.»

## CAPITULO XXVIII

TODOS habían vuelto del frente. Todos sus amigos: Rod Aldwick, el elegante Eliot Hansen, el robusto Judd Browler... Todos estaban íntimamente convencidos de que, por mal que estuviese el resto del mundo, el bueno y viejo Neil no podía haber cambiado.

Pasaron muchos días sin que éste viese a Ash o a Sophie. Contando con Vestal, invitó a cenar a Judd y a Eliot con sus esposas respectivas. Insensiblemente volvió a ser en todo y por todo «un joven y típico banquero». Su aventura racial había sido un sueño, tal vez una pesadilla. El sentido común de sus amigos convirtió en simple recuerdo sentimental todas aquellas fantasías. Sospechaba que aquel Rod Aldwick que le sirvió de modelo en el baile, el *hockey* y el modo de anudarse las corbatas de seda, no pudo ser tan malvado con las tropas de color como en principio había pretendido.

En el Club Federal oyó cómo Rod hablaba de esas tropas de color con otro oficial, también recientemente reintegrado a su hogar: el coronel Levi Tarr. Ahora Rod era sólo comandante, pero Neil le hallaba más perfecto en ese papel de lo que nunca pudiera estarlo Tarr en el de coronel.

Levi Tarr había sido director general auxiliar en el Emporium, almacenes que pertenecían a su padre. Era alto y delgado y llevaba gafas. Aunque contaban de él que dirigió un triunfal contraataque en el Bulge, nadie podía imaginar a aquel mercero profesional empuñando una espada ni haciendo nada con ella. En cambio, a Rod Aldwick cualquiera podía figurárselo comiendo con un puñal por tenedor, rascándose con una bayoneta y escribiendo cartas de amor con un sable.

Aunque de mala gana, Neil tuvo que ponerse de parte de Rod cuando éste, al oír las frases de alabanza que nerviosamente dedicaba a los soldados negros el coronel Tarr, se echó a reír. Luego quedó horriblemente confuso, comprobando que su propia prima Patricia, la hija de Edgar Saxinar —hermano de su madre y enérgico tratante de bombas y válvulas—, se

declaraba entusiasta partidaria de los negros. Pat fue siempre una muchacha encantadora, aunque algo extraña y retraída. Reintegrada al hogar después de servir como alférez en las W. A. V. E. S., se había convertido en persona comunicativa. Todo parecía interesarle enormemente. Alababa a los marineros de color, y una noche sorprendió a Neil con el siguiente discurso:

—Quiero desmentir ese rumor que corre acerca de que las Hijas de la Revolución Americana son las auxiliares femeninas del Ku Klux Klan; porque no hay negros en ese Klan. Pero sin duda alguna los habrá, y muchos en la D. A. R., pues el primer hombre muerto en la revolución americana fue negro.

—Vamos, Pat... Esta guerra te ha convertido en una absurda charlatana —protestó Vestal.

Una preocupación profunda invadió a Neil.

Rod Aldwick, en compañía de su esposa, la hermosa Janet, de rostro juvenil estaba invitado a cenar en casa de Neil. Habían permitido a Bidy que esperase levantada la llegada del tío Rod, para darle la bienvenida. Esta fue calurosísima. Seguidamente hizo una proposición: que si le permitían quedarse una hora más para charlar con él, sería buena durante dos días y medio.

—Eres maravilloso con los niños. Supongo que debías de serlo también con tus soldados —dijo Vestal a Rod

Durante la cena, Rod expuso sus planes con respecto a la vida futura de su hijo Graham, quien a la sazón tenía nueve años, pero que ya estaba *condenado*. Graham, como su padre antes que él, tenía que ir a Lawrenceville, pasar dos veranos en la Academia Militar de Culver, cursar alegremente sus estudios en Princeton y la facultad de derecho de Harvard, entrar en el despacho de su padre y en la Guardia Nacional, ser un caballero, casarse con una dama y, a su debido tiempo, defender la civilización anglo-americana y la Asociación de Abogados, contra judíos, chinos, etc., y contra la Unión Panislámica. Con un poco de suerte, tenía que llegar a comandante, por no decir a capitán general.

Las emociones tienen una lógica muy suya, rápida e incomprensible. Fue esa clase de lógica la que llevó a Neil a pensar en Winthrop Brewster, hijo del Reverendo Evan. Winthrop era muy afortunado. No iba a ser «fletado» en un baúl para Princeton y para el Club de Oficiales. Podía, honradamente, ser pobre e independiente.

Esa misma lógica fue la que impulsó a Neil a olvidar la promesa que a sí mismo se hizo de «ser sensato». Al día siguiente por la tarde se presentó en la pequeña casa que el doctor Brewster tenía más allá de la calle Mayo.

No pensó siquiera en la excusa de su visita. No tuvo nada especial que decir al enfrentarse con el sorprendido Evan, con Corinne, su esposa —menos negra que él y bastante menos amable— y con los hijos de ambos, Winthrop y Thankful, típicos yanquis de esos cuya familia vivía en Massassuchets desde que un antepasado suyo muy negro se trasladó al lugar, si no en el *Mayflower*, en el metro, que prácticamente es lo mismo.

Esta vez no tuvo que mentir a Vestal. Llamó por teléfono y rogó a Shirley que dijese a la señora que tal vez no pudiera ir a cenar.

Negocios.

## CAPITULO XXIX

NO es que Winthrop y Thankful fuesen mucho menos negros que su padre o tuvieran el pelo más lacio y la nariz más afilada, pero tenían mucha más seguridad en sí mismos como ciudadanos americanos. Su modo de mirar —confiado y tranquilo— a Neil, y su manera de andar —con los hombros muy erguidos—, les hacía parecer, no esclavos o simples jornaleros de un campo de algodón, sino lo que eran en realidad: estudiantes americanos que sólo tenían una cosa extraordinaria: el ser extraordinariamente simpáticos.

Es imposible oír constantemente, en el colegio, que el pueblo americano es el más valiente, el más rico, el más generoso de la historia, sin sentirse orgulloso de pertenecer a él. Nada hay que objetar si luego, en el hogar, se atempera el entusiasmo con una cultura más serena y mejor informada.

Neil decidió alegar que nunca había podido olvidar el sermón del doctor Brewster. «Pasaba por aquí y creí oportuno entrar a saludarles.» Winthrop le miró como a un fornido hermano mayor, y Thankful casi le consideró el tipo de hombre con quien le gustaría contraer matrimonio, pero que no abundaba en aquel vecindario.

Sin el traje de clérigo —llevaba americana de color castaño, camisa blanca de tejido fino y un insignificante corbatín azul—, el doctor Brewster tenía tanto de empleado de Correos, como de sacerdote, y aunque su gramática seguía siendo más perfecta que la de Neil (o la de Rod Aldwick) y su vocabulario más flexible, era también mucho más alegre. Su risa salía de un ancho pecho, de una boca grande, de un tolerante corazón. Su mujer se mostró más recelosa ante el intruso blanco, menos dispuesta a arriesgar la seguridad de la familia. Su figura tenía una mayor delicadeza que la del doctor Brewster. Su nariz parecía esculpida en ágata oscura.

Neil comprendió que ambos estaban nerviosos y deseando conocer los motivos de su visita, cosa que de sobra entendía, pues también deseaba conocerlos él. Hablaron del tiempo y de

política local en aquella pequeña habitación llena de trastos en la que se veía una máquina de escribir de venerable aspecto sobre una mesa de confección casera y sin pintar, y varios libros de historia, teología y antropología sobre unas viejas sillas.

Winthrop se alegró de ver a un visitante masculino que podía entender en electricidad.

—¿Ha tenido alguna vez estación receptora de radio? —preguntó.

—No, pero un amigo mío sí la tenía, y tuve ocasión de manejarla.

—Venga al sótano y le enseñaré mi equipo.

Neil lamentó que toda la colección de tubos y alambres que vio en la pequeña bodega fuese sólo chatarra para él. Al oír cómo Winthrop decía orgullosamente: «Cojo Miami al momento», se impresionó.

—¿Tiene alguna estación favorita?

—Sí. La de un muchacho de Dallas, Texas.

—¿Un muchacho de color?

—Nunca se lo he preguntado, pero me parece que es blanco. Tiene un criterio absurdo acerca de la guerra civil. De todos modos, ¿qué importa? —dijo Winthrop. Y Neil sintió que le invadía un sentimiento de humildad.

—¿De qué hablan ustedes?

—Principalmente de *jai alai*. Quiero aprender a jugarlo algún día. Pero, claro, por el momento, lo que más me interesa es el radar. ¿No cree que es el asunto del porvenir?

—Desde luego —respondió Neil, que del radar sólo sabía una cosa: que tenía algo que ver con la destrucción de los *icebergs*.

—En cuanto en la Universidad me lo permitan (ingreso en ella este otoño), empezaré a fondo la electricidad.

—Yo también estudié en la Universidad —dijo Neil.

— ¡Magnífico!

—¿No es usted algo joven para ingresar en ella?

—¿Joven? ¡Qué disparate! ¡Pero si tengo diecisiete años! ¿Sabe que esta primavera obtuve el primer premio en el cole-

gio? —No hablaba en tono afectado, pero sí con ingenuo orgullo—. Claro —añadió— que tuve la suerte de contar con las enseñanzas de papá. Hice cuatro años en dos. Oiga, Mr. Kingsblood, pescarían ustedes mucho en Arrowhead, ¿verdad?

—Sí. Sollos norteños en el lago de Sawbill.

—Si pudiera hacer eso... Vivir en un campamento, nadar y pescar, en lugar de sentarme aquí a escuchar una estúpida charla sobre problemas raciales. ¿De qué me sirve? Actualmente, toda persona con sentido común sabe que los hombres blancos y los de color son exactamente iguales. Lo mismo que los gatos blancos y los negros. ¿Verdad que usted siempre ha estado convencido de ello?

—Pues yo... No creo que... —Rápidamente, Neil evadió la pregunta, añadiendo con entusiasmo—: ¿Por qué no pasa un verano en Arrowhead? Puedo citarle rincones muy bellos.

El muchacho, volviendo la cabeza, murmuró:

—Olvida usted que en ninguno de esos lugares veraniegos admiten negros. Ni siquiera papá y mamá serían bien recibidos allí. En fin, veo que forzosamente tendremos que hablar de problemas raciales. Tenemos para rato. Además, no nos sobra el dinero. Durante el verano habré de trabajar y ahorrar para luego ingresar en la Universidad.

—¿Dónde trabaja usted, Win?

—Pues... no he podido encontrar cosa mejor. La verdad es que quise entrar en la Compañía de Electricidad y en algunos almacenes de radio, pero no me admitieron. Me coloqué en la estación de ferrocarril. Me encargo de fregar el suelo de la sala de espera y del lavabo para caballeros.

Neil tuvo que inventar un motivo que justificase su intrusión. Cuando subió en compañía de Winthrop, dijo a Mrs. Brewster:

—¿Me permite que le diga algo que usted sabe de sobra? Win tiene mucho talento. Un talento poco corriente. Estoy orgulloso de haberle conocido. Representa algo que yo busco con ansiedad en bien del banco y mío propio: el progreso de las llamadas «minorías», es decir, finlandeses, polacos, ne-

gros, lituanos y... —su geografía empezaba a fallar—, todos los demás. Confío en que me acepte como lo que soy: un discípulo.

Evan Brewster ya le había aceptado anteriormente, antes de Neil nacer. Corine Brewster, a juzgar por su aspecto, parecía dispuesta a empezar a aceptarle, aunque fuese adulto ya.

—Quisiera que me permitiesen invitarles. Podríamos ir a buscar al doctor Ash y a su esposa y hasta quizá a miss Sophie Concord. Cenaríamos en ese bar «B-Q» que he visto al venir. Temo que sea inoportuno invitarlos siendo tan tarde, pero si pueden combinar las cosas...

Naturalmente, había que dar ánimos a un discípulo tan entusiasta.

Camino del bar «B-Q», los jóvenes Winthrop y Thankful, que no conocían los prejuicios de razas, se colgaron del brazo de su nuevo amigo el fornido banquero, sin cesar de referirle —interrumpiéndose a cada paso— las anécdotas de su perro *collie* llamado *Algernon C. Swmburne*.

«Y ahora, ¿qué pasaría si tropezásemos con Rod Aldwick?», se preguntó Neil.

Un largo mostrador, en donde servían comidas, llenaba por completo el bar «B-Q», pero también había en el salón unas mesas que parecían de juguete y sillas de metal.

Las servilletas eran de papel. La minuta mencionaba: «Chuletas de cerdo; jamón; biftec alemán y solomillo», esto último tachado. Las camareras eran jóvenes, estaban llenas de sudor y de buena voluntad, pero carecían de experiencia. Era un restaurante como cualquier otro restaurante modesto del país. La democracia empieza en la comida, los atavíos y el modo de hablar, y muy a menudo termina en esas mismas cosas.

La mayor parte de los clientes eran obreros de la raza negra; algunos de ellos llevaban mono. Pero por saber que ahora, en el mundo de los negros, tenía amigos, Neil saludó a John y a Mary Woolcape con más presteza de lo que saludó en su vida a S. Ashiel Denver y a su esposa. Y hablando de temas generales con los Brewster, Sophie, Ash y Martha,

mientras comían coles con jamón, hizo gala de una mayor familiaridad.

Puede que no fuese extraordinario que la mayor parte de la conversación recayese sobre los negros y sus sufrimientos. Desde luego, Neil oyó hablar mucho de ese tema días atrás, pero también oyó cuanto Mr. Prutt y Mr. Denver tuvieron a bien confiarle acerca de los banqueros y sus sufrimientos, y cuanto acerca de los abogados serios y de los cazadores de patos y sus sufrimientos le contó Rod Aldwick.

El tema cumbre de la velada fue el Reverendo Jar Snood; seguramente era el individuo más indeseable de todo Grand Republic.

Ante las nuevas tendencias de las sectas de mayor importancia —metodistas, baptistas y presbiterianos—, que de los rezos y las aleluyas habían pasado a las catedrales iluminadas con luces indirectas y a las complicadas lecturas desde el pulpito, las masas americanas, torturadas por la continua búsqueda de trabajo, se dejaban conquistar por otras sectas nuevas que prometían la salvación a quienes nada poseían y que les daban ánimos para escarnecer públicamente al diablo, al Papa y a Wall Street como justa compensación de no atreverse a escarnecer en público a sus respectivos jefes. En almacenes desalquilados y en desvanes se organizaba la sede central de esas nuevas y maravillosas doctrinas, tales como «La Iglesia de Dios a través de la salvación bíblica» y «La Asamblea de los Santos por Designio Divino», que representaban diez hombres y mujeres fatigados, ocho libros de himnos y cuatro bancos.

Haciendo gala del típico espíritu emprendedor americano, algunos caudillos espirituales, que en tiempos menos avanzados se habrían limitado a vender medicamentos indios o a ser corredores de artículos para la confección de sombreros de señora, comprendieron que podían ganarse la vida convirtiéndose en ministros del Señor y hasta en obispos, alquilando un local en donde instalar una iglesia, y sin que el trabajo los matara, pues su tarea había de limitarse a gritar muy alto, a lamentarse por lo bajo y a hacer tres colectas en cada sesión.

Entre estos Barnums de última hora se contaba en Grand Republic con un tal Jat Snood que ni siquiera había terminado los estudios superiores, pero que era «doctor divino». Era dueño y principal cliente de un espacioso local simado en la South Champlain Avenue y la East Winchell Street, que románticamente había designado con el nombre de «Tabernáculo de la profecía Divina, según el libro: Cristo para todos y todos para Cristo».

Lo cierto es que el reverendo doctor nunca pudo permanecer más de cinco años en una misma ciudad, porque sólo sabía cincuenta sermones y cincuenta trucos de vodevil, y hasta su público —compuesto de seres vulgares, que ora refunfuñaban, ora masticaban chicle— se cansaba de él. El negocio, no obstante, marchaba bien mientras duraba, pues aturdía a sus feligreses con jengibre y peroraciones acerca del fuego del infierno, logrando que las muchachas de servicio suecas, los dependientes de colmado alemanes y los obreros yanquis se convenciesen de que, si bien no podían intimar con Hiram Sparrock en el Club Federal, podían intimar con el Señor y con sus ángeles y con las almas de los elegidos en el Tabernáculo de la Profecía Divina (Dádivas voluntarias, pero frecuentes). Jat, a grandes gritos, empleando estridentes polisílabos y frases vulgares, les decía que si la sociedad elegante de la vieja América los miraba con menosprecio, ellos también podían despreciar y mirar de igual modo —él así lo aconsejaba— a judíos, negros, católicos y socialistas.

Ash Davis, en el Bar «B-Q», dijo a Neil:

—Hay dos o tres individuos como Snood en esta ciudad, sólo que Jat es el más listo. Tiene a sus fieles entrenados para ser perfectos reclutas del Ku Klux Klan. Pero cuando a esa pandilla de los llamados «caballeros cristianos» les da por atizar una paliza a un pobre y asustado negro o por incendiar su hogar, no resultan tan cómicos. Como amigo que es usted de nuestra raza, ¿cree posible hacer rectificar a Mr. Snood?

—Desde luego, lo intentaré —respondió Neil.

Pero estaba seguro de no lograrlo.

Un muchacho joven, que vestía uniforme de capitán de las

fuerzas aéreas, se acercó a su mesa. Caminaba muy erguido, tenía la expresión risueña y la tez de color canela. Le dijeron que se trataba del capitán Philip Windeck, que estudiaba en la escuela de ingenieros de la Universidad de Minnesota cuando estalló la guerra y que se alistó en aviación y voló varias veces sobre Italia en el desempeño de su misión.

—Verá usted —dijo a Neil—, en realidad, ya no tengo derecho a ponerme el uniforme, pero esta noche tuve una reunión con mis camaradas. Mañana volveré de nuevo al mono.

—¿Dónde trabaja?

—Mi plan era ganar algún dinero para casarme, y luego, con mi esposa, volver a la Universidad. Creí que con mi experiencia de aviador y mis estudios de ingeniería podría conseguir fácilmente un empleo. Tanto en las fábricas de automóviles como en las de aviones me cerraron las puertas. Pero he tenido suerte. Al menos, pude recobrar la colocación que tenía antes de ingresar en la escuela de ingenieros. Lavo y engraso coches en el garaje «O'Toole Cut Rate». Drexel Greenshaw (cuya hija es mi prometida) cree que podría conseguirme un puesto en los autobuses, pero opino que es mejor para mi marcial vanidad (la del héroe que al regresar al hogar debía ser recibido por el alcalde y dos bandas de música y comportarse con modestia) que algunos blancos ex soldados rasos me griten: «¡Vamos, date prisa, negro del demonio!»

Como siempre todos tomaron a broma su desventura, incluso el propio Phil Windeck. Mejor era reírse de la «implacable república» que lamentarse y entristecerse. Sólo Neil se enfadó. Al ver que el ex combatiente, su ex camarada en la campaña de Italia, le miraba como a un amigo, estuvo tentado de darle las gracias. También como a un amigo saludó a Ryan Woolcape, que acababa de presentarse. No llevaba uniforme, y al parecer nada tenía que ver con el Ejército.

Neil estaba completamente conquistado. Más conquistado de lo que él mismo creía.

Sophie Concord —como cualquier buena muchacha, contenta de que su pretendiente sea aceptado en el círculo fami-

liar— no dejaba de contemplar a Neil con atención. Al ver cómo se esforzaba por aproximarse a Phil Ryan y los hijos de Evan, se sintió orgullosa de él. Sophie fue la que dijo dirigiéndose a Neil:

—Los Brewster y los Davis, naturalmente, tendrán que asistir a una reunión del comité. Sin eso, su noche no sería completa. Esas reuniones son como las drogas. Uno se acostumbra a ellas con facilidad. Ryan, Phil usted y yo podríamos ir al «Jumpin Jive» a ver a los negros en otro ambiente; el que más se aleja de esas reuniones a que he aludido. Es usted el prototipo del individuo bondadoso que se dedica a visitar los suburbios. Conoció a Ash y a Evan, e inmediatamente llegó a la conclusión de que todos somos intelectuales de corazón puro empeñados en librar del infierno en que viven a nuestros hermanos de raza. Ahora iremos a echar un vistazo a esos otros: a los que se dejan librar... y no de buena gana, por cierto. Desde el pobre campesino, al obrero de ciudad y a quien, como el doctor Melody, es rico y ejerce una profesión, todos odian ser cogidos de la mano e introducidos en la espiritual nación etíope. En todo caso, vamos a hacer una visita a esos corderitos.

El «Jumpin Jive» era un local llamativo y ruidoso, pero no tan depravado como esperó el romántico corazón de Neil. Se trataba de una habitación de grandes proporciones, en forma de L, decorada con orquídeas artificiales y guirnaldas doradas y de color de rosa. Una orquesta compuesta de tambor, piano y clarinete —formada de tres negros gordos y risueños que vestían americana color ciruela y llevaban sombrero hongo dorado— tocaba piezas de Duke Ellington, es decir, ofrecían «la versión Grand Republic» de las mismas. Marineros y soldados de color bailaban sin cesar, muchos de ellos con muchachas que trabajaban en fábricas. El local estaba tan repleto de público como el más lujoso centro de sudor y diversión de la ciudad de Nueva York. Jóvenes negros bailaban con muchachas de piel oscura o grisácea. Todos reían, hablaban poco y hacían gala de la suavidad y elegancia innatas en ellos para la danza.

Un poco tarde observó Neil que en otra mesa estaba sentado Borus Bugdoll, propietario del «Jive», y que la muchacha que le acompañaba —vestida con un atrevido traje de tul verde— era Belfreda Gray. Ambos le miraban sonriendo burlescamente.

—Esa muchacha trabajó en casa —dijo en tono quejumbroso a sus acompañantes— y me odia. Se llama Belfreda. Es una descarada. Ahora, Ryan, no empieces a presumir de socialista diciendo que es una víctima del medio ambiente.

—¿Por qué no? Vamos a saludarla. La conozco desde que era niña. Probablemente tú nunca gozaste la tan cultural ventaja de ser abofeteado por una criada de servicio.

Neil, con harta sorpresa suya, se halló realmente frente a la Belfreda que durante tantos meses durmió al otro lado del corredor en su propio hogar. Pronto descubrió que por sus ojos, su sonrisa, su personalidad y su extrema flexibilidad en cuestiones de moral, era una Neil Gwyn de ébano. Con la misma languidez que habría empleado aquella encantadora vendedora de naranjas para insultar a un lord, Belfreda dijo arrastrando las palabras:

—¡Pero si es Mr. Kingsblood! Me sorprende verle en este antro. Creí que usted sólo iba los domingos a la iglesia, a enseñar el catecismo.

—Sabe perfectamente que nunca he enseñado el catecismo en la iglesia —protestó Neil, sintiendo lastimado su varonil orgullo de cazador de patos.

—Entonces, ¿me informaron mal?

—¿A qué se dedica ahora, Belfreda?

Belfreda y Borus se miraron. Sin duda, la pregunta les pareció cómica. Por fin ella se apiadó del ingenuo ciudadano blanco, y dijo:

—Tengo un salón de belleza. Me asocié con una amiga. Todas nuestras clientas son de posición. Damas de categoría y esposas de clérigos. De nada le servirá intentar citarse con ellas diciendo que es amigo mío. Todas dependen de hombres de categoría y con dinero.

Miró a Neil, desafiante, y a Sophie con evidente desagra-

do. Luego miró a Borus y se echó a reír.

—Confío en que no nos recordará con excesivo rencor, Belfreda —imploró Neil.

Ella, con afectada indiferencia, respondió:

—¡Oh, no se preocupe por eso! Usted era un bruto, pero Mrs. Kingsblood es estupenda. Tiene talento. Nadie puede reprochar a un blanco que sea todo lo estúpido que es usted, pero ella... Vale tanto que merece ser negra. Bueno, encantada de verle, Mr. Kingsblood.

—Belfreda, lamento que no nos llevásemos mejor. Puede que sea mía la culpa.

—Lo es. Siempre parecía esperar de mí que fuese mezuquina, y, claro... yo tenía forzosamente que serlo. Bien sabe Dios que no me he criado entre salones, sino en una sucia y modesta tienda de limpiabotas en donde todos los clientes blancos intentaban abusar de mí a pesar de mis trece años. Cuando entré a su servicio, yo encontraba precioso mi dormitorio, pero usted y Vestal tomaron por costumbre invadirlo, curiosear y reírse de cómo lo tenía y de todas mis cosas. Mire usted, señor, cuando una se pasa la vida haciendo la cama de los demás, está tan harta de ello que quedan pocos ánimos para hacerse la propia. Una opina que por lo menos en ese rincón tiene derecho a ser tan desordenada como le dé la gana. Ni allí me dejaban ustedes tranquila. Y siempre andaban murmurando de mí... Criticando, criticando y criticando.

—Lo siento mucho, Belfreda.

—Bueno, olvídalo. Ha sido un placer...

«Nuestro Mr. Kingsblood» tuvo la sensación de que le despedían. Impresionado, siguió tímidamente a la silenciosa Sophie, al sonriente Phil Windeck y al despreciativo Ryan, hasta la mesa que antes ocuparon. Antes de decir el «Bueno...» que apuntaba en sus labios, hubo de exclamar:

—Es estupenda.

Miss Sophie Concord no se burló de él por el hecho de que su cocinera le hubiese vencido en toda la línea. Por el contrario, en igual tono que una esposa hubiese empleado, preguntó de súbito:

—¿Qué grado de intimidad alcanzó en sus relaciones con Belfreda Cray, amigo mío? Eso es lo que me gustaría saber.

En un apartado rincón del «Jive» había una mesa alrededor de la cual se congregaban algunos irónicos caballeros de la colonia de color: Drexel Greenshaw, Wash el limpiabotas, y —siempre que paraba en la ciudad para hacer una visita a su hermana— Mac, el mozo del *Borup*. Esta noche estaba con ellos Sugar Gowse, el mecánico. Como quiera que Drexel había de ser su padre político, Phil Windeck toleraba al anciano y apuesto caballero de los manteles de Damasco, sin que por ello dejara de comentar con Neil su servilismo de tío Tom.

A todos los presentes parecía cohibirles el hecho de que uno de los individuos que solían darles propinas estuviese allí oyendo su privada conversación de caballeros.

—Mr. Greenshaw, el capitán Kingsblood es un sincero amigo de nuestra raza. Le interesaba saber si usted, Mac y Wash, que gozan de excelente oportunidad para estudiar de cerca al hombre blanco y sus actos, le tienen realmente por estúpido.

Drexel miró a Neil con recelo y dijo cautelosamente:

—No, no, Phil. Lo que pasa es que... Simplemente, que no tienen oportunidad de situarse al otro lado de la puerta.

Mac, el mozo del *Borup*, añadió mirando a Neil como si realmente fuese un ser humano:

—Estoy seguro de que Mr. Kingsblood me excusará si le digo que es uno de los pocos individuos que merecen viajar en el *Borup*. Mi opinión personal es que los blancos son buena gente, pero, en el fondo..., niños. Hay que cuidarlos y vigilarlos. Nunca se molestan en pesar el exacto valor de las cosas, como hacemos nosotros desde que tenemos uso de razón. Son como algunos muchachos negros del Delta a quienes todos conocemos. Creen cuanto les dicen clérigos y políticos. ¡Pobrecillos! No se les pueden hacer reproches.

—Pues yo tengo mejor opinión de los blancos que tú, Mac —manifestó Drexel—. Tomemos por ejemplo a Mr. Hiram Sparrock. Ningún individuo de color ha reunido una for-

tuna como la suya. Para eso hace falta inteligencia. En cierta ocasión me dio cinco dólares de propina.

«Han llegado a olvidar que soy blanco —pensó Neil—. Sólo que,, en realidad, no lo soy. ¿Cómo no se dan cuenta de que llevo en mis venas sangre negra?»

Mac dijo, rencoroso:

—¿Mr. Sparrock? Es el más niño de todos ellos. Las píldoras que toma son sólo de azúcar. Me lo dijo su médico, el doctor Drover. Añadió que podía darle cuantas pidiese.

Sugar Gowse se aventuró a decir:

—Caballeros, todos ustedes son más viejos que yo. Perdonen a un maquinista la interrupción, pero, en mi opinión, los blancos son gente muy lista. El encargado me ordena que arregle una máquina. Yo lo hago. El empieza a masticar tabaco y a dar vueltas de un lado a otro como un pavo orgulloso, y le dice a su jefe: «Mire lo que he hecho.» Claro que de este modo, ayudándolos, se portan mejor con uno y no dicen embustes que perjudiquen. Yo estoy siempre estudiando la mejor manera de manejar a esos cochinos. ¡Oh! Usted perdone, capitán.

Todos miraron a Neil. Eran como un grupo de negras y solemnes lechuzas reunidas en forma de círculo. Empezaron a hablar de política, pero seguidamente, y fascinado por el tópico inolvidable, Drexel volvió a la carga. Estaba magníficamente preparado para inclinarse servilmente ante el hombre blanco, pero había visto demasiados borrachos y viciosos en su restaurante para compadecer al representante de esa raza que ahora tenía delante. Al fin y al cabo, puesto que un blanco se empeñaba en saber la verdad, mejor era decírsela.

—¿Manejarlos? Sólo hay un sistema de manejar al hombre blanco: comportarse como un nuevo tío Tom. Ser humilde, decirle que es listísimo, darle unos golpecitos en la espalda... y robarle lo que lleva encima. Bueno, capitán, quiero decir que... eso es lo que muchos opinan.

—El papel de tío Tom no me gusta —protestó Mac—. Claro que puedo hacerlo, pero...;

El venerable Wash gritó:

—Tú puedes hacerlo y *yo lo hago*. Son igual que niños. Hay que conquistarlos con caramelos. Lo malo es que tienen enormes escopetas y sogas muy duras. Por eso yo digo: «No hay como hacer de tío Tom». Y lo hago, y adulo a esos idiotas cuanto sea necesario. Naturalmente, no me refiero a usted, señor.

—¡Oh! Nosotros, los negros, tenemos fama de ser humildes y de gozar de excelente humor —dijo el capitán Philip Windeck, de las Fuerzas aéreas de los Estados Unidos. Y miró a Neil sonriente, como si con su sonrisa quisiera pedirle perdón.

Acompañó a Sophie hasta su casa, dos manzanas más allá de la calle Mayo.

—Es un lugar lleno de vida y colorido —dijo Neil—. Todo ello me ha identificado más con la raza. Son tan... No he visto actitud tan valiente como la de ellos cuando se ríen de sí mismos.

—Mi benevolente y culto amigo, no existen *ellos* en la humanidad. Sólo *nosotros*.

Parado ante la puerta de la casa de Sophie, Neil aún no estaba seguro de si iba a besarla o no. Ella sí lo estaba, pero él no. Cuando, poco después, se alejó del lugar, más que en Sophie iba pensando en aquel combate: Winthrop Brewster contra el afortunado hijo de Rodney Aldwick. ¿A favor de quién iba? ¿A qué bando debía la lealtad que juró como soldado? Sin admitir que había tomado una decisión definitiva, volvió al hogar de Evan Brewster. A través de una ventana vio los recios hombros del pastor inclinados sobre su mesa escritorio.

El doctor Brewster le abrió la puerta. Llevaba puesto un batín con el cual se parecía a Paul Robeson en el papel de Oteló. Una vez hubo entrado, y con entera sinceridad —no era tan fácil mentir a aquel hombre como mentir a Buncer—, exclamó:

—Hay algo que quiero decirle, doctor Brewster, y he de hacerlo en seguida, antes de que la prudencia gane la partida. He sabido que descendiendo de negros, aunque la ascendencia sea lejana. Se lo he dicho a Ash, a Sophie y a los Woolcape,

pero a ningún blanco. ¿Opina usted que mi deber es confesar abiertamente la verdad ante todos?

Esperaba que Evan exclamase indignado: «¡Desde luego!», para volverse rápido y defenderse gritando encolerizado. Pero Evan, murmuró:

—No sé, no sé... —y se lo quedó mirando fijamente.

En aquella pequeña casa, sede de la sabiduría y del trabajo de Correos, escuchando a Neil que le hablaba de Xavier Pie, más parecía Moor «el marcial» que un doctor en Filosofía.

—Y bien, ¿qué cree que debo hacer? — preguntó Neil finalmente.

—No sé qué decirle —respondió Evan, moviendo sus manazas como si quisiera darle la bendición—. Creo que, en realidad, no hay motivo para que reconozca usted abiertamente algo que no existe y que no pasa de ser una superstición americana, un compañerismo teórico hacia los míos.

—¡Oh! —exclamó Neil, decepcionado al ver que nadie quería que confesase la verdad. Decepcionado y, a la vez, aliviado.

—No obstante, Neil, cuando recuerdo los repetidos ataques con que ese cerdo de Jat Snood martiriza a los míos; cuando pienso en los muchos hombres que encienden la llama del infierno que nos consume empuñando en la mano la cruz de Cristo, siento tentaciones de decirle: «Sí, desde luego. Abandone a su esposa, a su padre, su vida fácil y su buena reputación para unirse a nosotros.» Pero no sé... ¡Caramba! Déjeme meditar el asunto antes de decidir su futuro. Vuelva dentro de unos días. Entre tanto, intente rezar. ¿Le parece bien?

Neil procuró a toda costa que su devota actitud diese a entender que aceptaba. Inmediatamente creyó oír a Ryan Woolcape riendo con ironía.

Una vez a salvo en Sylvan Park, en donde los monstruos de santidad al estilo de Evan Brewster eran tan inconcebibles como los canallas tipo Jat Snood, Neil intentó adoptar un aire desafiante.

«Es la cosa más estúpida que oí en la vida. Un hombre de cierta responsabilidad que visita a un fanático religioso negro y le pregunta: «Dígame, ¿le parece bien que abandone mi hogar, a mi esposa y a mi hija, para beber ginebra con Belfreda en el «Jimping Jive»?»

Fue inútil. Recordó que, en sus tiempos de estudiante, había oído en una modesta capilla gritar a un predicador *okie*: «Cuando el Señor te coja por su cuenta y se apodere de ti, puedes chillar, gritar, patalear... El nunca te dejará escapar.»

## CAPITULO XXX

DECIDIÓ asistir a un sermón del reverendo Jat Snood y comprobar si éste era tan elocuente y perverso como decía el admirado mundo. Y decidió que Vestal le acompañase en su incursión al oscuro suburbio de la ciudad sombría. Por grande e intensa que fuese la atracción que Sophie Concord ejercía sobre él, a Neil ni siquiera se le ocurrió la idea de que pudiera disminuir su cariño por Vestal. Ese es el fenómeno que a través de la historia ha constituido un obstáculo para la mujer libre en su lucha contra la esposa honrada.

Lo más cómico al hablar de su proyectada excursión espiritual fue que Vestal protestó.

—¿Cómo? —dijo—. Pero, Neil me sorprendes. ¡Mira que querer oír a ese indigno afiliado al Ku Klux Klan, a ese Snood que escarnece a las otras razas!

— ¡Oh, odio sus teorías! Tengo un gran respeto por los negros —dijo Neil amablemente.

—¿Desde cuándo?

«Si le dijese la verdad —pensó Neil—, ¿sabría soportarla? ¡Oh, no seas absurdo, Kingsblood! »

Su prima Patricia Saxinar ex oficial de Marina, pasaba en casa de los Kingsblood aquella velada de principios de otoño. Le pidieron que les acompañase.

—Acepto —dijo Pat—, aunque nunca me ha gustado oír ladrar a los perros.

«El Tabernáculo de la Profecía Divina» era un lugar tan humilde como el establo en donde nació el Salvador, sólo que de él se había hecho bastante más publicidad que de éste. Estaba instalado en un edificio en donde vivían ochocientas o novecientas personas, hecho con tablas de segunda mano, tan mal pintadas que hasta se veían los agujeros de los clavos clavados en otro tiempo. Cruzando un patio maloliente, en cuyo suelo parcialmente cubierto de hierba abundaban los neumáticos viejos y los zapatos usados, se llegaba al Tabernáculo, junto al cual se leía la siguiente inscripción en letras

rojas de tres pies: «Abajo la conspiración internacional revelada por la palabra de Dios y del doctor Snood».

Las paredes sin estucar estaban sembradas de carteles en los que se pintaba al caudillo de los soviets y al Papa como demonios riendo descaradamente entre las llamas.

—Me parece muy bien —dijo Pat Saxinar.

Colgado en el último extremo había un diagrama indicando que Napoleón, Tom Paine y todos los Rockefellers y Vanderbilts estaban en el infierno, prometiendo un divertidísimo y eterno espectáculo completamente gratuito a los pobres panaderos, carniceros y obreros que prestaban al lugar un agradable sabor doméstico. Padres, madres —todos ellos trabajadores vestidos con trajes domingueros— y chiquillos que chupaban caramelos. Eran «la sal de la tierra», pero que, si un dictador se aprovechaba de ellos para sus fines, podían convertirse en «salitre».

—Buena gente —dijo Pat—, personas sencillas. Pero, ¡Dios mío, cuánto agradecerían un buen linchamiento para romper esta monótona armonía! Como admiradora de Lincoln, los adoro, pero... si yo fuese judía, italiana o negra, ¡qué miedo me daría esta pandilla de personajes del Viejo Testamento'!

Neil recordó que Pat tenía con Xavier Pie exactamente el mismo parentesco que él. Creyó ver todos aquellos rostros familiares —fatigados, pálidos, horribles— a la fantástica luz de sus sueños.

Antes de empezar la ceremonia eclesiástica, el público se agolpó junto al tabernáculo para conversar. Acordaron que últimamente la lluvia y las intrigas del Vaticano habían sido horribles. Los chiquillos corrían tras los perros y los perros tras los escarabajos. Mrs. Jat Snood, una mujer asustada y envejecida, estaba detrás de un mostrador que fue en otro tiempo tabla de planchar, vendiendo ejemplares de un periódico llamado *La trompeta en lo alto*, ilustrado con fotografías de Jerusalén y del coronel Charles Augustus Lindbergh.

Los ujieres, hombres fuertes que parecían picapedreros y vestían severo traje azul, condujeron amablemente a la mu-

chedumbre de fieles hasta unas sillas plegables, mientras sobre un entarimado la orquesta «Trompeta de plata para Cristo» tocaba *Oiga, central, póngame con el cielo*, y luego, casi frenéticamente, el *Atención; los ángeles precursores están cantando*, mientras la moderna versión del ángel precursor, reverendo doctor Jat Snood, cruzaba el entarimado y se arrodillaba en el centro del mismo con la cabeza inclinada —claro que no tan inclinada como para impedirle contar el número de asistentes— y elevaba su corazón en una plegaria mediante la cual asegurar al Dios Todopoderoso que si aquella noche se dignaba oírles inmediatamente podría comprobar cómo se resolvían varios misterios en extremo extraños.

Luego, Snood se puso de pie, con tal rapidez que nadie hubiese dicho que poco antes estuvo ocupado en la seguramente sobrecogedora tarea de conversar con Dios, y se encaminó al pulpito en donde había una Biblia, un jarro de agua y un ramo de cardos. Pero antes de comenzar el sermón revelador, que, exceptuando la colecta, era el asunto más importante de la jornada, les hizo entonar tres himnos que dirigió personalmente moviendo los brazos como si estuviera espantando aves, y les reprochó que «el óbolo en metálico» (esa fue su frase) depositado en la caja destinada a tal efecto, no hubiese sido más brillante.

Snood no tenía aspecto de clérigo místico, ni de peligroso demagogo, ni de sinvergüenza. Parecía un ambicioso hombre de negocios de cualquier ciudad pequeña, que supiese perfectamente cómo había que arreglar los escaparates de su tienda y cómo tratar con rudeza a los clientes que no pagaban. Pero, a pesar de ser un comerciante, bajo, fuerte, de pelo rizado y con el último modelo de gafas de concha, para sus feligreses podía ser dinamita.

Era holgazán, torpe e inculto. Pero tenía dos cosas geniales: una magnífica voz, con la que jugaba como si fuese una armónica, y una total carencia de escrúpulos todavía más magnífica que su voz. Con tal de ganar seis mil dólares al año, poco le importaba a quien linchasen. Sentía un pequeño, lógico y dulce orgullo, pensando que ahora ganaba esa cuantiosa

suma, pues en la fábrica de espino artificial donde trabajó como obrero nunca había logrado ganar más de veintidós dólares con setenta y cinco a la semana, y casi todos sus compañeros se reían de él diciendo que nunca llegaría a ser «un operario experto». Algunas veces, después de una asamblea privada, solía decir alegremente: «Mi mujer y yo no tenemos para caviar y champaña, pero deseamos conocer Atlantic City y hacer un viajecito a Tierra Santa antes de morir, parando en buenos hoteles.»

Frecuentemente le habían comparado a Abraham Lincoln y a Huer Long, como jefe potencial del pueblo. Jat era joven todavía. Nació a principios del 1890 y podía enseñar muchas cosas a aquellos periodistas cínicos que le tenían por persona extraña y sin importancia.

Empezó su sermón con el deleite de quien toma una ducha de agua fría.

—No es un sermón lo que voy a ofrecer, sino un dolor de estómago. Estoy asqueado y harto (y el Dios Todopoderoso está tan asqueado y harto como yo) de que esa pandilla de judíos comunistas que forman en Washington nuestro gobierno deje en manos de unos endiablados agentes de Rusia y Moscú el asunto de nuestros salarios.

Luego entró en detalles. Explicó sencillamente esos detalles como tenía por costumbre hacer el fastidioso comandante Rodney Aldwick. Explicó que había una conjura internacional de banqueros judíos, nobles británicos como sir Cripps, conspiradores soviéticos, sacerdotes mahometanos, agitadores hindúes y católicos y jefes de sindicatos americanos. («No es con los miembros de los sindicatos honrados a que pertenecemos vosotros y yo con quienes me meto, sino con los *grandes jefes*, hermanos míos.»)

Explicó que los ingleses son las tribus perdidas de Israel. Explicó que las dimensiones de la Gran Pirámide pueden utilizarse para profetizar casi todo cuanto se desee. (Naturalmente, no si lloverá al día siguiente, estropeando una proyectada excursión. Eso, según él, no podía profetizarlo la pirámide, aunque, desde luego, aseguró haber oído referir cosas extraor-

dinarias acerca de la referida y vieja pirámide.)

Para fines proféticos afirmó que eran magníficas las *Revelaciones* y *Ezequiel*, capítulos XXXVIII y XXXIX.

La *Furia Bíblica* —declaró— es típicamente Rusia, y Mesheck es Moscú El Senado de los Estados Unidos —gritó luego con voz estentórea—, esa pandilla de viejos que discuten, se acaloran y acaban bañados en sudor (no del célebre «sudor de su frente», pues no tienen frente ni nada bajo ella) sólo porque los pobres diablos quieren definir lo que sucederá entre Rusia y el tío Sam. Bueno, si todos esos senadores viniesen a visitarme y me preguntasen: «Doctor, ¿qué va a ocurrir?», yo les diría: «Amigos (sí, así los llamaría), abriré este viejo libro y os diré exactamente lo que va a ocurrir.»

»Pero, ¿creéis que la gente tendría suficiente sentido como para elegirme senador? Nada de eso. Son incapaces. A pesar de que cierta anciana dama de una granja de Tamarack County, una excelente cristiana que contribuye regularmente a nuestros gastos, ¡Dios la bendiga!, me ha escrito diciendo que cada noche se arrodilla y reza para que me nombren senador y pueda ir a Washington, dando así a Dios buena oportunidad de dirigir el gobierno.

«Pero yo contesté de ese modo su carta: «No, hermana, creo que mi trabajo aquí, en la vieja y querida Grand Republic, con sus jugadores, agnósticos y sinvergüenzas, es más necesario. Y, si Dios quiere, suponiendo que algunos cristianos de pacotilla que tienen el corazón y la bolsa cerrados, se deciden a obsequiar al Señor con algo más que un *dime* o dos monedas de las más pequeñas, derrotaremos a los judíos y a los radicales y empezaremos el reinado de Dios aquí, en esta pequeña ciudad, de igual modo que empezó otro día en aquella otra pequeña ciudad llamada Belén. Me refiero a Tierra Santa.

Cuando el sermón tocaba a su fin, y después de un feliz intervalo dedicado a la colecta, Snood levantó la voz, fuerte, profunda, llena de ritmo —parecía un reloj de bronce que tocase la hora—, para decir:

—Esta noche no he hablado de nuestros amigos de color,

mas si volvéis mañana por la noche os revelaré algo interesantísimo acerca de esos malditos hijos de Baal a quienes Dios hizo negros para castigar viejos pecados y a quienes convirtió en eternos criados de los blancos. Y os hablaré del plan que traman los judíos para colocarnos bajo el negro talón de esos degenerados. Os diré algo que los periódicos no se atreven a publicar y que os hará estremecer en vuestros asientos. Aún no ha llegado el momento de hacer que reviva el Klan, pero cuando nos decidamos a ello quiero que todos vosotros, mis queridos santos en Cristo, comprendáis lo que significa colocar en lugar elevado la Cruz que regenera, el fuego que purifica, el libro que da sabiduría y el látigo y la cuerda que empleó el propio Señor para azotar a los mercaderes del Templo, los mismos que emplearemos nosotros para azotar a esos diablos, esas negras imágenes de Satán que han huido del Sur amable e invadido a miles nuestras fábricas, nuestros restaurantes y nuestros lechos y hogares. Repito... Venid mañana por la noche y oiréis algo bueno. Y ahora, amado Maestro, gentil Jesús, permitid que nuestro mensaje de hoy, no por el poder de nuestra elocuencia, sino por el de Tu Gracia, llegue al corazón de toda la humanidad doliente. Oremos...:

Camino del hogar, bajo la generosa luna de septiembre, Neil guardó silencio. Pat, después de refunfunar y exclamar: «Realmente, Snood es un mago capaz de conseguir lo más absurdo. Me ha hecho sentir simpatía hacia los comunistas y hacia los católicos romanos a la vez», también había quedado silenciosa.

Vestal hizo en voz alta el siguiente comentario:

—No me gusta ese hombre. ¿Y a vosotros? Parece un individuo vulgar, tan ignorante como los cómicos predicadores negros de quien suele hablar Rod Aldwick. Ya sabéis, de esos que dicen: «Hermanos, habéis robado demasiadas sandías. Más de las que le está permitido robar incluso a un pobre y negro siervo del Señor.»

Y soltó una estridente carcajada.

Neil decidió que las ironías de una esposa como Vestal — más aún que los disparates de un Snood— son las que obligan

a un hombre a aproximarse a aquel «cómico predicador negro» llamado Evan Brewster.

Cuando salió del Banco al día siguiente, Neil fue de nuevo a visitar a Evan Brewster. Hubo de esperarle hasta que volvió de la oficina de Correos en donde trabajaba. Llevaba un jersey usado y tenía aspecto de obrero corriente. Dulcemente colocó una mano sobre el hombro de Neil. Sus ojos tenían la tierna, decidida, firme, pero algo iluminada expresión de un santo de Bizancio.

-Siéntese, Neil, por favor —dijo—. Me he tomado la libertad de pasar por Sylvan Park y ante su casa varias veces. He visto a Mrs. Kingsblood y a su hijita en el jardín. Estoy seguro de que no han reparado en mí; tuve buen cuidado de no molestarlas. (Supongo que me tomarían por uno de esos negros que tienen la novia en la cocina de cualquier casa del vecindario.) Ambas me han parecido encantadoras, y por ser su esposa y su hija hasta he llegado a amarlas. Me he preguntado si tengo derecho a tomar una decisión que pudiera significar para ellas el principio de la Batalla de la Humillación.

»He decidido que no lo tengo. Esa es mi lucha, pero no veo por qué ha de ser la de ellas ni la de usted. Puede que deba usted a esa chiquilla y a esa encantadora, deliciosa y confiada mujer más de lo que debe a su raza, si es que debe algo a ésta. Ni siquiera puedo decirle que la mano del Señor le guiará en su camino. Si no cree ya esa Verdad, jamás creerá en ella. No diga nada a nadie, Neil.

Winthrop entró como un torbellino (era su sistema de entrar en todas partes) y gritó:

—¡Hola ! ¿Me enseñará a jugar al *gin-rummy*, capitán?

—Naturalmente. Pero tiene que llamarme Neil.

—De acuerdo. Oiga, ¿no le sería igual que le llamase capitán? Me vuelven loco los títulos militares —dijo el científico y reaccionario joven americano.

## CAPITULO XXXI

FUE por casualidad. Nadie lo planeó intencionadamente. Encontró en la calle a Sophie Concord, la invitó a comer y ella aceptó. No creyó que el hecho le comprometiese, hasta después de haber preguntado en tono vacilante: «¿Adonde le parece que vayamos?»

Entonces comprendió todo el alcance de su pregunta. Consideró horrible haber dicho a una mujer más inteligente y educada que cuantas conocía, una frase que equivalía a lo siguiente: «No olvide que es negra. ¿En qué inmundo agujero tendremos que refugiarnos para que admitan a un ser tan monstruoso como usted? Tal vez me haya excedido al invitarla.»

Pero ella respondió sin darse por aludida y sin sombra de la timidez del culpable:

—Podemos ir al *Shaker Shicken Shock*. Es un restaurante de negros situado en la vieja carretera militar del norte. En la parte izquierda, después de dejar atrás el río Gran Aguila. ¿Quiere que nos encontremos allí a la una del mediodía?

No había motivo para que sintiese el mismo nerviosismo que habría sentido de tener que casarse o ser ejecutado al día siguiente. Era un hombre casado y tranquilo, un banquero *sans peur*, y sólo se trataba de comer con una enfermera inteligente. A pesar de lo cual, durante toda la tarde y toda la noche sintió como si estuviese siendo infiel a Vestal. Comprendió que si le veían frecuentar un local para gente de color, sería despedido. Se creyó terriblemente vicioso como Curtiss Havock.

Cuando con entera franqueza se preguntó: «¿Qué intenciones tienes con respecto a esta muchacha?», no supo qué contestarse. Su única, su vacilante explicación fue «que si algún día se hacía pública la noticia de su origen, necesitaría de alguien más alegre que Ash y más valiente que Vestal.»

En suma, que necesitaría a Sophie.

El *Shicken Shack* estaba instalado en un edificio de viejas

tablas blanqueadas y techo bajo que ofrecía pocas garantías de seguridad. Cuando el hombre blanco detuvo el coche a la puerta del local y entró en el recinto, el pequeño negro dueño del negocio, los dos forzudos camareros y la media docena de clientes —negros todos ellos— le miraron con fijeza, esperando que ocurriera algo desagradable. Para su primitiva experiencia, un hombre blanco en el local equivalía a decir «facturas, decretos y jaleos».

—Espero a miss Sophie Concord —se aventuró a decir.

—¿Conoce a miss Concord? —preguntó de mal talante el propietario.

—Pues... sí.

—¿La enfermera?

—Exacto.

—¿Una muchacha muy morena?

—Sí. Supongo que..,

—No frecuenta este lugar. Se ha equivocado de local, señor.

Junto a él y a sus espaldas —es decir, en todos los rincones del restaurante— se oyó un general y amortiguado murmullo de risas, mas antes de que tuviese tiempo de molestarse por tan palpable demostración de lo que es el prejuicio de razas, entró Sophie. Su respiración era jadeante porque era tarde y había corrido mucho.

—¿Cómo estás Punty? —preguntó al propietario.

En cuanto a Neil, se limitó a decir una frase tan poco comprometedoras como ésta:

—Qué maravilloso día de septiembre, ¿verdad?

De mala gana, Punty buscó una mesa para dos. Los dejó instalados en el último extremo de la sala, en un apartado rincón cuyas paredes estaban decoradas con retratos del Conde Basie y de Kid Chocolate. Luego preguntó:

—¿Tomarán la típica tortuga fresca del Sur, amigos?

—Dos fritadas Maryland, Punty. Y rápido... —respondió Sophie. Y añadió mirando a Neil—: Horrible agujero, ¿verdad?

—No está tan mal como eso.

—¡Oh, sí! Está peor. Pero estoy acostumbrada a él. Y, en todo caso... Es precisamente el tipo de local en donde ustedes los caballeros blancos esperan poder abusar de una pobre y hermosa muchacha como yo.

—Sophie, conozco su sentido del humor, pero... no irá a decirme que cree seriamente que la invité a almorzar con...

—¿Intenciones aviesas? Pues, la verdad, sí lo he pensado.

—Le aseguro que estoy desolado. ¿Qué la hizo pensar eso de mí?

—Es el único lazo de unión que puede haber entre nosotros. No pertenecemos al mismo ambiente. ¡Oh!, no lo digo porque sea distinto el color de nuestra piel. Sólo un idiota con la mentalidad de un niño de diez años creería eso hoy en día. Me refiero a que... Soy una mujer que trabaja. Lo que suele decirse «un don nadie». Soy la peste, que constantemente va de un lado a otro molestando a individuos que gozan de próspera situación como la suya. No armonizamos. Somos... como el perro y el gato.

—Algunas veces los perros y los gatos simpatizan, Sophie. Y hasta duermen juntos.

—Oiga, mi ilustre amigo, eso de «dormir juntos» no me ha gustado.

—¿Qué ilustre ni qué demonios? Soy un pobre individuo nacido en una calleja de suburbio, que sabe de luces brillantes menos que usted. Soy un ignorante y un cretino. Tanto, que hasta hoy no me había dado cuenta de ello. Pero no veo motivo especial que me impida enamorarme de usted y hacerle todas las *bajas* proposiciones que puede hacer un caballero. ¿Existe acaso *ese* motivo?

—Veamos. Primero: no me conoce bien.

—Usted y yo nos conocimos perfectamente a los cinco minutos de haber sido presentados.

—Segundo: no siento especial simpatía por usted.

—Mentira también. A juzgar por su aspecto, en estos momentos sí la siente.

—¡Oh! Mi aspecto... He de estar a la altura del papel que represento. Mi expresión es la que se exige a una muchacha

amable, en un antro como éste.

—¡Dios mío, Sophie! Usted sabe perfectamente que hubiese preferido llevarla al Salón de Fiesole.

—¿O a su propio hogar?

Siguió un silencio metálico, antes de que Neil respondiese con cierta frialdad:

—Necesitaría algún tiempo para decidirme a hacerlo. Y no hablemos de la falta de ética que cometería presentándole a mi esposa la mujer de quien estoy enamorado. No puedo pasar de empleado de Banco a charlatán callejero en seis meses. Tardé demasiado tiempo en llegar a lo primero. No puedo llevarla a mi hogar, hasta que no me haya atrevido a llevarme primero a mí mismo.

—¿Cómo reaccionaría Vestal? ¡Ah! Ya ve usted. Al oírme decir Vestal se ha sobresaltado. Naturalmente que sí, Neil. ¡Pobrecillo! Ha sido educado de acuerdo con la más grande superstición que se ha conocido desde el feudalismo. Creo que podría perfectamente enamorarme de usted porque es ancho de hombros, blanco, fuerte, rubio y honrado; del mismo modo que me enamoré de mi último novio por ser delgado, moreno y sin escrúpulos. Pero estoy harta de amores culpables. Soy enfermera. Una buena enfermera. Soy americana y estoy enormemente orgullosa de ello: Contemplando el Lago Superior, o el valle del río Root, o las escarpaduras del Missisipi, bajo Red Wing, tiemblo emocionada y murmuro: «¿Qué mujer no vibra ante ese espectáculo?», y recuerdo que desciendo de ocho generaciones de americanos. Los que pertenecemos a familias de antiguo abolengo, somos muy exigentes en materia de amor.

»Si usted fuese lo bastante valiente para confesar ante todos que es negro, y esa mujer de hielo llamada Vestal (sí, la conozco, la he visto en varias asambleas, aunque a cierta distancia) le abandonase y usted acudiera a mí desesperado, venido..., en ese caso tal vez podría amarle. Y amarle con locura. Pero usted es incapaz de hacerlo. Le asustaría cualquier eventualidad y llamaría a mamá Vestal a grandes voces. Luego seguiría siendo el superbanquero, más blanco que Stonewall

Jackson un día de domingo.

—Puede que tenga razón, Sophie. Puede que sí.

Se había quedado mirando fijamente sus labios de color rojo oscuro, y la curva de sus senos bajo la práctica chaqueta. Veía en ella a la mujer acariciadora, llena de cálida ternura. Y también a la criatura inteligente que, conociendo la maldad del mundo lucha contra ella, sonriente. Admiró el gesto humorístico de su boca que jamás crispaba una mueca. Y el color canela de sus mejillas, comparado con el cual todas las mujeres de Sylvan Park parecían muñecas de cera. Pero, más que la mágica belleza de su cuerpo, admiraba su decisión.

—No —dijo de mal talante— no tengo valor para *eso*. Todo está contra mí. Además, usted tiene razón. Amo a Vestal.

—Estoy convencida de ello.

—Puede que si yo complicase así las cosas, ella no supiera afrontar la situación. Sería lo más lógico. La han educado en la creencia de que Dios creó el Universo para que todos los humanos fuesen socios de la Liga Juvenil. Pero... En fin. cuando necesite de usted, si el caso se presenta, ¿la encontraré aguardando?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Querido mío, la lealtad del negro hacia el hombre blanco en el crítico momento de la lucha sostenida por éste para ser elegido representante de la región de Plantagenet, es un misterio. Podría amarle como un Casanova femenino. Confieso que no me disgustaría besarle y sentir esos brazos nórdicos alrededor de mi cintura. Pero todo ha de terminar en tan despreciables pensamientos. No voy más allá de lo que va usted en su capricho por la enfermera Concord. Ya nos hemos dado nuestro «último y largo beso». ¡Oh, Neil, adorado mío, mi amor queridísimo! ¡Qué magnífico nuevo negro podrías haber llegado a ser de no haberte educado como caballero de suburbio, blanco y cristiano! Teniendo en cuenta el actual estado de cosas... Adiós para siempre. O, al menos, para dos semanas.

—¡Maldita sea!

—Por favor, Mr. Kingsblood.

—El hecho de que nos hayamos portado tan honradamente (estoy por decir como dos idiotas) con Vestal, ha descornado una cortina entre los dos. Siempre me llevarás en el pensamiento.

—No. Sólo en mi lista de teléfonos. Buena suerte, Neil. ¡Diablos! Me pregunto si algún día llegaré a amarte de verdad, maldito militar.

El cariño que sentía por Ash y Sophie obligó a Neil a pensar en los comentarios que acerca de los negros hacían los blancos con apasionado partidismo. Ahora oía muchos, pues los ciudadanos de Grand Republic cada día miraban con más recelos a los negros que trabajaban en las fábricas y que durante la guerra fueron tolerados como patriotas.

Transcurrían los dorados y rosados días de octubre que preceden al largo invierno norteno. Otras veces, Neil habría dedicado tan deliciosa estación a la caza y al golf, pero ahora aprovechaba sus últimas tardes libres —antes de que el hielo invadiese el terreno— para cruzar rápidamente los campos de Sylvan Park Tennis Club en compañía de Vestal «la de los ágiles y plateados brazos».

El Club no contaba con un edificio importante. Sólo con un pabellón que parecía una blanca escuela de pueblo, en donde se guardaban las pelotas, las raquetas y las cajas de botellas de licor.

La tarde era una de esas que nos hacen amar la vida, los pantalones de franela y los *shorts* blancos de los jugadores, el rumor de las raquetas, el colorido general, el sol, el aire, el movimiento y las hojas de otoño. Después del partido se sentaron en sillas de tijera para tomar un *highball*. Los ex combatientes Eliot Hansen y Judd Browler con sus respectivas esposas. Curtiss Havock, Robert —el hermano de Neil— con su Alice, Rita Kamber, esposa del lunático doctor, y el teniente coronel Tom Crenway —reincorporado recientemente a su negocio de imprenta— con su Violet, que sabía prodigar miradas dulces y amables para cambiarlas de súbito por otras glaciales.

Eran todos buenos amigos y vecinos, reflexionó Neil. Y agradeció su amable benevolencia al permitirle jugar pese a su cojera. En ninguna parte del mundo había vecinos como esos del Medio Oeste americano. Allí no se conocía el servilismo del pobre hacia el rico, ni tampoco luchaban por un predominio en sociedad las esposas de médicos, abogados y comerciantes, lucha que vicia la atmósfera en Europa, en las colonias británicas y hasta en Nueva Inglaterra. Eran sus afectuosos amigos los que mantenían el estandarte de la democracia.

Hablaron de una crónica que acerca de un crimen poco importante cometido la noche anterior en el *Jumping Jive* había publicado la prensa. Y de la creciente inmigración de negros a Grand Republic. El coronel Crenway manifestó que su deseo era definir el lugar actual que ocupan los negros en «nuestra civilización». Todos le ayudaron gustosamente en su empeño. Curtiss Havock aseguró que sabía «toda la verdad acerca de los negros, pues oyó hablar mucho de ellos a algunos compañeros, marinos, que procedían del Sur». En cuanto al coronel Crenway, había sido invitado varias veces a cenar en diversas plantaciones cercanas a su campamento de instrucción militar en Missisipi, y conocía secretos que raramente llegan a saber las personas del norte.

Casi todos los presentes aceptaron la información de Crenway y Havock. Rita Kamber y Neil Kingsblood guardaron silencio, y Violet Crenway, con su habitual coquetería, se permitió algunas preguntas. Violet solía decir, mirando fijamente los ojos saltones de algún anciano y filántropo caballero, que no podía evitar sentirse liberal unas veces y altiva otras. Formaba parte de todos los comités, ya sea a favor o en contra de no importa qué causa, aunque no alcanzaba celebridad por su actuación, sino por sus escotes, que mostraban el pequeño y bien formado busto, y por sus ojos acariciadores. Violet afirmó también «que conocía perfectamente a los negros», con lo cual quiso decir que tuvo una vez una cocinera de color.

Así fue cómo el grupo redactó «Un Credo Americano» acerca de los negros, del cual se da un resumen a continua-

ción.

Nadie que no sea del Sur o que siendo del Norte posea una finca en el Sur, tiene derecho a juzgar a los negros, ni siquiera a hablar de ellos. Todos los nacidos en el Sur, ya sean profesores de Chapel Hill o piadosas viudas de Blackjack Hellow, son una autoridad en las diversas fases de la psicología de los negros, en su biología y en su historia. Pero la frase «todos los nacidos en el Sur» no incluye a los negros de esa región.

En su niñez, todos los individuos del Sur (blancos), incluyendo a los obreros de los talleres de algodón, tuvieron niñas de color a quienes amaban excesivamente ellos y sus respectivos padres (todos coroneles del Ejército).

Todos los negros, sin excepción, por clara que sea su tez, son perezosos, pero gozan de excelente humor. Son ladrones, bribones y asesinos, pero muy cariñosos con los niños. Todos cantan lindas canciones relacionadas con la esclavitud; hermosas aunque extrañas canciones, que se conocen por el nombre de «himnos». Todos los negros respetan de tal modo al divino hombre blanco que no desean ser confundidos con él, pero todos los negros quieren pasar y ser tomados por blancos. A esto se le llama *lógica*, tema favorito en las escuelas del Sur (blancas).

Cualquier blanco del Sur, incluso los jueces y diputados, al tropezar con un negro exclama: «Toma un dólar, endiablado Jim. Ve a la puerta de servicio y haz que te sirvan algo de comer.» El bienestar de los negros es la única preocupación de los blancos del Sur, y como los negros también desean gozarlo, se disfruta allí del agradable espectáculo de ver a los negros sirviendo en las mejores casas con sueldos magníficos. Todos ellos, perfectamente educados, forman el más selecto grupo de la historia. Esto se conoce con el nombre de «Nuevo industrialismo en el alegre Sur».

El negro no es un ser humano, sino un cruce entre el simio y el coronel. Ello queda suficientemente probado por el hecho de tener cráneos tan duros —según definitivamente ha quedado demostrado por los experimentos realizados en la

Universidad de Louisiana— que se les pueden arrojar piedras grandes, cocos y herramientas a la cabeza, sin que ellos noten algo más que el roce de las alas de una mariposa. A esto se le llama «Ciencia».

Pero la cuestión primordial es esta realmente: «¿Permitiría usted que su hija se casara con un negro?»

Todos los negros, incluyendo directores de escuelas y biofísicos, se pasan la vida —cuando no pierden el tiempo en las cocinas de los blancos— borrachos, jugando a los dados, asistiendo a extrañas reuniones o vendiendo marihuana.

A las personas que afirman que los negros —psicológica, social e industrialmente hablando— son iguales que los blancos, se les da el nombre técnico de «agitadores», y sus herejías se conocen por «un montón de absurdas y confusas ideas». Todas las mujeres hermosas deberían contestar a ellas con una: «Si mi esposo estuviese aquí le haría azotar por querer meter en la cabeza de los negros tantas falsas ideas.» Esto, oficialmente, se llama Lealtad o «la herencia de nuestros valientes defensores», y está particularmente premiado por los Lee y los Jackson de las patrióticas películas Confederadas producidas en Hollywood.

Aunque los ilusos que andan criticando la actitud de los blancos con respecto a los negros tienen razón en parte, no saben facilitar solución alguna. Mi sistema es no hacer caso a esos cínicos que no procuran solución práctica al Problema Total. «Es usted muy listo —suelo decirles—, pero ¿qué esperan de mí?»

Todos los negros son aficionados al manejo del cuchillo en la lucha, pero los soldados negros son miedosos y no quieren saber nada de ferocidad, lucha ni aceros, no importa de qué clase. Esta rama de la sabiduría es conocida por «Costumbres populares». Como todos son indolentes, ningún negro llega a ganar más de once dólares semanales. Pero como son gente pintoresca, suelen gastar ochenta a la semana, en la compra de faldas de seda, radios y primas de la Compañía Funeraria «Big Creek & Hallelujah».

(No es una cuestión de prejuicios, sino de libertad, esco-

ger a las personas con quienes hemos de vivir. Permítame una pregunta: ¿le gustaría que su hija, su hermana o su tía se casase con un negro? Vamos, conteste con entera honradez.)

Todos los negros que viven en Chicago están perpetuamente ateridos de frío —principalmente esas noches de julio que pasan junto a un laminador— y recuerdan incesantemente con añoranza la temperatura cálida, los capullos del algodón, las pacanas, las magnolias, las sémolas, los guisantes, las chuletas de cerdo, las sandías, el pan de maíz, los banjos, las prisiones y a los diputados del Sur. Cuando tropiezan con un blanco del Sur, se acercan a él y confiesan abiertamente estar arrepentidos de haber abandonado aquella región y a los meridionales, y naturales protectores indoeuropeos que Dios quiso procurarles.

Todos los varones negros tienen un poder sexual tan maravilloso que fascinan sin remedio a las mujeres blancas. Y todos los varones negros son tan horribles monstruos que ninguna mujer blanca podría sentirse atraída por ellos. Esto se llama Biología.

Todos los negros que viven miserablemente se tienen por felices y se ríen de los negros vanidosos que quieren ser médicos y abogados, y de los ambiciosos en general.

(Pero dígame qué haría usted si algún negro de tez muy oscura y alta estatura se acercase y le dijese: «Su hija es mi novia. ¿Tiene algo que oponer?») Porque, créame, esto es lo que ocurriría si esos borricos recibiesen la misma educación que usted y que yo.)

Los mestizos son todos mala gente. Esta información la debemos a los británicos, a quienes también debemos la original importación de buen número de nuestros esclavos. Por ello, un mulato carece invariablemente del honor y el poder creativo de los blancos, y del carácter alegre y la paciencia de los negros. En definitiva, si hay tantos mulatos que demuestran tener talento y moral elevada, es por la sangre blanca que llevan en sus venas. Y si algún negro de piel exageradamente oscura demuestra tener tanto talento y tan excelente moral como ellos, es precisamente por no ser mulato. A esto se le

llama Etnología, Eugenesia o Winston Chutchill.

La Prensa negra está llena de mentiras acerca de las injusticias que se cometen con los negros; en mi tierra castigaríamos a sus directores demostrándoles cariñosamente cómo se emplea una buena sogá. A esto se le llama Buena educación.

Todos los negros, incluyendo a Walter White, Richard Wright y al brigadier Benjamín Davies, tienen nombres curiosos, como, por ejemplo: Sim Estómagodecerdo, Cleopatra y Yo Haré Piaraunpollo, lo cual prueba que todos los negros son ridículos. ¿Acaso le gustaría a usted ser «La señora de Yo Haré Piaraunpollo»? Esto se llama Genealogía.

Cualquier escritor que describa al negro como un americano normal o es un ignorante nortño o un traidor que intenta destrozár nuestra civilizaci3n.

Si se discute la educaci3n de los negros, demuestra uno tener profundidad y originalidad diciendo: «Han de aprender a andar antes de aprender a volar.» Y más tarde, al iniciarse el tema de lo hereditario, ańadir con aire pensativo: «El agua nunca alcanzará más altura que su fuente.» Esta es la rama de la dialéctica llamada «Argumentaci3n por medio de metáforas», preferida por las mujeres y los clérigos.

No hay negros eficientes; y por esa raz3n les fue posible organizar durante la guerra un eficientísimo movimiento contra los blancos, mediante el cual cada miércoles, a las tres y diez y siete minutos de la tarde, se les atizaba de firme, y se obligaba a las mujeres a pasar por la horrible vergüenza de hacer personalmente las faenas caseras, todo lo cual causó la endivia del Estado Mayor alemán. Durante siete meses, las mujeres negras gritaron a las damas de la raza blanca: «Por Navidad estarás en mi cocina.» Sé que todo esto es cierto porque me lo dijo mi tía Annabel, una mujer honrada.

Puede que en algunas regiones del Sur se establezcan diferencias entre negros y blancos, pero eso no ocurre aquí, en el Norte, en ningún sitio.

En suma, y para terminar, el *Problema Negro no tiene soluci3n*.

Les he referido alguna vez la historia del predicador negro

que gritaba a sus fieles...

Una vez dictado este Credo Americano, Jodd Browler dijo dubitativamente: «Creo que hemos llegado demasiado lejos en nuestros juicios.»

Pero Vestal Kingsblood, que había estudiado en un colegio de Virginia, insistió:

—No. En general, todo me parece acertadísimo.

El hermano Robert, tataranieto de Xavier Pie, el de las islas, dijo alegremente:

—Opino que debería publicarse una ley declarando criminal el hecho de que un hombre que lleve una sola gota de sangre negra en las venas se haga pasar por blanco. Si alguna de mis hijas, mediante el consiguiente engaño, llegara a contraer matrimonio con un individuo así, le mataría a él con mis propias manos.

Pero las manos que Robert levantó al hablar eran buenas para firmar cartas y no para matar a nadie.

Neil le miró en silencio y miró después a sus vecinos, todos ellos buenos, amables, generosos e incultos.

Violet Crenway, algo entusiasmada con su capacidad intelectual, exclamó:

—Se equivocan todos. Los negros no son tan perversos. Algunos, los que han estudiado, son prácticamente iguales a nosotros. No obstante, cometen un error. Quieren que su progreso sea demasiado rápido, en vez de dejar que éste se presente de manera natural y depender de su propio y honrado esfuerzo para, sin ayuda de nadie, conseguir eventualmente que algún día nosotros, los blancos, reconozcamos su evolución.

»Yo siempre digo a mis amigos de color: «Sí, sí, ya sé que algunos de vuestra raza tienen verdadero talento y no reciben el trato que merecen. Yo, por considerarme también una rebelde, creo a los negros dignos de mejor suerte. Pero permítanme que les recuerde algo que seguramente no se han detenido a considerar. Acabamos de salir de una guerra. Europa aún no está tranquila. Tenemos grandes conflictos de trabajo y de índole diversa en los Estados Unidos. Aunque yo sea parti-

daria de la igualdad de derechos y hasta quizá de la igualdad social para ustedes los negros cuando llegue el momento oportuno, ¿no comprenden que ese momento *no se ha presentado todavía?*

Neil, aunque nadie se lo dijo, comprendió que este era el comentario más malicioso y estúpido de cuantos había oído.

## CAPITULO XXXII

EL paisaje dejó de ser dorado, y las calles se fueron llenando de barro. Se aproximaba noviembre. Neil comía aquel día con Randy Spruce, de la Cámara de Comercio, con Lucían Firelock, jefe de Publicidad de la Wargate y antiguo empleado de un periódico de Georgia, y con Wilbur Feathering, que también emigró hacia el Norte al estilo de los algareros de Morgan.

Wilbur era la última sensación comercial de la ciudad. De corta estatura y muy presumido, tenía cuarenta y cinco años y muchos billetes de veinte dólares. Nació en Mississippi. Su padre poseía una tienda de comestibles y acabó arruinado, pero Wilbur creyó preferible decir que era hijo del dueño de una plantación. En un discurso pronunciado en el Boosters Club, Randy había dicho «Wilbur puede ser tan del Sur como un cálido tamal, pero también es norteño como una ventisca y aerodinámico como una bomba volante.»

Después de seis años de vivir en Grand Republic, Wilbur añadió a su acento del delta algunas de las viriles expresiones que se oyen en la Avenida Chippewa. Ahora empleaba frases típicas del lugar casi con más frecuencia que el propio Randy.

Wilbur tenía una misión, aparte de la de hacer que aumentase su cuenta corriente. Esa misión consistía en advertir a Grand Republic del peligro de la cuestión racial y de los consiguientes alborotos; peligro inevitable en un lugar en donde desde 1939 la población negra había aumentado de 800 a dos mil, o sea, en una proporción aproximada de un dos y cuarto por ciento de la población total. (La aritmética personal de Wilbur convertía ese porcentaje en un noventa y ocho y cuarto por ciento.)

Neil se encontró con ellos en el salón para *cocktails* llamado Green Mountain del Pineland, donde tomaron un rápido aperitivo. El artesonado del recinto era de madera de arce. Luego comieron en el Salón de Fiesole. La presencia de los camareros de color les llevó a hablar del problema de los ne-

gros.

—En lo que se equivocan ustedes, amigos —dijo Mr. Wilbur Feathering— es en considerar a los negros «obreros de repuesto» en caso de huelga o conflictos sindicales. Antes se podía hacer eso, pero ahora no. Los malditos sindicatos empiezan a admitir a los negros en sus organizaciones, exactamente como si fuesen seres humanos.

—Me parece que tiene razón —dijo Randy.

Oyeron cómo su amigo Glenn Tartan, gerente del Pine-land, preguntaba a uno de los camareros:

—¿Dónde está Mr. Greenshaw?

—Eso es lo que me indigna en ustedes los del Norte —gritó Wilbur—. ¡Mr. Greenshaw! ¡A un camarero negro! Ignoran cómo hay que tratar a esos simios negros.

—En alguna asamblea he dicho «Míster» muchas veces al dirigirme a un negro —objetó Lucían Firelock.

—¡Oh! Lo que usted quiere, Firelock, es darse importancia —dijo Feathering—. Yo nunca en la vida he dicho Míster, ni Messrs., ni Miss, al dirigirme a una persona de color. Ni lo diré si Dios me ayuda. Voy a explicarles la filosofía del caso. Tratar de «Míster» a uno de esos bastardos es reconocer tácitamente que vale tanto como nosotros. En ese instante, la tan cacareada teoría de la supremacía blanca se va al diablo.

Lucían Firelock, que en los círculos universitarios gozó en otro tiempo de gran prestigio, protestó:

—¿Por qué ha de hablar siempre con odio de los negros?

—Yo no los odio. Por el contrario, me entusiasman. Son ladrones y astutos, pero bailan muy bien. Cuando tropiezan con un blanco que los entiende, como yo, por ejemplo, se echan a reír estrepitosamente y admiten que hubiese sido mejor para ellos seguir siendo esclavos. Pero usted es uno de esos nuevos liberales del Sur que predicán la conveniencia de invitar a los negros a nuestra propia mesa.

—No —respondió gravemente Lucían—. Creo en la conveniencia del Aislamiento. Evita conflictos. Pero también creo necesario que nos aseguremos escrupulosamente de que los negros tienen las mismas ventajas que nosotros. Por ejemplo,

tenemos aquí a un químico negro, un tal doctor Ash Davis, que, aunque yo no quisiera verle en mi hogar ni me gustaría meterme en el suyo, merece lo mejor de lo mejor en todos los sentidos.

—He oído hablar de él —exclamó Feathering dando un bufido—. Pero yo no me preocuparía tanto porque goce o no de ventajas iguales a las mías. Opino que el mero hecho de que conserve su empleo es una injusticia para con algún joven científico que después de luchar y estudiar por conseguir una buena situación halla que ese grueso, grasiento y asqueroso negro ha conspirado por lograrla y por asegurársela. ¿Eso no le indigna?

»Y hablemos un poco del camarero negro. ¿Acaso tiene la decencia de decir a Glenn: Por favor, jefe no me llame «míster». Me avergüenza usted ante los caballeros blancos? No Es incapaz. ¡Bah! Los yanquis... —Y añadió (sí, lo dijo realmente)—: Antes de cumplir los doce años, yo conocía a la perfección el maldito léxico yanqui.

«Nadie más que ustedes los yanquis le han estropeado. Y estropeado continuará hasta recibir unos cuantos y cariñosos azotes.

El hecho de que Lucían interrumpiese bruscamente para exclamar: «¡Oh! No hable usted como un diputado del Missisipi», impidió a Neil perder los estribos.

—Esa sí que es buena. Los diputados a que se refiere pueden ser lo que sean, pero tratan este asunto con sentido común. A propósito, he oído decir que este camarero negro tiene una hija casada con un dentista de color. ¿Pueden imaginarlo? Los grandes y negros dedos de ese hombre metidos en la boca de los demás... Habría que expulsarlo de aquí. Sí. Y tal vez nos decidamos a hacerlo. Algún día, amigo, se alegrarán ustedes de que alguien iniciase un poco de acción antes de que los negros empezasen el jaleo.

Neil, interiormente, temblaba de cólera.

«¡Malditos sean los blancos! —se dijo— Todos ellos. ¿Cuándo confesaré la verdad? ¿Cuándo me evadiré de todo esto?»

El tío Bodacious Feathering siguió diciendo:

—Cuando yo vivía en el Sur había allí muchos y distinguidos camareros negros que trataban de «señor» a los blancos, no importa que hablasen con el vigilante nocturno. Pero tuvimos que despedirlos y colocar en su lugar camareras blancas, pues los muy estúpidos se pervertían oyendo hablar a los negros cultos de eso que ellos llaman «desventuras de su raza». Es decir, una bonita cantidad de chismes que nunca han ocurrido. Me gustaría ahorcar a todos los cretinos que han ayudado a que un negro estudie. Y si quiere usted ser absolutamente sincero, confíese, Firelock, que también a usted le gustaría hacerlo.

—Nada de eso.

—¡Oh! Soy tolerante por naturaleza. Amo a los perros. Pero si mi perro se ha revolcado en un montón de estiércol y se acerca reclamando el derecho de sentarse conmigo a la mesa...

Neil no pudo escuchar más. Se levantó y salió de allí.

Se sentó en el salón para *cocktails*, en donde había muebles de madera de arce claveteados y velas de cristal en los candelabros. Pensativo, bebió un vaso de agua, repitiéndose entretanto: «Tengo que evadirme. Tengo que evadirme.» Era como una melodía que sonase y sonase, eternamente. Decidió volver al vestíbulo y allí vio a un apuesto negro de piel muy oscura que vestía un traje de mezclilla. Estaba de pie junto a la Conserjería. Neil le creyó un médico o un profesor que, en compañía de su esposa —muy semejante a una paloma obscura—, visitaba el país en automóvil. El empleado gritaba en aquel instante:

—¡Oh, Mr. Tartan! ¿Quiere hacer el favor de venir?

Un año atrás, Neil ni se habría detenido. No hubiera visto ni oído nada. Ahora oyó cómo Gleen Tartan decía al desconocido:

—Sí, desde luego, doctor. Sé que es la ley de Minnesota, y por cierto una ley bien injusta. Los políticos que la promulgaron serían los primeros indignados si se les obligase a albergar en su hogar a personas que no les fuesen gratas. Es la

ley, sí. Pero deseo que comprenda (parece usted bastante inteligente para ello) que muchos de nuestros huéspedes decentes se quejan al verlos invadir este establecimiento. Así, pues, si pudieran buscar alojamiento en otro lugar, les quedaríamos muy reconocidos.

El marido y la esposa no respondieron. Dando media vuelta, echaron a andar. Neil les dio alcance cuando llegaban a la puerta.

—Creo que hallarán lo que les interesa en el Blackstone —dijo—, en Astor y Omaha, Cinco Puntas.

—No quisiera ofenderle —respondió el individuo—, pero permítame una observación. Los hombres de mi raza nunca esperamos tanta amabilidad por parte de un blanco.

—A Dios gracias, no soy blanco —se oyó decir Neil—. Soy de color.

## CAPITULO XXXIII

TAN sólo una manzana más allá, vio a su padre que barría del suelo las últimas hojas que en él cayeron. Estaba tan desconcertado como si acabara de despedirse de un gran número de personas.

La casa del doctor Kenneth era una «antigüedad» en Sylvan Park. Se construyó treinta años atrás. Era de madera obscura y descolorida, producto de una mezcla de estilos arquitectónicos imposibles de recordar, aunque no se olvidase fácilmente el balcón del tercer piso y el helecho que surgía de un oscuro jarrón de cristal por entre las cortinas de encaje de una ventana de vidrios cilindrados que daba al porche de la fachada principal. Todo en aquella casa era tan hogareño como los pequeños poemas de Longfellow. El Dr. Kenneth se apresuró a exclamar:

—Vaya, hijo mío, me alegro de que te hayas dignado venir y de que todavía existas. Vives en el norte, ¿verdad? ¿En Grand Republic?

—¿Llamas vivir a ir aguantando el descenso del termómetro?

—Alguien me ha dicho que progresas en la carrera de banquero. Tienes que escribirme explicándome mejor el asunto.

—No creo que resistieses el escándalo.

—Ahora en serio, ¿cómo van los estudios genealógicos? No es que tome demasiado a pecho lo de nuestra ascendencia real, pero opino que existen deberes inherentes a tu sangre azul. Tu sangre roja, blanca y azul... *Noblesse oblige*.

Neil, sin intención de ser cruel, pero sin demasiado interés por ser amable, dijo con voz monótona:

—Puede que tú tengas sangre roja, blanca y azul, papá. Pero, según se desprende de tus propias declaraciones, mi sangre es negra Y conste que me congratulo de ello.

—¿Qué diablos...?

—He sabido que un miembro de la familia de mamá era ne-

gro. Y eso, lo tengo decidido, se hace extensivo a mi persona.

—¿Qué clase de broma es esta? No me gusta.

—Por parte de madre, mamá descende de un explorador de la raza negra. A propósito, añadiré que se casó con una muchacha *chippewa*. ¿Acaso ella nunca te lo dijo?

—Tu madre nunca me ha hablado de semejante patraña. Jamás en mi vida oí cosa tan absurda, y no quiero oírla. Tu madre descende, por línea materna, de una distinguida familia francesa. Es todo cuanto deseo saber. ¡Dios Todopoderoso! Pero, ¿por qué te empeñas en hacer de tu madre, de mi esposa, una negra?

—Yo no intento hacer nada de ella, papá.

—Esa historia es sólo un indigno libelo, y si alguien que no fueses tú osara repetirla, pronto daría con sus huesos en la cárcel. Permíteme decirte que yo sería el responsable de ello. Por tus venas no corre ni una sola gota de sangre de negro o de *chippewa*.

—¿Es que no puedes pronunciar sin desprecio la palabra «negro»?

—No. No puedo, ni quiero, ni tengo la intención de hacerlo. Y te advierto (soy tu padre, y forzosamente he de estar documentado acerca de tus antepasados) que no hay en ti ni una sola gota de sangre inferior ni de sangre de salvaje. También en eso entiendo, porque he estudiado bacteriología. ¡Oh, Neil, querido hijo mío! En nombre de lo más sagrado, intenta comprender que tratamos de un asunto terriblemente serio. Aun suponiendo *que fuese cierto*, tendrías que ocultarlo, en bien de tu madre y de tu hija. Sería tu deber.

—He intentado hacerlo, papá. Pero no sé por cuánto tiempo podré seguir callando. No estoy seguro de si deseo callar. Sólo sé que aprecio y amo más a un determinado grupo de negros que a la mayor parte de los blancos que conozco.

—No puedes decir eso. Es una locura. Una traición. Una traición para con tu raza, tu religión y tu patria. Podrías poner en peligro tu situación en el Banco. Pero, dime, ¿quién era ese impostor, ese aventurero de la frontera?

—Xavier Pie. P-I-C.

—¿De dónde sacaste la idea de que ese individuo fuese de color?

—Lo sé por la abuela Julie, por la Sociedad Histórica y hasta por las cartas del propio Pie.

No quiso apenar al hombre sincero y bondadoso que era su padre, pero tenía que luchar contra Wilbur Feathering y no creía que su madre saliese perdiendo por tratar a Mary Woolcape en lugar de a Mrs. Feathering.

El doctor Kenneth, tembloroso, rogó a Neil:

—Has de guardar el secreto hasta que yo medite y asimile el asunto.

Era como decirle: «Eternamente». A pesar de lo cual, Neil respondió con lo que, aun en sus propios oídos, sonó como una promesa.

Aquella fría noche de Otoño, y en el salón de estar de casa de Neil —castaño y azul oscuro, con un solemne reloj, símbolo de la respetabilidad de Grand Republic—, Bidy recortaba muñecos de papel, para terminar, como siempre, acostándose más tarde de la hora en que le estaba permitido hacerlo. Vestal escribía unas cartas y oía el partido de *hockey* que estaba retransmitiendo la radio. Y Neil leía la reseña de Comercio y Finanzas del *Times*, diciéndose, a la vez que contemplaba el oscilar del fuego en la chimenea eléctrica, que todo aquel problema de su sangre negra era absurdo y también que era monstruoso no haber adivinado cómo iba a reaccionar su padre ante el tema.

Sonó el timbre de la puerta y Vestal fue a abrir. Volvió diciendo en tono indiferente:

—Hay una muchacha de color que desea hablar contigo. Dice que se trata de un comité de ayuda. —Y volvió a sus cartas sin sentir ninguna clase de instintivo temor, a pesar de que acababa de introducir en su casa a Sophie Concord.

La actitud de Sophie fue apremiante.

—No —dijo—. Podemos quedarnos aquí, en el vestíbulo. Habla bajo. He tratado de tu asunto con Evan Brewster. Nosotros, tus amigos, no consideramos conveniente que admitas en público que eres negro. Nos da miedo de que hagas algo me-

iodramático. Nuestro caso es distinto. Hemos nacido así. No entiendo por qué has de sacrificarte. Como blanco, puedes ayudar igualmente a nuestra raza. No te dejaremos en paz pidiéndote dinero, Neil *Calla*. Podría haberte telefoneado para decírtelo, pero... Quería ver tu casa, a tu hija y a tu esposa otra vez. Es muy hermosa. Igual que un caballo de carreras. Es... lo que tú mereces, Neil. Adiós, querido mío. Y, sobre todo, *calla*.

Después, Sophie desapareció entre unas ráfagas de nieve grisácea.

En el salón de estar, Vestal le preguntó:

—¿Quién era esa muchacha?

—Una enfermera. Miss Concord.

—¡Oh!, Neil, ¿te he dicho que Jinny Timberlane se compró un delicioso traje de lana azul en una tienda australiana de Nueva York? Creo que voy a comprarme uno igual.

Neil halló esto completamente razonable.

Y así, sin comunicar a nadie el motivo, sin consultar con Neil, a mediados de noviembre convocó el doctor Kenneth consejo de familia.

## CAPITULO XXXIV

NEIL estaba en una reunión nocturna del comité financiero del Club Federal cuando su padre telefoneó diciendo:

—Tu madre y yo deseamos verte inmediatamente. Es importante. ¿Puedes venir antes de cuarenta minutos? Bien.

Neil no adivinó que iba a celebrarse consejo de familia y que Vestal iba a estar presente. Entró en el estrecho vestíbulo—cuyo suelo estaba cubierto por una alfombra de Bruselas—del hogar de su padre, y luego en el salón, sin dejar de silbar. Ante el espectáculo que ofrecía la familia, reunida bajo unos cuadros de los padres peregrinos, de unos trineos y de Venecia, sentada en unas sillas imitación de *petit-point*, en un sofá de color yema de huevo, y hasta en el suelo, mirándose los unos a los otros o contemplando unos ceniceros «recuerdo» de no importa dónde y un álbum de la Feria Mundial de Nueva York, quedó inmóvil.

Quince guerreros estaban presentes, incluyendo a Vestal, a Neil y a sus padres. Con excepción del doctor Kenneth, nadie sabía la causa de que hubiese sido requerida su presencia. El hermano Robert, y Alice con su hermano, nada menos que Harold W. Whittick, el célebre hombre de la radio y de la publicidad, la hermana Kitty y su esposo, el abogado Charles Sayward; Joan, la hermana soltera de Neil, y la tribu de los Saxinar: tío Emery, tía Laura y Pat. Para dar más legalidad al asunto, el doctor Kenneth convocó también la importante presencia del padre de Vestal, Morton Beehouse y de su hermano Oliver, del Tribunal de Grand Republic y único *connaisseur* en el lugar del coñac Napoleón y de las odas de Píndaro.

Oliver Beehouse era bajo y fuerte. Tenía como una orla de fino cabello de color de arena alrededor de su espaciosa calva llena de pecas. Su rostro pálido y pecoso tenía siempre una expresión enfurruñada, como si estuviese pensando eternamente en los pérfidos ataques del capitalismo. Su hermano Morton, más alto y cuatro años más joven que él, tenía en vez de pecas una pequeña mancha en la mejilla derecha.

Pat y Joan reían alegremente, porque hallaban anticuados la casa y la familia, que no cesaba de hacer comentarios en voz baja acerca del motivo de la reunión. La madre de Neil, frágil y reservada, no se movía de su asiento, y el doctor Kenneth iba de un lado a otro cargado de limonadas y de misterio.

Todos sonrieron a Neil. Porque si realmente había ocurrido algo desagradable, nadie con más sentido común que Neil para resolverlo.

El doctor Kenneth, moviendo las manos, al parecer muy asustado, exclamó:

—Vamos, jovencitas, levantaos del suelo y sentaos como Dios manda. Oliver, acomódate en ese gran sillón de felpa verde. Y ahora, escuchadme todos con atención.

»Mi hijo Neil, que hasta la fecha fue mi orgullo y que tiene una esposa y una hija encantadoras, me ha dejado atónito confesándome que desea hacer algo que yo desapruero por completo. Algo, en suma, que me disgusta y acerca de lo cual, según tengo entendido, no sabe Vestal una palabra. No toleraré que dé ese paso sin antes consultar con todos vosotros. Por ello, Neil va a exponer inmediatamente la situación. Neil...

El doctor Kenneth se desplomó sobre una frágil silla dorada, y Neil sintió una intensa piedad hacia él. No obstante, se levantó y solemnemente, como un condenado a muerte que se halla al pie del cadalso sin esperanza alguna de salvación, dijo:

—He sabido que mi madre, y puede que ella lo ignore, descende de un tal Xavier Pie, que vivió de 1790 a 1850, un honrado y valiente explorador de la frontera norte de Minnesota, y antepasado de quien me enorgullezco, pero que... además de todo eso, era *negro*. El hecho, técnicamente hablando, nos convierte a todos nosotros en negros también. O en parientes próximos de un negro

Sólo pudo llegar hasta aquí. La cólera, las frases de protesta, los gritos de quienes le tachaban de loco, le impidieron continuar. Vestal estaba indignada, increíblemente sorprendida de que Neil no le hubiese dicho nada. Indignada y rígida. Sólo su madre y Pat parecían tranquilas. Alzó una mano y

fueron cediendo los rumores de protesta. Explicó la historia de abuela Julie, los descubrimientos del doctor Werweiss, y añadió:

—Hace unos meses me habría dado miedo hablaros de esto y habría pedido perdón por tener que hacerlo. Pero ahora entiendo que sólo a los negros, indios y orientales debo pedirselo por los malos tratos de que vienen siendo víctimas desde hace cientos de años.

Oliver Beehouse dijo sin levantarse:

—Así, pues, joven, su propósito es remediar esos malos tratos maltratándonos a nosotros que somos su familia y sus amigos y que sólo le hemos dado cariño y ayuda, y arruinando la vida de su esposa, mi sobrina. ¿Quiere hacer el favor de dejar de compadecerse y de dramatizar su situación? Creo que por una sola noche ya ha demostrado usted ser bastante fresco.

—¿Quiere irse al diablo? —exclamó Neil.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Deje a un lado su actitud de juez. Puede que hubiese guardado silencio y nunca hubiera dicho una palabra de todo esto si papá no hubiese convocado esta asamblea. Ahora que todos estamos reunidos, sólo queda un asunto por decidir. Tengo que ser honrado y decir lo que verdaderamente somos. ¡Oh, mamá! Lamento haberte arrastrado a esto.

Los comentarios de la desolada tribu no se hicieron en forma tan clara y conveniente como aquí se describe, sino que surgieron de manera confusa, por entre lamentos, maldiciones, protestas, interrupciones por parte de Oliver y algo parecido a una carcajada de Pat Saxinar.

El doctor Kenneth dijo:

—Neil, creo que todos estamos de acuerdo en una cosa. Si continuas callando, procuraremos hacer como si nada supiésemos.

Como ya se lo había dicho a los Woolcape, Ash, Sophie y Evan, Neil no supo qué contestar. Su padre prosiguió diciendo:

—Has afirmado que quieres revelar la verdad. Pero ¿lla-

mas verdad a eso de hacer de tu madre, la mujer que te dio el ser, una negra, cuando evidentemente *no lo es*?

—Yo no deseo....

—Ni a ella ni a tu hija, como tampoco a tu abuela, a tus hermanos y a tus hermanas, puede considerarlos *negros* nadie que sea inteligente —insistió el doctor Kenneth—. Supongo que te parecería divertido ver a tu hija convertida en una pobre y vagabunda negra.

—No veo por qué había de ser una pobre y vagabunda negra. Seguiría siendo como ahora es. No cambiaría en absoluto. Son tus ideas las que han de cambiar. Y, por favor, cuando digas *negro* no emplees ese tono despreciativo. Es lo menos que puedes hacer.

—Y lo menos que puede hacer usted, puesto que se empeña en torturar a su familia, es dejar de ser frívolo y no preocuparse por una simple entonación —dijo, interrumpiéndole, Oliver Beehouse.

El doctor Kenneth prosiguió:

—Hijo mío, nadie tiene el deber de decir *todo cuanto sabe*. Supón que yo fuese un morfinómano. No te creería capaz de publicarlo a los cuatro vientos.

—Pero no lo eres, tío Kenneth —dijo Pat Saxinar—. ¿O es que... *lo eres* en realidad?

—Cállate —advirtió su padre, el tío Emery, hijo de la abuela Julie, el cual no estaba demasiado contento de que le tachasen de negro. La madre de Pat —una Pedick de Winona— añadió:

—No es momento oportuno para mostrarse chistosa e impertinente, Patricia. Me arrepiento de haber permitido que te enrolases en las WAVES.

Robert, el hermano de Neil, se limitó a desmentir totalmente el asunto. Se aventuró a añadir que Neil, debido a la herida recibida en el frente, no estaba en su sano juicio. Y aun suponiendo que la historia fuese cierta —seguramente sólo era una fantasía de la anciana abuela Julie— no existían *pruebas*. Nadie podía echarles nada en cara. Una carta de Xavier Pie... ¡Bah! Sería falsificada.

Charles Sayward aconsejó:

—Olvidad este asunto. Animaos... —No había ninguna ley que les exigiese sacrificarse. Con ello dio a Oliver Beehouse oportunidad de pronunciar un buen discurso.

—Neil, he meditado la situación y reconozco que me equivocaba. Tiene razón insistiendo en que no debemos hablar en tono despectivo de los negros. Apreciamos las buenas cualidades del negro de clase selecta; las apreciábamos ya antes de usted nacer. ¿Acaso Theodore Roosevelt, cuando ocupaba la presidencia, no invitó a comer a Booker T. Washington? (Es más de lo que hubiese hecho Franklin D. Roosevelt, puede estar seguro). Pero los exaltados como usted, al pedir para esos desgraciados más de lo que ellos pueden digerir, más de lo que nunca se atreverían a pedir los que son decentes, no hacen sino interponerse en el natural camino de la evolución y... Mejor será echar tierra al asunto, Neil, y que intente por fin recobrar el sentido común. Y aunque, por tratarse de un acto ilegal, ninguno de nosotros se atrevería a mezclarse en ello, sospecho que algún día desaparecerán los documentos que acerca de Xavier Pie existen en la Sociedad Histórica. En ese caso, ya no tendremos por qué preocuparnos.

La animosa sonrisa de Oliver parecía decir: «Tenga valor, mi joven amigo.» Neil esperaba oír la voz de un seráfico juez exclamando: «Se suspende la sesión.» Pero Harold Whittick, el hermano de la esposa de Robert, estropeó el silencio de la sala gritando:

—Neil y su Verdad pueden irse al diablo. Es vergonzoso que mi hermana se vea metida en esto y que de repente se encuentre casada con un negro como Bob. No quiero ni pensar en cómo se perjudicaría con tal escándalo mi negocio de publicidad.

Alice gritó también indignada:

—Sí, es vergonzoso. —Y envolviendo a Robert en una mirada de profundo desprecio, murmuró—: Ahora comprendo por qué haces siempre aquellos ruidos cuando estás en el cuarto de baño.

Robert, hombre estúpido pero muy amante del hogar y de sus zapatillas, dijo desolado:

—¡Cielos! No es culpa mía llevar parte de esa extraña sangre en las venas. Además, ya oíste lo que dije. Niego rotundamente que esa historia sea verídica. Creo que Neil está loco de atar.

—Está peor que loco —dijo Morton Beehouse.

La tía Laura Saxinar, despreciando tanta vulgaridad, afirmó:

—Es un horrible asunto en el que simplemente me niego a tomar parte. Mi esposo dirá si me considera negra. Pero en lo que a mi hija Patricia se refiere, os diré que la he observado no sólo con corazón de madre, sino con ojos de madre, y que no puede ser negra. De ningún modo. Me han asegurado que no hay negro capaz de aprender idioma que no sea el suyo. Pat habla francés como un francés nativo.

Su esposo, tío Emery, la miró sin asomo de ternura y dijo con ironía:

—Eres muy amable permitiéndome que defina mi posición con respecto al problema de las razas. Veamos.... Neil afirma que su madre, su propia madre, es negra. Pero como da la casualidad de que su madre es también mi hermana, forzosamente tengo que decir ahora mismo que no lo es. Y que yo tampoco soy negro. Y que si desciendo de Xavier Pie, aunque no sé quién diablos pueda ser tal individuo, sin ningún género de dudas puedo afirmar que no era negro. Todo esto concierne naturalmente a Neil. A pesar de que en estos momentos, pedazo de estúpido, nada me produciría tanto placer como exponerte a la general curiosidad, afirmando que eres el negro más negro de la cristiandad. Lo haría, si no hundiese con ello a la familia entera, ¿lo entiendes?... En cuanto a *mi familia*...

Joan, la hermana pequeña de Neil, le interrumpió diciendo:

—¡Por el amor de Dios, tío Emery, deja ya de hablar de *tu familia*! Eso pertenece al pasado. Estás casado, y tía Laura tiene *forzosamente* que aguantarte, seas como seas. Yo, en cambio... ¿Qué va a ser de mí? Ahora, Johnny no querrá ca-

sarse conmigo. Me reprochará haber intentado engañarle no hablándole de mi raza. Y eso no es cierto. Yo no sabía nada.

»¡Oh, Neil! ¿Por qué has hecho *esto*? Yo nunca me porté mal contigo. Nunca. Por cumplir con una estúpida idea de justicia, haces de mí una paria de la sociedad para toda la vida. ¿Por qué? ¿Por qué, deliberadamente, me conviertes en un ser extraño, me obligas a huir de los demás, a no atreverme a tener jamás un amigo o un novio? ¡Con lo feliz que yo era con Johnny! ¡Oh! ¿Cómo has podido hacerlo?

Su hermana Kitty Sayward, fiel compañera de juegos infantiles, no cesaba tampoco de reprocharle con indecible amargura que la hiciese desgraciada. A ella, que tanto le había amado,...

Neil se asustó. Cuando estaba dispuesto a gritar que todo había sido una broma absurda, su madre, aquella inmóvil y callada mujer, se irguió para defenderle.

Todos la miraban con especial ternura precisamente por ser tan frágil y estar tan por encima de lo vulgar. Su esposo había mantenido hasta entonces una mano apoyada en su hombro, como demostrándole así su amor. Joan le acariciaba el pelo. Neil la miraba con apenadísima expresión. No obstante, cuando ella habló lo hizo con más claridad que ninguno de los presentes. Al verla alzar una mano, todos dejaron de murmurar, de modo que su voz fue oída perfectamente.

—Por favor —dijo—, creo que Neil puede tener razón. — El coro de exclamaciones fue enorme, pero en seguida cesó debido a la angustiada atención con que todos querían escucharla—. No entiendo a qué viene este debate acerca de si sois blancos o negros. Lo importante es que os améis los unos a los otros. Pero como parecéis tan preocupados, no tengo más remedio que hablar.

»Una o dos veces, siendo yo niña, fue a visitarnos un hermano de mi madre, el tío Benoit. Sólo iba a casa cuando papá estaba ausente. Siempre pensé que parecía un mulato. Mamá nunca hablaba de él. Era jugador y viajaba mucho. No sé si está vivo o muerto.

»Le pregunté a mamá si el tío Benoit era hombre de color,

y ella, dándome una bofetada, me hizo callar. Yo obedecí. Le olvidé, y no le he recordado hasta ahora. Creo que puse todo mi empeño en olvidarlo y que lo mismo hizo mamá. Opino que ella sabe que somos... Bueno, ya entendéis lo que quiero decir:

»Tenía un amuleto, una piedra imán de esas que usan los negros para brujerías. En cierta ocasión me dijo que alguien lo trajo de la Martinica, ciento cincuenta años atrás. Más tarde la busqué, y como no conseguí hallarla, le pregunté dónde estaba. Me dijo que nunca había tenido una piedra semejante. No sé. Puede que todo fuese una fantasía mía. Pero no tenéis por qué castigar a Neil si ha decidido confesar la verdad.

El doctor Kenneth dijo triunfante:

—¿Lo ves, Neil? Tu madre tuvo el sentido común, la magnífica voluntad de olvidar simplemente que el mal existe mirando sólo el bien, tal y como dice la Biblia. Mamá, quiero que prohíbas a Neil que siga intentando convencerse a sí mismo y a los demás de la verdad de esta triste historia.

—No sé, Kenny —respondió ella pensativa—. Si realmente todo eso es verdad...

Robert la interrumpió, diciendo histéricamente:

—Mamá, Dios te maldecirá por hacer de mí un negro, siendo blanco y honrado como soy en realidad y estando como estoy en camino del éxito. Voy a volverme loco. Tú y Neil me habéis trastornado el juicio. Es una farsa indigna. Todo por un estúpido amuleto que quién sabe de donde salió y que ni siquiera sabemos si ha existido. Altee, ¿verdad que estás segura de que soy blanco, querida? Todo es mentira. Soy blanco. Y también lo son nuestros hijos. *Lo son*. No voy a permitir que un loco como Neil arruine mi vida. Soy blanco. Y que Dios se apiade del canalla que intente demostrar lo contrario. Mírame, Alice.

Y ella le miró.

Pat Saxinar dijo en tono glacial y perentorio:

—Todos vosotros os creéis superiores a la gente de color. Yo no entiendo por qué motivo. Siempre me ha molestado el desprecio con que se trataba a los marineros de color, que son

unos magníficos muchachos, y siempre deseé hacer algo por evitarlo. Ahora que yo también soy de color, lo haré sin duda alguna.

Esta vez el coro fue catastrófico y duró varios minutos. Entretanto, Neil se volvió hacia Vestal, que hasta entonces guardó absoluto silencio. Cuando tuvo oportunidad de decir: «Bueno», ella le interrumpió exclamando:

—Tengo que meditar. Naturalmente, estoy algo sorprendida.

Después de la una, dijo a Neil con los ojos que era hora de retirarse. Pero como quiera que nada había sido acordado y que su padre parecía dispuesto a seguir toda la noche de pie, discutiendo el asunto, fue difícil para Neil y Vestal salir de allí.

Simulando perfectamente haber quedado sordos de repente, salieron. De este modo fue como Neil, el negro desconocido, se enfrentó con su esposa blanca. Y sin aliados.

## CAPITULO XXXV

SÓLO tenían que andar diez minutos para llegar a su hogar. Vestal caminaba en silencio. Había apoyado confiadamente la mano en el brazo de él. Por fin, al llegar a la puerta de su casa, dijo con entera naturalidad, ni con enojo ni con demasiada diplomacia:

—Querido mío, ¿por qué no me lo dijiste antes? Hubiese procurado comprenderte y ayudarte.

—Iba a decírtelo, pero papá organizó esta escena sin darme tiempo a hacerlo. Ahora puedes ayudarme. Lo principal es una cosa: ¿tengo que admitir el hecho públicamente? Es la verdad.

—Espera un poco. Tranquilízate. Sé lo que vas a hacer porque te conozco —dijo ella, y puso los dedos en los labios de Neil, como obligándole a guardar silencio. Luego le arrastró hacia el interior, apretando su mano como si fuesen de nuevo dos jóvenes enamorados. Así le condujo hasta la habitación blanca y rosada en donde Bidy, hecha un ovillo, dormía profundamente con *Príncipe* tendido también hecho un ovillo, a los pies del bajo lecho.

—Mira, Neil, me consta que no permitirías que nadie le hiciese daño ni la despreciara. Sé que, aun suponiendo que esa historia de Pie sea cierta, no dirás a nadie una palabra. No la torturarás sólo por satisfacer tu vanidad de hombre sincero. Pero estoy segura, tan segura como de nuestro amor y de nuestra inmortalidad, de que es falsa toda esa historia. Hay algún error en cuanto te refirió abuela Julie. Es vieja y olvidadiza, y siempre fue maliciosa y endiablada. Ya verás cómo se descubre que existió otro Xavier Pie, o Pick, o Peake, o cualquiera que sea su horrible nombre. ¡Cómo le odio! Ya verás. Ya verás. Todo acabará bien, Neil. Contempla a esa criatura. Es toda ella rosa, seda y oro. No puede ser *negra*.

Pero Neil recordó a Phoebe Woolcape, también toda ella rosa, seda y oro. Pero *negra*.

—Ya veremos.

Eso fue todo cuanto pudo decir.

A la mañana siguiente telefoneó su padre diciendo que, bajo la presidencia del consejero Beehouse, la familia había resuelto que el fallo general de la asamblea fuese: «Guardar silencio».

Unas semanas después, Neil recibió copia de una carta escrita por Xavier Pie al comandante Joseph Renshaw Brown. Había sido hallada en los archivos de la Sociedad Histórica del Estado y la enviaba el doctor Werweiss.

*Los castores que le interesan no abundan este invierno por aquí. Los hombres blancos están arrasando nuestros bosques. He pensado mucho en ustedes los blancos. Naturalmente, según los ojibways, yo soy blanco también. Para ellos sólo existen dos razas: los blancos y los indios. Creo que en este caso preferiría ser indio.*

*Usted me dijo: «¿Por qué no les desafía a todos y hace de su rostro negro algo así como una condecoración?!) Pero, ¿para qué dar explicaciones e intentar justificarlo? ¿Para qué hablar de eso? ¿Por qué un hombre de cabello rojo ha de justificar su color ante los hombres de cabello negro, castaño o rubio? Ustedes los hombres blancos creen haber sido creados a imagen de Dios. Pero, ¿quién de ustedes Le ha visto? Han visto al general Sibley y al gobernador Ramsey, pero, ¿quién de ustedes ha visto a Dios? Puede que El tenga la tez oscura como los indios y como yo. O puede que de todos los colores. O de ninguno, como una roca a la luz de la luna.*

*Últimamente he leído con frecuencia las Escrituras y he hallado un texto que dice para ustedes los blancos: «El que me odie también odiará a mi Padre». Sírvase excusar mi letra, pero tengo las manos todavía mal. Se me helaron el otro día al sacar del río a un misionero cuya canoa acababa de volcar. El misionero me preguntó: «¿Sabéis leer y escribir tú y los indios salvajes?))*

Neil, admirado, pensó: «Esta sí que es sangre real. Biddy debería estar orgullosa de ella». Luego se echó a reír. Creyó

oír a Clement Brazenstar diciendo con ironía: «Esto es lo malo de ustedes, los mulatos. Que son siempre orgullosos y altaneros. Nosotros, en cambio, nos conformamos con un buen empleo y un buen cigarro.»

Transcurrían los glaciales días de diciembre y se aproximaba Navidad. La familia evitaba el contacto con Neil, menos en ocasión de algunas conferencias privadas de carácter urgente, durante las cuales sólo Charles Sayward parecía humano, aunque decididamente hostil. El resto de la tribu, o se mostraban ofendidos o desesperadamente respetuosos.

Pat Saxinar iba a verlos muy a menudo. Había decidido que ella y Neil eran «cómplices conspiradores». Eso hasta llegó a molestar a Vestal. Siempre tenía muchas cosas que contarles acerca de cómo Harold Whittick y Alice olfateaban sin cesar al hermano Robert para cerciorarse de si realmente era reo del imperdonable crimen de haber nacido negro.

Vestal no volvió a hablar de «aquel otro Xavier Pie», y Neil comprendió que, aunque conscientemente se negaba a admitir su vergonzoso origen, en lo más hondo de su ser sabía que todo era desesperadamente cierto. Solía pasar muchos ratos con Bidy en la falda, mirándola atentamente.

Neil recordó lo alegre que estaba Vestal un año atrás, al hacer los sagrados preparativos para la Navidad. Ahora, en cambio..., Se había limitado a decir, suspirando:

—Hay gran escasez de cosas bonitas todavía, debido a la postguerra. Yo no compraría nuevos adornos para el árbol. Bastarán los del año pasado.

Comprendió que había perdido la ilusión de vivir, y la compadeció intensamente. El y su sentido de justicia social eran los responsables.

Intentaron que el salir de compras fuese un festejo. Comieron juntos en el Salón de Fiesole, mirando a Drexel Greenshaw, que no tenía idea de lo que estaba ocurriendo, como a un pariente cuya presencia no se desea. Lucharon con la muchedumbre reunida en el Tarr Emporium. Levi Tarr, que era, cuatro meses atrás, coronel del Ejército, procuraba ahora aprender otra vez a frotarse las manos y a prestar amable

atención a las señoras que deseaban comprar una nevera eléctrica por cuarenta y nueve con noventa y cinco. El mismo los guió hasta el departamento de juguetes, llamándolos «Vestal» y «Neil». Y cuando, con gran misterio, se separaron para comprar sus respectivos regalos, dijo a Neil al oído que podía adquirir una verdadera maravilla para Vestal: una pulsera, pendientes y collar de brillantes, haciendo juego.

Al salir del establecimiento se confundieron con la multitud de tristes peatones. El comentario más alegre que Vestal se permitió con motivo de las próximas fiestas fue:

—¡Dios mío, qué tráfico tan espantoso! Creí que se habían terminado los coches, pero, según parece, nunca hubo más que ahora. Mira ese de turismo, color espliego. ¡Jesús! ¿Has visto quién lo conducía? Nada menos que Borus Bugdoll, aquel negro tan repugnante. ¡Oh! Lo siento. Lo siento de veras, querido. Había olvidado que... Naturalmente, es difícil de recordar.

La familia entera había acordado tácitamente que Neil no tenía que decir nada hasta... Pero nadie mencionó cuándo llegaría ese *hasta*. Entre tanto él estaba constantemente asustado, temiendo que la noticia de su honroso origen se supiese gracias a la confusión del hermano Robert, a la cólera del tío Emery, al exceso de valor de Pat Saxinar o al disimulado desprecio de Harold Whittick. ¿Cuántas personas lo sabían en la actualidad? Quince de su familia, y ocho o diez de color. ¡Oh! Eran demasiadas. ¿Y quién más lo sabía? ¿Quién sospechaba, quién vigilaba, quién le acechaba con una cerilla en la mano, dispuesto a hacer volar un cargamento de pólvora bajo él?

Durante la cena fría que dio Eliot Hansen, cuando Violet Crenway dijo a Neil: «¡Oh! Ustedes los pelirrojos son siempre personas extrañas», ¿qué quiso realmente significar? ¿Sabría algo acerca de la carta de Xavier de aquella en la que hablaba del pelo rojo y del pelo negro?

En el Festival de la Nieve que anualmente celebraba Ackley Wargate, ¿qué fines persiguió Pomona Browler al cantar la canción de los exploradores, titulada *Datis mon chemini* El festival en cuestión deprimió mucho a Neil, que

creyó haber abandonado para siempre la fácil vida del hombre blanco. Los alegres invitados atravesaban en pequeños trineos la extensión de terreno cubierta de pinos blancos, hasta llegar a un inmenso pabellón de troncos que Ackley poseía en el helado lago de Riflestock. Viejos amigos, antorchas de pino, el atardecer amable después del paseo por los bosques, las muchachas, el ponche de ron caliente, el entusiasta entonar canciones tradicionales, tales como *Viendo el hogar de Nellie* y *He estado trabajando en el ferrocarril...*

Sí, todo fue magnífico. Pero, ¿acaso Ackley no le miraba con extraña expresión?

Neil se sintió más a sus anchas en Cinco Puntas; estuvo allí la tarde antes de Navidad, para entregar unos pequeños regalos a los Brewster, Davies, Woolcapes... Pero no a Sophie, si podía evitarlo.

Pasó una hora charlando con Mary Woolcape, como solía hacer cada semana o cada quince días. En su compañía tenía el consuelo, el alivio de compartir pequeñeces que antes compartió con su madre y Vestal. Comiendo, pensativo, un buñuelo, discutió solemnemente si el termómetro había descendido aquella mañana a diecisiete grados o sólo a dieciocho.

—No te preocupes tanto, hijo —dijo Mary, la eterna—. Hay más seres de los que tú imaginas que te aman de verdad.

Aquella tarde, en casa de los Brewster sólo halló a Winthrop, que recientemente volvió de su primer curso en la Universidad. Era el típico estudiante joven y alegre. Vestía jersey y zapatos de lona. Le dio la bienvenida con grandes exclamaciones de alegría.

—Neil, acabo de saber que eres de los nuestros. Muchacho, ¡cuánto me alegro!

—¿Quién te lo dijo?

—Oí una conversación entre papá y mamá. Se preocupan mucho por ti.

Mientras que con cordialidad forzada estrechaba la mano de su joven admirador, Neil fue poniéndose cada vez más nervioso. Otros podían haber oído la conversación. Todo podía descubrirse. Su: «Bueno, bueno, no tiene importancia» no

fue muy entusiasta. Pero estaba orgulloso de que el ambicioso muchacho le considerase un amigo con quien olvidar el gastado cinismo con que los de su edad se protegían contra el mundo monótono, exageradamente prudente de los adultos.

—Neil, puede que tú intervengas en nuestra lucha de razas, para darnos nuevas ideas. Me gustaría que acabases con la estupidez de esos luchadores negros, tan sensibles que cuando oyen a unos inocentes chiquillos blancos entonar cualquier vieja canción, como, por ejemplo, aquella de *Oíd cómo cantan los negros*, les da un ataque de nervios. Apuesto cualquier cosa a que algunos insisten en que *Niggardly* debería pronunciarse *Negrodly*. ¿Por qué no les tomas el pelo? ¡Atiza! ¿Sabes una cosa? Creo que podrías llegar a ser un gran caudillo de nuestra raza.

Neil agradeció esa fe, después de tantos días de soportar las murmuraciones de la familia y las conferencias telefónicas secretas que se celebraban a altas horas de la noche.

La Familia estaba allí mirándole. Siempre. No importa dónde se encontrase.

Charles Sayward, que fue siempre el más alegre, razonable y honrado de sus parientes políticos, se había apartado de él. Había suprimido tranquilamente a Neil, junto con los rumores de que Kitty pudiera llevar sangre negra en sus venas. Charles adoptó la ingenua inmovilidad del hombre sencillo que conoce perfectamente su oficio, y Kitty buscaba ahora en él la dulzura que en otro tiempo halló en aquel hermano Neil recientemente fallecido. (Era lamentable, pero prefería no hablar de él.)

Sólo en su madre, Vestal y Pat hallaba cierta simpatía. Y su madre, aunque llena de ternura y poco amante de las represalias, afirmaba ahora que, después de meditar bien el asunto, había llegado a la conclusión de que el tío Benoit no fue hombre de color ni jugador, sino un respetable indoeuropeo dedicado al cobro de letras.

Así las cosas, llegó el día de Navidad. Fue una caricatura de otras Navidades pasadas.

Ni los Sayward ni los Beebouse comparecieron a la hora

del almuerzo, que aquel año se celebró en casa de Robert. El resto de la familia trató con horrible dulzura a la decidida jovencita a quien, sin poder evitarlo, llamaban todos «la pobre-cilla Biddy».

Negó durante todo el día. De vez en cuando, alguien decía: «¡Bravo! Es realmente un blanco día de Navidad». Y cada vez que Neil oía la frase, pensaba: «Hasta hablando de Navidad establecen diferencias».

La familia no hizo lo que otros años, o sea, quedarse a cenar. Todos se marcharon a las tres. Después de acompañar a casa a Vestal y a Biddy, Neil murmuró:

—Creo que voy a tomar un poco el fresco.

Y rápidamente se encaminó a casa de Ash Davis, en busca de «seguridad».

No sólo halló allí a Sophie, que estrechó cariñosamente su mano, sino también al amable y correcto liberal Mr. Lucían Firelock, de la casa Wargate, que discutía la posición del escultor negro en aquel mundo negro que en otros momentos creyó Neil una masa de obscura confusión, de oscuro veneno, pero que ahora se le antojaba algo tan vivido, tan multicolor y tan original como un pájaro del Trópico

Lucian se excusó diciendo:

—Los Davis y Nora han sido tan amables con mis hijos que creí oportuno entrar a saludarlos, de modo que... Ya lo hice y me voy.

Neil sintió deseos de quedarse con Sophie en aquel cálido recinto, pero imaginó a Vestal y a Biddy solas en el atardecer navideño... Cuando volvía a su hogar, a través de la nieve, se dijo que podía sentir muy bien por Sophie un amor completamente espiritual, pero que por Vestal sentía un amor carnal, y que de los dos era este último el que más posibilidades tenía de ser perdurable.

Sophie era una hermana para él, como una segunda parte de su persona. Así como en otros tiempos compartió con Kitty sus juguetes y sus pequeñas rebeliones contra papá, así compartía ahora con Sophie la mayor rebelión que jamás había sentido. Pero Vestal... Vestal era su amor. Cada pensamiento,

cada idea de la morena muchacha de Alabama podía parecerle lógico y familiar. Pero cada idea de la muchacha que fue con él al colegio, con la que jugó al tenis y con la que compartió el lecho durante años, era exótica y maravillosa. La amaba por encima de todo, y hasta confiaba en llegar algún día a entenderla y a cautivarla.

¡Oh! En otro tiempo la había entendido. Entonces sabía todo lo que ella podía decir o hacer. Pero eso ocurrió en un tiempo en que Vestal se limitaba a hacer sólo lo perfectamente previsto. Cuando nadie la llamaba para hablar del hombre que parecía dispuesto a arruinarla y a arruinarse a sí mismo por el amor de un Dios, en quien no creía con demasiado ardor.

Al volver halló a Vestal brillante como una vela encendida. La creyó en aquel instante algo mayor que Bidy, pero más indefensa. La niña, en la lucha con la vida, siempre conseguiría vencerla. La humilde y poco exigente Sophie siempre saldría adelante; en el hospital, en un convento o hasta en un cabaret de poca categoría. Pero la activa Vestal, orgullo de la Liga Juvenil, estaría siempre descentrada, desamparada, sin un hombre. Necesitaba de un padre, un esposo, un hijo o un sacerdote.

Le dio un beso muy largo y ambos disfrutaron mucho preparando la cena. Shirley había ido a un baile que daba el Centro Balcánico. Acostaron a Bidy y se sentaron ante la pequeña y brillante mesa de cocina para comer huevos revueltos y convenir en que Curtiss Havock era un sinvergüenza y papá Kenneth un dechado de virtudes. Y en el coste aproximado de un nuevo ventanal para el salón.

Sí. Posiblemente, comprarían el ventanal nuevo, decidieron alegremente en aquella noche negra de un negro día de Navidad.

## CAPITULO XXXVI

NINGÚN judío, músico o profesor, y muy pocos demócratas, habían podido ingresar en el Club Federal. No es que una ley determinada lo prohibiese. No era necesaria semejante ley.

Allí, los veteranos millonarios de Grand Republic, como Hiram Sparrock, por ejemplo, jugaban al *bridge* o al *backgammon* cada noche y tomaban ponches calientes exactamente a las once. Aunque los criados del Club no eran ingleses ni sirvieron en casas aristócratas, el rostro — completamente estilo Tudor— de los socios les obligaba a parecerlo en un período de seis meses. Cuando uno de los socios, suficientemente antiguo, veía a un extraño, en el recinto, decía de mal talante dirigiéndose a Jeems: «¿Quién es ese individuo? Échale de aquí». En los círculos íntimos del club se opinaba que la instalación de nuevas industrias en la ciudad era un hecho vulgar. Prácticamente decidieron que ya había bastante dinero en Grand Republic.

La mayor parte de ese dinero les pertenecía.

Nunca se atrevió nadie a proponer como socio a Randy Spruce o a Wilbur Feathering. A Curtiss Havock, a pesar de la sólida posición de su padre, se le ignoraba. Neil fue admitido por ser hijo político de Morton Beehouse. Su hermano Robert fue admitido sólo por una extraña coincidencia.

De todos los acontecimientos sociales del año en Grand Republic, ninguno podía compararse a la Cena Anual que sólo para hombres daba el Club Federal. Este festejo solía celebrarse entre Navidad y Año Nuevo, dando a los socios del club oportunidad de huir de todos los familiares jóvenes que en esos días navideños invaden el hogar, y de gozar de una agradable conversación masculina. Era obligatorio el *smoking* y acostumbrado comer chuletas de cordero. Nunca se ofendía a los comensales con helados o ensalada. Era, en total, como una comida de solteros dada por J. P. Morgan el Mayor a su Majestad el Rey Eduardo VII, sólo que recibía el nombre de *cena* y se celebraba en el Pillsbury Grill, en una atrevida at-

mósfera de mesas de roble, tejas flamencas y cacharros de estaño.

Aquel año, la cena se vio honrada con la presencia de un equipo completo de Beehouses, Grannicks y Tarrs. Un Havock, un Timberlane, un Drover, un Mari, un Prutt, un Trock, un general, un comandante y un obispo episcopal.

Neíl, que creía andar siempre sobre una superficie helada, no tenía gran interés en asistir a la cena, pero hubo de complacer a Mr. Prutt. Cuidadosamente llevó consigo su pitillera de oro y también cuidadosamente procuró olvidar sus nuevas ideas. Durante la conversación, antes de la cena, evadió hábilmente la proximidad de su hermano Robert y de Hal Whittick. Buscó refugio en Rodney Aldwick.

Después de la cena se deleitaron fumando grandes pipas y bebiendo enormes vasos de vieja y amarga cerveza que casi a nadie gustaba y que cambiaron por un *highball* en cuanto creyeron posible hacerlo sin quedar en ridículo. Luego, colocando los pies sobre la mesa —cosa también obligatoria para todos, menos para el sesenta por ciento de los socios que sufrían artritis—, dieron comienzo al ritmo canónico del *Auld Lang Syne Hysyne*, compendio de pequeñas y cómicas historietas salpicado de alguna noticia financiera completamente confidencial. El secreto de cuanto allí se trataba quedaba casi garantizado por la presencia y el consentimiento de Gregory Mari, individuo alto y callado que heredó los dos periódicos que se publicaban en Grand Republic.

El presidente del Club, Dr. Roy Drover, presentó a Rodney Aldwick, que tenía que pronunciar un discurso.

Generalmente, el Dr. Drover era hombre bromista. Aquella noche, sin embargo, dijo con énfasis:

—No puedo garantizarles chistes interesantes. El comandante Aldwick, nuestro amigo Rodney, tiene algo tan importante que decirnos que dejo encendida la luz verde en su honor... Puede hablar cuanto quiera.

Mirando el corto cabello de Rod, sus anchos hombros, su estrecha cintura, recordaba uno las palabras que suele usar Kipling: *Sirdar*, *sahib*, polo, *pukka*, deber, fuerza, mendigo,

nativo, pura raza, desterrado, sangre... «He de ser fiel a la sangre de mi clan», respondió el hijo del coronel. «Me encargo de tu hijo y haremos de él un Quisling». La voz de Rod tenía realmente la ruda inflexión del militar en campaña, con todos sus refinamientos legales.

Se congratulaba, o al menos así lo manifestó, del comportamiento de las tropas blancas en Europa.

—Lo más corriente en nuestro destacamento no fueron los guisantes y las balas, sino el valor sincero —manifestó. Pero hubo de añadir que había tenido un desengaño con el comportamiento de nuestros soldados negros y judíos.

Dedicó diez inspiradísimos momentos a los judíos. Luego siguió diciendo:

Esos individuos de la minoría alardean de valientes en su Prensa sediciosa, pero en el campo del honor demuestran ser estúpidos y no sirven para nada, sobre todo los negros. Si permiten ustedes a un viejo soldado una expresión algo ruda, les diré que,, apestan,

(Neil miró a su hermano, que visiblemente acababa de sobresaltarse, y a Webb y a Ackley Wargate, que tenían empleados negros en su negocio, con cargos de responsabilidad. Webb era un tenedor de libros de mediana estatura que llevaba gafas y siempre estaba preocupado por el balance. Ackley era un tenedor de libros de corta estatura que todavía no había aprendido a preocuparse por nada.)

Rodney, con voz cada vez más firme y serena, prosiguió diciendo:

—No tengo prejuicios. El Ejército y la Armada no tienen prejuicios, y creo que tampoco los tiene Dios. Esperábamos que esos hombres de color hubiesen aprendido a ser soldados durante la pasada guerra. Esta vez les dimos toda clase de oportunidades. Hasta nombramos un general negro y varios coroneles. Y si se estableció el aislamiento fue porque los mismos caudillos de color lo solicitaron, admitiendo francamente que sus «corderillos negros» no estaban preparados para convivir con los blancos.

»He visto a un pequeño sargento indoeuropeo, que lleva-

ba gafas y tenía un aire muy dulce, impedir que un pelotón de soldados negros, a quienes mandaba un mocetón lo bastante atrevido para llevar dos galones en el hombro, huyese durante determinado asalto. Cuando me vio, el tal *capitán* se limitó a reír estúpidamente. No obstante, todos demostraban ser valientes cuando se trataba de dedicar sus pestilentes atenciones a las ignorantes campesinas francesas.

»El peor incidente (en la serie de monstruosidades y atrocidades cometidas por los negros) que yo he presenciado, fue, de todos modos, el siguiente: un soldado negro, seguramente borracho, dijo cierto día a un imponente sargento irlandés-americano del cuerpo de Policía Militar: «Volveré a mi tierra inválido, pero aun así contentaría a su novia mejor que usted». Bueno, no sé si lo que luego ocurrió puede calificarse de *legal*, pero les aseguro que aquel individuo murió y que fue enterrado sin honores militares. —Risas y aplausos—. ¿Cómo hay que responder a eso? Creo que nuestro nuevo amigo y socio de este Club, Ludan Firelock, nos ha ofrecido la única posible respuesta: *Aislamiento completo*, que con tanto éxito se practica en el Sur y que algún día (Dios mediante, muy pronto) será universalmente exigido en el Norte. En la próxima guerra quisiera que a los negros no se les llamase soldados, que no se les diera uniforme, sino un mono, y que fuesen retenidos por fuerza en un batallón de trabajo. —Neil miró a Lucian Firelock, que estaba sentado junto a Duncan Browler, vicepresidente de la Wargate. No creía que a Lucian le agradasen las frases lisonjeras de Rod, ni tampoco seguir con los pies encima de la mesa—. Ahora tengo algo más que decir acerca de los negros que viven aquí, en Grand Republic. Cuando nosotros, los ciudadanos, empuñamos las armas y marchamos al frente para luchar por nuestros hogares, había pocos aquí. El elemento que entre ellos predominaba era el «tipo amaestrado». Como el viejo Wash, que desde que éramos niños ha embetunado nuestros zapatos, y por cierto con gran placer, bendita sea su querida piel de ébano, y a quien todos amamos y respetamos.

»Pero al volver del frente hemos hallado que cientos y

cientos de hombres de color, de la peor especie, se han trasladado a nuestra ciudad. A ellos hay que sumar todos sus sucios, indeseables y piojosos parientes del Sur, de ese Sur que se congratula de su marcha. Y como estamos en camino de reunir una siniestra colonia negra, opino que las reyertas raciales han de ser inevitables. Todo por causa de un falso liberalismo y por una ignorante tolerancia de los negros. —El comandante Rodney Aldwick no tenía para los negros apodos despectivos. No los hubiese empleado ni aunque presenciase un linchamiento—. Tenemos en la ciudad unos dos mil hijos e hijas de las tinieblas y pronto serán veinte mil. Nuestra hermosa ciudad quedará mancillada, arruinada, manchada, si no *hacemos algo por evitarlo*.

«Por propia iniciativa he venido realizando una investigación con respecto a los agitadores negros que intentan corromper nuestros sistemas de trabajo. Voy a hablarles ahora de esos extraños personajes, de quienes la mayoría de ustedes nunca oyeron hablar, pero que se disponen a apoderarse de sus negocios, caballeros, y que tendrán sobrada oportunidad de hacerlo si ustedes no despiertan y se entregan de lleno a la tarea de evitarlo. —Al llegar a este punto de su «drama de espionaje», todos alzaron la cabeza—. Su plan es obligar a los sindicatos a que los admitan sea como sea en su organización, cosa que hasta la fecha todos se habían negado a hacer. O bien a que se creen nuevos sindicatos auxiliares para ellos. De este modo, cualquier negro ignorante y asqueroso podrá colocarse en un despacho.

»Pronto gozaremos del siguiente espectáculo: un oficial negro de alta estatura se presentará en sus oficinas particulares y, tomando asiento, sin quitarse el sombrero, fumando un cigarro de cincuenta centavos y echándoles el humo a la cara, pretenderá explicarles cómo deben dirigir su negocio; un negocio al que han dedicado ustedes los mejores años de su vida. Sí. Y unas mujerzuelas negras como el carbón exigirán el derecho de compartir un mismo tocador con sus hijas o sus finas y delicadas secretarias.

»Y ustedes, hombres de carrera, médicos, abogados, cole-

gas míos y aun clérigos..., no crean que podrán escapar. De no tomar una determinación seréis presionados y obligados a aceptar secretarías y cajeros de color. Y todo eso, mis inteligentes amigos, habrá ocurrido bajo vuestras propias narices. —Fue una sensación. Todos tenían a Rodney Aldwick por un excelentísimo muchacho, buen soldado e inteligente abogado, pero desconocían sus dotes de orador. A propósito... ¿Por qué no podía, un día, llegar a Gobernador o a Senador de los Estados Unidos?— Ahora, confidencialmente, para que puedan ustedes defenderse a sí mismos y defender su sagrado honor y su negocio, voy a darles los nombres de los principales cabe-cillas de este complot. Son negros de cierta cultura que realizan un trabajo fácil y cómodo. Ninguno de ellos tiene derecho a meterse en nuestras organizaciones sindicales.

»El peor de todos es un tal Clement Brazenstein, agitador profesional de oscuros antecedentes. No vive aquí, pero suele venir muchas noches para destilar su veneno sedicioso en los oídos de los más importantes traidores locales, si es que puedo permitirme la expresión. En este grupo incluyo a un tal Ryan Woolcape, ex combatiente que fue expulsado del Ejército por insubordinación, y a Susan, algunas veces conocida por Sophie Concord, que es actualmente enfermera municipal. A esa mujer le pagan con el dinero que se obtiene de los impuestos, es decir, con dinero de ustedes y mío, para que haga propaganda en todos los hogares de negros honrados de la ciudad.

»Complicado con ellos está también un predicador negro, de esos que acostumbran a correrse una juerga cada noche. Un farsante a quien llaman sus amigos Brewster «el Evangelista» y que se vale de la santidad del pulpito para propagar las rojas doctrinas de los rebeldes. Y un ex obrero de cierto laboratorio de productos farmacéuticos que llegó aquí afirmando ser licenciado en química y que se hace llamar «doctor» Ash Davis.

»Todos estos deliciosos compinches mantienen constante contacto con los burócratas judíos de Washington, quienes conspiran en secreto para que la F. E. P. C. sea ley básica del

país y reemplace el actual sistema de vida americana obligando a los industriales a emplear a una pandilla de obreros negros tanto si los necesitan como si no. Están organizando una titánica revolución por toda América, desde las fábricas de latas de conserva en la antigua Nueva Inglaterra a los estudios de Hollywood. Y no pretendo se conformen con lo que yo les digo, caballeros. Será mejor que lean los atrevidos periódicos que semanalmente publican los negros.

»Aquí en Grand Republic son especialmente insidiosos. De noche suelen reunirse con algunos blancos. No judíos, ni vagabundos, ni gente maleante, sino personas de nuestra misma clase social. —La mirada de Rod paseó por todos los presentes hasta detenerse triunfante en Neil. Este correspondió a ella con un mudo: «Está bien, Rod. Estoy dispuesto»—. Los Wargate y Dunc Browler, aquí presentes esta noche —siguió diciendo Rod—, merecen nuestro aplauso sincero por su generosidad al proporcionar a un buen número de caballeros negros oportunidad de demostrar lo que son capaces de hacer.

«Los izquierdistas avanzados de Washington sostienen que nuestros hermanos de color son tan excelentes empleados (desde el punto de vista de puntualidad, disciplina y calidad de trabajo realizado) como los blancos. Yo estoy autorizado para decir que tanto Webb, como Ackley, como Dunc, han llegado a una conclusión distinta, y que en la Wargate veremos muy pronto muchas manos y caras negras y sombrías. —Neil miró a Ackley, en cuya finca campestre asistió a tan agradable festejo dos semanas atrás. Ackley y su padre, que al parecer oyeron cuanto dijo Rod, no hicieron nada por desmentir sus palabras—. Así, pues, caballeros, no les he ofrecido las tradicionales historietas cómicas porque nosotros, los que tuvimos que enfrentarnos con los cañones enemigos, no tenemos ganas de comicidad hasta estar completamente seguros de que ustedes han decidido conservar aquello por cuya conservación hemos luchado: la América libre, pura, limpia, emprendedora y honrada que fundaron nuestros antepasados.

Dejaron sobre la mesa su gran vaso de cerveza y rompie-

ron sus pipas de barro a fuerza de aplaudir.

Neil pensaba: «Llegó el momento. Vamos. Ha hablado el director del colegio. Ahora hablará el capellán.»

El doctor Drover rogó a todos silencio para agradecer al orador su discurso, y en aquel instante Neil se puso de pie. Habló sin demostrar que estaba emocionado, como un funcionario que anunciase algo rutinario. Todos le escucharon atentamente. Era un buen muchacho aquel Kingsblood, un joven de porvenir. Ya saben... «El hijo político de Morton Beehouse, el del Second National.»

—El comandante Aldwick —dijo Neil— tiene mayor graduación militar que yo, pero, no obstante, tengo que contradecirle. —Vio los ojos de Rodney clavados escrutadoramente en su persona—. Caballeros, lo que ha dicho Aldwick acerca de los soldados negros es mitad mentira y mitad rumor. Es... una mal intencionada estupidez. —Rod hizo ademán de levantarse para interrumpirle, pero Neil insistió—: Has tenido tu oportunidad, Rod.

El doctor Drover, como presidente del Club, se permitió una exclamación, pero el doctor Hiram Sparrock gritó:

—Dejad que hable el muchacho.

En el recinto se oyeron gritos de «Dadle una oportunidad». Y otro, más siniestro, de: «Esto se pone interesante».

Robert Kingsblood, de pie, pero en actitud de vencido, exclamó:

—Calla, Neil. ¡Oh, Dios mío!

—Aldwick no ha mencionado la valentía de los negros —prosiguió Neil— ni los sediciosos esfuerzos realizados por oficiales y subalternos del Sur, para corromper nuestro Ejército a fuerza de prejuicios. Eso no puede esperarse de un hombre a quien sólo interesa triunfar en política. Les diré que sus declaraciones con respecto al Dr. Davis, al Dr. Brewster y a miss Concord, son completamente falsas. Ni siquiera ha sabido pronunciar correctamente sus nombres. Me avergüenzo de haber permanecido inmóvil y sentado, escuchándole porque...

Robert, quizá sin darse cuenta de que hablaba en voz alta, dijo angustiosamente:

—No *lo digas*, muchacho.

—...porque —siguió diciendo Neil— también yo llevo en las venas parte de eso que ustedes llaman «sangre negra».

Todos quedaron quietos y silenciosos.

—De negro sólo tengo un pequeño tanto por ciento pero de acuerdo con las teorías de Mr. Lucian Firelock y de su amigo Mr. Wilbur Feathering...

—No es amigo mío, Neil —dijo Lucian con vez tranquila.

—Bueno... De acuerdo con el general mito del Sur, vendido a simples oportunistas como Aldwick, soy negro cien por cien. Está bien. Lo acepto. Y no tengo amigos a quienes respete más de lo que respeto al doctor Davis, al doctor Brewster a miss Concord y a Mr. Brazenstar. Estoy muy satisfecho de ser negro y del futuro de nuestra raza, y creo que... con eso ya he dicho bastante.

—Ya lo creo —dijo Boone Havock arrastrando las palabra—. Hasta demasiado.

Por entre la general confusión, Neil oyó la estridente voz de Prutt que calificaba todo aquello de «broma de mal gusto», las negaciones histéricas de Robert, y parte de la discusión entablada entre Firelock y Dunc Browler con respecto a la eficiencia profesional de Ash Davis. Todo barullo quedó superado por la cólera de Boone Havock, el poderoso contratista de ferrocarriles, que chillaba dirigiéndose a Browler:

—¡Y pensar que se entretienen en discutir si un negro distingue un tubo de ensayo de un dedo de su mano, mientras ocurre algo tan horrible como lo que acaba de ocurrir! Un socio de nuestro club ha confesado que es negro, lo cual es para todos una vergüenza. ¿A quién pueden importarles los soldados negros...?

El coronel Levi Tarr empezó a decir:

—A mí sí me importan. Las diferencias establecidas...

—Todas pueden irse al diablo —dijo el doctor Roy Drower interrumpiéndole e impidiendo que siguiese hablando—. Como presidente de este club, sugiero que aceptemos ahora mismo la dimisión de Mr. Kingsblood. En este preciso instante.

Neil no miró a Drover, sino a Rodney Aldwick, que sonreía tranquila y maliciosamente.

Greg Mari se levantó para decir:

—Roy, antes de hacer eso, antes de dar un paso decisivo, propongo que volvamos a casa y meditemos la situación. Podemos nombrar un comité que trate con Neil del asunto. Entre tanto, prometo que la noticia no será publicada en mis periódicos; ni en los servicios de Prensa, si puedo evitarlo. Siempre que todos guardéis silencio.

—Reconozcamos que si no fue prudente, Neil ha sido valiente —dijo el juez Cass Timberlane—. Tenemos que ser justos.

Ackley Wargate, con quien Neil solía jugar al ajedrez ganándole siempre, gritó:

—Pues claro que seremos justos. Sé desde ahora cuál va a ser mi actitud. Siempre he tenido a Neil por un buen amigo. Le he recibido y le he atendido en mi hogar. Creo que siempre me porté bien con él. Pero me duele que haya mentido y que, haciéndose pasar por blanco, haya frecuentado el trato de mi esposa e hijos, como si éstos fuesen sus iguales. Quiero hacer constar ante él y ante ustedes que *eso* no volverá a ocurrir.

Judd Browler —¡Dios le bendiga!—, el más antiguo, el mejor de sus amigos, se levantó para gritar:

—Todo esto es estúpido. Nos consta que Neil es el mejor muchacho y el más fiel amigo de la ciudad. ¿Qué significa un pequeño tanto por ciento de sangre negra? Es más blanco que todos los presentes, y me pongo de su parte.

Siguieron controversias. Neil decidió abandonarlos. Estaba cansado. No podía ni oír sus voces. Entre él y todos aquellos hombres blancos se había corrido una cortina. Era más importante el hecho de haber dimitido de la raza blanca que el de haber dimitido del Club Federal.

Judd Browler le dio alcance en el vestíbulo y refunfuñó:

—¡Cielos! Opino que has sido un estúpido publicando la noticia así, a los cuatro vientos, pero estoy de tu parte, amigo. Vente a cenar a casa el martes próximo, día de Año Nuevo. Con Vestal. Hablaremos extensamente del caso. ¿Te parece

bien? ¡Estupendo!

## CAPITULO XXXVII

CUANDO entró en el salón halló a Vestal haciendo punto de media, cosa rara en ella. Vestía una vaporosa *negligée*.

—Me has cogido in fraganti. Intenté hacerte una bufanda para Navidad, pero como no pude terminarla decidí regalártela para Año Nuevo y... Pero, ¿qué ocurre? Neil, ¿por qué te has quedado ahí de pie? ¡Oh, Neil! No, no me digas *que lo saben*.

—Rodney Aldwick atacó de tal modo a los negros, que hube de admitir públicamente que lo soy. Resulta curioso eso de decir: «Soy negro.»

—Curioso, sí. En efecto, resultará curioso decir que soy la esposa de un negro, y que Bidy es de color y que está condenada a serlo siempre. Sí, curioso. Y tenemos que hacer algo, inmediatamente, por remediar tu deliciosa y pública confesión. No sé qué, pero algo.

Corrió al teléfono y llamó al doctor Kenneth rogándole que fuese inmediatamente a casa de Morton Beehouse para reunirse con ellos. Llamó a su padre y al hermano Robert al Club Federal. Subió a su dormitorio, y mientras se vestía exclamó mirando a Neil, que la contemplaba en silencio:

—Si no tienes nada que decir...

—*No tengo nada que decir.*

—Bien, pues si nada tienes que decir, absolutamente nada —dijo ella intentando sonreír—, yo sí te diré algo. Pienso estar de tu parte. ¿O es que tal vez ya no me necesitas? Puede que ni siquiera sirva para ser «la esposa de un hombre de color».

—No digas tonterías.

—¿Qué quieres que piense? Comprendo que me hicieras esto a mí. Soy valiente, o al menos creí serlo. Pero a Bidy...

—Es inútil, Vestal. Para mí es un asunto sencillísimo. Si soy negro, soy negro y se acabó. Judd Browler y probablemente muchos otros me comprenden y aplauden mi honrada actitud.

—Creo que podría odiarte si me lo propusiera. Pero no quiero hacerlo. Al menos en este momento. Mirándote (brusco, pelirrojo y honrado como siempre) no experimento ningún sentimiento de repulsión. Pero, a pesar de todo... Supón que tío Oliver lograra probar que hay un error en todo esto. Que no eres., ni siquiera un poquito negro.

—En tal caso sería negro por voluntad propia. Prefiero a Ash y a Evan, a Sophie y a los Woolcape, que a Rodney Aldwick, Doc Drover y Oliver Beehouse.

—¿Y quiénes son todos esos fantásticos personajes? ¿Negros?

Seguramente era imposible que ella no conociese a esos seres, los más importantes de la creación.

—Son negros —dijo Neil— a quienes aprecio por su bondad, valor, inteligencia y...

—¡Oh, qué estupidez! Estás imposible de un tiempo a esta parte.

La residencia de Mr. Morton Beehouse sólo puede ser descrita con una palabra: solidez.

Treinta activos años consagró su dueño a buscar el lugar definitivo de sus zapatillas y a encontrar un bufete de adecuada solidez. En esa fortaleza, en donde la atmósfera parecía componerse del mismo roble que el artesonado de las paredes, el doctor Kenneth, que se había puesto el traje y un abrigo de pequeños cuadritos sobre el pijama, los estaba esperando cuando entró Neil. Se movía sin cesar, como una inquieta cigüeña. El hermano Robert parecía un toro bravío, y el dueño de la casa estaba inmóvil moviendo únicamente los ojos.

—Neil —gritó Robert—, he hablado por teléfono con mamá, y ella niega rotundamente toda la historia. Insiste en que vuelvas al Club Federal, reúnas a los socios y admitas que has sufrido un ataque de locura.

—Sería como si un ciudadano cualquiera pretendiese reunir el Congreso —dijo Morton Beehouse—. Es demasiado tarde. Después de todo, yo estaba presente, y te aseguro, Neil, que habría sido mejor que asesinases a mi hija a que le hicieras algo tan horrible como esto que acabas de hacer. Ella, na-

turalmente, si en algo se respeta a sí misma te abandonará en seguida.

—Nada de eso —dijo Vestal.

—¿Tú crees? Espera a que Lorraine Wargate y Janet Aldwick te vean por la calle y te ignoren por completo —dijo firmemente su padre.

—No esperaré a que eso ocurra. Empezaré por ignorarlas yo.

Morton añadió sin perder la calma:

—Adelante, querida mía. Sigue con tu sistema. Me parece lógico que seas leal. Los Beehouse son leales siempre. Pero cuando hayas cumplido con tu honor, convendrás conmigo en que este individuo, tu esposo (temporal), es el más egoísta, inconcebible, exhibicionista, vil y estúpido que jamás deshonoró con su presencia nuestra ciudad.

Robert sintió miedo pero quiso ser justo con su familia y protestó airadamente, diciendo a Morton:

—Ya hemos soportado bastantes insultos, Beehouse.

—Desde luego —añadió el Dr. Kenneth.

Robert prosiguió diciendo:

—Mi padre y yo queremos al muchacho, aunque esté más loco que una cabra. Me parece que su hija también le ama. Creo que con eso está dicho todo.

Pero *no* estaba dicho todo. Ni muchísimo menos. Neil y Vestal no regresaron al hogar hasta después de las tres. Cuando entraron, Bidy se despertó llorando. A toda costa procuraron consolarla. Luego se acostaron en sus camas gemelas, dispuestos a no dormir. Vestal murmuró:

—Te quiero muchísimo y estaré a tu lado mientras pueda. De todos modos, no soy una mártir profesional. Al parecer, ni siquiera soy bastante inteligente para llegar a ser «uno de tus queridos negros».

—No sigas.

—¿Cómo puedo evitarlo?

Así estuvieron hasta el amanecer. Un amanecer gris, metálico y pizarroso.

Al día siguiente, el correcto Verne Avondene, secretario

del Club Federal telefoneó a Neil diciendo que aquel mediodía se había reunido un comité y decidido aceptar su dimisión. Verne confiaba que «su esposa y miss Elisabeth disfrutasen de unas dichas vacaciones».

—Ni la mitad de lo que usted supone —dijo Vestal, que había estado escuchando la conversación por el otro aparato telefónico.

Como suele suceder a los maridos, Neil creyó su victoria fácil y segura. Decidió que ella había perdonado su mal gusto de nacer negro. Pero como suelen hacer las esposas, aun las mejores, ella aprovechó para atacarle el momento en que más indefenso le veía. Fue una sombría tarde de diciembre a última hora, cuando ambos acababan de convenir alegremente que era preferible no asistir a la fiesta de Norton Trock. Vestal se volvió para exclamar:

—No creas que porque ni lloro ni pataleo deja de dolerme el hecho de no poder ir más a ningún sitio. Y todo por tu estúpida reacción. Algunas veces creo ver al negro que existe en ti. Espero poder olvidarlo, pero cuando vacilas y sonríes como un idiota...

—¿Es así realmente cómo *crees* ver a los negros?

—Así es cómo *me consta* que los veo. A todos. Y hasta vislumbro en tu rostro como una sombra oscura. ¡Oh! Siempre he odiado a los negros, esa habitual y estúpida sonrisa que les traiciona. Se saben seres inferiores.

—¿Has conocido en tu vida a algún negro, aparte de Bel-freda? —preguntó él en tono no demasiado amable.

—Sí. A ti y al tonto de tu hermano Robert. Y a tus hermanas. ¡Oh! Lo siento, querido. De veras que lo siento. Estoy desolada. Me abofetearía a mí misma por haber dicho *eso*.

—¿Por haber dicho *el qué?* Es la verdad, ¿no crees?

—Seamos francos, Neil. Soy capaz de soportarlo todo, menos esa actitud tranquila y superior que adoptas cuando te diriges a mí. No puedo tolerarla.

Pero, por esta vez, escaparon a la horrible tortura de una pelea.

La cena en el Club Federal se celebró un jueves 27 de di-

ciembre. El Banco de Neil estuvo abierto todo el viernes y medio día del sábado. También estuvo abierto el lunes, víspera de Año Nuevo. Por el micrófono se supo que «nuestro Mr. Kingsblood» estaba esos días en la sección de «Cobros», muy ocupado dando consejos a los ex combatientes que le consultaban —y cuyo consejo con respecto a sus asuntos personales ni siquiera se habría atrevido a escuchar— y hablando con Mr. Prutt de la marcha del negocio.

Durante esa charla, Prutt había carraspeado con demasiada frecuencia y sonreído más de lo necesario. Neil se preguntó si habría ocurrido un milagro y si Prutt iba a ser tan heroico como para admitir que el mito de «su raza negra» no era asunto de su incumbencia personal. Vio cómo Prutt recorría con mirada astuta el lugar, nerviosamente. Comprendió que lo que quería el buen hombre era fijarse en sus uñas para cerciorarse de si tenía azuladas las medias lunas.

Sentado, en actitud glacial, parecía un guardián de palacio cuando le mira un dictador con exagerada fijeza. La atmósfera olía a muerte. No obstante, podía considerarse a salvo, hasta que algún cliente se quejara de tener que tratar a un hombre de color como «ese Kingsblood».

Al entregarles la gratificación anual —en cuya ocasión todos los empleados tenían que sorprenderse agradablemente y agradecer la actitud paternal del Banco (de vez en cuando, sí experimentó una gran sorpresa alguno de ellos)—, para lo cual tenían que colocarse en fila y presentarse en el despacho del director, Neil comprobó que todavía estaba en la lista de personal. Pero precisamente cuando a Mr. Prutt le tocaba entregarle su sobre, empezó a toser, dijo «Vuelvo en seguida» y Neil hubo de recibir la gratificación anual de la ancha mano de Mr. S. Ashiel Denver y no de la otra, pálida y aséptica, del presidente.

«Trabajo aquí *todavía* —se dijo—, pero empiezo a opinar que no llegaré a «primer vicepresidente».

Aunque despacio, la noticia fue extendiéndose.

Naturalmente, todos los que por asistir a la cena del Club Federal presenciaron aquel gran escándalo social, habían

prometido guardar silencio. Pero, naturalmente, todos confiaron el secreto a otra persona. Durante la primera semana del nuevo año la Prensa no publicó nada, pero la estación de radio KICH —propiedad del indignadísimo Mr. Harold H. Whittick—, en su charla llamada «Hora de Noticias Locales» prometió que pocos días después daría a sus chismosos radioescuchas (los más terribles chismosos del país) detalles completos del vergonzoso incidente que había desenmascarado a un conocido financiero del Medio Oeste norteño, individuo que al parecer venía llevando una doble vida.

Neil y Vestal oyeron la emisión. Se miraron el uno al otro asustados.

El día antes de Año Nuevo telefoneó Judd Browler para decir:

—Oye, amigo, estoy en una situación difícil. Mi mujer y mi padre se han puesto furiosos conmigo porque decidí públicamente ponerme de tu parte. Ya sabes a lo que me refiero. Bueno, creo preferible que no vengas mañana a cenar. Podría ser desagradable para ti. Personalmente, estoy en todo de acuerdo contigo. Te llamaré para que almorcemos juntos cualquier día de esta semana.

Judd no volvió a llamar.

Alegremente habían decidido asistir a la fiesta de fin de año que se celebraba en el Heather Country Club. Pero se quedaron en casa, como es natural, bastante tristes.

—No creo que llegue a perder mi colocación, ¿verdad? —preguntó Neil—. ¿Qué haríamos entonces?

—No sé. Siempre tuvimos la certeza de poder vivir cómodamente. ¿Crees que papá Morton sería capaz de quitarme la pensión que me tiene asignada para mis gastos?

—Y si lo hace, ¿qué más da? Saldremos adelante, de todos modos. —Pero su frase no sonó precisamente como una valerosa arenga.

—Supongo —dijo ella sorprendida ante tan revolucionaria observación— que habrá un gran porcentaje de familias americanas que, preocupadas, se preguntan el día de Año Nuevo «si su colocación durará todo el año».

—Sí. Dudo que mi amigo John Woolcape, el portero, pase la velada preguntándose si venderá sus acciones de la General Motors para comprarse una finca.

—No seas pesado, Neil. Tú y tus amigos los cruzados... No veo que por ser de color seas ahora más virtuoso. ¿Por qué no olvidas el hecho cuando estás conmigo? Lucho desesperadamente por conseguirlo.

—Tienes razón. Probablemente, con el tiempo seré tan juicioso como Gorinne Brewster.

—¿Puedes decirme quién es miss Corinne? No conozco a ninguna de esas personas cuya compañía has venido frecuentando últimamente. Neil, cada vez te alejas más de mí. Y, a propósito —añadió—, ¿es quizá aquella muchacha negra tan hermosa, que vino una noche a verte?

Su tono dejó de ser reflexivo para hacerse mordaz.

—No. Aquella era *otra*. Soy muy popular. Pero, nena, ¿me harás el honor de sentirte celosa? —preguntó, procurando que su tono fuese intrascendente y normal.

Aquella noche de Año Nuevo sólo recibieron una visita: la de Pat Saxinar. Estaba tan entusiasmada por ser negra —acababa de descubrir que existía Harriet Tubman y la «Asociación Nacional pro adelanto de la gente de color»— que fastidiaba al viejo cruzado Neil casi tanto como éste fastidió antes a Corinne Brewster.

Un minuto después de medianoche telefoneó el doctor Kenneth. Por su voz, parecía haber envejecido.

—Hijo mío querido —dijo—, confío en que todo vaya bien para ti y los tuyos el próximo año. Estoy procurando arreglar las cosas. En todo caso, que Dios te bendiga.

«Sería horrible para papá, y para el ejercicio de su profesión que le temblase el pulso —se dijo Neil—. Tal vez no debí...»

Pero ya era demasiado tarde.

Por aquellos días, Vestal tuvo sumo cuidado en disimular ante Bidy. Todo en su actitud parecía pregonar: «Sí, sí, querida. Mamá es muy feliz.» Pero la chiquilla tuvo ligeros atisbos de la sombra de horror que se cernía sobre su hogar.

Comprendió que ahora los negros eran terriblemente importantes para todos. Con la incipiente malicia de tantas «deliciosas criaturas», restauró a *Príncipe* su nombre antiguo, y corría por la casa gritando: «*Negro, Negro, Negro...*»

Vestal tembló de algo muy parecido a la cólera al murmurar al oído de Neil:

—¿Y si Curtiss Havock lo oye desde su casa? Seguramente su padre le habrá dado la noticia. Claro que... obligando a la nena a callar no haré más que empeorar las cosas.

Una noche de enero, a hora muy avanzada, oyeron, por entre el rumor del viento y la nieve al caer, como un sollozo: «*Negro, Negro Negro.*»

—Voy a levantarme y a obligarla a callar —dijo Vestal suspirando.

—¿Estás segura de que fue Bidy? —preguntó Neil.

## CAPITULO XXXVIII

ESTALLÓ de repente.

Neil estaba en su despacho del Banco, el martes de la semana que siguió al Año Nuevo, cuando el honrado Judd Browler —que vivía a poca distancia de Neil, pero con quien, misteriosamente, éste no tropezaba nunca en los últimos tiempos— se presentó para decirle:

—Neil, ya sabes que personalmente no tengo prejuicios, pero todo el mundo parece creer que debo proteger a mi esposa y a mi hija Así, pues... será mejor que dejemos de vernos de ahora en adelante, siempre que podamos evitarlo.

Y salió del despacho sin esperar una respuesta.

Luego, y mientras angustiado soportaba la constante vigilancia de Prutt, empezaron a atacarle todos sus antiguos amigos. Curtiss Havock, un día que vio a Neil en el patio, a veinte pies de distancia de donde él estaba, gritó a su esposa:

—¡Dios! Ahí tenemos a ese negro.

El elegante Eliot Hansen telefoneó a Vestal cierto día para decirle algo. Sus palabras insidiosas querían decir lo siguiente: «Que cuando se cansase de soportar la vergüenza de vivir con un hombre de color, él la acompañaría gustoso a tomar un aperitivo y procuraría consolarla.» Así lo repitió Vestal a Neil.

Pero lo peor fue pasar junto a Rodney Aldwick y oírle murmurar en tono dulzón, como si se tratase de la bendición pascual:

—Buenos días, Neil.

Después le fue invadiendo la certeza —igual a una llovizna helada— de que la noticia se había difundido por toda la ciudad. Un forastero moreno, de trágico aspecto, se inclinó en cierta ocasión sobre la mesa solitaria que Neil ocupaba en el café que dio en frecuentar durante esos días, para murmurar:

—Usted no me conoce. Se me tiene por un tratante en frutas, de nacionalidad griega, pero soy... en parte de color, como usted. No obstante, he sabido guardar el secreto. Siga mi consejo e imíteme, hermano.

El insulto más directo tuvo que agradecérselo a Ed Fleeron, actualmente alcalde de Grand Republic, en cuyo puesto había sucedido a William Stoppie. Era dueño de unos grandes almacenes de artículos baratos, en donde se vendían bocadillos, gorros de goma para el baño, caramelos, velocípedos, ventiladores y algunas medicinas; todo ello reunido en sucios montones a los que incompetentemente atendían muchachas que merecían volver a la granja de donde salieron.

El alcalde Fleeron entró en el salón de estar de casa de Neil como si en realidad fuese un único soldado en pleno desfile militar. Vestal había salido.

—Soy alcalde de esta ciudad —clamó y vecino suyo... desgraciadamente.

Como es lógico, Neil se enfureció.

—¿De veras, Ed? —preguntó—. Creí que vivías en Swe-de Hollow.

—No estoy para bromas, Kingsblood. Soy alcalde de esta ciudad y...

—¿Todavía?

—...y he de decirle que no quiero que ustedes los negros vivan en un barrio decente, un barrio de blancos, corrompiendo a los chiquillos y asustando a las mujeres...

—...y haciendo bajar el valor de las fincas. Es lo corriente, Ed.

—Sí. Y muy desagradable. Además, no será la última vez que se hable de esta cuestión. Y si mis muchachos, los policías, se interesan demasiado por su persona y sus actos, no venga luego a quejarse al alcalde.

—¿A quejarme al...? ¡Oh! Está bien. Fuera de aquí.

El eterno rival del alcalde Fleeron, o sea, el ex alcalde Stoppie, que como agente de Berthold Eisenherz creó originalmente Sylvan Park, fue a visitarle la noche siguiente. Pero su discurso fue muy amable.

No mencionó a los negros

—Neil, Mrs. Kingsblood —dijo con voz que parecía el gorjeo de un pájaro—, tengo un cliente que está loco por vivir aquí en Sylvan Park, y a quien le gusta muchísimo esta casa.

Tengo, además, una linda casita disponible en Canoe Fleights, cercana a la que habita ese excelente individuo llamado Lucian Firelock. —No añadió que también estaba cerca de la del doctor Davis y de la de Sugar Gowse—. No es de construcción tan complicada como ésta, pero goza de mejor vista. Una perspectiva de belleza maravillosa. El paisaje, a través del South End, es tan hermoso que mirándolo se queda uno sin respiración. Si pudiera persuadirles de que aceptasen el cambio, amigos, sería un buen negocio para ustedes. Les conseguiría una excelente oferta, y supongo que un buen beneficio es cosa que interesa a todo el mundo, ¿no es cierto?

Neil dijo:

—No. Este es nuestro hogar.

Vestal dijo:

—Naturalmente que no. Es una idea absurda. ¿Y... por qué en Canoe Hcights? Allí hay una horrible mezcla de vecinos. Judíos, italianos y hasta... ¡Oh! Ya entiendo.

Mr. Stopples, amablemente, añadió:

—¿Cree que es momento oportuno para mostrarse altiva Mrs. Kingsblood? La próxima vez puede que la suma no sea tan espléndida. Mantendré la oferta por unos días. Buenas noches.

Neil dijo:

—Lo sabe.

Vestal dijo:

—Naturalmente, querido. Puede que a estas alturas todo el mundo lo sepa. ¿Viven en Canoe Heights todos los negros de postín? ¿Como... ese doctor Melody?

—No tengo la menor idea.

—¿Y tú...? Bueno, ¿no conoces a algún negro que viva en Canoe Heights?

—Yo no he dicho eso. No dije nada parecido. Yo no dije que no conozca a ningún negro que viva en Canoe Heights. Yo sólo dije que... Lo único que dije es que no sé si vive allí el doctor Melody, y es cierto.

—¡Oh, Neil! Antes no me hablabas así.

—Lo sé, y lo siento. Sí. No discutamos. —Comprendió

que sólo gracias a un esfuerzo sobrehumano se abstuvo ella de decir: «Yo no discutía.» Eso le dio ánimos—. No podemos permitir que «dividiéndonos nos vengan».

—Nada de eso. No lo conseguirán.

Se preguntaron, aquella noche y todas las siguientes, cuántos *lo sabían* y qué comentarios estarían haciendo. Para Vestal fue un gran consuelo ver que los chiquillos del vecindario no miraban mal a Biddy *todavía*, sino que seguían considerándola la misma criatura encantadora e ingeniosa que solía dirigir sus juegos y sabía conseguir que metiesen el mayor ruido posible. Todos, menos Peggy Havock, de la casa de al lado. Siempre fue un acólito de Biddy, pero ahora raras veces salía cuando ésta la llamaba a gritos. Vestal se angustiaba enormemente viendo cómo Biddy, después de llamar a Peggy, quedaba asombrada, trazando lentamente un círculo en la nieve con su botita roja, mirando fijamente el hogar de los Havock, esperando en vano...

La mayoría de los vecinos, al encontrarlos en la calle, se mostraban demasiado cordiales y demasiado concisos en su conversación. A juzgar por su actitud, veían en Neil algo nuevo y desagradable. Incluso en Vestal. El más franco de todos fue Mr. Topman un amable vecino, que a los cincuenta años era jefe de Cobros del Banco de Comerciantes y Mineros.

Detuvo a Neil para decirle humildemente:

—Me he enterado de que lleva usted sangre negra, Neil. Fue una gran sorpresa, puedo asegurárselo. Siempre había creído que los negros tienen la piel de ese color, que son altos y muy ladrones. Puede que estuviese equivocado, ¿verdad?

Habló como si se dirigiese a un importante personaje. Neil repuso autoritariamente:

—En efecto.

—Es interesantísimo. Dígame, cuando los negros vuelven a Africa, ¿se sienten satisfechos?

—Creo que no vuelven nunca.

—¿De veras? Pues no lo sabía. Conozco a un muchacho sueco que ha vuelto a su patria.

—Opino que ese es un caso distinto.

—¿Sí? Pues me interesaba saberlo. Dígame, Neil, ¿conoce a un predicador negro de Atlanta? He leído algo acerca de él. Se llama... Bueno, no recuerdo el nombre exacto. Algo así como George Brown... ¿Sabe a quién me refiero?

—Temo que no.

—Puede que fuese Thomas. Creí que podía usted conocerle. Y dígame... Hay algo que siempre me ha interesado y que me gustaría mucho saber. Esos directores de orquesta, de color, como Duke Ellington, por ejemplo, ¿qué sueldo neto tienen al año?

—Siento no poder decírselo.

—¡Oh, no lo sabe! Entonces, dígame, ¿es cierto que todos los negros desearían casarse con mujeres blancas?

—Lo dudo. Pero no puedo decirle nada en concreto.

—Es curioso. Creí que todos los individuos de color podrían contestar a esas preguntas.

Si realmente existía una nota cómica en los esfuerzos realizados por Mr. Topman para hallar un tema de conversación con el etíope Kingsblood, a quien sólo conocía desde hacía treinta y un años, desapareció al preguntar solícito:

—Si usted y Vestal tienen otro hijo, ¿hay peligro de que nazca negro como el carbón?

Teniendo en cuenta la diáfana blancura de Bidy, la pregunta resultó divertida y hasta algo irritante. Luego, después de haberla oído doce veces, y otras cien comprendido que se la insinuaban, llegó a encontrarla totalmente exasperante y nada divertida. Preguntó al doctor Ash detalles concretos sobre genética y en definitiva supo que existe una posibilidad entre diez mil de que de la unión de una persona blanca y otra de color nazca un hijo más negro que el padre o la madre. No obstante, pronto averiguó que existe también la general creencia —entre un público de directores de colegio, vendedores de máquinas de coser y conferenciantes populares— de que si alguien con un 000001 por ciento de *genes* negro se casa con una persona blanca como el alabastro (que ya es mucho decir), lo más probable es que sus hijos nazcan tan negros como el corazón de un dictador. El hecho de que ninguno de esos

inquietos personajes cívicos no hubiese oído nunca hablar de un caso semejante, carecía de importancia, pues todos ellos habían oído hablar de alguien que sí oyó hablar de él».

Ni siquiera una vez pensó Neil que, aunque el matrimonio aludido tuviese un hijo negro como el ébano, tendría forzosamente que amarle... por ser su hijo.

Orlo Vay dijo a W. S. Vander, uno de los más importantes vecinos de Sylvan Patk:

—Sea como sea, siempre fue un buen vecino para mí. Vive en mi calle, frente a mi casa precisamente. Y no estoy seguro de que por tener un pequeño tanto por ciento de sangre negra pueda clasificársele como a negro.

—Yo —gruñó Mr. Vander— defino al negro así: «El individuo que públicamente admite que lo es y que con ello se sitúa fuera de la raza de los humanos. Por pequeño que sea ese tanto por ciento.»

—Puede que tenga usted razón —admitió Orlo, medio convencido.

Al cabo de poco tiempo por todo Grand Republic se había extendido la noticia de que Neil, «por si le interesa a usted la verdad», era negro, en proporción de una cuarta parte.

Ahora, mientras iba a visitar a los Davis y a los Woolcape, se dijo alegremente que ya no era necesario mentir a Vestal. Muy pronto, en toda la calle Mayo se supo su declaración en la cena del Club, y le amaron por ello, o simplemente se rieron de él. Adquirió la costumbre de ir a saludar a John y a Mary a última hora de la tarde, antes de volver a su hogar. Ni él mismo se dio cuenta de cuán frecuentes eran sus visitas. También a menudo —y por cierto bastante inquieto, como si esperase que algo fuera a ocurrir— veía a Sophie en casa de Ash.

Necesitaba de sus consuelos, porque no transcurría ni un solo día de enero sin que alguien, convencido de ser original, le recordase que era «de color».

Tom Crenway, a quien no se le ocurría nada desagradable que decir, se limitaba a contemplarle con aire de reproche. Cedric Staubermeyer trató de mirarle como suele mirar un

blanco a un negro. En cambio, Rose Pennloss, desde la manzana próxima, alzaba una mano al verle, para saludarle con tímida cordialidad. Y Shirley, en la cocina, se hizo tal embrollo que, creyendo que era Vestal la negra, le demostraba un excepcional cariño considerándola una «emigrada» como ella. El doctor Cope Anderson, químico y colega de Ash, fue a visitarle acompañado del Reverendo Lloyd Gadd, clérigo liberal, y, en el Banco, Lucian Firelock se hizo el encontradizo para que todos en público le viesen estrechar la mano de Neil.

Luego vio al individuo a quien todos en su casa denominaron durante años «el hombrecillo que llama a la puerta de servicio». Solía presentarse a primera hora de la noche, para venderles un jugoso pollo, mermelada de cereza, huevos o tarta de café hecha por su esposa en la granja que tenía más allá del Lago «Squaw Dead». En esta ocasión, su rápida llamada a la puerta de servicio sonó a eso de las once. Ellos la oyeron con ansiedad, preguntándose si sería Curtiss Havock borracho o bien el belicoso alcalde Fleeron con sus policías. Vestal se dirigió a la puerta seguida de Neil. Por su andar decidido parecían guardias de corps armados de pistolas.

El hombrecillo que estaba de pie en la semioscuridad del porche de cemento de la puerta trasera, murmuró:

—Mr. Kingsblood, esta noche no traigo nada que vender. Acabo de enterarme del valor que demostró, y he venido a darle las gracias.

Después, otra vez, en un autobús, una anciana desconocida dijo a Neil:

—Mi joven y negro amigo, ¿sabe usted acaso lo que Dios le tiene reservado por haberse rebelado contra su designio de que Etiopía siga esclavizada en la cocina, en lugar de viajar en autobuses públicos junto a personas decentes? ¡Oh! Quien no quiere oír la palabra de Dios irá al infierno. E irá rechinando los dientes. Esta es la verdad de la Biblia, la verdad de Dios, alabado sea su bendito nombre.

Ese fue el preludio de las cartas.

El abuelo Edgar Saxinar escribió desde Minneapolis afirmando que Neil era un ingrato embustero, ya que nunca existi-

tió un tal Xavier Pie.

Berthold Eisenherz, señor del lugar, escribió desde su villa de invierno en Palm Beach, diciendo que, aunque le honraba haberle conocido, sería mejor y más productivo para él cambiar de domicilio.

Drexel Greenshaw escribió lamentándose de que un caballero blanco como Mr. Kingsblood hiciera que la atención general se concentrase en su infortunada raza, dificultando todavía más su situación.

Luego fueron llegando las cartas anónimas tristes tributos a la gloria, escritos en doloroso éxtasis por individuos neuras-ténicos, de esos que merodean por callejones oscuros después de la medianoche envenenando pequeños gatos.

Empezaron con una hoja de papel rayado —cuyo autor era sin duda un reumático— metida en un sobre sin personalidad que llevaba su nombre y dirección bastante mal escritos.

*«Mi querido y astuto señor negro Kingsblood:*

*Supongo que nunca pudo creer que yo llegara a enterarme de que ha admitido usted haberse hecho pasar durante muchos años por un honrado hombre blanco. Ahora que le hemos desenmascarado y sabemos que sólo es usted un negro, intenta salvarse diciendo que los negros valen tanto como los blancos. Si leyese su Biblia sabría que es otra la verdad, y que Dios hizo a los negros para que fuesen criados de los blancos. Si Dios hubiera deseado que los negros fuesen iguales a nosotros los blancos —médicos, abogados, etc.—, los habría hecho de otro color. Naturalmente. Les dio ese terrible color que usted tiene para demostrar que son inferiores. ¿Verdad que nunca se le ocurrió pensarlo?*

*Lo peor es que ustedes nunca usan eso que solemos llamar «cerebro». Si pudiera usted meditar cuanto le digo me entendería y volvería a la cabaña en donde, según designio de Dios, debería usted estar.*

*Vaya, ha sido cómico, señor indeseable. Sea sensato y comprenda lo ridículo que es abrir la boca y demostrar su ignorancia. A mí me hizo destornillar de risa, pero si ahora*

*admite usted su estupidez le perdonaré y olvidaremos lo ocurrido. Comprendo que mi suerte ha sido grande por haber recibido una buena educación, mientras que ustedes los negros son unos ignorantes, pero no se atreven a hablar contra los diputados de Mississippi y Louisiana, que son excelentes caballeros. Unos pordioseros negros como usted no son «dignos ni de limpiarles los zapatos. Así, pues, entérese bien de esto, señor negro culto, y agradézcaselo a*

Un amigo desconocido.

*P. D. La próxima vez no saldrá tan bien librado de este asunto. No queremos dar a un negro una segunda oportunidad de hacerse pasar por blanco. Será mejor que se ande con cuidado. No sabe cuántos ojos se fijan en su persona, ni tampoco, antes de recibirlo, el golpe que puede descargar sobre usted.*

Vestal sólo recibió una carta anónima, mientras que fueron doce las de Neil. Pero la de ella estaba cuidadosamente escrita a máquina sobre papel fino y perfumado.

*«Querida Vestal (o Virgen):*

*Nuestra pobre comunidad social le debe muchísimo a usted y a su precioso esposo, por habernos obsequiado con un escándalo que ha de divertirnos extraordinariamente durante años. Le agradeceríamos nos comunicase si su querido esposo piensa presentarse como diputado de color, en cuyo caso podrá usted hacer estragos con sus encantos y sus sombreros de cincuenta dólares en los altos círculos (de color) de Washington, tal como vino haciendo hasta ahora en Grand Republic. Su rubia hija, tan superior a todas las criaturas normales —hace tiempo que venimos hallando curiosas sus maneras—, podrá frecuentar en Washington el trato de niñas dignas de ella, precoces retoños de profesores negros, expertos judíos y embajadores de Haití*

*Sin duda alguna, y como ha venido ocurriendo hasta la fecha, si su «cara mitad» no se gana la vida, su impresionante aunque algo pesado papá remediará la situación mediante*

una limosna.

*Puede comunicar a su esposo —¿se le ha ocurrido alguna vez pensar que estaría magnífico en el coro de cualquier revista?— que estamos hartas de la arrogancia de los negros. El pobre muchacho no podía haber escogido peor momento potra aliarse con esa gentuza. Los negros exigen el derecho de mezclarse a las D. A. R., y las muchachas negras no quieren trabajar en cocinas ni lavaderos, porque todas, naturalmente, son «ex tenientes».*

*Los negros —puede decírselo a su encantador pero singularmente analfabeto Ornado— no se abrirán camino hasta que comprendan que no tenemos prejuicios contra su deliciosa complexión ni contra su nariz, sino contra sus enfermedades, sus parásitos, su pereza su horrible suciedad y su inmensa ignorancia. Desde luego, comprendemos que aprecia en su esposo todas estas cualidades, y realmente nos emociona la lealtad que demuestra no abandonando a ese individuo de la tribu Neanderthal. ¡Cielos, qué mal rato ha de pasar usted en sus brazos!*

*¡Oh! No hablemos de eso, mi querida Mrs. Kingsblood. Espero —y todas las demás damas a quienes he oído comentar su caso lo esperan también— que el interés que Mr. Eliot Hansen ha demostrado siempre sentir hacia usted, llegue a originar una interesante situación. Todas tenemos deseos de contemplar sus mañas y sus tretas para atraer a tan ambiguos tipos de varón, y con verdadero interés pensamos seguir de cerca su doble actuación.*

*¿O es que usted y Neilly recobrarán el juicio y saldrán de la ciudad? La voz de Tersites es la voz de la Verdad.*

Una buena amiga.

Al entregar a Neil esta «obra de arte», Vestal preguntó furiosa:

—¿Hay posibilidad de demostrar que yo también llevo en las venas honrada sangre negra?

## CAPITULO XXXIX

LAS profecías y demás circunstancias desagradables del Año Nuevo, habían pasado ya. Neil seguía siendo, en primer lugar, un hombre que tenía un empleo en el Banco y que trabajaba en el práctico mundo de las obligaciones, el mármol y Prutt.

Un viernes por la mañana, diez días después de Año Nuevo, Mr. Prutt le llamó a su despacho. Mr. Prutt era un hombre virtuoso y ahorrativo, aunque episcopaliano. Cuando exclamó dirigiéndose a Neil: «Siéntese, hijo mío», lo hizo en tono maternal. Juntó los dedos hasta hacer con ellos algo así como una tienda de campaña, y le miró por encima de ella.

—He llegado a la conclusión de que cuanto dijo usted acerca de sus antepasados en el Club no fue una broma. Es decir, que no estaba usted borracho, como yo esperaba. Naturalmente, lamentará usted haber hecho esas manifestaciones, viendo de qué manera perjudican su carrera, pero lo que no sé si comprende es cuánto me ha perjudicado *a mí* con ellas, pues soy responsable del crédito y la estabilidad de este Banco.

»Como yanqui de nacimiento que soy, siempre he comedido enormemente a las personas de color como usted. Siempre opiné que sería mejor no completar su educación, no permitir que pasaran del cuarto año de estudios, para que no se formasen falsas teorías ni se diesen cuenta de lo desdichados que son. Pero supongo que, en su caso, su sangre blanca podrá más que la otra de inferior calidad, e imagino que habrá sido siempre sinceramente fiel a esta institución, de la misma manera que esta institución ha sido siempre fiel a sus empleados.

»Dada la desgraciada situación en que nos hallamos (y supongo se dará cuenta de que no me mezclo por capricho en sus asuntos), le ayudaremos dentro de los límites de lo posible y haremos cuanto esté en nuestra mano por hallar una salida y no tener que despedirle. Pero...

»Durante una temporada, convendrá conmigo en que será mejor que no mantenga contacto directo con el público. No podemos permitir que se diga de nosotros que somos «una institución que da trabajo a un crecido número de negros mientras tantos ex combatientes blancos buscan colocación».

»Temo, pues, que tendré que cambiar la orientación de la asociación de ex combatientes. Le buscaré trabajo en el departamento de Contabilidad del interior, en donde no le verá ningún cliente ni nadie interpretará mal su presencia. ¡La gente es tan poco considerada! Procuraré que nuestra Junta Directiva no le rebaje el sueldo... por ahora.

»En suma, Neilly —añadió, optimista—, espero que comprenda la filosofía de mi punto de vista.

—Sí.

Eso fue cuanto dijo Neil para sacar del apuro a Mr. Prutt.

Seguidamente volvió a su despacho de la Asociación de ex combatientes que él creó y organizó; cuando estaba recogiendo sus bienes personales —una fotografía de Vestal y Bidy, su pipa y una moneda italiana que encontró en el campo de batalla—, le llamaron por teléfono.

Era el doctor Norman Kamber.

—Neil, ¿puedes venir inmediatamente al despacho de tu padre? Te llamo desde él. Tu padre murió hace pocos minutos de repente.

«Todo esto es absurdo —pensó Neil—. Melodramático.»

Ni siquiera experimentaba una desagradable sensación de nerviosismo ante la magnitud de lo ocurrido. Lentamente fue asimilando el hecho terrible de que ya nunca más podría charlar con su padre, ni contemplar su franca y ansiosa sonrisa, ni oír sus pequeños y estridentes chistes... Ahora ya no podría pedirle perdón por haberse convertido en negro.

Recordó que su padre deseaba fundar una dinastía de reyes. Recordó que siempre le encontró cuando necesitó de él. Se preguntó si el entierro se verificaría en domingo o en lunes. De ser el lunes, ¿le obligarían a ir al Banco por la tarde? La Asociación de ex combatientes seguramente le necesitaría.

Y recordó que la Asociación ya no le necesitaría nunca

más.

Todas estas ideas se fundieron ante el sentimiento de ternura que le invadió al pensar en su madre, que tan sola había quedado ahora. No. No estaría sola. Tendría a Joan. ¡Y él había creído conveniente convertirlas en negras a las dos, a pesar de la soledad que están condenados a sufrir todos los negros dentro de una comunidad de blancos!

Salió del Banco atormentado por la visión de su madre, sola, sin atreverse a hablar con el vecino más próximo ni aun ante una circunstancia tan apremiante como la muerte.

## CAPITULO XL

EL despacho del doctor Kenneth Kingsblood estaba en la Avenida Chippewa, sólo una manzana más allá del Second National, en el Edificio de Profesiones y Artes conocido comúnmente por «El P. y A.» El vestíbulo estaba tan repleto de hombres con muletas, hombres con brazos vendados y madres pálidas con criaturas en brazos, que hubo de esperar a un tercer viaje del ascensor. La encargada del mismo era una linda muchacha. Estaba flirteando con un joven de americana blanca, pero sonrió al decir a Neil en tono acariciador: «Quinto piso. *El suyo.*» Neil se maravilló. Decidió que la muchacha no sabía lo que allí, en aquel piso, a tan poca distancia de su jaula, le esperaba.

Fue sorprendente entrar en la pequeña y limpia sala de espera del consultorio del Dr. Kenneth —con sus dos rojas sillas de madera de arce y cojines de tartán, su mesa también de madera de arce cubierta de revistas ilustradas, y aquella lámpara siempre encendida en cuya pantalla resaltaba una fragata con las velas desplegadas—, y divisar, sobre el sofá de madera de arce con cojines de tartán, a su padre muerto. La inmóvil cabeza quedaba a la sombra de la mesa en donde estaba su dietario, abierto en el día de la fecha; en esta página y limpiamente escrito había un nombre: el de una visita fijada para un cuarto de hora después del momento presente. Sobre el dietario ociosas, reposaban las gafas. La montura, en la parte derecha hacia el lado de la oreja, estaba rota y había sido pegada con esparadrapo que ahora era gris. Neil recordó que su padre, mirándole a través de los rayados cristales de esas gafas, le había prometido bajar al vestíbulo del «P. y A.» para hacerlas componer

La enfermera miraba el delgado cuerpo inmóvil sin dejar de llorar. Tenía el rostro enrojecido de asombro y de dolor. Cuando Neil se volvió hacia el doctor Kamber buscando el consuelo del médico, entró su hermano Robert diciendo:

—Menos mal que me cogió en el Banco, doctor. Estaba a

punto de salir para la Oficina Panificadora y puede que hubiese tardado en venir. ¡Oh, papá, papá!... No puedo creerlo, papá. Pensar que ya no estarás entre nosotros. Tú le mataste. Tú le mataste —añadió volviéndose hacia Neil— No pudo soportar tus absurdas mentiras. Eres el causante de su muerte, y no lo olvidaré nunca.

—Calla, Bob —ordenó el doctor Kamber—. Según parece, tu padre ha muerto de una lesión en la vena coronaria. Neil no tiene nada que ver con ello. Seguramente él estaba orgulloso del valor que Neil ha demostrado tener.

El doctor Roy Drover, presidente del Club Federal, y el doctor Cortez Kelly, compañero de Neil en muchas cacerías de patos —ambos tenían su consultorio en el «P. y A.»—, estaban presentes en la pequeña habitación. Drover después de mirar a Neil con evidente desagrado, dijo a Kelly:

—Verá usted, doctor... Nada definitivo puede afirmarse, pero la conducta de Neil ha podido influir desfavorablemente en el estado de salud del anciano. ¡Quién sabe!

—Por lo que más quieras, Roy —protestó el doctor Kelly—, no seas idiota. Espero que le echen del vecindario como a otro negro cualquiera, pero él... no ha matado al viejo. Anda, Roy, vámonos de aquí.

Ambos médicos se alejaron por el pasillo, discutiendo. Neil, Robert, el doctor Kamber y la enfermera quedaron en silencio contemplando el sobrenatural silencio del hombre que yacía en el sofá.

Neil pensó en su padre, cuando, feliz, recogía las hojas del suelo el pasado octubre, diciendo: «El otoño es la mejor época del año. Está lleno de paz. Siempre he sido hombre ocupadísimo, aunque el trabajo flojease, y espero gozar de gran felicidad y paz en el otoño de mi vida. Me encanta la paz.»

Pero no *esta* paz, tendido en la sala de espera, con las nerviosas manos rígidas.

«¿Le he asesinado? —se preguntó Neil—. Nunca sabrá nada acerca del linaje de Catalina de Aragón, y puede que todo aquello fuese cierto. ¿Maté todo eso para él, también?»

El Dr. Kamber colocó una mano en su hombro. Pero Neil deseó que estuviese allí Vestal..., y Sophie, y Mary Woolcape.

Robert lloraba desconsoladamente. A pesar de ser el mayor de los hijos del Dr. Kenneth, fue siempre el más infantil y el que con más frecuencia buscaba el consuelo paterno, aun después de ser padre él también. Era únicamente un niño grande. Ahora estaba asustado, apenado. Neil comprendió lo que la noticia de su ascendencia negra debió de significar para aquel sencillo, amante e interesado «hijo de familia».

Luego se presentó Robert Hearth, de la Funeraria, y desde aquel momento hasta que el ataúd se hundió en la tierra de enero, los dos Roberts se hicieron cargo de todo. Se parecían mucho. Ambos eran igualmente solemnes e igualmente eficientes para cumplimentar asuntos sencillos, e igualmente seguros de que el Dr. Kenneth estaría más cómodo en el ataúd si colocaban bajo su cabeza una pequeña, limpia y blanda almohada.

E igualmente convencidos de que Neil le había matado.

El rostro en otro tiempo delgado y sincero de su padre, había sido retocado con motivo del entierro hasta parecer el de un hermoso muñeco de cera. Neil se preguntó si el elegante acolchado del interior del ataúd, que dejaba al descubierto la ventanilla de la parte superior, ocuparía toda la extensión del mismo, o sólo aquel pedazo visible. Sin querer ofender con ello a sus familiares y amigos odió toda la aparatosa farsa del morir.

Y odió a los dos Roberts que no cesaban de hablar y que con su actitud solemne parecían decirle: «No sufras. Observa con cuánta serenidad aceptamos nosotros los hechos. El coste ha sido mínimo. Todo se ha hecho en veinticuatro horas.»

Entre ambos lograron que Neil se sintiese un verdadero extraño en el hogar de su padre.

Su madre era como un retazo de niebla. Estaba silenciosa; no sollozaba; no quiso aprovechar «su gran día» para hacer una escena. Humildemente, se limitó a hacer cuanto los dos Roberts le ordenaban. Eran tan varoniles con ella, tan amables intentando con dulces maneras evitarle el peso de aquella pe-

na que ninguno de los dos apreciaba...

Lo que más agradecieron los dos Roberts fue la presencia del alcalde Fleeron y del ex alcalde Stopple, quienes, con el sombrero en la mano, miraban diplomáticamente a Neil, con silenciosa y disimulada promesa de no ocuparse *por el momento* de él.

El ataúd estaba colocado en el centro del salón, y éste estaba repleto de desconocidos, personas que nunca vieron antes al doctor Kenneth (Neil estaba dispuesto a jurarlo.) Y la figura inmóvil en el ataúd parecía esperar. Y todos parecían esperar, sentados en aquellas sillas alquiladas.

Y la atmósfera olía a flores, inverosímilmente abigarradas. Y del retrato del Dr. Kenneth, hecho al carbón colgaba un trozo de paño negro que alguien cortó precipitadamente de una antigua cortina de las usadas cuando los *raids* aéreos. Pero ambos Robert olvidaron retirar la pipa del Dr. Kenneth; ésta seguía sobre el piano, y era allí la única cosa honrada, la única que no tenía el aire expectante.

Con ademán solemne, Robert Hearth alzó una mano; Robert Kingsblood también alzó una mano y se volvió hacia su madre, que ahora, por primera vez, sollozaba. Entraron, seguros de sí mismos, los que habían de llevar el féretro. Por su andar parecían autómatas. Entre ellos estaban Cedric Staubermyer y W. S. Vander, los vecinos que más intensamente odiaban al Neil que hacía poco había vuelto a nacer.

Ni una sola vez le dirigió la palabra ninguno de los presentes. Se limitaron a saludar a la pálida y correcta Vestal y a la interesada Bidy.

El ataúd, que hubieron de inclinar ligeramente al bajar los escalones de la puerta de entrada, salió lentamente de la casa. Entonces, y por primera vez, comprendió Neil lo definitiva que es la muerte. Era la última vez que su padre pasaba sobre aquellos escalones que tantas veces subió y bajó alegre y dichoso durante años y años. Y aun esa vez postrera no podía recorrerlos por su propio pie. Tenían que llevarle a cuestas. Y no podía volverse para mirar por última vez su hogar.

Hearth los condujo hasta el lugar indicado en los distintos

coches, siguiendo un complicado ceremonial, como si la muerte fuese un monarca susceptible que exigiese impecable corrección. Alice Whittick Kingsblood y Kitty Kingsblood Sayward discutieron ligeramente acerca de «cuál de las dos tenía que sentarse junto a mamá». Robert Hearth resolvió afablemente el problema, con amable y activo celo que parecía pregonar: «Todo esto también pasará y quedaréis sorprendidas y agradecidas al comprobar el razonable importe de mi factura.»

Cuando los coches se pusieron en marcha, todos llevaban encendidas las luces para indicar que se trataba de un entierro. Según las leyes del Estado, era ofensa castigada con multa cruzar la fila de la procesión; hubiese sido ofender al Dr. Kenneth.

Después, el ataúd se inclinó otra vez para subir los escalones de la capilla baptista de Sylvan Park. Allí los aguardaba el Dr. Shelley Buncer, con vestidura calvinista, como si nunca hubiese jugado al *rummy* y en vez de eso se hubiese pasado la vida en unos claustros sombríos meditando acerca de la resurrección. Su sermón fue consolador. Prometió a todos que pronto volverían a ver a su amigo, aunque la perspectiva no parecía entusiasmarle demasiado.

Neil estudió a cuantos desconocidos acudieron al entierro de su padre. ¿Quiénes podían ser? ¿Pacientes? Algunos quizá le conocieron bastante mejor de lo que él mismo, ahora, le conocía. Se sintió muy solo, e inmediatamente la inteligente mano de Vestal procedió a consolarle.

Comprendió que muchos de los presentes le miraban a él con más atención que al párroco. Recordó que para la mitad de ellos no era mas que un negro farsante que iba a ser arrojado de la ciudad. Entonces reparó en dos inesperados asistentes al acto que desde el lejano banco que ocupaban intentaban asegurarle su sincera amistad. Eran Evan Brewster y el Dr. Emerson Woolcape, un colega dentista con quien nunca habló el Dr. Kenneth.

Hacía frío junto a la tumba, en el cementerio Forest Lawn de Ottawa Heights. Las animosas palabras del Dr. Buncer

flotaron temblorosas como grises copos de nieve sobre las cabezas de los escasos y helados concurrentes que allí permanecieron hasta el fin.

Luego se fueron todos y dejaron solo a su padre.

Una vez en casa, la Vestal que tan paciente se había mostrado se tornó mordaz.

— ¡Oh! Déjate de sentimentalismos por lo de tu padre. Ahora ya no puedes hacer nada por él. En cambio, se me ocurre que podrías hacer mucho por mi hija y por mí. ¿Te has detenido alguna vez a pensar que es hija tuya también, y tan inconsciente como tú? Ahora que tu notorio amor por la verdad y la justicia te obligó a transformarnos en negras, ¿qué planes tienes para nosotras, las exiladas? Cuando decidiste hacer tu pública exhibición, no me consultaste. Espero que me digas ahora lo que debo hacer.

—Pero Ves, te portaste maravillosamente en el entierro.

—Puede que demasiado maravillosamente. Dime, ¿qué piensas hacer si ese viejo mastodonte de Prutt decide echarte del Banco?

—Lo ignoro.

—¿No crees que sería conveniente que empezases a pensarlo?

El inclinó afirmativamente la cabeza.

## CAPITULO XLI

ESTABAN solos aquella noche, leyendo tristemente. Al oír el timbre de la puerta, Vestal dijo pensativa:

—¿Quién puede ser... después de las diez? Probablemente tu hermano Robert, que viene a ver cómo hago punto y a preocuparnos un poco más. Será mejor que vaya a abrir. Le diré que íbamos a acostarnos.

Al abrir la puerta se oyeron unas voces y una fuerte, brusca despreciativa carcajada. Neil se levantó, presto para la lucha. Pero oyó decir a Vestal —comparó su voz a una flauta demasiado estridente— en tono amable:

—Desde luego, pasen. Encantada de verlos. Son ustedes muy amables. Neil vio aparecer tres rostros negros y otro blanco como el de una muerta en el marco de la puerta de la sala de estar. Todos tenían una expresión maliciosamente alegre. Eran Borus Bugdoll, del *Jumping Jive*, Hack Riley, ex soldado de color, una muchacha polaca llamada Faydis —nadie conocía su apellido— y Belfreda Gray, la rosa negra, que decía bulliciosamente en aquel instante:

—Siempre juré que entraría por la puerta principal, y vive Dios que acabo de hacerlo.

—Vive Dios que acaba de hacerlo... —murmuró dulcemente Vestal.

Seguro de sí mismo a pesar de su aire lánguido, fuerte como un caballo, su delgada nariz resaltando obscura y atrevida por encima de una corbata pintoresca, como un halcón negro que disfruta matando pajarillos, Borus miró a Vestal guiñándole un ojo, contempló despreciativamente al alterado Neil y dijo con dulzura:

—Buenas noches. Me llamo Bugdoll. Soy dueño de una sala de espectáculos. He sabido que hay en la ciudad un nuevo matrimonio *mezclado*. Acostumbro siempre a visitarlos para darles la bienvenida, puesto que ingresan en nuestro círculo.

—Sí —gritó Faydis—, él y yo somos también *mezclados*. Antes iba con Bel, pero como ésta se arregló con Hack, Borus

es mi amigo. Soy tan blanca como usted, y quizá más, pero amo a mi oscuro bomboncito. Sí. Soy como usted, Vestal. Vivo con un hombre de color, y bien feliz que soy en sus brazos. Bien feliz....

Neil resopló como quien ha decidido adoptar una actitud violenta. Pero la voz de Vestal, clara y tenue, destinada únicamente a los oídos de su esposo, murmuró:

—No. Quiero que veas cómo son tus *intelectuales* amigos. —Y añadió alegremente—: Siéntense todos. Belfreda no quisiera pecar de indiscreta, pero dígame, ¿cómo van las cosas?

Se mostró tan amable y alegre que, como suele decirse, «les agué la fiesta». Borus, debido a su experiencia en sociedad, estaba muy tranquilo. Seguía de pie, junto a Vestal. Era sólo un poco más alto que ella.

—Es usted una buena persona, señora —dijo condescendiente.

La miró como si le divirtiese contemplarla. Como si conociese todos sus pensamientos, sus caprichos, sus generosidades. Como si la hubiese visto en traje de noche y en bañador. Tanto la miró, que Vestal enrojeció y perdió su aplomo. Se apresuró a exclamar:

—Neil, voy en busca de unas copas para tus amigos. ¿Quieres hacerles los honores entretanto?

Neil decidió que Borus parecía atento, tenso dispuesto a todo, y dijo con cautela, como si esperara que algo fuese a ocurrir:

—¿Qué se proponen con esta visita?

—Puede que sólo *verlos*. Y quizá comprobar si es usted un honrado congénere o bien un orgulloso y presumido charlatán. Me pregunto si podría soportar nuestra compañía. Somos *negros*, Neil.

Se dijo que lo lógico era ofenderse, pero inmediatamente decidió que no estaba ofendido. Que muchas de las barreras sociales que supuso existían entre el capitán Kingsblood (de los Kingsblood) y Borus el *camarero* negro, fueron producto de su imaginación, y que podía considerarse dichoso de contar

con la amistad de Borus, ahora que tenía a todos los Featherings en contra suya.

—Espero que sí, Borus —dijo gravemente—. Pero carezco de experiencia. Tendré que confiar en la ayuda de ustedes, si es posible.

—Naturalmente —dijo Hack. Y Borus, arrastrando las palabras, añadió:

—Puede que sí —como si realmente eso fuese un hecho, o pudiera ocurrir algún día, o fuese a ocurrir en fecha muy próxima.

Vestal entró llevando una gran bandeja de madera de arce, con varias botellas, vasos, hielo y sifón. Hack se levantó y torpemente extendió ambas manos para cogerla, pero Borus, más hábil, le tomó la delantera. Empezó a mezclar licores, mientras Hack y Faydis admiraban tímidamente la serenidad, la seguridad que allí se respiraba. Todos tomaron un *highball*, y la cosa cambió de aspecto. No eran ya «invasores negros» cuya presencia ofendiese a esposas altivas, sino seis seres jóvenes a quienes les gustaba reír y divertirse pasando juntos un rato extraordinariamente agradable. Se rieron de las historias que contaba Borus acerca de los ambiciosos policías blancos, de la opinión que acerca de los sargentos blancos tenía Hack, y de la sorpresa que tuvo Vestal cuando los vio entrar.

—¿Cómo está Bidy? —quiso saber Belfreda.

—Crecidísima —dijo mamá Vestal.

—Tendría usted que darle más brécol.

—En efecto.

—Y *Negro*, ¿qué tal sigue? Quiero decir... *Príncipe* —preguntó Belfreda.

Inevitablemente hablaron de problemas raciales.

Borus estaba completamente de acuerdo con Mr. Feathering en lo que respecta a la cultura de los negros.

—¿Para qué quiere un negro saber tanto, si sabiendo menos también puede ir tirando? —preguntó en tono burlón.

—Tenía intención de ajustarle las cuentas, capitán, pero es usted un excelente muchacho —dijo Hack Riley—. Adivino que le quedan por pasar muy malos ratos con los blan-

cos. Pero, ¿qué hacer? Yo he tenido que aguantarlos toda mi vida. Me gustaría verle a usted descargando un barco o pescando perlas.

Sin duda alguna, la última frase debía de tener un doble significado, porque, a oír a Vestal responder gravemente: «Estoy segura de que lo haría muy bien. Es un magnífico nadador», todos prorrumpieron en grandes carcajadas.

No permanecieron allí ni una hora. Al despedirse, Belfreda dio unos cariñosos golpecitos en la mano de Vestal, y el alegre grupo de felices personas se alejó en el suntuoso automóvil de Borus, gritando: «Sois muy simpáticos los dos. Id a vernos al *Jive*.» En otro tiempo, los de su raza recorrían afanosamente los caminos de Carolina, andando mientras sus «amos» galopaban. Pero el coche de un negro corre tanto como pueda correr el de un blanco.

—Son gente algo ruda, pero simpática —dijo Neil—. Magníficos amigos en caso de necesidad. ¿Comprendes ahora por qué los tomo en serio?

Vestal le miró fríamente.

—¿A esos payasos? —preguntó—. Pero, ¿te has vuelto loco, querido?

—Creí que te habían sido simpáticos.

—¡Bah! No quería que me cortasen el cuello.

—¡Oh, qué estupidez! —protestó Neil—. Son mucho más decentes que Curtiss Havock, y bastante más inteligentes.

—Más decente e inteligente que Curtiss Havock lo es cualquiera. ¿Quieres decir que tolerarías la manera de mirar de ese horrible Bugdoll? Le hubiese hecho azotar. No soy del Sur, pero sí completamente blanca.

—¡Oh! Me gustó lo mismo que la manera que tiene Eliot Hansen de sonreír cuando te mira, y de moverse para acabar siempre tocándote. Bugdoll es valiente. Puede que algún día nos consideremos dichosos de vivir cerca de donde él viva.

—Tú quizás sí pero no yo. No pienso estar allí.

—¿No? Bueno, creo que voy a dar un paseo antes de acostarme.

Casi deseó ser infiel a su inhumana esposa, como hacen

corrientemente los esposos jóvenes cuando están amargamente ofendidos, cuando creen que las nuevas y sorprendentes caricias de unos brazos más cálidos podrían ofrecerles explicación racional para todo. Intensamente deseó telefonar a Sophie Concord.

Así, después de cinco minutos de aire fresco y de soledad, volvió a su casa y discutió con Vestal hasta medianoche.

Transcurría el mes de febrero, y las aceras estaban peligrosamente heladas bajo la movable capa de nieve que las cubría. Los coches se atascaban y resbalaban hacia atrás cuando habían de subir una cuesta. Las cadenas de las ruedas al rozar los guardabarros durante todo el día, producían un ruido muy enojoso.

En la capital de la nación, un puñado de diputados del Sur se negaron a permitir que sus amigos, los titanes, votasen una ley prohibiendo a los patronos rehusar empleo si el individuo que lo solicitaba era de color.

El fuerte Sumter había sido incendiado otra vez. Y el Sur —el profundo Sur— se separaba de nuevo de la Constitución americana, con la ayuda —en esta ocasión— de algunos nortños simpatizantes de los secesionistas. El nuevo Jefferson Davis no había sido seleccionado todavía, pero cierto aristócrata, Mr. David L. Cohn, dueño de una plantación, había conseguido últimamente exaltar los ideales del Sur y hacer una llamada general a la rebelión, mediante su artículo publicado en el *Atlantic Monthly*, que decía así:

*Hay en el Sur blancos y negros dispuestos a combatir el Aislamiento en el Sur, por mandato federal. Que tengan cuidado. No dudo de que en ere caso los blancos del Sur se levantarían en armas y el país se vería asolado por la guerra civil.*

Ahora no había ningún Lincoln que formase un ejército. Así, ochenta y cinco años después de su comienzo, la guerra entre los Estados sería ganada por el Sur. Y en una pequeña y helada ciudad en los Estados centrales del Norte, un negro

llamado Neil Kingsblood conseguía con dificultad conservar su colocación. No por incompetencia ni por descuido, sino *por su color*, aunque no existiese tal color. Y Dios seguía reinando. Y todo era misterioso en su propia y maravillosa carencia total de sentido.

## CAPITULO XLII

PENSANDO en ingleses, franceses, holandeses, españoles y portugueses, y en los viajes que hicieron a sus respectivas y más remotas colonias y en las muchachas de servicio que trajeron de allá; considerando, además, las incursiones de los moros por el Sur de Africa y hacia el Norte, hacia Europa, y teniendo en cuenta las cálidas noches del Sur, es bien posible que todos los *blancos* de Europa y de ambas Américas, desde los duques británicos hasta los políticos de Georgia, lleven en sus venas unas gotas de «sangre negra».

Era Clem Brazenstar quien acababa de hablar. Estaba en la ciudad otra vez, y paraba en casa de los Woolcape. Viendo de nuevo su obscuro rostro de payaso, Neil sintió una gran alegría. Pero su atrevida teoría le había ofendido. ¿Qué sería de toda la cuidadosa estructura de su desdicha, si ahora resultaba que Vestal, y John William Prutt, y Wilbur Feathering, y Rodney Aldwick, podían ser clasificados como personas «de color»?

Pero Clem tenía otras «noticias bombas» preparadas para aquella noche:

—Si los blancos, en aquellas regiones del Sur que cuentan con un setenta u ochenta por ciento de población de color, les molesta saberse en minoría, hay una cosa que pueden hacer aparte de burlar la Ley y al Gobierno para seguir manteniendo su supremacía: aprovechar el privilegio que tan a menudo y tan generosamente han ofrecido a los negros descontentos. Es decir, *marcharse*.

»Con los últimos adelantos de la mecánica en la recolección del algodón y el cultivo del arroz, cuatro o cinco millones de jornaleros negros emigrarán probablemente hacia el Norte en los próximos quince años. Los honrados ciudadanos del Norte tendrán ocasión de comprobar si constituyen o no un problema para los blancos.

»Cuando un negro pierde los estribos y ataca a policías y comerciantes blancos, su actitud es sólo justa correspondencia

a los malos tratos que hubo de sufrir. Esta es una antigua regla en la biología de las revoluciones.

»Los prejuicios son el máspreciado «derecho de nacimiento» del ignorante. Si los siete hombres más sabios del mundo, completamente serenos, proclamasen durante siete horas seguidas que un negro como Ash Davis es tan admirable votante y excelente compañero para una cena como el tipo medio de hombre blanco dedicado al contrabando del alcohol, toda persona culta del Sur, sobre todo de ser mujer, les dejaría hablar y al final de su discurso, sonriendo correctamente, alegaría: «ustedes no entienden a los negros como yo. Y ¿qué dirían si sus respectivas siete hijas se casaran con negros?»

Clem se echó a reír jovialmente.

A las doce, la hora más animada para una discusión de razas, Neil hubo de marcharse. Al salir de la pequeña casa de los Woolcape tropezó con Wilbur Feathering, que paseaba tranquilamente por allí.

—¿Cómo está, Neil? —preguntó Wilbur cordialmente—. ¿Se ha divertido esta noche? Veo que a usted, como a mí, le gusta estudiar de cerca a estos pobres negros.

¿Habría sido Feathering quien informó a Rodney Aldwick con respecto a los *agitadores*?

Neil refunfuñó algo y se alejó.

A la mañana siguiente, en el Banco, vio a Mr. Feathering que hablaba con S. Ashiel Denver. Después, Mr. Denver le llamó.

—Neil, deseo que haga todo lo posible por complacer a Mr. Prutt. Es un hombre magnífico, de correctísimo código moral. Me contó que de niño, en Maine, se encontró un día sin dinero para echar en la bandeja, durante la colecta parroquial del domingo. Tan pronto como ganó un penique limpiando de hojas el suelo de cierto jardín, caminó cinco millas para entregarlo al limosnero de la capilla, un comerciante en zapatos, que se emocionó de tal modo ante la probada piedad del chucuelo que le regaló un par de botas de goma casi nuevas. Desde luego, la fidelidad de Mr. Prutt hacia todos los que trabajamos en este Banco no tiene precio.

—¿Ocurre algo malo, S. A.?

—Verá usted. Algunos de nuestros más importantes clientes se han quejado de que tengamos aquí empleado a un individuo que no es indoeuropeo. Usted nos conoce, Neil, Mr. Prutt y yo haremos cuanto esté en nuestra mano por ayudarle, pero...

A uno de los clientes no pareció ofenderle la presencia de Neil. Fue éste Lucian Firelock, que envió un recado a su jaula solitaria invitándole a comer. Neil se alegró de ello. Llevaba dos semanas comiendo solo, en un modesto restaurante ambulante.

Estuvieron en el lujoso «Montparnasse de Oscar», local a la moda, todavía más elegante que el Salón de Fiesole. Al entrar, Neil creyó ver que los dueños del establecimiento le miraban con desprecio y hostilidad. Lo sintió más por Lucian que por él.

Fueron amablemente guiados hacia la mesa, pero en seguida Neil vio a Randy Spruce y a Boone Havock. Ambos, después de mirarle, dijeron algo al *maitre*. ¿Fue todo producto de su imaginación, o era cierto que el propio camarero había adoptado una actitud impertinente? Estaba de pie, con los pies cruzados y mondándose los dientes con la lengua.

—¿Les parece bien unas chuletas de ternera? —preguntó después.

—A mí, perfectamente —dijo Lucian.

Y como Neil no respondiera, el camarero le preguntó:

—Y usted, ¿qué dice?

—Que sí.

—Van a encontrarlas riquísimas. Esa es la opinión de nuestros mejores clientes.

¿Se trataría de un camarero exageradamente comunicativo, o con poca experiencia del oficio? Lucian parecía contrariado.

«De estar solo —pensó Neil—, todo esto me tendría sin cuidado. Nunca volveré con un amigo blanco a ningún restaurante. Quiero evitarles este mal rato. Ni siquiera puede uno explicarles la situación. No lo entenderían. «¿Por qué no te

quejas?», dirían.»

No hablaron de doctrinas negras hasta después de terminado el almuerzo. Mientras comían charlaron de Diantha, esposa de Gregory Mari, dueño del periódico. Con singular fuerza y simplicidad, Diantha intentaba dominar todas las artes amenas de la ciudad desde el pequeño teatro hasta la Asociación del Programa Político Extranjero. Pudo perfectamente triunfar en su empeño de haber sabido dejar de beber después del tercer *cocktail*.

(Fue un hecho cierto que Neil llegó a preguntarse si tenía derecho a criticar el comportamiento de una dama blanca).

—Sé que no ha vuelto usted por el Club Federal —dijo Lucian de súbito—. ¿Por qué no se presenta allí ahora mismo?

—No soy socio.

—No tenían derecho a expulsarle.

—¿Qué conseguiría con ello?

—No sé —admitió Lucian—. Quizás demostrar algo que va en contra de mi teoría sobre el aislamiento, o sea, que existe una innata diferencia entre blancos y negros. Neil, mi buen amigo, me ha obligado usted a hacer horribles herejías a pesar de lo poco que le conozco. Puede que sea mejor que no llegue a conocerle a fondo. Tal vez me encontrase convertido en rosicruciano o en adorador del sol.

Neil volvió al Banco más animado.

A media tarde, Mr. Prutt le llamó a su despacho para decirle, esta vez sin sombra de amabilidad:

—No quiero que dé usted que hablar, comiendo, como hizo hoy, en compañía de un blanco. ¿Me promete que no volverá a hacerlo?

—¿Cómo? No. Nada de eso.

—He sido muy generoso no despidiéndole después de oír las quejas de nuestros clientes, Neil. ¿Lo comprende? La otra noche estuvo usted en casa de un hombre de color llamado Woolcape, en donde se reunía un grupo de negros, todos ellos agitadores que conspiran por destruir totalmente la estructura de nuestros negocios.

Neil se levantó.

—Si cree eso —dijo—, creerá también cualquier otra cosa. He de presentar mi dimisión.

—Eso es quitarnos a todos un peso de encima, Kingsblood. Procuraré no guardarle rencor por haberse aprovechado de nuestra tolerancia.

Mr. Prutt extendió una de sus enjutas manos para que su interlocutor la estrechase, pero Neil dijo suspirando:

—Está bien, señor. No me gusta estrechar la mano de un blanco. Buenos días señor.

Buscó a S. Ashiel Denver para decirle adiós, y vio que se escondía tras la caja fuerte.

Así, con la fotografía de Vestal y Bidy —enmarcada en plata— bajo el brazo, salió Neil del Banco. Era un negro sin trabajo.

Le quedaba por pagar el último plazo de su casa, pero éste sólo ascendía a unos doscientos dólares. Tenía una cuenta corriente de 1.127 dólares con 79. Y una esposa fiel.

La cuenta corriente estaba seguro de poseerla.

## CAPITULO XLIII

Como descendiente de mil Beehouses, Vestal tenía igual experiencia en ver a los hombres de su familia buscando trabajo, como en verlos convertidos en *chippewas* u hotentotes. Cuando el pánico de 1929, no obstante, tenía quince años. Recordaba a muchos respetables caballeros, antiguos estudiantes de Yale y Dartmouth, que, arruinados, hubieron de afrontar la vida valerosamente con unos ingresos anuales de menos de diez mil dólares.

Que Neil careciese totalmente de ingresos no llegó a preocuparla. El problema iba a ser decidirse entre una colocación en el Blue Ox National Bank —posiblemente con mejor sueldo— y otra en el menos importante Banco de Comerciantes y Mineros. En el último caso, sería el Banco quien saliese ganando.

En cuanto a Neil, menos en aquella ocasión —era estudiante todavía— en que pidió a su tío Edgar Saxinar le prestase una segadora mecánica para establecer un negocio de jardinería (aquel verano se encargó del arreglo de tres jardines, cobrando a razón de 35 centavos por jardín, pero pronto comprendió que el negocio no era de porvenir, pues gastaba los beneficios en gaseosas), tampoco supo nunca lo que era «buscar trabajo». La colocación en el Second National, conseguida al terminar sus estudios, fue algo tan natural y lógico como el reloj que para conmemorar el comienzo de esa nueva etapa de su vida le regaló su padre.

No sabía que al mundo le tiene completamente sin cuidado cuanto pueda ocurrir a los cautos rebeldes que deciden apartarse de la segura senda «Prutteriana». El mundo no los persigue. Simplemente, cuando ellos van a visitarle alegando que se mueren de hambre, no los recibe. Responde «que no está en casa».

Neil no quiso favorecer al Blue Ox National con su colaboración. Los Havocks no le eran simpáticos. No. Decidió ofrecer su ayuda al Banco de Comerciantes y Mineros y a su astuto amigo Mr. Topman, empleado en el mismo. Vestal dijo

que tenía que presentarse allí «a lo grande», es decir, que debía llevar el coche. No, no ella no lo necesitaba. Iba sólo al Club Femenino a jugar al *bridge*, y podía coger el autobús.

Neil entró en el pequeño y oscuro edificio del Banco de Comerciantes y Mineros, pero Mr. Topman le vio a través de las rejillas de su departamento y se escondió. Exactamente como si Neil mordiese. De mala gana le condujo a presencia del presidente del Banco, que en cierta ocasión, en el Club Heather tanto alabó su manera de jugar al tenis. Ahora ni siquiera le recordó. Dijo:

—Lo siento, pero ahora no tenemos plazas vacantes.

Con menos confianza, cada vez con menos confianza, Neil se presentó en los demás Bancos, en una casa de corretajes y en la Agencia de Seguros del Norte de Scott Zago.

Mr. Zago estaba «lamentablemente ocupado», o al menos eso fue lo que le comunicó Verne Avondene, gerente de la compañía, un anciano correctísimo que fue muy rico en otro tiempo. El jardín de Mr. Avondene fue uno de aquellos de cuya limpieza se encargó la joven y entusiasta firma comercial Neil y Compañía. En aquella ocasión, Mr. Avondene había dicho a Neil:

—¿Qué gran cosa intentas hacer en la Vida? ¿Conseguir el vellocino de Oro o la cabaña de Innisfree?

—No sé. Aún no he decidido si seré médico o aviador —respondió Neil.

Verne Avondene, en su calidad de secretario del Club Federal, fue quien telefoneó a Neil días atrás para comunicarle que «habían aceptado su dimisión». Ahora, oyendo las torpes insinuaciones de Neil con respecto a una colocación, le miró como se mira a un individuo de color cuya osadía resulta cómica. Ni siquiera se tomó el trabajo de decir «no». Se limitó a sonreír.

Levi Tarr, del *Emponum*, dijo que en los departamentos de Contabilidad y Créditos sobran empleados, pero que tal vez le interesase una plaza de vendedor.

—Me gustaría que probase. El sueldo es modesto, pero en poco tiempo podría labrarse un porvenir. Quisiera darle el

empleo por dos cosas: porque es usted inteligente y porque habría conseguido convencer a mi padre de que nos conviene tener algunos empleados negros. Usted sería... digamos un experimento

Neil mintió correctamente, alegando tener «otros proyectos».

«Yo... un experimento —se dijo—. Yo, tratando con viejas, vendiéndoles cintas o cualquier otro de esos endiablados artículos que vendéis aquí.»

De mala gana estuvo en la Compañía de Luz y Fuerza hablando con su suegro, Morton Beehouse, a quien desde el día de Año Nuevo no había vuelto a ver, y que había dejado de enviar a Vestal la pensión que antes le tenía asignada. Contemplando su expresión glacial, exclamó:

—No quiero una colocación por... limosna. Me tengo por un buen empleado.

—Sin duda alguna, también crees poder mantener decentemente a mi hija después de haberte enemistado con todos los honrados comerciantes de la ciudad. Pues bien, permíteme decirte que si logras un empleo en esta compañía será única y exclusivamente de limosna.

—Está bien —dijo Neil. Y se marchó.

Eso ocurrió durante su segundo y triste día de buscar trabajo. Aquella noche estuvo en el South End visitando una Sociedad de Préstamos para el Hogar. El suelo de la calle era resbaladizo y hubo de entrar en un garaje para que fijasen bien las llantas. Sobre el suelo mojado, y quitando el hielo adherido a un guardabarro, vio a un lavador de coches. Era negro. Llevaba la cara grasienta y el mono raído. Al verle, aquel individuo guiñó un ojo y le saludó alzando tímidamente una mano. Lentamente, y sorprendido, Neil reconoció en aquel gnomo al capitán Phil Windeck, a quien vio en el *Jumping Jive* muy autoritario y decidido con su uniforme de aviador.

—¡Phil! —gritó tan afectuosamente que ambos quedaron sorprendidos.

—¿Cómo está, capitán, es decir..., Neil? —preguntó en tono vacilante el pobre individuo.

Una vez cambiadas las frases de rigor, Neil quiso saber:

—¿Y la escuela de ingenieros? ¿Cuándo ingresa usted en ella?

—Todavía no he tenido valor para intentarlo. No quiero empezar otra vez mi magnífica carrera. Primero estudiante, después caballero y oficial, por último fracasado. Me siento demasiado *aislado*. Cuando empecé a buscar trabajo comprendí que el haber sido oficial no hacía sino perjudicarme. Los ingenieros blancos afirman que fue una impertinencia por mi parte.

»Así, pues, decidí seguir la larga ruta de los negros. Confío en que no tenga usted que conocerla nunca. De ciudad en ciudad (de Omaha a Dallas, de Seattle a Pittsburg), siempre oyendo decir que en la ciudad vecina daban trabajo a los negros, viajando en un furgón para trasladarme a ella y comprobando al llegar que todo fue mentira. Así hasta que sentí nostalgia de Garnett y de mi ciudad. Mi hogar está aquí, ¿sabe usted?, y amo estas montañas y estos ríos. He vuelto. Procuro ahorrar unos dólares para volver a empezar. O mis estudios, o aquella ruta.

»En todos los talleres de mecánica donde entré pedí lo mismo: que me dejaran un torno y me encargaran algún trabajo. Pero siempre obtuve la misma respuesta: «¿Cree que vamos a consentir que se estropee un aparato tan costoso sólo para contentar a un mozo de garaje, a *un negro*?» ¡Oh! Un fin, eso es todo.

Miró a Neil con resentimiento. Neil dijo sencillamente:

—Phil, yo también soy negro y he sido despedido por ello.

La expresión de su interlocutor cambió. Después de secarse cuidadosamente una mano en un trapo viejo, estrechó la de su compañero el capitán, su compañero sin trabajo y sin dinero; su amigo...

Cuando Phil acabó la faena, y tras un nuevo fracaso de Neil, fueron a tomar café al Restaurante del Automóvil. El dueño del establecimiento, acostumbrado al espectáculo del siempre embadurnado rostro de sus clientes, no intentaba si-

quiera adivinar quién de ellos era *blanco* y quién *de color*.

—Supongo que conocerás a mi padre, el viejo Cloat Windeck. Es mozo de ascensor en el edificio del Blue Ox National. El pobre viejo está desconsolado con mi fracaso. Siempre ha insistido en que heredé de él mi técnica aeronáutica. Como maneja el ascensor hasta un doceavo piso... —Luego añadió—: Durante mi viaje pasé en Denver una semana estupenda. Un lunes me coloqué de chófer de taxi y estaban contentos de mí. Conducía un magnífico coche nuevo color de púrpura. Aprendí a decir «Sí, señor» y «Sí, señora» perfectamente. Y a aceptar las propinas con igual optimismo que antes cobraba mi paga oficial. No ocurrió nada, ni incidente ni jaleos. Ni siquiera me miró mal un policía. Pero el martes, un amigo blanco se presentó en las oficinas de la compañía quejándose de que el coche que tomó «lo conducía un ignorante individuo de color». Me despidieron el miércoles. El jueves me coloqué de chófer de camión. Me siguieron cuatro chóferes blancos que me dieron una paliza, incendiaron el camión y... En fin, comprenderá que no tenía por qué presentarme en la oficina. Así, pues, monté en un tren de carga y salí para Cheyenne. «América, amo a tus hombres fuertes, amables, buenos camaradas, que tanto se ayudan en el trabajo los unos a los otros», dijo Whitman.

—Algún día me vengaré de determinados individuos blancos —dijo Neil pensativo—. Phil, cuando le ciega la cólera, ¿no piensa en las ametralladoras?

—Al principio sí, pero luego me domino. ¡Cielos! Esos blancos nunca podrán saber de cuánta paciencia hemos de hacer acopio la gente de color en todo el mundo. Es como la paciencia de Dios.

Neil nunca había podido hablar así, libre, apasionada, romántica, profanamente, con Judd Browler ni con el elegante Eliot Hansen. Pero en el camino de vuelta al hogar comprendió que su Vestal recibiría amablemente a Judd o a Eliot, pero no a Phil Windeck. No a un grasiento lavador de coches. No a un hombre a quien para llamar bastaba decir: «¡Eh, tú, muchacho, ven aquí!»

Había pagado el último plazo de su casa.

—Es nuestra. Nuestra *del todo*. Para siempre —dijo alegremente. Y ambos bailaron por la sala de estar castaña y azul, por el porche, por el pequeño comedor de caoba y cristal.

—En serio, Neil. ¿Verdad que te parecería magnífica aunque no supieses de quién es? —preguntó ella con cariñoso entusiasmo.

—Naturalmente.

No le pareció momento oportuno para decir que ahora sólo tenían en el banco 767 dólares con 61, que su pensión de ex combatiente no alteraría sensiblemente esa suma, y que su comedia de «joven caballero blanco que pretende pasar por negro en busca de trabajo» perdía romanticismo por momentos.

Pero a los pocos días hubo de decirle que no tenía muchas esperanzas de encontrar trabajo.

—Creo que tendrás que ayudarme a buscarlo..., sea lo que sea —confesó.

Vestal tomó medidas enérgicas. Despidió a Shirley con tan buenas maneras que ésta besó a Bidy antes de marchar, y cariñosamente se despidió de Vestal tratándola como a otra víctima de «esos individuos de Wall Street», igual que ella.

Economizó en las comidas. Rehusó ir al cine —antes, eso era casi una obligación—, miró amenazadoramente a *Príncipe*, que seguía con el voraz apetito de siempre, y bruscamente dijo a Bidy «que no podían comprarle el *pony*».

Después vendieron el coche. En los Estados Unidos, eso equivale a decir: «Después vendieron como esclavas a sus cuatro hijas.»

El precio fue satisfactorio debido a la escasez de vehículos de la postguerra. Pero el hecho de no tener automóvil fue, para el próspero hombre de negocios americano o para la ocupadísima popular y joven matrona —empeñada en mantener su categoría mientras los viejos amigos la miraban como si acabasen de conocerla y su persona no les fuese grata— igual que reconocer que *estaban muertos socialmente*.

Para resarcirla de tantas otras cosas como Bidy deseaba tener, Vestal le compró un cuadernillo de historietas cómicas que valía quince centavos. Hojeando aquella magnífica literatura, que en América ha venido a reemplazar a los cuentos de los hermanos Grimm y *El viento en los sauces*, Neil comprobó que no pocos dibujos reproducían personajes negros, todos ellos cómicos y despreciables.

Pero, harto de sermones, no dijo nada. Se limitó a robar a su hija el cuadernillo, a echarlo al fuego y a sentarse a meditar, muy pensativo, sobre el futuro que como «negra» aguardaba a Bidy. ¿Qué colegio, qué trabajo, qué boda la esperaban, cuando el hecho fuese reconocido públicamente?

Creyó oír a Vestal amonestándole: «Antes de portarte como un estúpido, debiste pensar todo eso.»

Creyó oír a Wilbur Feathering, ensañándose con él: «¿L. g. q. s. h. s. c. c. u. n., N.?» (¿Le gustaría que su hija se casase con un negro, Neil?) «¿Acaso —se preguntó a sí mismo— me gustaría que Bidy se casase con un muchacho como Winthrop Brewster?»

«Nada de eso. Ni aun suponiendo que Winthrop pudiese soportar a una criatura tan dominante y vigorosa como Bidy. Winthrop es el muchacho más encantador e inteligente de cuantos conozco.»

«¡Qué incorregiblemente blanco me siento! Soy el más extraño fenómeno de la naturaleza, después del terremoto y de la peste bubónica. Estoy discutiendo si Winthrop vale tanto como los que evidentemente son sus inferiores, y sin duda me considero muy valiente por discutir el hecho.»

No habló con Vestal de aquel tema.

Cierta mañana, cuando Orlo Vay iba hacia su tienda de óptica conduciendo un bien caldeado automóvil, y vio a «ese negro de Kingsblood» —un pordiosero que no tenía criada ni coche— atravesar la calle azotada por el viento para empezar su diaria búsqueda de trabajo; cuando le vio resbalar por la capa de nieve helada que cubría el pavimento y balancear los brazos para no perder el equilibrio, se echó a reír de puro gozo moral. Pero Virga, la esposa de Orlo Vay, atravesó nerviosa-

mente aquella misma calle para llevar un pastel a Vestal. Esta, que en aquel instante limpiaba enérgicamente su hogar, no supo si emocionarse o si considerarse insultada. Porque Mrs. Vay siempre fue tenida por persona «inferior» en el escogido círculo social de Syivan Park..., por lo menos hasta entonces.

## CAPITULO XLIV

VESTAL no tenía vocación de ermitaño... Le gustaban las fiestas. Toda clase de fiestas. El hecho de quedarse en el hogar, practicando santos principios, no la seducía.

Su padre, uno de los principales propulsores de los deberes cívicos del individuo, persona íntimamente convencida de que el matrimonio y los contratos de electricidad son cosas escritas de antemano en el cielo, la instaba para que abandonase a su esposo, se divorciase y volviera al hogar paterno. Luego revestida de su superioridad de *blanca*, podría asistir de nuevo a aquellos bailes y festejos nocturnos de Carnaval, en donde se come langosta de Newburgh y se juega al «¿No me conoces?» Si todo eso fracasaba, su padre había prometido enviarla a alguna otra ciudad vecina en donde nadie hubiese oído hablar del *color* de Bidy.

Cuando entró en el despacho de su padre, éste la miró por encima de la mesa escritorio. Fue como si la mirase la propia mesa.

—¿Por qué destrozas de este modo tu vida, Vessy? —dijo firmemente—. He hablado del asunto con tío Oliver y con el Reverendo Yarrow. Los dos están convencidos de que el matrimonio es sagrado, cuando se trata... de un verdadero matrimonio. Pero ambos convinieron conmigo en que tu unión no puede ser considerada como un lazo indisoluble, ya que fuiste engañada hasta el pie del altar por un loco homicida, un degenerado un negro... Cuando un hombre es, poco más o menos, esas tres cosas en una... No pretendemos que te divorcies de Kingsblood, sino que sea anulado tu matrimonio.

—¿Qué tontería!

—¿Cómo dices?

—He dicho «¿Qué tontería!»

—¿Crees que la frase es correcta?

—Quiero mucho a Neil. Lo paso estupendamente a su lado. Por lo menos, lo pasaba antes de que se convirtiese en algo así como «una junta magna». Además, no quiero dejarle

plantado.

—En cambio, me plantas a mí.

—Puede que sí.

—En tal caso, no creo que esperes que yo...

—No esperamos nada. *Nada*. No aceptaríamos ni un céntimo más de ti. Además, a Neil le han ofrecido una magnífica colocación en... No quiero decirte nada hasta que la noticia se haga pública. ¡Oh! Supongo que no habrás decidido hacerme la vida imposible, ¿verdad, papá?

—No. Lo que quiero es salvarte.

Eso, una y otra vez.

El elegante Eliot Hansen —no importa cuál fuese su opinión personal sobre Neil, traidor a su clase y a su raza— tuvo buen cuidado en demostrar a Vestal que seguía siéndole fiel y que esperaba humildemente la ocasión de ayudarla con sus consejos, simpatías, dinero, discusiones acerca de la ópera, fraternales apretones de mano u otra cosa cualquiera que pudiese ofrecerle y que ella tuviera a bien aceptar. Tan excesiva buena voluntad, junto con la apostura y la jovialidad de Eliot y su costumbre de mirarla con la cabeza algo ladeada, como un perro que estuviese adorándola, le convertían en refugio mucho más peligroso para Vestal de lo que pudo creerse en principio.

Con excepción de Eliot y de Curtiss Havock, los componentes del «grupo» que hasta hacía poco fue el de Vestal y Neil, no eran gente «peligrosa». Eran seres sencillos, muy «de su casa», que en un dormitorio lujoso se habrían sentido algo confusos y ante una tapicería de damasco rosa completamente confusos. De haber intentado definir «el acto venéreo» (suponiendo que les interesase definir algo que no fuese «balance comercial», «impulso rotativo» o «ese fascismo actual»), habrían dicho que era un «deporte de caza». Nunca «un deporte de *boudoir*». Pero Eliot compensaba con creces la timidez de sus compañeros. Era especialista en cinismo de igual modo que Judd Browler era maestro en saltos de truchas y Tom Crenway en la preparación de ensaladas. Sólo porque la viesen cambiar con Eliot una sonrisa clandestina, cualquier espo-

sa aburrida podía ganarse una interesante reputación y el consiguiente y secundario estremecimiento de emoción. En el cosmos de Grand Republic podía encontrarse *todo*, aunque fuese en miniatura. Eliot Hansen era Casanova, Salomón y la mejor parte del marqués de Sade. Todo reunido, compaginado, como para su consiguiente publicación en una revista.

Estar en casa de Eliot, aunque fuese a solas con Daisy, su esposa, era considerado sugestivo. Vestal, sólo por formar parte del comité encargado del adorno de la capilla, se vio obligada a ir. Además de encontrar a Daisy tropezó allí con Pomona Browler y Violet Crenway. Daisy las invitó a tomar el té. Contrariadas, comprobaron a la hora de tomarlo que era té, en efecto, lo que les servían. Y como todas sentían una mutua antipatía, concentraron su atención en Vestal, dándole a entender que recibirían con agrado cualquier confidencia que con respecto a sus disgustos «por lo de Neil» quisiera ella hacerles.

—¿Es cierto que Neil va a trabajar en un Banco más importante? —preguntó Violet. Y, evidentemente (o al menos así lo sospechó Vestal intranquila), quiso dar a entender: «¿Qué va a hacer el infeliz, ahora que le han despedido?»

—¿Tendrá Neil la pierna lo suficientemente fuerte para jugar al tenis el próximo verano? —dijo dulcemente Pomona. Y, evidentemente, quiso dar a entender: «¿Se atreverá a asomar la nariz en nuestro pequeño y querido club, motivando que algún indignado, alto y forzado aristócrata, como mi esposo, por ejemplo, que quiera proteger a su familia, aplaste sus negros, impertinentes y estúpidos hocicos?»

Daisy Hansen se aventuró a decir:

—Admito que estoy loca por tu esposo. Viviendo a su lado, como vives, ¿sigues hallándole tan maravilloso como le hallamos las demás mujeres?

Vestal interpretó esta frase del siguiente modo: «Vamos, confiesa que te niegas a dormir con ese horrible farsante, ahora que sabes que es... Bueno, tú ya me entiendes.»

Se limitó a corresponder a aquellas preguntas con una modesta descripción de Neil, según la cual quedaba éste como

un nuevo Apolo con una mezcla de Ajax y San Sebastián.

Que sus frases tuvieran o no aquel secreto significado; que su alegría ante la tragedia de ella fuese real o simple fantasía, no cambiaba el aspecto de las cosas. Vestal siguió nerviosa por saber su vida investigada y porque la clasificasen como a «la excéntrica esposa de un negro». Cuando entró Eliot y preguntó con voz parecida al trinar de un pájaro:

—Pero, muchachas, ¿es que no pensáis en tomar un *cocktail*? Vamos, ayúdame a prepararlo, Ves —se sintió repentinamente aliviada.

La bien surtida despensa de aquella moderna y selecta mansión, con su nevera esmaltada —verdadera miniatura destinada a la obtención de cubitos de hielo—, era para Eliot como «su café particular situado en un bulevar». Con las pajitas para el *cocktail* y la algo pegajosa botella de vermut italiano, el lugar había sido siempre un excelente escenario para la iniciación de sus más triunfales conquistas. Agitando solemnemente la coctelera de metal plateado —que tenía una abolladura, recuerdo del día en que Daisy se la arrojó a la cabeza—, miró a Vestal, una pulgada más alta que él, y dijo con voz arrulladora:

—¿Conoces el chiste del piloto que se hizo instalar un diván en el interior de su aparato?

—No. Quiero decir, sí. En suma, que no quiero oírlo.

—¿No? Pues te pierdes algo estupendo, nena. Oye, ¿te acuerdas de Bradd Criley, el abogado, que vivía aquí y que se trasladó a Nueva York?

—Sí. Le conocí.

—Doc Kelly, recién llegado de Nueva York, afirma que Criley tiene ahora una amiga. Una actriz de verdad, neoyorquina. ¡Y que no la trata poco bien!...; Le ha comprado una cama de seis pies de anchura, con colchón de goma último modelo. ¡La caraba!

Sin más discreción que la demostrada hasta entonces, siguió hablando de varios soldados y de sus amores en Europa; de una casita que tenía junto al río Gran Águila y que sus amigos, empleando la espantosa jerga moderna, llamaban «su

nido de amor». Vestal decidió que, con toda la sutileza digna de quien tiene un negocio de mantecados «al por mayor», Eliot intentaba convencerla de que la gente es aprovechada y de que sabe tener «líos». Así, pues, ¿por qué perder el tiempo?

Quiso hacerse la sorprendida. Simular que lo hallaba divertido y a la vez espantoso.

«Si yo no estuviera casada con un hombre de color, nunca habría tenido la osadía de insinuarse así —se dijo—. Ahora conozco la táctica de Eliot, cuando en su cerebro infantil las campanas repican «tocando a amor». Mr. Hansen, si vuelve usted a cogerme de nuevo la muñeca, le romperé la cabeza con su propia coctelera. ¿Saben qué es lo más divertido? —siguió diciéndose—. Pues que Borus Bugdoll representaría mucho mejor esta comedia. Borus es una canalla, pero bastante mejor educado que este *barman amateur*. Ha vivido en Harlem.

«Tengo que hablar con Neil. Todo esto me ocurre por su causa. Hasta ahora no me he quejado demasiado, pero... tendremos que cambiar de ciudad. Mudar de residencia y de nombre. Yo procuraré que Neil no vuelva a hablar en la vida de su heroica sangre negra. Esta mañana, al levantarme, sentí cierta confusión preguntándome qué clase de crimen había yo cometido. Luego comprendí que estoy casada con un negro y que tengo que hacer frente a la situación. ¡Oh, Dios mío!

Todo eso pensó, mientras el delicioso Eliot seguía agitando la coctelera, probando su contenido, charlando, sonriendo...

## CAPITULO XLV

NEIL ignoraba que el hecho de buscar empleo sea, en la vida de muchos seres, tarea bastante más angustiada que el de conservarlo. Una tarea bastante más nerviosa y humillante, que carece en absoluto de remuneración.

Andando, para ahorrar el dinero del autobús, fue de oficinas a fábricas y de fábricas a almacenes, resbalando sobre la helada superficie del suelo.

Hizo tanto frío aquel mes de febrero, que hasta el Primer Deber de todo buen ciudadano cabeza de familia —limpiar su acera— hubo de ser alterado, ya que de limpiarlas totalmente, apartando la nieve a paladas —en lugar de dejar que la misma formase una mullida alfombra—, después de fundirse los montoncillos acumulados junto a la acera, las calles se convierten en pistas heladas, a través de cuyo hielo puede verse el pavimento, y al transitar por ellas se rompen un tobillo o por lo menos se caen sentados, con la indignación consiguiente, prácticamente *todos* los habitantes de la ciudad.

Conforme el termómetro fue bajando, hasta quince, dieciséis y veinticinco grados bajo cero, los ciudadanos empezaron a ponerse grandes y bien abrochados chanclos, bufandas que les tapaban las orejas y fieltros suaves, hundidos hasta las mismas. Todos lamentaban haberse rendido a las exigencias de la moda, y, en consecuencia, no poder llevar aquellos pobres gorros de piel de foca que heredaron de sus prudentes y mejor abrigados antepasados.

La Avenida Chippewa, el curso de la ciudad, que en el mes de octubre fue lugar bullicioso y hasta imponente, estaba ahora parcialmente cubierta de hielo, y junto a la acera se formaba como una barrera de nieve ennegrecida, sobre la cual había que saltar cuando se abandonaba —con harta mala gana— el cálido interior de un autobús. Ahora no se veían en la calle marquesinas de color carmesí, ni trajes veraniegos, ni rojas canoas en los escaparates. Sólo estufas, géneros de frañela y medicinas para la tos. Grand Republic había perdido su

aire de ciudad floreciente, confiada y alegre. Sus edificios parecían más viejos, bajos y separados entre sí, bajo el cielo triste que aparentemente nunca más volvería a ser azul. Había trineos y esquís, y chiquillos saludables con gorros rojos. Pero no en los desgraciados sectores que Neil, en su búsqueda de trabajo, frecuentaba.

Nunca como ahora ansió tanto que llegase la primavera, con su brisa suave y el sol amigo. Era como un anciano que se preguntase «cuántas otras veces podría contemplar el bendito estío».

Avanzando por ese limbo monótono y gris, de puerta en puerta a cual menos hospitalaria, oyó algunas veces ofertas de trabajo, pero siempre de tan baja calidad que aceptarlo era comprometer su futuro. (Eso, al menos, creyó él.)

«Ahora ya no me avergonzaría de realizar cualquier clase de trabajo, pero aceptar éste... sería un mal precedente», murmuraba para sí, alejándose.

Buscar trabajo... Buscar trabajo... Buscar trabajo... Dos manzanas... Dos heladas manzanas... Buscar trabajo...

Ya no se trataba de «honrarse aceptando una entrevista». Ni de «buscar una colocación conveniente». Ni de «el sueldo es lo de menos». El sueldo era ahora lo más importante. El sueldo. Ganar dinero otra vez. Dinero semanal.

Buscar trabajo, buscar trabajo, buscar trabajo. Pasarse el día recorriendo calles, a través del fango, a través del frío; los pies pisando trozos de hielo, un hielo obscuro; los pies fatigados, calzados con chanclos, hundiéndose en la nieve, moviéndose siempre al compás del mismo estribillo. Buscar trabajo, buscar trabajo, buscar trabajo.

Buscar trabajo, no ya como banquero, sino como un negro fatigado que sabe que ha de vivir. Cuando un mes atrás se advirtió a sí mismo que resultaría difícil adoptar la personalidad de un negro sin dinero en esa cristiana tierra, y que un único día de soportar las vejaciones que reciben en ella los individuos de aquella raza iba a ser terrible, no sospechaba que se tratase de un infierno. Un infierno el frío, un infierno los insultos de los empleados, un infierno su cartera tan vacía

que había de conformarse con un café o un plato de sopa por todo almuerzo; un infierno el dolor de los tendones de su pierna coja, aquella pobre pierna que casi perdió por defender la libertad que para rehusar trabajo a los americanos negros tienen los americanos blancos.

Aunque algún día el Gobierno le concediese una pensión más importante por haber sido herido, no se creía con fuerzas para soportar la inútil vida de «pensionado», con la única perspectiva de una granja triste y modesta, y Vestal y Bidy, y una prudente escasez. Es decir, convertirse en un holgazán sin ambiciones.

«¿Habría sido tan temerario, habría dicho que soy negro, de haber sabido lo difícil que resulta encontrar trabajo sin ocultar mi raza?», se preguntó.

La duda le encolerizó desesperadamente.

«No podía hacer otra cosa. Tenía que evadirme. *Buscar trabajo*. Tenía que evadirme. *Buscar trabajo*. Tenía que... ¡Cómo me duele la pierna, y qué frío hace!»

Pero, a pesar de todo, siempre que llenaba una hoja para aspirar a determinado empleo, bajo la columna «Raza» escribía: «De color.»

Inevitablemente acudió a la Wargate en busca de trabajo. Pero no quiso molestar a Lucian Firelock. El desconocido del Departamento de Colocación sólo le ofreció una plaza de «encargado de registrar las entradas y salidas del personal». Un trabajo de anciano, con veintiséis dólares de sueldo a la semana.

Los comentarios de Mrs. Timberlane, amiga de Vestal, acerca de Fliegend, el fabricante de juguetes, impulsaron a Neil a presentarse allí. El viejo le recibió con agrado, pero tampoco en la fábrica de juguetes había trabajo adecuado para él. Decidió que, aunque hasta entonces se había creído un útil y culto miembro de la sociedad, no tenía habilidades especiales, aparte de organizar excursiones y concursos de golf y trabajar en el Banco. Y aun del Banco, aparte del trabajo rutinario, no sabía nada. En el Second National había sido una figura decorativa, simplemente por tener la sonrisa amable,

por ser hijo político de Morton Beehouse y por ser también evidentemente conservador y de tan pura raza blanca. Se dijo que sabía conducir una canoa, pero no como un indio. Y conducir un coche, pero no como un taxista. Y que aunque era perfecta su técnica asando filetes de sollo en una hoguera al aire libre, no resultaba comercial.

Vio a Sophie y a Ash bajo un nuevo aspecto. A pesar del afecto que por ellos sentía, siempre se creyó condescendiente con los dos. Ahora hubo de admitir que si bien él podía morir de hambre, Sophie quedaría bien, a Dios gracias, aun en el mundo de los blancos, como enfermera y como cantante. Y que Ash Davis podía abrirse un modesto camino en la vida, no sólo como químico, sino como arpillador, músico, camaretero, cocinero, lingüista, maestro, «y probablemente —añadió Neil suspirando— hasta como actor shakespeariano o presidente del Consejo de una Compañía de aceros».

Cuando de nuevo vio a Sophie con Ash y Martha, Neil, tipo sencillo del Oeste Medio, preguntó a aquellos sofisticados habitantes de una gran ciudad «donde podía encontrar trabajo». Su actitud, evidentemente, era cada vez más humilde.

Tendré que ocuparme de ti, criatura —dijo Sophie con un suspiro—. De haber tenido que luchar anteriormente, ahora sabrías salir adelante. Ve a la calle Mayo y pide trabajo a Vanderbilt Litch. Tiene un negocio de funeraria y es a la vez prestamista y un tío muy listo. El único espía que tenemos en la Ciudad del Bronce. Puede que esté dispuesto a pagar bien a un individuo emparentado con la flor y nata de la sociedad local.

—¡Oh! Yo... no lo creo así —dijo Neil.

Y añadió para sí: «No quiero caer tan bajo.»

Luego, considerablemente sorprendido, comprendió que la calle Mayo y todos los negros estaban todavía muy lejos de él, y que Hack Riley tuvo razón cuando le dijo que «estaba jugando a ser negro».

Pero no jugaba, aunque pensando en lo que deseaba hacer durante su interminable búsqueda de trabajo se sintiese algo

confuso.

Había probado suerte en la imprenta de su vecino Tom Crenway, quien inmediatamente se lo quitó de encima, y en la fábrica de harinas Laverick. Aquí, su antiguo camarada Jay Laverick le obsequió con una copa y le preguntó si abundaban los «planes» en la calle Mayo, pero al oír que Neil deseaba una colocación, gritó:

—¿Para ti? ¿Una colocación aquí? ¡Cielos! No puede ser. Es cuestión de principios no contratar a un individuo de vuestra raza.

Luego encontró trabajo en el *Beaux Arts*. Por pura coincidencia.

Tentado estuvo de pasar de largo, dejando atrás el lujoso establecimiento de «Artículos para la mujer» —trajes, perfumes en frascos de cristal y oro, joyas de época, jerseys suaves como el aliento de un niño virtuoso—, cuando se le ocurrió la idea de entrar y probar fortuna con su antiguo compañero de golf Harley Bozard, propietario de la tienda. Era un individuo grueso, activo, que llevaba gafas, estaba muy orgulloso de que le conociesen en el Club 21 de Nueva York, y entendía algo en pintura.

Neil había rehusado el empleo de vendedor que le ofreció Levi Tarr, pero aun era lo bastante ingenuo para creer más agradable vender medias *Nylon* a las esposas de los grandes industriales del ramo de la madera —sobre las alfombras de color cervato del *Beaux Arts*— que a las sencillas amas de casa vestidas de percal, sobre los suelos desnudos del *Tarr Emporium*, en donde tanto resonaban las pisadas.

Grand Republic era una ciudad lo suficientemente pequeña para que, con excepción de algunas fábricas como la *War-gate*, el dueño de un negocio se encargara de contratar personalmente a sus empleados, en vez de dejarlo en manos de un técnico con «demostraciones de eficiencia» en lugar de ojos. Harley Bozard recibió a Neil en su despacho de paredes tapi-zadas de seda y le dio la bienvenida con frases varoniles aunque estrictamente refinadas.

—¿Cómo estás, cómo estás, viejo amigo? Hace un mon-

tón de domingos que no te veo. ¿Qué haces ahora?

—Es lo que me gustaría saber, Harley. Sabes que entiendo mucho de números...

—Espera, espera, espera...

Harley describió un mágico círculo en el aire con una mano en la que sostenía la boquilla de porcelana. Luego cerró los ojos, como si estuviera terriblemente impresionado. Una endiablada idea se había apoderado de él. Parecía un agente de publicidad o un decorador de interiores.

—Nunca me he sentido demasiado satisfecho de la Sección de Deportes. Siempre he esperado hallar un hombre con grandes ideas. Tal vez tú puedas ser ese hombre. Dejaré la sección en manos de un gran jugador de golf y tenis. Un gran corredor de esquíes, un gran pescador que también ha sido héroe de la guerra. ¡Oh! Será magnífico. «El capitán Kingsblood trae hasta ustedes el aliento de los grandes paisajes abiertos. Sus expertos consejos de deportista están a disposición del público». ¡Estupendo! Ya te veo como jefe, engrandeciendo a tu antojo la sección, pero creo que será mejor que empieces por aprender la técnica de las ventas. Durante ese aprendizaje no podré pagarte más de cuarenta a la semana. No. Digamos cuarenta y cinco. Pero no veo motivo que impida que ganes doscientos semanales dentro de poco, y hasta que llegues a ser mi socio. Es un pacto, Neil.

Neil dijo que sí, que era un pacto. Y fue a telefonar a Vestal.

—Lo conseguí —dijo—. Tengo un empleo.

—¡Oh, qué alegría, querido! Has pasado unos días tan malos... ¿Qué clase de empleo?

—Algo así como..., reorganizar la sección de deportes en la tienda de Harley Bozard.

—¡Oh!

—Claro que en principio sólo seré vendedor.

—¡Oh!

Fue la exclamación más inexpresiva que Neil oyó en su vida. La pregunta que hizo ella a continuación tampoco fue muy optimista.

—¿Dijo algo acerca de contratar los servicios de un individuo de color?

—¿Cómo? La verdad es que ni siquiera habló de ese asunto. Olvidé que soy «un individuo de color».

—Porque no lo eres. Eres el maravilloso capitán Kingsblood y mi único amor. Lamento no haber demostrado más entusiasmo. Quedé algo sorprendida, eso es todo. Harley es tan falso... Te da un cariñoso golpecito en la espalda, y, cuando estás más distraído, una puñalada en el mismo lugar. Pero estoy segura de que todo irá bien.

Ahora Neil ya no estaba tan seguro de que esto ocurriera. Recordó que nunca había sentido simpatía por Harley. Aquel individuo era para él «un traje de mezclilla inclinado sobre un mal colocado palo de golf. Neil comprendió que no era tan excelente soldado o explorador como para que un ejército de rendidas vírgenes le buscara y le pidiera consejo acerca de... una cesta para la merienda.

«¡Que no estaré a la altura! —se dijo—. Tengo tiempo de preocuparme por eso. Voy a trabajar otra vez. Es lo importante.

Empezó a trabajar el lunes. En el periódico del domingo, y en la página destinada a publicidad, salió un anuncio del *Beaux Arts* mediante el cual Mr. Harley Bozard «tenía el honor de comunicar que el capitán Kingsblood, famoso soldado y deportista, había decidido ligar su destino al elegante Departamento de Deportes y Juegos Ingleses del *Beaux Arts*», en donde estaba a disposición del público para ofrecer a todos los amantes del campo y las excursiones los beneficios de su experiencia en tantas tierras.

Un domingo por la noche, Cope Anderson, el químico, y el Reverendo Lloyd Gadd, clérigo congregacional, telefonearon a Neil para advertirle que Harley Bozard y los jefes de sección de su establecimiento andaban diciendo por toda la ciudad: «Vaya a la tienda y hágase atender por nuestro caballero negro. Se divertirá. Pregúntele cuanto desee.»

Aquella primera mañana que trabajó en el *Beaux Arts*, Neil no fue recibido por Harley en su despacho, sino en la

húmeda y sombría puerta de entrada para empleados, por un misántropo de pelo grasiento y americana de alpaca, que dijo con acritud:

—Ha de ser puntual y marcar en el reloj la hora de llegada, como hacen todos, Kingsblood. Preséntese en el Departamento de Deportes, y miss Garr le enseñará a vender también, suponiendo que pueda aprenderlo, a comportarse y a ser respetuoso con los clientes. Aquí tiene su armario. Y por lo que más quiera, cuide de tenerlo siempre bien cerrado. Procure no tocar los demás. No comprendo cómo permiten a un cochino negro vestirse y desnudarse junto a los demás, personas decentes todos ellos. Pero, en fin, que nuestro director se haya vuelto loco no significa que nosotros lo estemos también.

Al ver cómo le miraba, Neil estuvo tentado de atizarle un puñetazo.

Miss Garr, que había de ser maestra de Neil, era una dama delgada, de indignado aspecto. Le hizo esperar diez minutos mientras conversaba con otras tres vendedoras. Todas le miraron echándose a reír. Oyó la palabra *negro* dicha en tono despectivo. Cuando miss Garr se acercó para iniciarle en las complicadas matemáticas de la venta y en el arte de diferenciar un cojín para canoa de una pelota de tenis, lo hizo procurando mantenerse lo más apartada posible de su persona, como si su contacto contaminase.

Los negros aprenden a guardar silencio.

Si el ejército de vendedoras no acogió con entusiasmo la tan comentada experiencia de Neil, el monstruo conocido por «Público Comprador Femenino» le dio la bienvenida con murmullos y exclamaciones humorísticas. Neil llegó a creer que todas las mujeres de Grand Republic, incluyendo a las pocas que conocía personalmente, entraron allí para mirarle y decir frases sin duda relacionadas con el deporte, pero que en verdad significaban: «¿Es usted negro de verdad? ¿Tienen los negros una capacidad sexual tan privilegiada como he oído decir? ¿Puedo hacer otra cosa, aparte de aparentar timidez y disponerme a gritar y pedir socorro?»

Su jadeante respiración, sus miradas fijas, el horrible mo-

vimiento de sus hombros, todo ello hablaba un lenguaje obsceno y supersticioso.

Contemplaban su cabello de negro (rojo ruano), su rostro de negro (color de tafilete tostado) sus grandes manos de negro (color de barro cocido y salpicadas de pecas), sus largas piernas de negro, su fuerte cuerpo de negro. Y como un negro siempre es estúpido y le gusta que se rían de él, comentaban sus extraños rasgos lo bastante cerca de él para que Neil los oyese.

Le hacían una variada colección de preguntas. «Si se emplea una mosca para la pesca del salmón en Nueva Escocia, y qué clase de mosca. Si Joc Luis podía vencer a Jack Dempsey. Si sabía cómo jugaba al tenis «mi primo William V. Getch, del South Milwaukee Country Club». Si los juegos de damas chinos se parecen al *mahjong*. Cuánto valía un juego de ajedrez..., «ya sabe, cualquier clase de ajedrez». Cuánto costaría una familia compuesta de la interesada, su esposo, dos hijos (de nueve años y medio y once, respectivamente), una hija (de seis años, a punto de cumplir siete) y su padre político, a quienes les gusta coger cangrejos, la estancia en el Campamento de Pesca de Nippisag, en Lago Winnigigonabash, el próximo verano, y si el precio sería más elevado que en 1939».

Pero la pregunta que realmente conseguía atravesar las cerradas puerros de sus oídos fue la que le hizo una matrona de cuarenta años, que, mirándole con recelo, dijo irónicamente, con su estridente voz de cencerro:

—Supongo que todos ustedes, los soldados de color, andarían locos detrás de las muchachitas francesas.

Luego, una joven experimentada de extraña figura insistió en que le enseñase jerseys —a pesar de no tenerlos en su departamento—, lanzándole entre tanto miradas de soslayo, y acariciándose unas protuberancias que seguramente —Neil estaba seguro de ello— eran postizas. A pesar de lo cual, se abstuvo de vomitar.

Cuando era un banquero blanco —persona que merecía más atención— nunca tropezó con mujeres tan inmorales. Se

dijo que no eran personas normales, que debían de ser de aquellas que se embelesan contemplando «la casa donde se cometió el crimen». Su futuro como «sensacional atracción» no le inspiraba demasiada confianza.

Muchas de ellas se le acercaban demasiado y muchas huían en cuanto le veían empuñar un bastón de golf. Pero fueran cuales fuesen sus «corrientes físicas», todas estaban de acuerdo en no llamarle «Míster Kingsblood». Le decían «Capitán», o: «Eh...», o simplemente: «Oiga, mire».

Tan insoportables como esas mujeres eran sus esposos. Aunque éstos se presentaran en raras ocasiones, Neil pudo oír sus decididas protestas: «No. No quiero hablar con ese degenerado.» Peor todavía era contemplar a su viejo amigo Harley Bozard paseando de un lado a otro, y adivinarle satisfecho. Y aun más horribles que Harley eran los soldados con sus respectivas novias, contentos viendo así postergado a un antiguo oficial. Oírles decir, recreándose en sus palabras:

—Capitán, ¿sabe qué pantalones de esquí convienen a mi novia? Tenga especial cuidado en escoger unos que le queden ajustados.

En varias dolorosas ocasiones vio a Violet Crenway, Rose Pennloss y Diantha Mari que se alejaban rápidamente de la muchedumbre congregada en su departamento. Era como si recogiesen con altivo ademán «sus faldas espirituales». Mirando a Diantha que desaparecía, divisó al comandante Rodney Aldwick apoyado en una de las grandes columnas blancas. Tenía los brazos cruzados, la figura erguida y le miraba, no con sarcasmo. pero... como si hallase muy divertido el espectáculo. Neil comprendió entonces el sentimiento de inferioridad que atormenta al esclavo y que acaba convirtiéndose en furia criminal.

Mas pronto se apagó toda su cólera. ¿Vender jerseys y cañas de pescar toda la vida? Cuando al llegar a su hogar Vestal le recibió con un glacial «¿Y bien?», había dejado de estar furioso para sentirse deprimido.

La afluencia de público, que para Neil significaba algo así como una paliza diaria, no duró toda la semana. El tercer día,

Neil pudo pasar algunos ratos apoyado en el mostrador, sin hallar el contacto muy suave.

El sábado por la mañana, Harley Bozard se presentó en su sección para amonestarle.

—¿Por qué no te esmeras en tratar mejor a la clientela? He observado que muchos entran atraídos solamente por la generosa publicidad que de ti hicimos. El informe de las ventas que has venido realizando no es muy satisfactorio. Deja de pensar en tu belleza, Kingsblood, y procura que el público compre.

Neil se encaminó a su hogar. No halló a Vestal molesta, sino furiosa.

—Tengo entendido que te diviertes mucho en la tienda, charlando con mujeres chismosas, riendo con ellas y humillándome hablándoles de mí —dijo.

—Pero, ¿quién diablos...?

—Me lo ha dicho alguien a quien ambos conocemos perfectamente. No te diré quién. Lamentaba mucho mi situación. Te vio en la tienda.

—Pero tú no fuiste a ver cómo me desenvolvía...

—Naturalmente.

—No se te ocurrió pensar que tal vez no me fuese fácil aprender a...

—Por lo que más quieras, no me vengas ahora con discursos selectos acerca de «la injusticia social relacionada con la venta de calcetines».

El salió sin decir una palabra. No volvió a cenar. En silencio, tomó el camino de los brazos de Sophie Concord.

Atravesó la fría calle Mayo y mientras lo hacía sintió que aminoraba la furia de exilado que Vestal había conseguido despertar en él.

«Ha sido terrible para ella. Aprecia realmente lo que llama «su posición social». Creo que también yo la apreciaba en otro tiempo. Tal vez le conviniese más abandonarme, marchar con Bidy a casa de su padre. El podría retirarse de los negocios y llevarlas a California. Allí nadie sabía lo ocurrido. ¿Por qué ella y Bidy han de luchar a mi lado? Será mejor que todo

eso ocurra antes de que crezca la cólera de Vestal y diga cosas todavía más terribles. Mi querida Vestal, ¡cuánto te he amado!»

La casa en donde vivía Sophie, una casa de vecindad, era como un pequeño y alegre hotel. En una sola habitación vivían familias negras enteras, que bromeaban alrededor de un puchero de sopa. En un pasillo, y predicando en voz alta a un público compuesto por su propia persona, estaba Eider Mies, modesto gordezuelo profeta de la raza negra, a la vez zapatero remendón y propietario del «Templo de la Inspiración de la Divina Asamblea de la Elevada Santidad», que carecía por el momento de local donde establecerse. A las seis, cuando entró Neil en el edificio, algunos alegres individuos aficionados al juego, que solían practicar su diversión favorita al caer de la tarde y que durante el día eran porteros o descargadores de grano, cruzaban el pasillo luciendo abrigos claros y sombreros verdes adornados de plumas.

Cuando Sophie, correspondiendo a su llamada, gritó «Adelante», Neil entró en la única habitación que constituía el hogar de la muchacha. Había estado allí alguna otra vez, pero sólo unos instantes, en el intranquilo momento de alguna despedida.

La habitación, situada en un ángulo del edificio, era cuadrada y poseía una mezcla de pobreza y de pasados lujos. Un catre destartado, cubierto por una piel de ciervo teñida de rojo y adornado con una cenefa de piel de leopardo bastante deteriorada —restos de un traje que usó para trabajar en escena y que hacía tiempo dejó de existir—, hacía las veces de cama. Sobre una mesa grande vio un fogón de petróleo —de dos espitas—, un gorro de enfermera, una verdadera ciudad en miniatura de frascos de cosméticos, y las principales obras de John Dewey. En la pared colgaban un cuadro —el valle de Vermont, pintado por Lucioni— de ofensivo abstraccionismo, la fotografía de una muchacha negra —desnuda, brillante, atrevida— y un gran calendario reproduciendo la imagen de un gato dentro de una cesta. Junto a cada fecha había notas relativas al trabajo de una enfermera. En medio de aquella

habitación de mujer demasiado ocupada para ser buen ama de casa y demasiado interesada por cuanto significase «vida» para hacer que un exagerado orden a su alrededor ofuscarse su propia belleza, estaba Sophie, sentada ante el tocador —hecho aprovechando un archivador de roble dorado—, dándose brillo a las uñas.

Se levantó para mirar a Neil. Estaba serena, y no tenía ni sombra de miedo. Era tan alta como Vestal. Llevaba una ancha bata de seda purpúrea con reflejos tornasolados en oro que dejaba al descubierto su escote moreno dorado. Le miró con renovada fijeza al comprobar que se tambaleaba. Luego murmuró: «¡Oh, pobrecillo!», y le tendió los brazos. El apoyó una mejilla en su pecho suave.

Se sentaron confiados en el sofá que servía de lecho, el uno en brazos del otro. Ella dijo con ternura:

—Es horrible estar en la tienda de ese pájaro, ¿verdad, querido? No quise ir por miedo a hacerte más difícil la situación. No creo que puedas estar nunca más desmoralizado que ahora. Es la primera vez que te enfrentas con la malicia humana. Nunca podrán hacerte sufrir más de lo que llevas sufrido. ¡Oh! Ahora hasta podría amarte. Sólo que... tú mismo lo dijiste: no soy lo bastante primitiva para dejarme arrastrar por el instinto.

»Me deshice de él antes de convertirme en misionera. Igual que tú. Así, pues, dame un beso y vete a casita. ¡Oh! Empiezo a estar cansada de ser tan estúpidamente virtuosa y trabajadora. Empiezo a estar cansada.

A Neil, típico representante del sexo masculino, no se le había ocurrido la idea de que ella pudiera sentir decaimiento. Algo sorprendido, apoyó la cabeza de Sophie en su hombro, en lugar de desplomarse otra vez sobre su pecho, y dijo acariciándola:

—Estás muy deprimida

Sophie cambió totalmente. De madre divina se convirtió en chiquilla.

—¿Por qué no he de estarlo? —preguntó en tono quejumbroso—. ¿Por qué *la quieres* tanto?

—¡Oh! Pues... en primer lugar, ¡es tan hermosa! Tú misma lo dijiste. Como un caballo de carreras.

—No tiene unas piernas como las mías —dijo gravemente Sophie, y extendió una, desnuda, bronceada, brillante, doblando la punta de los dedos, como una danzarina de *ballet*.

—Sí las tiene.

—En serio, ¿por qué la quieres tanto?

—Sólo puedo definirla con un adjetivo Vestal es... encantadora. Y justa. Le gusta ser generosa con todos.

—Empezando por ella misma.

—¿Por qué no?

—Escucha, mi pequeño y testarudo migo. No me quejo de que adores a Vestal. Pero, puesto que es ella quien me roba tu amor (cosa inevitable, al parecer), quiero que al menos sea digna de ello. No quiero que me derrote una especie de tití —dijo Sophie, acomodándose entre sus brazos. Y añadió—: Está bien, está bien, Vestal es la maravilla del siglo. Lo único malo en ella es que está bien educada, pero no sabe nada de la vida. No sabe lo que es... dar a luz a un niño en un taxi, ni echar de su habitación al dueño del café en donde se trabaja sin perder el empleo. Puede que sea lo que tú necesitas y... —Se interrumpió. Al hablar de nuevo, su voz fue en principio casi tímida—. Neil, me gustaría conocerla mejor algún día. No creo que eso sea posible, pero,, que Dios la bendiga. A ella y a ti. Quiérela siempre, congénito banquero blanco, hombre de Yale.

—¿Cómo? Pero si no he estudiado en Yale.

—¡Oh, cielos!

—Sophie, supón que ella me abandona.

—Oblígala a quedarse, ¡qué caray! Y no vengas a contar tus amorosas cuitas y a pedir consejo a la anciana tía Concord. Hay por aquí mucho de la ardiente inflamable muchacha llamada Sophie. Vuelve junto a mamá Vestal. Y ojalá seas elegido como uno de los Hijos de la Revolución Americana.

El la besó, tranquila, correctamente.

Camino de su hogar, y aunque pudiera por ello ser considerado un desagradecido, no iba pensando ni en Sophie ni en

Vestal, ni en ninguna otra mujer. Sólo en una buena pelea, limpia y dura, con algún hombre. Harley Bozard, por ejemplo. O Wilbur Feathering. O el comandante Rodney Aldwick.

Cuando entró en su hogar, oyó decir a Vestal en tono grave:

—Creo que me porté muy mal contigo, y lo lamento. Creo que lo lamento. Pero no me gusta cómo andan las cosas. Algún cambio tiene que ocurrir.

Neil, revestido de su nueva y reciente personalidad, le dio un beso poco expresivo y no respondió. Estaba demasiado preocupado pensando en su proyectada pelea.

## CAPITULO XAVI

PASÓ el domingo entero meditando en su empleo del *Beaux Arts*. Su semana de humillación se le antojaba un pájaro de rico plumaje encerrado en una pequeña jaula dorada, rodeado de personas curiosas que al mirarle sonreían burlo-namente. Decidió que en su vida de obrero negro no toleraría la insolencia de los demás. Ni se rendiría ante ella. Por el contrario, tomaría ejemplo del prójimo y aprendería también a ser insolente.

El lunes por la mañana no marcó la hora de llegada en el reloj de registro, sino que se encaminó al despacho particular de Harley, para decir muy agitado:

—Fue realmente un empleo magnífico, Harley. El próximo verano, si me necesitas para mejorar tu golf, avísame. Hasta entonces, buena suerte.

Era el momento preciso en que un negro —no importa la fecha de su nacimiento— debe definirse, mostrándose desafiante o vencido. La primera revuelta por cuestiones raciales ocurrida después de la segunda guerra mundial acababa de registrarse en Tennessee. Fue una típica lucha entre policías uniformados y sencillos ciudadanos de piel oscura muertos de miedo. Y con las esposas y los hijos de éstos.

Neil creyó preferible disfrutar de un buen almuerzo antes de iniciar de nuevo la fría búsqueda de trabajo. Entró en el Salón de Fiesole, del Pineland, murmurando para sí: «No vengo con ánimo de armar jaleo. Nada de eso. Sólo intento defender mis derechos.» En otras palabras, que buscaba jaleo realmente y que sus derechos eran, en aquellos momentos, lo de menos.

Drexel Greenshaw pareció dudar antes de admitirle en la pompeyana santidad del recinto. Luego se limitó a inclinar la cabeza y a acompañarle hasta una mesa de tercera categoría situada detrás de una columna; la clase de mesa que suele reservarse para granjeros, clérigos de pueblo y gentezuela por el estilo. Pero el camarero de color sirvió a Neil con presteza

y esmero. Neil, satisfecho, iba incluso a encargar un cigarro puro. En aquel instante, y detrás de un jarrón oriental decorado con guirnaldas, surgió Glenn Tartan. Situándose a su lado, preguntó amablemente;

—¿Todo bien? ¿Está satisfecho del servicio?

—Estupendo, Glenn. Sencillamente estupendo —admitió Neil con entera sinceridad.

—En tal caso, sírvase tomar nota de que hemos cumplido con lo que ordena la ley. Nuestra clientela se queja enérgicamente de que admitimos a caballeros de color. Dicen que eso es estropearles a ellos el almuerzo. No obstante, le hemos atendido. ¿Puedo rogarle ahora... que no vuelva a aparecer por aquí?

Y Glenn se alejó rápidamente.

Mientras Neil emitía algunos sonidos entrecortados, Drexel Greenshaw, el mismo que hasta hacía poco se mostró tan humilde con mister Kingsblood, el joven banquero, se acercó para decir con indiferencia:

—¿Me permite un pequeño consejo de amigo, Neil? Busque un empleo adecuado y procure ser humilde con los blancos. Sitúese en su lugar y no se salga nunca de él. Manténgase alejado de lugares selectos como éste. Los blancos tienen el poder, y es mucho más prudente no tenerlos por enemigos. Sé exactamente cómo hay que tratarlos. Nunca tengo contratiempos. Y jamás perderé mi empleo, como le ha ocurrido a usted en el *Beaux Arts*.

—¿Cómo lo sabe?

—Para poder defendernos en el mezquino mundo de los blancos, nosotros los negros tenemos que saberlo *todo*. Así, pues, muchacho sea prudente y no se salga del lugar que le pertenece. Con el tiempo, si se gana usted una excelente reputación, tal vez su hija se abra camino y consiga, como las mías, una buena colocación. Desde luego, ha de cambiar la posición de nuestra raza, pero todavía no ha llegado el momento de que eso ocurra. Es idiota y perverso hablar ahora de revoluciones. Y a propósito, quiero pedirle que deje de meter ideas revolucionarias en la cabeza de Phil Windeck. Ha de ser

mi hijo político y no quiero que le corrompa.

—¡Yo, corrom...!

—Naturalmente. Hace usted muy mal. No importa lo que haya sido en otro tiempo, Neil. Ahora sólo es un hombre más «de color». Juegue limpio. Como yo. Y láruese de aquí. Considero peligroso para mi reputación que me vean conversando con usted.

«Mi hija, mi radiante, mi graciosa Bidy, «lograr una buena colocación»... Puede que en la cocina de Rodney Aldwick», se dijo.

Porque Sophie insistió, Neil estuvo en la oficina que Mr. Vanderbilt Litch —distinguido individuo de color que se defendía maravillosamente entre la funeraria, los seguros y la ruleta— tenía en la calle Mayor. Mister Litch le recibió en un despacho cromo y escarlata, en donde tenía una elegante mecanógrafa de color. En tono glacial admitió que no le interesaba dar trabajo «a un blanco que sólo pretendía ser negro para abrirse camino en política».

—Me alegro de que algunos muchachos de color tengan un grado de cultura bastante elevado para derrotarle con igual facilidad que lo haría su tío Oliver Beehouse.

No obstante, consiguió trabajo en Cinco Puntas. Lo suficiente para no morir de hambre. Llevaba los libros —por horas solamente— de los dos comerciantes negros de negocio más floreciente de la ciudad, Axel Skagstrom de la «Compañía de Canoas, Rastros y Pedernales», y Albert Woolcape, de la «Lavandería Non Plus Ultra». Ninguno de estos individuos respondía a la desamparada imagen del negro descrita por Featheting.

Mr. Skagstrom, casado con una blanca —finlandesa—, era mitad sueco, una cuarta parte negro y otra cuarta parte chino, con ligeros vestigios de raza *choctaw* y mejicana. Todo lo cual le convertía en «negro ciento por ciento». Era ferviente luterano, y le indignaba lo que solía denominar «la pereza y el vicio comunes entre las gentes de color». Estaba orgulloso de su generosidad que demostraba dando trabajo a obreros negros y blancos, por partes iguales. Era el prototipo del comer-

ciante americano, sólo que los problemas raciales le interesaban bastante menos que a muchos de éstos. Se felicitaba por tener a Neil todos los viernes en su departamento de contabilidad... pagándole un sueldo mínimo.

Albert Woolcape era hermano de John y tío de Ryan, pero estaba reñido con los dos. Eran «demasiado radicales» para él. En su lavandería de la Avenida Chicago abundaba el trabajo. No tenía inconveniente en emplear a obreros negros, pero como casi todos sus clientes eran blancos, insistía en que repartidores y cobradores también lo fuesen. Cuando contrató a Neil para que llevase los libros, dijo:

—Comprendo que el idealismo racial es precioso, pero uno tiene que pensar primero en sí mismo, ¿no le parece? Fíjese usted en lo diferentes que son mi cuenta corriente y la de mi hermano John. En cuanto a Ryan, pese a toda su cultura, sólo ha conseguido trabajar en una granja.

Trabajando en los libros de Albert y Skagstrom, con la luz escasa y el teléfono sonando siempre a su espalda, Neil sintió lo mismo que sentía en sus días de balance en el Second National. Sólo que ahora sus jefes se mostraban muy amables con él, por si resultaba que, a pesar de todo, era *blanco* en realidad. No acertó a decidir si prefería el recelo que le demostró Mr. Vanderbilt Litch.

Cuando, indignado, explicó a Ash y a Martha la poca simpatía con que sus jefes miraban a los negros, ellos se echaron a reír.

—Eres un etnólogo que promete —dijo Ash—. Pero aun no has asimilado el punto básico del problema. Te he dicho varias veces que no existen diferencias. Sólo tú y los radicales de Harlem insisten en que ha de ser mejor lo de ébano que lo de madera de abedul. Olvidaba los problemas raciales. Son muchos, dentro de nuestra raza y aun en el círculo de nuestros amigos, los que opinan que, para que seamos populares y consigamos ser socios del Club Federal, sólo hace falta una cosa: que algunos de nuestros muchachos se enriquezcan y tengan casa propia. Claro que..., hace tiempo que irlandeses y judíos intentaron seguir esa teoría y fracasaron, pero eso no tiene

importancia.

Neil sólo pasó un mes buscando trabajo, pero tantos lugares recorrió que creyó había transcurrido un año. Menos mal que, a pesar de todo, tenían su hogar. Un hogar sagrado, asegurado, pagado. Para Neil era lo más importante ahora que se encontraba sin despacho, sin club y sin hogares de amigos en donde ser bien acogido. Se decía que, de no ser por ese hogar, Vestal le habría abandonado ya.

Muchas noches se quedaban en casa, y cuando salían, por regla general terminaban arrepintiéndose. Por ejemplo:

Louise Wargate, Mrs. Webb Wargate, fue siempre para Neil la Gran Dama Tradicional. Educada, amable, atenta y hasta relativamente poco humana. (De soltera era una Osthoek de Utica). Conoció a Webb cuando éste estudiaba en Harvard. Su posición era tan elevada que hasta podía permitirse el lujo de tener aspecto de granjera. Pecosa, sin pintar, con los guantes que usaba para el arreglo del jardín, lo parecía realmente. Vivía en un plano tan alto que nada sabía de la enfermera Concord, de Albert el de la lavandería ni de casitas blancas compradas a plazos. Como madre de Ackley, su antiguo compañero de juegos, Mrs. Wargate siempre había sido para Neil «una sonrisa apacible, una mano fresca y unos bombones de menta en una caja plateada». Nunca «canciones, y tortas, y deslizarse corriendo colina abajo». Nunca.

Ahora, por estar Vestal y Neil en un campo de concentración, socialmente hablando, Mrs. Wargate, los invitó a cenar. Era la primera vez que eso ocurría. Neil, tras un primer instante de infundado optimismo, decidió que habían sido invitados por Louise Wargate porque ella se sentía culpable de no haber hecho por los negros cuanto se propuso hacer en aquel tiempo en que animaba a Webb a tomar más obreros de color en su fábrica.

Pero, según Neil estaba comprobando, ese modesto pecado era bastante corriente entre el clero y los hombres de leyes.

—No me entusiasma demasiado la perspectiva de ir — dijo Vestal.

—Ni a mí tampoco. Será como tomar el té en el «depósi-

to». Pero opino que hemos de agradecer su buena voluntad. Sé que ha sido un infierno para ti verte excluida de lo que solíamos llamar «sociedad decente» ...

—¿Solíamos?

—...y convertirte en ermitaña. Puedes estar segura de que he sufrido en silencio muchísimo por tu causa.

—¡Oh, desde luego! Y no me resigno a ser una mártir de la cristiandad. Sé lo que tengo que hacer. Algunas veces me pregunto si no sería mejor para ti que..., Neil, ¿no habrá por ahí alguna linda muchacha de color que pueda ayudarte más que yo?

—Seguramente sí. Pero te he dedicado mi vida y quisiera hacer lo posible por seguir dedicándotela.

Ella le miró con expresión resplandeciente. Pero como vivían en Grand Republic, se limitó a decir:

—Está bien, Romeo. Vamos.

La mansión de Webb Wargate en el Bulevar Varennes estaba situada frente al valle de Sorshay. Parecía un castillo de Turena. Tenía un tejado de ladrillo rojo y era bastante más grande que la casa que Bertie Eisenherz poseía en las colinas. Contaba con más aleros, faldones, decorativas chimeneas, *portes cocheros*, estatuas de algo que querían ser faunos construidas con algo que quería ser mármol, fuentes que sólo contenían papeles viejos, contrafuertes movibles y otros fijos, tallas, jardines colgantes, veletas y puertaventanas siempre cerradas, que la de Eisenherz. Pero con menos cuadros y libros. Era, en suma, una elegante mansión europea con ligeros atisbos de la primitiva industria maderera yanqui.

Neil y Vestal fueron acogidos con dulce y forzada cortesía por parte de Mrs. Wargate y con indignada incredulidad por parte de Webb. Este tenía, como siempre, aspecto de segundo tenedor de libros o de sepulturero. Parecía uno de esos individuos que guardan *clips* y gomas, y miran a los demás con aire interrogante, siempre recelosos de que se los quiten.

Tomaron el aperitivo en el salón pequeño. Cuando Webb ofreció una copa a sus invitados, parecía nervioso, como si no estuviera demasiado seguro de que aquellas negras manos,

parecidas a las garras de un cuervo, hiriesen. Hacía siglos que jugaba al *bridge* con el padre de Vestal. No obstante, ahora parecía decir: «No conozco en absoluto las costumbres de los negros. Tanto es así que ni siquiera sé si es correcto ofrecerles un *cockail*.»

El comedor de los Wargate era espacioso. En el techo quedaban al descubierto vigas pintadas de rosa y dorado. El suelo era de baldosas de dibujo floreado. Una criada sueca de edad avanzada servía a la mesa. Indudablemente la habían puesto al corriente de la situación, pues al colocar ante Vestal y Neil sus respectivos platos, parecía que éstos fuesen cestas llenas de brasas encendidas. Los manjares no eran selectos, pero estaban cubiertos de salsas harinosas. Fueron los únicos invitados. Ackley, el hijo de la casa, y su esposa estaban *tan* ausentes y *tanto* se evitó hablar de ellos, que era exactamente como si hubiesen estado allí.

Todos procuraron no tocar el tema de los negros, y fue Vestal quien deliberadamente levantó el telón, diciendo:

—Verán ustedes. Es curioso que haya tantos seres equivocados, tanta gente que me crea convertida, por arte de magia, en una dama de color. ¡Oh, sí! Son personas conocidas, y lo bastante inteligentes para firmar cheques y vivir con desahogo. La pobre Liga de Juventud está en un aprieto. Es el más grave problema que se les ha presentado a este lado del Gran Cañón. Se resisten a expulsar a la hija de Morton el Magnífico... Puede que fuese mejor para ellos, ¡pobrecillos!, disolver la Liga. ¿No lo cree usted así, Mr. Wargate?

—Sí, sí, lo comprendo —acertó apenas a murmurar Wargate.

Sospechó que Vestal hablaba con ironía, y por muy poderoso que fuese Webb Wargate en la venta de maderas y cepillos de plástica en Chicago, Venecia y Monte Kaimakischan, la ironía era algo que le producía vértigo y le sacaba de quicio. Como socio principal de la Asociación Nacional de Fabricantes tenía también un deber que cumplir. Comprendió que ya que aquellos dos conejillos de Indias habían puesto sobre el tapete el desdichado asunto de la vivisección, su de-

ber era darles ánimos, familiarizarse con la Evolución. Se volvió hacia Neil, para decirle en igual tono que hubiese podido emplear un charlatán cualquiera:

—Puede que mi ignorancia sea inexcusable, pero..., dígame, el deseo de participar en la política del país, ¿va adquiriendo preponderancia entre la población de color?

—Carezco de información acerca de este asunto, pero me figuro que sí.

—¿Quiere decir que, de acuerdo con su experiencia personal, se inclina usted... por esa creencia?

—Sí. Yo... Bueno, yo diría que creo haberlo observado.

La conversación no volvió a alcanzar igual tono de exagerado dramatismo.

Al bajar los escalones de mármol italiano de la puerta principal, Vestal suspiró y dijo a Neil:

—Bueno, he aquí otro lugar en donde nunca más pondremos los pies.

—Eso parece.

—¿Qué importa? El abuelo de Webb aserraba árboles para mi abuelo en tierras de Maine.

—¿Es cierto eso?

—No, pero podría serlo.

—Me pregunto qué habrán hecho los Wargate para ganar tanto dinero y poder comprar esta casa tan grande —dijo Neil.

—Yo no. Me pregunto por qué creerán que las coles de Bruselas son comestibles. ¡Oh, amor mío! Webb no ha querido humillarte. Es un pobre hombre ignorante. ¿Qué puede importarnos? Nadie nos importa. Sólo tú y yo importamos.

## CAPITULO XLVII

ESTABA solo en casa, después de su diaria búsqueda de trabajo. Vestal, Bidy y *Príncipe* habían ido a visitar a los Timberlane, uno de los pocos hogares en donde se les recibía sin recelo y sin aquella forzada cortesía, más dolorosa aún que el desprecio. Estaba de pie junto a la ventana que daba al Oeste, en la habitación donde solían tomar el sol, meditando.

¿Por qué no huir a una metrópoli o a un lugar salvaje en busca del anónimo? No. Vestal y Bidy (y *Príncipe*) eran demasiado sociables para vivir en un claro del bosque. Y Nueva York y Chicago serían demasiado rectangulares, tristes y fríos. Un piso sería un lugar demasiado estrecho, después de vivir en una casa donde había espacio para bailar y entera libertad de gritar, y desde donde se podía contemplar la colina Eisenherz a la última y vacilante claridad de una glacial tarde de marzo.

En el dorado fondo de la puesta de sol *Hillhome* resaltaba su orgullosa mole de ladrillos, sus ventanas estilo Tudor con marco de piedra y su tejado plano ornado de balaustradas, en lugar de las ondulaciones del tejado y los tejadillos de la mansión de los Wargate. Los pinos que crecían en la ladera se recortaban sobre una franja de cielo de un verde manzana. Todo aparecía envuelto en un velo de color albaricoque y púrpura. Los pinos y la puesta de sol le recordaron sus antiguos viajes en canoa hacia los lagos del Norte, no lejos de aquella ciudad, la suya. Si los que en otro tiempo fueron sus amigos ahora parecían odiarle, le concedían al menos un poco de atención por ese hecho. En Megalópolis, en cambio, no conocería a nadie. Ni siquiera podrían desearle mala suerte. No. Mejor era aguantar el temporal en Grand Republic.

Recordó que en determinado momento deseó poder adquirir *Hillhouse*. Para entonces sería ya un superbanquero. Bidy volvería al hogar, procedente de Farmington o Bryn Mawr. *Hillhouse* estaría repleto de gente joven de su misma clase... Wargates y Sparrocks, Prutts y Drovers. Sí. Se asom-

bró de haber deseado un día todo eso. Y bien... Ahora tenía algo más importante por lo que luchar. Podía considerarse feliz de conservar siquiera su casita. Se juró a sí mismo que por conservarla estaba dispuesto a hacer acopio de toda la paciencia y todo el heroísmo de sus antepasados los *chippewas*, cuyas cabañas de madera debieron de alzarse en la falda de aquella misma colina, sólo cien años atrás.

Vestal volvió muy animada y empezó a preparar la cena. Todos estaban contentos. Después de cenar, Neil habló a Bidy de la existencia de unos seres extraordinarios llamados *ojibways* y *chippewas*, que solían acampar por allí. «En nuestra colina y aquí mismo, donde ahora estamos sentados», y que tal vez luchaban con arcos y flechas protegidos por las rocas. Bidy se entusiasmó de tal modo que fue a buscar sus muñecas, su velocípedo y a *Príncipe*, que en principio se mostró algo rebelde, colocándolos a todos en forma de semicírculo para que le escuchasen.

Mientras Vestal, siguiendo órdenes estrictas, acostaba a Bidy, Neil volvió a la habitación en donde antes estaba. A la luz de la luna, las sombras de las ramas resaltaban como borrones de tinta sobre el suelo nevado en donde claramente se distinguían las pisadas de Bidy. *Todo eso* le pertenecía. Era suyo. Y de Vestal. Y de Bidy. Aquí se quedarían siempre. Todas las noches de su vida.

Pero aun se aventuraron a hacer otra salida. Fue para asistir a la reunión —intelectual e interracial, tolerante y orgullosa— que dio Diantha Mari en el estudio de Brian Angle. Después, ya no salieron más.

Como esposa de Gregory Mari, dueño de los dos periódicos de Grand Republic, Diantha era una primera figura en sociedad. Pero también era, por derecho propio, a los cuarenta y cinco años, una reconocida autoridad sobre la China —país que nunca había visitado—, James Joyce —cuyas obras no había leído—, clasificación de candidatos políticos —principalmente de aquellos que no estaban clasificados— y sulfamidas, que a menudo confundía con vitaminas. Como mujer oradora podía apabullar a cualquier público, desplegan-

do igual violencia que una figura política femenina de Nueva York o Washington.

En cuestión de «relaciones raciales» era un portento. En cierta ocasión se sentó a almorzar ante una mesa en donde almorzaba también una mujer de color. Se mostró tan amable con ella que la pobre infeliz hasta llegó a hablar como un ser humano. (Había dieciséis invitados más sentados ante aquella mesa y la persona a quien Diantha trató con tan excepcional bondad era conferenciante profesional de la Fundación Antropológica de Nigeria.) Siempre que se hablaba de negros, Diantha contaba aquel incidente, que demostraba su considerable tolerancia. Lo había referido cien veces.

Los periódicos de su esposo eran muy liberales con respecto a los negros. En sus editoriales se solía afirmar que no existe motivo que impida emplearlos en toda clase de trabajos, siempre que ellos cumplan con la eficiencia de un blanco.

Esos periódicos nunca dieron trabajo a un negro en sus talleres.

Diantha decidió organizar aquella reunión para demostrar que los blancos y los negros pueden confraternizar en sociedad sin que ocurra nada desagradable. Pero no fue tan abnegada como para dar la fiesta en su propio hogar. Pidió a Brian Angle, gloria artística de la localidad, que le dejase su estudio. El accedió, porque todavía tenía esperanzas de que Diantha le encargase su retrato.

Tampoco quiso ofender el código social invitando a negros de tan baja categoría como John Woolcape por ejemplo, portero del Edificio Mermaid Tavern, en donde Mr. Angle tenía instalado su estudio. Era una casa construida casi totalmente de madera, o, al menos, daba esa impresión. Contaba con una tienda de fotografías, otra de música, el salón de unos profesores de canto y la librería vanguardista de Rita Kamber.

Los negros que Diantha decidió invitar eran de los que inspiran confianza con respecto a su comportamiento en sociedad. Ash Davis, por ejemplo. Y Neil Kingsblood. También invitó a Martha Davis, a quien no conocía. Pero Martha no aceptó su invitación, demostrando así «lo desagradecidos que

son los negros». Diantha no se amilanó por ello. Dijo a quien se interesó por la cuestión: «Probablemente es mejor que esa mujer no venga. Nadie sabe qué clase de ignorante criatura ha podido hallar en su camino un individuo de color medianamente culto como Davis.»

Diantha se mostró sorprendentemente amable en su *habeo corpus* social a favor de Neil. Cuando éste era sólo un banquero blanco, le encontraba aburrido. Ahora se había convertido en una persona interesante. Tan interesante como Gargantúa el gorila y por igual motivo. Neil no quería ir, pero Diantha insistió diciendo con encantadora petulancia: «No sea tonto. No me diga que va a perder la oportunidad de codearse con lo mejor de la ciudad, Kingsblood.»

—Esta vez voy contigo, Neil. No lo dudes siquiera —dijo Vestal—. ¿Crees que voy a permitir a Diantha que curioseee en lo que ella llamará «nuestra vida amorosa» sin que esté yo a tu lado para protegerte?

En el espacioso estudio, amueblado principalmente con montones de cuadros invendibles, había sesenta invitados. Los que no conocían a Ash y a Neil cometieron lamentables equivocaciones intentando identificar «a los negros a quienes habían de contemplar curiosamente». El coronel Crenway abandonó la reunión indignadísimo, debido a esa circunstancia.

El «anfitrión a la fuerza», Brian Angle, era un joven de aspecto aniñado que llevaba algo que quería ser una barba, pero que, a pesar de todo, no era mal pintor. Halló a Neil vulgar. En cambio, dijo a Ash que, por su aspecto, recordaba, un joven y severo dux. Lorenzo Gristad, fotógrafo, un hombrecillo nervioso y moreno, dijo a Ash al oído:

—Estos blancos no pueden hacer nada por usted, aparte de darle un empleo, ¿verdad?

El químico Dr. Cope Anderson y Paz, su esposa, dejaron atónitos a los excéntricos y ricos iliteratos aviniéndose a charlar con Neil y Ash como si éstos fueran seres normales. Lo mismo hicieron el Dr. Kamber y su esposa; y Lloyd Gadd, clérigo congregacional, a pesar de que consideraban a los negros como «personas a quienes sólo trataban en asambleas».

Pero de los sesenta invitados, cincuenta se limitaron a contemplar atentamente a Ash y a Neil, en espera de que hiciesen algo incorrecto o divertido.

El primer encuentro de Vestal y Ash no fue para Neil una inyección de ánimo.

Ella no le conocía. Oyó hablar de él y sabía que Neil le respetaba mucho. Mirando al individuo con quien acababa de cambiar un afectuoso apretón de manos, vio únicamente a alguien a quien hubiese descrito así: «Un negro de agradable aspecto y bien trajeado, que podría ser un perfecto ayuda de cámara.» Cuando oyó decir a Neil con evidente orgullo:

—Te presento a mi gran amigo el Dr. Davis. —Vestal se quedó boquiabierta.

«¿Un doctor? —pensó—. Puede que sí. He oído decir que hay médicos de color.» Y añadió en voz alta:

—Encantada.

Pero ni siquiera intentó disimular que no lo estaba. Ash comprendió que le tenía sin cuidado su persona y que no deseaba ser presentada a «mediquillos de color». Se inclinó para saludar, pero no mucho. Ese fue el magnífico primer encuentro de la esposa de Neil y el amigo de Neil.

Había *whisky* en abundancia y ensalada de pollo para todos. Pero los turistas comenzaban a fatigarse de contemplar a los dos individuos allí exhibidos. La reunión no fue un éxito. El único que contribuyó a hacerla animada y que casi la hizo acabar mal fue Wilfrid Spode.

Este sí que es un nombre, un talento, que hay que anotar: Wilfrid Spode, a quien miles de seres —desgraciadamente para ellos— conocían por Fruid y Spode. Un individuo que era íntimo de los más grandes genios, de los más inmundos borrachos, de los más decididoslésbicos de Taos, Taxio, Woodsiock, Menorca, Munich, Carmelo, Chelsea, Greenwich Village y la Orilla Izquierda del Sena. Era un hombre tan extraño al ambiente de Grand Republic como pudiera serlo un ornitorrinco. Un hombre junto a quien Curtiss Havock parecía honrado y el Dr. Drover amable.

Friddy Spode había nacido en Kansas City y era escritor.

No crean ustedes que sus novelas quedaban sin publicar; no, nada de eso. Sus obras, verdaderos catálogos de fornicación —escritas en un estilo parecido al del catálogo de ordenanzas de Correos—, sin omitir una sola letra en las palabras más atrevidas, se vinieron editando en París, en privado, hasta poco antes de la segunda Guerra Mundial. Su esposa pagaba las ediciones.

Su rostro, sucio y surcado de arrugas, parecía el de un viejo diablo. Llevaba siempre sucio el cuello y sus uñas eran un modelo de suciedad. Su pelo, aunque no demasiado largo, siempre parecía necesitar los servicios de un peluquero. Generalmente llevaba una chaqueta de pana rayada, demasiado juvenil para sus cuarenta años. La única razón por la cual no llevaba el ancho sombrero negro tradicional en los habitantes de la *Rive Gauche* era porque *eso precisamente* es lo que todos parecían esperar de él, y a Friddy le encantaba decepcionar a los demás. Hizo algo peor: ponerse una gorra, una gorra muy sucia.

Susan, su esposa, seis años más joven que él, era en cambio como una limpia y gordezuela palomita. Parecía enteramente un pastel de carne. Era pintora. Sólo que no pintaba ni sabía pintar. Era prima de Vestal Kingsblood. Hija legítima de Oliver Beehouse, el letrado.

Cuando conoció a Friddy, estaba haciendo algo extraordinario y absurdo. Eso que se conoce por «estudiar arte en París». Se sentía muy sola allí. No hablaba francés ni ningún otro idioma. Friddy la encontró en el Café Royal. Vivía de préstamos. Era tan listo para mendigar como chapucero para escribir. No había suma elevada que él no pidiese, ni cantidad módica que no aceptase. A los comerciantes americanos que visitaban la ciudad les pedía quinientos dólares y les sacaba cincuenta. A unos pobres estudiantes de canto les pedía diez y les sacaba quince.

Sue, el día de conocerle, le entregó cien. La sedujo aquella misma noche. Al saber que su padre era rico, se casó con ella sin reparos. Pero nunca sintió especial interés por su persona, así como tampoco sintió aversión. Ella, en cambio, le

adoraba. Ni siquiera reparó en su suciedad. Hallaba muy ingeniosas sus desagradables explosiones de celos, y llamaba «literatura» a sus obscenas doctrinas.

Cuando los alemanes estaban a punto de entrar en París, el matrimonio Spode huyó de la ciudad. Desde entonces residían en California, sacando dinero a Oliver Beehouse y amenazándole con irse a su casa si no lo entregaba. De vez en cuando, como en la actualidad, hacían una visita a Grand Republic, únicamente para demostrar a Oliver cuán horrible sería para él su permanente estancia en la ciudad.

Alquilaron un estudio en el edificio Mermaid Tavern sólo para un mes. Alegremente, Sue guisaba, llevaba la administración del hogar y hacía la cama... cuando conseguía que Friddy se levantase.

Fue por causa de Friddy por lo que Oliver estaba tan nervioso el día que su hermano Morton supo que tenía por hijo político a un negro. Para su cerebro típicamente legalista, los negros, los hindúes, los indios americanos y los criminales, son gente de la misma baja ralea. Sólo existía una amenaza peor que Friddy, y esa era... Neil.

Tan pronto como mejorase el asunto de las subsistencias, Friddy y Sue tenían decidido volver a París. Entretanto, soportaban los horribles cuartos de baño americanos de baldosas, buscando diversiones en donde podían hallarlas. Aquella noche se estaban divirtiendo mucho con la defensa de la causa de dos pobres salvajes negros, Neil y Ash.

A Friddy le importaban un comino los negros, pero le divertía molestar a los amigos de Diantha. Estaba lo que se dice *en forma*. Maravillosamente en forma.

Después de tomar una copa, saludó a Vestal como a una prima suya e intentó besarla en la mejilla. Bebió otra copa, y en voz alta felicitó a su feliz y dulce esposa Sue por tener un pariente que no era idiota, en la persona del negro Neil. Luego bebió otra copa y muchas copas más, y pronunció un discurso.

Dijo que los artistas y boxeadores negros, y la música, la escultura, y el atractivo sexual de los negros, son muy superiores a los de la raza blanca.

—Si cerráis todos el pico —añadió— puede que consiga convencer a uno de nuestros invitados de color para que os explique por qué su raza es mucho más sutil y sensible que esta burguesía blanca a la que todos pertenecéis.

Ash dijo a Neil:

—Este necio sabe perfectamente lo que hace. Por regla general, siempre es una mujer la que adopta esa actitud. Es el único sistema de éxito garantizado para dejarnos en ridículo. Que salga un espontáneo alabándonos exageradamente. Hasta yo empiezo a sentirme antinegro.

Pero Friddy Spode no iba a pasarse la noche disertando sobre las cualidades de los dos invitados. Su anfitriona, Mrs. Mari, quizá no había estado en la Orilla Izquierda, pero tenía gran facilidad para decir cosas desagradables. Una capacidad todavía mayor que la de Friddy. Tardó en empezar, pero después de unas cuantas copas decidió hacerlo.

En Grand Republic no suele decirse de una dama que es «una borracha empedernida». Se dice «que le gusta echar un trago de vez en cuando». Diantha había echado varios tragos, pequeños y grandes. De súbito decidió eclipsar a Friddy.

Se las compuso para fastidiar al juez Timberlane y a Mrs. Shelley Buncer, que, charlando en un rincón, no oyeron disertar a Friddy, y, por tanto, no estaban indignados. Diantha se acercó a la pareja y con inmensa congoja se lamentó:

—La verdad, creí que podía contar con ustedes. Pensé que sabrían ser corteses con nuestros pobres invitados de color. Fíjense... Ahí están el pobre Dr. Davis y Mr. Kingsblood, *de pie*, mientras ustedes monopolizan estas sillas.

Cass salió disparado en busca de su esposa y se ausentó inmediatamente. Mrs. Buncer le tomó la delantera, saliendo un momento antes que él.

Luego Diantha monopolizó a Ash, diciendo en tono dulcemente quejumbroso, para que la oyesen veinte personas más.

—Dr. Dash tengo algo que reprocharle. ¿Por qué no procura convencer a las mujeres de color para que dejen de hablar como nosotros? El hecho da lugar a terribles confusiones.

Cuando hablé por teléfono con su esposa (le advierto que tardó bastante en atenderme) creí que lo hacía con una mujer blanca. El lío fue espantoso. Ya sabe usted que adoro a las negras y que las considero muy decorativas, pero... de veras, no creo que tengan derecho a imitarnos así. —Luego añadió, dirigiéndose a Neil—: Ustedes las personas de color cantan maravillosamente los himnos religiosos. Es la más alta expresión del arte americano. Vamos, muchachos, canten algo. A callar todos, por favor. Estos amigos de color van a obsesquiarnos con un himno.

—No conozco ninguno —gruñó Neil.

Ash Davis sabía varios y le gustaba mucho cantarlos. Pero no estaba dispuesto a hacerlo, para divertir a unos cuantos blancos beodos. Para él significaban... la mitad de sus antepasados, indios y negros, avanzando por la vieja senda de la sed y el horror, cantando bajito para que nadie advirtiese sus sollozos.

—Gracias —dijo—, pero yo tampoco sé cantar. Temo que... Tengo que irme, Mrs. Mari.

Diantha inició una serie de alcohólicas lamentaciones para compadecerse a sí misma. Hasta olvidó su correcto y elegante acento, y dijo como hubiesen podido hacer aquellos antepasados suyos que vivían en una choza:

—Bueno, se me figura que habréis *sospreciado* los *sacrificios* que hago por *esos tíos* de color...

Lucian Firelock y su esposa estaban presentes. Fue ella, la que sin poder contenerse exclamó:

—Soy del Sur, Mrs. Kingsblood, pero quiero gritar en voz muy alta que el Dr. Davis es el mejor vecino que nunca tuvimos en Grand Republic, el que más cariñoso ha sido para nuestros hijos. Estoy indignada... No sé por qué le estoy pidiendo excusas, pero, desde luego, lo hago de muy buen grado.

Lo que más preocupó a Neil es que, después de haber sido presentados, Vestal y Ash no habían vuelto a dirigirse la palabra. Camino del hogar, preguntó ansiosamente a su mujer:

—¿Qué opinas del Dr. Davis?

—¿Cómo? ¿El Dr. Davis? ¿Cuál de ellos era?

En suma, si «El Caso de la Anfitriona Borracha» tuvo alguna consecuencia, ésta fue sin duda que Neil abrazó con renovado ardor la Cruzada. Desde entonces, ella fue su novia, su espada, su corona, su castigo, su victoria y su derrota. Fue su pequeña manía, su oración, su locura, su crucifixión y su gloria.

## CAPITULO XLVIII

ESTABAN en casa, al abrigo de la noche y de los vientos de marzo. Bidy, acostada ya, canturreaba algo para ayudarse a dormir. Entonces llamaron a la puerta y entró a continuación el Comité de Vecinos. Lo formaban cuatro corpulentos individuos, y su aspecto resuelto indicaba que preferían ser correctos, pero que estaban decididos a mostrarse inflexibles.

Esos cuatro vecinos eran: el ex alcalde Stopple, los antiguos amigos Don Pennloss y Judd Browler, y Mr. W. S. Vander, ex leñador, que aplicó con éxito a su negocio de maderas los viejos y excelentes argumentos del escoplo y el cepillo. Era tan brusco y honrado como Bilí Stopple suave y bribón.

Todos sonrieron, con excepción del rudo Mr. Vander, y se sentaron en el borde de sus sillas. En aquella alegre habitación desentonaban profundamente. Neil estaba de pie junto a la chimenea, y Vestal, sentada ante su pequeña mesa escritorio de color blanco, jugueteaba con una pluma azul una de esas plumas de ave que se emplean como mango.

En su calidad de *Gruppenführer*, el honorable Stopple dijo tras un ligero carraspeo:

—Amigos, hace algún tiempo les hablé de una linda casita que puedo ofrecerles en Canon Heights. Desde allí se disfruta de un lindo paisaje.

—¿Qué viene buscando? Procure ser claro —se apresuró a decir Vestal.

—Como guste, señora. Permítame que le diga que nadie en la ciudad admira a su padre como yo.

—Hace bien, si lo cree oportuno.

Al honorable Stopple empezaba a irritarle tanta ingratitud. ¿Acaso no estaba allí, no por fines egoístas, sino por el bien público? Nadie como Stopple para apreciar el *bien público*. Pero quería que se lo agradeciesen. Exteriormente al menos, conservaba la noble calma del hombre que sin cesar anda en busca de votos y de rápidos cambios políticos.

—Me rendiré siempre a su criterio, señora, pero acaba de

ocurrírseme la idea de que aquí no pueden ustedes ser dichosos —gruñó Stoppie—. Creo que podemos decir de Sylvan Park que es «una perfecta urbanización sin precios de carácter excesivo». Pero lamento tener que añadir que existen aquí muchos prejuicios. Personalmente, mi lema es «vivir y dejar vivir». Que el origen de esos prejuicios esté basado en una falta de preparación religiosa, es cosa que no me atrevería a afirmar. Como seglar, admito que es imposible que comprendamos la tarea del clérigo y que nos perjudica...

—Deje de admirar su propia filosofía, por favor. Vaya al grano —dijo Vestal, ahora en tono mordaz, mientras Neil contemplaba pensativo un grande y redondo jarrón.

—Está bien, señora. Son muchos los que aquí viven que no desean tener vecinos negros. Esto es lo que suele llamarse el quid de la cuestión. No comprenden que Neil no tiene la culpa de ser de color. En fin, el caso es que existe un ambiente de general antipatía hacia ustedes. Tal vez serían más felices en otro barrio... y estarían mucho más seguros. —Su tono era demasiado decidido para que Vestal pudiera seguir mostrándose insolente—. Mr. Berthold Eisenherz —prosiguió en tono más amable—, que en otro tiempo fue dueño de esta casa, es un excelente caballero. Está dispuesto a comprar la finca por el mismo precio que pagó Neil. Sin duda, opina que el encarecimiento o la desvalorización que la misma haya sufrido, ha de ser ínfimo. Me parece una generosa oferta. Muy generosa. Si me permiten un consejo...

—Ya hemos discutido este asunto en otra ocasión, Mr. Stoppie —dijo Vestal—. ¿Espera en serio que le prestemos atención?

Don Pennloss creyó llegado el momento de intervenir.

—Mire, Vestal, hemos venido como amigos —dijo—, más que como autorizados representantes de los otros propietarios del lugar. Pero recuerde que somos lo segundo además de lo primero.

Judd Browler dijo bruscamente:

—No tienes idea de cuánto hemos tenido que luchar para evitar que algunos vecinos demostrasen violentamente su des-

contento, Neil. Están hartos. No quieren seguir así. Simplemente..., no están dispuestos a tolerar que alguien que no pertenezca a la raza indoeuropea viva aquí, denigrando con su presencia el nivel social de la comunidad.

—No quiero ni pensar en lo que serían capaces de hacer los más impetuosos —admitió el honorable Stopple—. Alborotos que asustarían a su hijita y... quizás algo peor.

—Señor alcalde, no me gusta el chantaje. Ni los chantajistas —dijo Neil. Vestal se limitó a asentir con una inclinación de cabeza.

Entonces entró Vander en acción.

Mr. Vander no había ido a la escuela con «el querido Neil», ni asistido a fiestas en su compañía, ni jugado al *hockey* con él. Tenía veinte años más que Kingsblood. En sus días juveniles comió judías con tocino y trabajó en los Grandes Bosques, en donde pasaba la mitad del tiempo helado y la otra mitad calentándose con buenas peleas o con el manejo del hacha. Amalia a su familia y también sus ingresos, pero no a los negros ni a nadie que no fuese un Vander. Tenía la cabeza achatada, la mandíbula de trazo vigoroso, los ojos decididos y azules y ninguna clase de prejuicio sentimental contra el empleo de la soga, el garrote, el fuego y la colocación de astillas entre la carne y la uña. Era un buen comerciante de madera al por mayor, pero pudo haber sido un excelente capitán de navío, primer ministro, verdugo o teniente general, y ahora empezó a lanzar ladridos como si estuviera investido de gran autoridad, de tal modo que hasta *Principe*, que dormía bajo el sofá, se despertó, y Vestal se levantó, cruzó la habitación y fue a situarse junto a Neil.

—¿Qué chantaje ni qué demonios? Va a ser bastante peor que el chantaje. Al parecer, no se dan cuenta de lo que puede significar para cualquiera tener a un negro por vecino en la casa de enfrente. A mí me molesta enormemente. Estoy cansado y asqueado de pagar puntualmente los impuestos para tener que aguantar luego a un cochino negro, a un asqueroso...

—Tenga cuidado con el lenguaje, amigo —dijo Stopple, riendo entre dientes.

Vestal colocó una mano sobre el brazo de Neil para obligarle a contenerse. Luego, al oír de nuevo a Mr. Vander, se echó a reír. En cierto modo, le hizo gracia la ansiedad demostrada por su vecino.

—Estoy harto de que los amigos de la ciudad me pregunten: «Conque vives en un vecindario de negros, ¿verdad? ¿No serás negro tú también?», y de que me tomen el pelo. Harto, repito. En cierta ocasión oí a un obrero de Chicago que trabajaba en un centro oficial en donde habían empleados negros: «Me molesta, y es natural que me moleste, ver un negro sentado ante una mesa escritorio mientras yo estoy de pie con la pala en la mano.» Entiendo perfectamente lo que ese hombre sentía. Me fastidia, y creo que es injusto que vivan ustedes con iguales comodidades que yo, después de lo mucho que he tenido que luchar para llegar a donde he llegado. ¡Vive Dios, que no es justo! Y por Dios les juro que no pienso aguantarlo.

Stoppie se levantó para hablar de nuevo. Por su físico, parecía una deliciosa, brillante y dorada pera. Se hinchó y se levantó como un balón lleno de gas, para volver a sentarse e inmediatamente levantarse otra vez y decir como si en realidad estuviese sorprendido:

—Vamos, vamos, amigo Vander. Esta mañana ha debido de levantarse de mal humor. Claro que... Neil, usted no ha demostrado mucho tacto hablando de chantaje. Nunca oí decir que un chantajista estuviese dispuesto a pagar.

»Venimos como amigos. A mi mujer le dije: «Paulina, nunca hubiese creído que Mr. Eisenherz fuera tan generoso. Es un maravilloso diplomático, pero, a pesar de ello, en cuanto se ahonda un poco en él sale el avaro.» Lo cierto, Neil, es que mi sorpresa fue enorme (espero que mi influencia personal tenga algo que ver con su actual actitud) cuando le oí manifestar que estaba dispuesto a abonar el precio que inicialmente se pagó por esta casa. Al contado y sin peros de ninguna clase. Advierta que el próximo comité que venga a visitarlo será distinto a este de hoy. Y puede que su actitud no sea tan amistosa. Quizá tengan ustedes que vender por menos de lo que ahora les ofrecen.

—Puede que se conformen con salir de aquí vivos —gritó Vander—, aunque sin cinco céntimos.

—Esta vez le pego —dijo Neil a Vestal.

—No. Es precisamente lo que está buscando.

—Naturalmente. Disfrutaremos de una pequeña lucha —dijo Vander con sonrisa burlona—. Vamos, Kingsblood. Acción.

La mano de Vestal siguió firme sobre el brazo de Neil.

Stoppie intentó calmarlos.

—Vamos, vamos, muchachos —dijo—. A portarse bien. Estamos hablando de negocios. Ya lo sabe, Neil. Dentro de veinticuatro horas, mi oferta será inferior a ésta. Entre tanto, puede llamarme por teléfono no importa que sea de noche o de día. Bien, caballeros, creo que la cosa está clara. No quiero ausentarme sin asegurar a Neil y a esta bondadosa dama que les deseamos todo lo mejor. Buenas noches. Por aquí, caballeros.

—¡Oh, mi querido, mi muy amado Neil! —exclamó Vestal abrazándole—. Empiezo a comprender las cosas. He sido bastante torpe. Pero no hagas caso a esos indignos nazis. No nos moveremos de aquí.

—¿Te das cuenta de lo que puede ocurrir?

—Aleluya...

El fantasma de Sophie Concord se acercó entonces a Neil para sonreírle y darle su sincera bendición. Desapareció inmediatamente.

—¿Por qué no dejaste que le pegara a Vander? —protestó él.

—Te hubiesen detenido. La noticia se habría publicado en la Prensa, y sería un delicioso tanto en contra nuestra. Además, si quieres que sea absolutamente sincera..., creo que Mr. Vander te habría atizado, y no quiero que te peguen. Te necesito a mi lado. ¡Oh, Neil! En adelante *viviremos*, aunque para ello tengamos que morir.

## CAPITULO XLIX

PERO a la mañana siguiente, cuando cruzaba las calles procurando no resbalar sobre el hielo, Neil sintió frío y depresión. Ahora no podía permitirse el lujo de romperse una pierna. Sus piernas tenían que cargar con él, y conducirle hasta una colocación.

E inesperadamente, aquel día del mes de marzo, encontró trabajo. Había entrado en la tienda de flores de Brandl, en la Beltrami Avenue, para comprarle un ramo a Vestal. El pequeño y anciano bávaro, Ulrich Brandl, que en tiempos mejores le vendió orquídeas (bufanda blanca, blancos guantes de cabritilla, la sonrisa de Vestal, la general brillantez... y todos los demás recuerdos del hombre blanco), le recibió cariñosamente, diciendo:

—¡Oh, capitán! Permítame regalarle este pequeño ramo. He oído hablar de su valor. Lo comprendo, porque soy alemán por nacimiento, y aunque odiaba a Hitler y la opresión, y aunque soy desde hace treinta y cinco años un honrado ciudadano americano, cuando entro en un local para tomar un vaso de cerveza y oigo decir a alguien: «El único buen alemán es el alemán muerto», siento que desaparecen todos mis prejuicios. ¿Puedo estrechar su mano?

—¿No podría, por casualidad, darme trabajo?

—Quizá pueda ofrecérselo también. Estaría orgulloso de que trabajase usted para mi

Así fue cómo Neil se convirtió en dependiente de una tienda de flores, aunque probablemente sabía acerca de éstas menos que otro cualquiera, si se exceptúa a Hack Riley, de la calle Mayo. Pero tenía buena voluntad, y los clientes no se quejaron de que les atendiese un negro. La humedad de la tienda, que parecía una selva en miniatura, los papeles dorados y plateados, los de seda —montones de ellos— sin una arruga, todo resultaba reconfortante, después de andar millas y millas de fábrica en fábrica, y de sentarse en una dura silla ante el despacho del dueño.

Pasó el día discutiendo suavemente con Mr. Brandl, que no cesaba de argumentar contra toda clase de supersticiones y prejuicios. Según propia declaración, él sólo tenía prejuicios contra ingleses, judíos, brasileños, irlandeses, presbiterianos, mormones, los individuos que mastican chicle, los girasoles, Heinrich Heine y los coches que tienen dos portezuelas.

Pero Neil, con su pensión y su «sueldo a prueba» en casa de Brandl, no podía seguir manteniendo el hogar que se había convertido en símbolo de su dignidad e independencia. Tenía que recurrir a... ¿A qué?

De repente, alguien le traicionó.

En los últimos tiempos no sabía qué pensar acerca de sus familiares. Junto a ellos se sentía profundamente culpable, pero a la vez hallaba cómica la situación. Tres o cuatro veces por semana visitaba a su madre y a Joan. Comprendió que llevaban una vida de ermitañas. Se dijo que no había sido él, sino la superstición general, lo que las convirtió en negras. Pero el argumento no llegó a consolarle sensiblemente. Mejor dicho, no le consoló nada.

Su hermana Kitty Sayward le acogía siempre con un: «¡Hola! ¿Qué quieres?» Sólo una persona de la familia, su prima Pat Saxinar, aceptó regocijada los hechos. Había ido a vivir a una casa del South End, trabajaba mucho, y parecía dichosa. Era una buena mujer. Como sólo puede ser buena una mujer buena.

En casa de su hermano Robert no podía poner los pies, debido al resentimiento que sentía hacia él su cuñada Alice, apoyada por su hermano Harold W. Whittick. Era una mala mujer. Como sólo puede ser mala una buena mujer. En marzo, Alice pidió el divorcio alegando que Robert era cruel, pues la había engañado y humillado no confesando antes del matrimonio que era «de color».

Cuando Neil dio la noticia a Vestal, ésta no se mostró tan indignada como él hubiese deseado, pero acabó diciendo:

—Alice nunca fue una esposa modelo, y todos sus parientes la presionaban para que le dejase. Sé lo que es eso. Mi padre y mi hermana me tratan como a una traidora porque no

te he dejado ya. Hasta ahora nunca les hice caso. Según parece, no puedo arrancarte de mi alma, mi corazón y mi carne. ¡Oh, Neil!

Fue como en aquellos primeros días de su matrimonio, cuando, sin motivo alguno que lo justificase, sentían ambos un súbito y recíproco deseo de posesión. Neil la vio sentir intensamente. Observó que, aunque mirándole con especial fijeza, sus ojos sonreían; que tenía los labios entreabiertos, y que su respiración era jadeante. Se acercó a ella. Sus cuerpos se unieron desesperadamente, como obedeciendo a un propio impulso.

Neil comprendió que su flamante apasionamiento era producto de una autosugestión. Que ella creía la estaba viendo un hijo de Xavier Pie, que en realidad no existía. Pero decidió que no era momento oportuno para discusiones de orden psicológico, y la besó. Mientras lo hacía, ella suspiró dulcemente.

Resolvió que, puesto que Vestal había decidido ser leal, tenía que ocupar el lugar que le correspondía junto a Martha Davis y Corinne Brewster. Con una esposa perfecta, una hija que le adoraba, un amigo como Ash, y Vestal y Martha buenas amigas, ¿qué más podía desear un hombre?

Expuso su deseo de invitar a Ash y a Martha a cenar. Vestal preguntó algo alarmada:

—¿Lo crees prudente? No dudo que sean simpáticos, pero, ¿no te parece que puede ser desagradable para ellos? ¿Lo consideras justo?

—Como químico excelente que es, y después de haber cenado con profesores de la Sorbona en el Ritz de París, no creo que se quede sin respiración al ver los lujos de esta casa.

—Bueno, no te enfades conmigo. Sí verdaderamente quieres invitarlos, no te prives de hacerlo. Pero, ¿cómo sabes que ha cenado con profesores de la Sorbona en el Ritz? ¿Acaso se ha vanagloriado de ello?

—Ash y Martha nunca se vanaglorian de nada. Lo del Ritz es una idea que se me acaba de ocurrir.

—¿Por qué habían de cenar con el Dr. Davis tus profesos-

res de la Sorbona? ¿Tan buen químico le crees? Y si lo es, ¿para qué necesita cenar con nosotros? No entendemos nada de Química. Sólo que el café con sal no resulta una mezcla agradable.

—Te he dicho que no pensaba en él como químico.

—No has dicho nada de eso. En fin, ¡qué más da!

—Pienso en él como en el hombre más encantador de todos los que conozco.

—Olvidas que yo también le conozco. Parece agradable y educado, pero no observé que tuviese tan extraordinarios encantos.

—Quizá si lo hubieses mirado con más atención habrías podido observarlo.

—Sin duda. Bueno, los invitaremos. Y los estudiaré con mayor atención.

No. No fue un buen augurio. Cuando le invitaron por teléfono, Ash preguntó:

—¿Está seguro de que a Mrs. Kingsblood no le molestará nuestra presencia? ¿Cree sinceramente que a Mrs. Kingsblood le gustará que aceptemos?

Los Davis acudieron a la cena. Iban bien vestidos. Se mostraron atentos. Su voz era dulce. Todo resultó perfecto. Sólo que en espíritu estaban muy lejos de allí. Por regla general, sólo hablaban cuando Vestal les hacía una pregunta. Y como ella hizo pocas, la conversación no fue muy animada. Neil hubo de hablar por los tres. Pero no tenía demasiada imaginación.

Vestal se comportó horriblemente. Fue demasiado correcta. Contestaba a todo que sí, sin escuchar siquiera lo que le decían.

—El presidente debe de estar preocupado con tantas huelgas —se aventuró a decir Neil.

—Sí, desde luego. ¿Has dicho... huelgas? —preguntó Vestal.

—Sí. Huelgas —repuso Ash.

Antes de cenar, Ash y Martha aceptaron sumisos unos *cocktails*. Pero no llegaron a terminarlos.

—Su actitud es conciliatoria —dijo Vestal a Neil despreciativamente—. Parecen parientes pobres.

Aunque él hizo las compras y puso la mesa, fue ella quien preparó la cena. Sin atender a Martha, que tímidamente se ofrecía para ayudarla, procedió a servirla mirando a Neil, como diciendo: «¿Está satisfecho mi señor, viéndome servir con humildad a estos negros intrusos?»

Cuando la conversación agonizaba y parecía a punto de extinguirse, y como quiera que nadie atendiese los comentarios que acerca del equipo de baloncesto del «Júnior College» acababa de hacer Neil, Ash, irguiéndose en su asiento, empezó a hablar del futuro de la «materia plástica».

—Es casi demasiado práctica —afirmó—. Tendremos dormitorios de princesa de cuento de hadas, con luces indirectas y lechos y armarios transparentes. Todas las fruslerías de ahora nos parecerán cosas de provecho a su lado.

—Según parece, no es usted partidario de que la gente tenga cosas bonitas —dijo Vestal. Y su frase puso fin al tema.

Mientras tomaban café en la sala de estar, sufriendo todos y confiando que acabase pronto la horrible farsa, Bidy se introdujo furtivamente en la estancia. Iba en pijama. Se detuvo ante Ash y, solícita, correctamente, exclamó:

—¡Oh! Tiene usted la cara sucia.

Hasta Vestal se sorprendió. Pero Ash sonrió y dijo:

—No, jovencita. Es mi color de piel.

—¿Ha estado en Florida tomando el sol? Mis muñecas acaban de llegar de Florida. Estaban en Palm Beach. Pero dicen que todo es demasiado caro allí. ¿No habrá usted bebido demasiado café? Mamá dice que si bebo demasiado café antes de los dieciséis años, también mi piel se volverá oscura. No me gustaría ser tan morena. Y a usted, ¿le importa?

Hizo en tono interesado la pregunta, ignorando las repetidas señales que con la cabeza le hacía su mamá. Se sentó sobre las rodillas de Martha y apoyó la cabeza en su hombro.

Vestal no pareció alegrarse de ello.

Ash la contempló con renovada atención. Luego miró a Bidy con sincera ternura.

—No, nena —exclamó—. No me importaría ser más moreno todavía, si no fuese porque... hay muchas personas a quienes les molesta el sol. Prefieren una celda. Y hasta la anemia.

—¿Qué es eso de... denemia? —preguntó Bidy.

La súbita animación de Vestal fue digna de un personaje de opereta vienesa.

—Vamos, querida —dijo alegremente—, vete a la cama y no molestes más al doctor... y a la señora Davis.

Los invitados se las compusieron para salir discretamente.

—Lo sé, lo sé —admitió Vestal sollozando—. Me he portado horriblemente. Pero no podía hacer otra cosa, Neil. No me importa que tú seas negro porque en realidad sé que no lo eres. Sé que se trata de un error. A ellos no puedo soportarlos. Ni a nadie de color. De nada ha de servirme simular lo contrario.

—Oye una cosa...

—No me chilles.

—¿Cómo no hacerlo? No habrías podido tener invitados más correctos e inteligentes que Ash y Martha..., si les hubiese ofrecido oportunidad de demostrarlo.

—Eso es lo malo. Que he sido educada en la creencia de que los negros son gente cómica que bailan, ríen y se limitan a decir «Gracias, amita. Miss Vestal, ustedes los blancos son maravillosos con nosotros los negros». En cambio ese Davis sólo ha visto en mí una estúpida mujer que nada entiende de Química ni de cuestiones económicas. «Una celda y hasta la anemia.» ¡Oh! Sé que soy absurda, pero no fue idea mía invitarlos. Y ahora he de procurar hacer muy a gusto todo cuanto haga, porque... voy a tener otro hijo.

Cuando Neil, a fuerza de querer mostrarse optimista hubo traicionado toda su ansiedad, Vestal dijo gravemente:

—Dejémosnos de comedias simulando que la venida de este pequeño ser nos alegra. Yo le odio. Le odio intensamente. No he dejado de pensar en huir durante todo el día. Huir a un lugar en donde nadie me conozca. No puedo soportar la idea de tener un hijo negro. No sé por qué, pero en Bidy es distin-

to. Ella no tiene aspecto de negra. Estoy segura de que no lo es. Ahora, en cambio, tener un negrito... No puedo soportarlo. Quiero abortar y, a la vez..., no quiero. Y no haré nada por abortar. Y me estoy volviendo loca...,

Se pasó toda la noche llorando. Biddy se acercó para preguntarle ansiosamente si podía «hacer algo por la pobre ma-maíta». Neil yacía en el otro lecho, despierto, contemplando unos rayos de luz que se movían en el techo, reflejo de los focos de los coches que pasaban por la calle.

## CAPITULO L

ERA «la Mujercita del Hogar». Muy amable y cariñosa, estímulo de ambiciones para el esposo y los hijos, aunque muchas de esas ambiciones fuesen francamente contraproducentes. Hacía pasteles para los chiquillos del barrio, y escuchaba con la máxima atención emisiones de radio completamente estúpidas. Era una excelente feligresa, una vecina siempre dispuesta a hacer un favor. Creía cuanto le decían su pastor, su diputado y el misterioso anarquista que inventaba la última moda en zapatos y cosméticos. Nadie sino ella era responsable —pues los justificaba— de que existan ejércitos entusiastas, iglesias solemnes, tribunales, universidades y hasta la buena sociedad. Todas las guerras, toda la miseria, desde que el mundo es mundo.

La Mujercita del Hogar tomó la palabra y dijo:

«Nada entiendo de antropología, etnología, biología ni ninguna de esas estúpidas palabras complicadas. Podéis decir cuanto se os antoje y repetir frases leídas en grandes libros. Pero yo os digo que en nuestra misma calle, algo más abajo, vive una familia de negros. Y que esa familia de negros son seres inferiores. Y que no pienso tolerar que trabajen en un almacén, en un banco o en una oficina donde tenga que entrar yo. Estoy segura de que les deseo mucha suerte, toda la suerte del mundo, siempre que no se salgan de su sitio. Y os digo que quienes afirman que las personas de color son iguales a vosotros y a mí —ni siquiera sé por qué presto atención a esos ignorantes—, no creen una sola palabra de lo que dicen.

»Soy la Mujercita del Hogar. Mi delicado pie domina tronos, espadas y mitras. Todas las canciones se componen para que yo las cante con mi deliciosa vocecilla. Y para mi deleite personal se explican tantos cuentos en el transcurso de tantas veladas solitarias. Las naciones no prosperarían, ni amarían las mujeres, ni el obrero ahorraría, de quedar destruidos los lazos, las ceremonias, los principios aprobados por la sagrada ley que aprendí de mi padre, un hombre magnífico —si mi

padre viviese no soportaría todas estas tonterías que unos irresponsables difunden por ahí—, y que él aprendió de su madre, y ésta de su pastor, y el pastor de su obispo, y éste de su madre también, y la madre del obispo de un *médium* que a su vez las supo durante un trance gracias al cual pudo comunicarse con el propio Dios.

«Podéis decir cuanto gustéis, pero los italianos son traidores; los indios inútiles; los negros, perezosos; los judíos, demasiado listos, y un solo Gobierno que rija los destinos del mundo entero es algo que va en contra de la naturaleza humana y de todas las teorías expuestas por George Washington. Y no quiero oír otra vez todas esas nocivas estupideces. Yo, que soy Hertha, e Isis, y Astaroth y secretaria de registro de la D. A. R., todo en una sola persona, proclamo que cuando la civilización se someta a las conveniencias mundiales de la muerte, todo será respetable y magnífico en todas partes. Y terminará para siempre esta charla absurda de quienes quieten dár-selas de listos. Y ahora, tomemos otra taza de café y no hablemos más del asunto.»

## CAPITULO LI

NO —dijo Ash por teléfono—, tu esposa estuvo muy amable con nosotros ayer noche. Hizo lo que pudo por parecer natural. Has de darle tiempo para que se acostumbre a aceptar a los negros como seres normales. Hace cuarenta años que vengo yo intentándolo y todavía me sorprende el hecho de no ser simplemente un «ciudadano americano», un padre de familia, un químico, sino un negro. Y ahora, olvida eso, porque algo sumamente peligroso está ocurriendo.

Así fue cómo Ash le habló por primera vez de la «Sant Tabac».

Cuando al salir del trabajo pasó por su casa para preguntar a Vestal «qué tal seguía» —a ella la enojaba profundamente que Neil se empeñara en que había de sentirse distinta a la Vestal de siempre—, telefoneó a Evan Brewster y a Cope Anderson, consiguiendo reunir la siguiente información:

La «Sant Tabac» era una nueva organización fundada en Grand Republic, pero que aparentemente iba a difundirse por otras ciudades norteamericanas. Era una conspiración para llevar de nuevo al Sur a tantos negros como fuese posible. A todos los socios «probables» que hallaban la organización parecida al Ku-Klux-Klan, sus fundadores les decían: «No, aquí no se cometen violencias de ninguna clase. Nuestra intención es proteger a las gentes de color. Protegerles de sus propios dirigentes, que para complacer al Kremlin no vacilan en organizar alborotos. No toleraremos linchamientos, ni siquiera palizas, a menos de que se comporten mal y ataquen a la policía. Nuestra política es completamente benévola y constructiva: conseguir que todos aquellos negros que en el norte usurpan empleos dignos de un blanco sean despedidos, y que, en adelante, no sea contratado ningún negro.»

En esta campaña de crimen económico, había mucho de ingenio y astucia. El nombre —«Sant Tabac»— lo formaban las iniciales de cada palabra de la frase que le servía de lema: *Stop all Negro trouble, take action before any comes.*

El primer grupo de funcionarios lo formaban: Mr. Wilbur Feathering, conocido por «Habano grande»; Mr. William Stoppie, o «Habano pequeño»; Mr. Randy Spruce, o «Penatela», no Panetela, y el tesorero, míster Norton Trock, del Blue Ox National Bank, o «Petaca vieja». Entre sus directivos se contaban el alcalde Ed Fleeron, el doctor Cortez Kelly y el Reverendo doctor Jat Snood.

El «Pedro el Ermitaño» de la Orden era Feathering, pero los ingeniosos nombres y el título debíanse a Randy y al «abogado del moderno arte de la publicidad» Mr. Harold W. Whittick, quienes, para hacer más divertido el asunto, inventaron una isla portuguesa llamada Sant Tabac, en donde fue descubierto el tabaco y de donde se expulsó a todas las gentes de color.

Muchos cruzados llevaban la insignia, que representaba un monje fumando, pero los fines de la organización no eran tan cómicos como sus ritos. Los afiliados eran comerciantes solventes, y aunque la aristocracia del lugar —los socios del Club Federal— no engrosaron la fila de aquéllos, contribuían de buen grado a los gastos. Los dirigentes eran hombres de absoluta confianza, astutos y maestros en la estrategia. Pero todo cuanto decidían hacer lo sabían los negros mucho antes de que lo hiciesen. Porque Randy Spruce tenía el despacho en el edificio del Blue Ox National, y en él se estudiaban todos los planes. Y Cloat Windeck, el padre de Phil, era allí mozo de ascensor y encargado de vaciar las cestas de los papeles.

Evan Brewster dijo a Randy Spruce que los afiliados a aquella organización ahorrarían dinero dando trabajo a los negros en lugar de hospitalizarlos o encerrarlos en una prisión. Pero Randy no podía perder tiempo escuchando a un estúpido predicador negro.

La Sant Tabac, por muy en serio que tomase el asunto, no fue responsable de todos los despidos de empleados negros que se produjeron en Grand Republic. El retorno de los soldados blancos, las huelgas, la evolución sufrida por el trabajo en algunas fábricas —que en lugar de tanques habían de entregar hebillas de tirantes— y la creencia general —que la radio y la

prensa humorística contribuían a difundir— de que los negros son gente divertida pero estúpida, fueron factores todavía más importantes. Entre todos contribuyeron a que se produjese la epidemia de despidos de trabajadores negros que comenzó el Día de los Inocentes.

Empezó en la Wargate, con el despido de doscientos obreros de piel oscura.

La Dirección manifestó que el motivo por que les enviaban a engrosar las filas de «los sin pan» era que, finalizada la industria bélica, la compañía Wargate tenía que clausurar varios departamentos. Algunos de esos departamentos se abrieron otra vez al cabo de pocos días, para la fabricación de materiales distintos, con personal únicamente blanco.

En Cinco Puntas era creencia que para fin de año todos los negros que trabajaban en la Wargate estarían en la calle. Los despedidos se agrupaban en las esquinas pero se abstendrían de organizar manifestaciones. Asustados, sin hogar, cambiaban informaciones acerca de unas ciudades que eran sólo un mito y en las que «me han dicho que dan trabajo a los negros».

Uno de los trescientos negros que trabajaban en la Wargate era un químico llamado Ash Davis.

Alegremente, Ash dijo a Neil:

—Si me despiden, probablemente ganaré veinte a la semana dirigiendo algún laboratorio donde fabriquen cualquier tónico para la regeneración del cabello.

El cándido Neil repuso asombrado:

—La Wargate no puede permitir que se vaya usted. Ganarán cientos de dólares con sus descubrimientos.

—En efecto. Pero no lo saben. Creen pura comedia mis investigaciones. En el Sur han ganado millones con los descubrimientos de Carver sobre el vulgar cacahuete. Y todavía le obligan a salir por la puerta de servicio. Ustedes los blancos son unos idealistas. Los principios están antes que el ganar dinero. El principio del odio hacia lo desconocido. En todo caso, la Wargate siempre puede conservarme de barrendero. Barro muy bien.

—Y también —dijo alegremente Martha— pueden ponerle una gorra roja y hacer que lleves las maletas a la estación. ¿No es lo que hacen muchos de los nuestros cuando terminan sus estudios?

—No. Ahora exigen que sepamos siete idiomas. Y yo sólo sé tres.

En ese momento entró Drexel Greenshaw.

—¿Ha oído hablar de los despidos de la Wargate? —preguntó Ash.

—Naturalmente —dijo Greenshaw en tono solemne—, pero no me preocupo como ustedes los jóvenes. He vivido momentos muy malos para nuestra raza. Tienen que preguntarse a sí mismos si el actual es realmente tan horrible como dicen. Recuerden que los despedidos son en su mayor parte jornaleros recién llegados del Sur, ignorantes, rudos y dilapidadores, típicos emigrantes, los llamaría yo. Los veteranos como Al Woolcape y yo hemos sufrido enormemente pensando que los blancos pueden creernos iguales a esa gentuza. ¡Oh! Lo siento por ellos, pero sería mejor que volviesen al Sur, a donde pertenecen.

—También yo soy un emigrado —dijo Ash.

—Usted, es distinto. Usted *pertenece* a un ambiente.

—¿A cuál? Me gustaría saberlo.

—Los blancos están contentos de tener empleados de color como usted y como yo —explicó Drexel—. Mr. Tartan suele decirme: «Mr. Greenshaw, no sé cómo marcharía el Salón de Fiesole, ni cómo contentaríamos a nuestra elegante clientela, si no estuviese usted aquí.» Yo respondo: «Hago lo que puedo por cumplir». Y él añade: «Lo sé perfectamente, y se lo agradecemos.»

»Mis mejores amigos son blancos, y eso que no soy un tío Tom. Forzosamente han de tratarme bien. Ustedes los jóvenes no comprenden su psicología. Si uno se les hace indispensable, le tratan siempre bien. Y si tienen prejuicios en contra de nuestra raza, los responsables somos nosotros mismos. Hace unos años nos llevábamos muy bien los blancos y los negros. Mis niñas jugaban con encantadoras chiquillas blancas, y

cuando yo iba a la iglesia me consideraban un feligrés más. Quienes molestan a los blancos son toda esa pandilla de individuos de ideas avanzadas que quieren vivir como ellos. Lo único que los blancos nos exigen es humildad. Y la humildad es una de las mejores virtudes de la Biblia, ¿no es así?

No le escuchaban. Ya habían oído otras veces ese discurso de Drexel Greenshaw. Apreciaban al anciano de figura erguida, padre de su amiga Cynthia Woolcape, el caballero más caballero de todos los caballeros, el típico sargento del Sur para un coronel del Sur.

Aquella semana, un ex combatiente negro fue linchado en el mismo corazón del Sur.

Desde el delta del Missisipi a la escuela de Derecho de Howard, pasando por los clubs de Harlem, se extendió un estremecimiento y un murmullo. «La próxima vez puede tocarme a mí.» Y los comunistas negros se unieron a los fundamentalistas también negros. Todos transitaban por las calles nocturnas, volviéndose pata mirar de soslayo a los demás. Con la misma desesperación que Ash Davis, oyeron la horrible noticia Sugar Gowse, Drexel Greenshaw el Dr. Darius Melody y Hack Riley a las pocas horas de ocurrido el hecho. Todos exclamaron, y no precisamente con dulzura: «¿Cuándo terminará todo esto, Dios mío?» Y un negro llamado Neil Kingsblood miró a su esposa sinceramente horrorizado y murmuró con voz temblorosa: «Puede tocarnos a nosotros cualquier día.»

Diariamente eran despedidos nuevos obreros negros de la Wargate y otras compañías de menor importancia. Cada día había más grupos estacionados en las esquinas de la calle Mayo, y eran los murmullos de peor agüero. Las prudentes autoridades enviaban más policías, y de vez en cuando esos policías eran apedreados. Y las autoridades volvían a enviar policías. Y cuatro negros fueron arrestados, y uno muerto de un disparo de revólver. Y alguien arrojó un cachivache a la cabeza de un policía desde un tercer piso. Y Feathering dijo: «Se lo advertí. Ingrese usted en la Sant Tabac.» Y aumentaron los despidos de negros en la Wargate, en la Aurora Coke

Company, en la fábrica de géneros de punto Kipperry, en ascensores y en vagones de ferrocarril. Y los grupos callejeros fueron teniendo cada vez peor aspecto. Y siguiéronse enviando policías *per omnia saecula saeculorum*.

Entre los dirigentes blancos de los sindicatos hubo uno que protestó, otro no dijo nada y otro tuvo una alegría.

Después, por medio de una magnífica carta de Duncan Browler con respecto al trabajo realizado en la compañía, Ash Davis fue despedido.

Nadie le avisó previamente. Halló la carta, aguardándole, un viernes, cuando llegó a su hogar. Una vez leída, y por espacio de una hora, Ash perdió su actitud de hombre de mundo escéptico para ser sólo un asustado y beligerante obrero sin trabajo.

Escribió a varias Compañías del Este en donde conocían sus méritos. Le respondieron que había muchos químicos blancos recién llegados del frente, y, además..., «que quizá sus empleados se opusieran a trabajar con alguien que no fuese indoeuropeo».

De todos modos, y según confesó a Martha, prefería ser profesor a trabajar en otra firma comercial cualquiera.

No consiguió colocación en ningún colegio de blancos. Ni siquiera allí donde quisieron darle un diploma. Había un pequeño grupo de profesores negros repartidos entre varias universidades, pero Ash no tuvo suerte. Los directores de las escuelas respondían amablemente —cuando se dignaban responder— diciendo que aunque ellos «no tenían prejuicios de ninguna clase, el cuadro de inteligentes hombres de ciencia allí reunido se negaría sin duda a trabajar junto a un negro».

Transcurridos unos meses, después de haber estado en Nueva York, Ash encontró trabajo en una pequeña escuela de negros, situada río abajo, en el corazón del Sur. Las condiciones eran: 1.800 dólares al año y casa gratis. Sólo que la casa, por el momento, no estaba disponible.

Después, Phil Windeck fue despedido del garaje.

Después fue despedido Drexel Greenshaw.

## CAPITULO LII

GLENN Tartan llamó a Drexel Greenshaw a su despacho y dijo con diplomacia:

—Tengo malas noticias para usted, amigo mío. Quiero que sepa que no soy responsable de lo ocurrido. Los dueños de este establecimiento han decidido cambiar la política que hasta hoy siguieron y emplear sólo camareros blancos. Así, pues, temo que... Naturalmente, le deseamos buena suerte. He dictado una carta de recomendación que le dejará admirado.

Si Drexel, habitualmente tan excelente orador, dijo algo en ese instante, nadie pudo oírle.

Intentó entrevistarse con los dueños del Hotel Pineland, pero tenían demasiado trabajo para recibirle. Se trataba del doctor Henry Sparrock y de Mrs. Webb Wargate. Esta última tenía fama de ser gran amiga de la raza negra. El doctor Sparrock estaba ocupadísimo con su campaña pro Cruz Roja; Mrs. Wargate, con la Liga Infantil.

Drexel se encerró en la casita de tres habitaciones que compartía con su hija Garnet, y no salió de allí en una semana. Estaba avergonzado. Los rudos muchachos de Texas y Arkansas que fueron despedidos de la Wargate y que ahora no se alejaban del Bar B-Q, se burlarían de él.

Garnet dijo adiós a Phil Windeck y se fue a trabajar a Chicago. Drexel vendió su casa y fue a vivir a la de su otra hija, Mrs. Emerson Woolcape.

A pesar de proponerse lo contrario, criticaba su modo de guisar, su manera de hacer la cama y hasta cómo cuidaba a su hijito. Llegó a la conclusión —ella nada le dijo— de que tenía que hacer algo durante el día. Se colocó de camarero en un modesto restaurante, de donde le despidieron al cabo de una semana por criticar cuanto tenía delante, incluso «el precio exagerado de las cosas». Albert Woolcape le ofreció encargarse de un local que le pertenecía, pero de súbito Drexel tuvo miedo. No quiso aceptar semejante responsabilidad.

Pasó varios meses sentado en el porche de casa de Emer-

son preguntándose si los camareros blancos que ahora trabajaban en el Salón de Fiesole entenderían que Mr. Randy Spruce *necesitaba* cuatro terrones de azúcar en su café... y otras cosas parecidas que sólo Drexel comprendía.

Murió solo. De repente. Durante una tormenta de verano. Garnet volvió para el entierro. Definitivamente decidió no casarse con Phil Windeck. Este había formado sociedad con Sugar Gowse para llevar *whisky* a Oklahoma. Garnet es ahora mecanógrafa del Servicio Civil en Chicago. Vive sola y lleva una vida muy casta. Ella, que había nacido para el amor...

El cambio de camareros efectuado en el Salón de Fiesole fue un éxito que Randy Spruce cuidó de anotar en los libros de la Sant Tabac. ¡Aquel pobre y bullicioso Randy, el mismo que más adelante había de enredarse con una telefonista y, debido al escándalo, abandonar seguidamente la ciudad! Hizo mucho daño, pero siempre inconscientemente. Si en alguna ocasión se hubiese preguntado a sí mismo «por qué odiaba a los negros», probablemente habría averiguado una cosa: que no los odiaba. Su intención siempre era buena. Según dicen, tiene actualmente una excelente colocación en la Compañía de Perfumes «Bomba Atómica»

Pocos días de aquel mes de abril merecieron el calificativo de primavera, ni aun en Grand Republic. Silbando, mientras arreglaba montañas de tempranos narcisos en el escaparate, Neil se dijo que había sido un entusiasta florista toda su vida. Hojeando el correo de la mañana, y atendiendo al teléfono —que llamó repetidas e inesperadas veces aquella mañana— con un «Sí, comprendo», Mr. Brandl no acertó a disimular la ansiedad que sentía. Después de alisarse la suave cabellera gris, dijo temblando:

—Neil, no cesan de decirme que es usted amigo de un tal Dr. Davis, perverso agitador de la raza negra. Me gustaría conservarle aquí, pero las exigencias de la guerra me han enseñado hasta dónde pueden llegar la chismografía y el rumor. Podría hasta perder mi negocio. Y tengo una esposa ya anciana.

—De acuerdo, Ulrich. Me iré. Puede decir a la Sant Tabac

que me ha despedido.

—Le daré excelentes informes para su próxima colocación.

—¿*Qué* colocación?

Cuando entró en su casa, antes de las once, y dijo que estaba sin trabajo, Vestal no se sorprendió demasiado.

—Anímate. Sabía que eso iba a ocurrir. Ahora trabajaré yo. Pienso conservar mi colocación hasta que nazca «Booker».

—¿Cómo?

—He hablado con Levi Tarr, del *Emporium*. Al principio no seré dependiente. Trabajaré en la sección de mareaje. Y ahora haz el favor de no dártelas de orgulloso y ofenderte porque yo haya decidido trabajar. Necesitamos dinero.

—No me ofenderé ni nada parecido. Sé que lo necesitamos.

Después de haber visto durante la guerra tantas mujeres vestidas de uniforme y con mono, el hecho de que ella trabajase no le avergonzaba tanto como lo hubiese estado su padre en su lugar. Pero todavía tenía prejuicios de joven caballero blanco.

—¿Crees que «Booker» no sufrirá por ello?

(Ninguno de los dos escogió para el hijo que iban a tener ese absurdo nombre. A ninguno le gustaba. Pero empezaron a llamarle así, y la costumbre persistía.)

—Claro que no. Es fuerte como un toro. Además, en la tienda hay dispensario médico.

—Las otras empleadas te mirarán despreciativamente por ser la esposa de un hombre de color.

—Nada de eso. Yo seré quien empiece por mirarlas despreciativamente a ellas. No soy tan tolerante como tú, capitán. Tu madre, que cuando es necesario sabe hacer frente a la situación, me ha prometido ir por Bidy al colegio y tenerla en casa hasta que yo salga del trabajo. ¡Oh! No será tan terrible como parece. Además, he meditado el asunto y decidido que todo esto acabará algún día. ¿Acaso no estamos en la Tierra de la Noble Libertad? Yo así lo tengo entendido. Dentro de

dos años podrás trabajar. Y yo me quedaré en casa con Biddy y nuestro hijo, tumbada en un diván, y diré lánguidamente a mi doncella: «Ansolette, trae mi *polissoir*. Y asómate a la ventana para ver si el niño juega con su helicóptero.» ¡Oh, Neil, Neil! Para entonces será un niño blanco. Cuando haya pasado todo esto, él *será blanco*, ¿verdad?

Empezó a trabajar en la tienda de Tarr. Demostró que era lista y competente. Pronto pasó de vendedora a la sección de muebles. Entendía mucho en eso, gracias a haber vivido en Sylvan Park. Nadie se atrevió a burlarse de ella... una segunda vez.

Neil se levantaba antes de las siete, preparaba el desayuno ayudaba a Biddy a vestirse para sobrellevar el peso de su existencia, decía adiós al verdadero cabeza de familia —Vestal, que era la que ganaba el sustento— cuando ella salía precipitadamente, lavaba los platos, barría la casa y llevaba a Biddy al colegio. Pero en vez de sentirse humillado y empequeñecido, se congratulaba de poder hacer eso por Vestal. Y de tener un sitio en donde trabajar sin que nadie le reprochase su raza.

Era al salir en busca de otro trabajo más varonil —por ejemplo, anotar números en grandes libros y decir «el descuento es de un uno por ciento»— cuando se sentía más deprimido. Al abandonar el refugio de su hogar para cumplir con su deber hacia los demás miembros de la familia, era cuando se sentía más indefenso. Su hermano Robert le odiaba. Había dejado su trabajo y pensaba trasladarse a Chicago para hundirse en el anónimo, aun antes de que su divorcio fuese un hecho consumado. Algunas veces, Neil se enfurecía y usaba de esa cólera como arma en defensa propia. ¿Por qué su familia no podía admitir que eran negros, puesto que en realidad lo eran y el hecho había sido demostrado? ¿Por qué no hacer frente al mundo con valor de negros y no con la mitología blanca del club selecto, la iglesia impecable y las invitaciones a unas casas aburridísimas? ¿Acaso esa estructura de terribles envidias, esa «buena sociedad», eran tan preciosas que por el hecho de perderlas tenía que sufrir su familia intensamente?

Aparte de su madre, algunas veces creía que sus familia-

res ya no eran ni parientes suyos. Se sentía más cerca no sólo de Ash y Phil y Sophie, sino hasta de un muchacho como Winthrop Brewster, que en una Universidad estudiaba electricidad buenas maneras, teología, baloncesto, las sinfonías de Sibelius y el arte de bailar con muchachas de no importa qué color. El mismo que en asambleas privadas hablaba con igual facilidad que los sagrados descendientes de labradores de Norfolk, campesinos de Killarney, mineros de Gales y traficantes en pieles franceses. ¿Por qué Kitty y Charles no podían ser tan prácticos como aquel muchacho?

Pero resultaba difícil sentirse suficientemente práctico para pedir a Vestal que aceptase como lógico el hecho de tener dos hijos «de color» y que se acostumbrase a considerar «seres humanos» a todas las personas «de color». Un domingo por la mañana oyó decir a Vestal alegremente:

—¿Sabes lo que voy a hacer? Pues visitar al Dr. Davis y a su esposa. Bidy irá conmigo. —Nunca había podido acostumbrarse a llamarles Ash y Martha—. Quiero que dejen venir a su hija algún día a jugar con la nuestra.

Neil sintió una gran alegría.

—Pero..., Nora tiene casi diez años más que Bidy.

—Claro que si no quieres que haga una visita a tus... — empezó a decir ella ofendida.

—No, no, no. Estoy encantado de la idea y espero que con el tiempo te sean simpáticos. ¿Sabes que han despedido a Ash?

—¿Ah, sí?

Evidentemente, no comprendía que el despido de Ash significase para él algo más que un despido normal, más que si hubiese sido un blanco el despedido. Ash estaba todavía en la ciudad, esperando vender su casa. Tenía dos proposiciones: o dejarse engañar por Frank Brighwing, o permitir que le timase William Stoppel. Puede que no estuviese de humor para soportar la actitud tolerante de Vestal Pero Neil la vio tan animada con sus planes, que procuró mostrarse optimista.

Ella no quiso que Neil la acompañase. Estaba llena de benevolencia y buenos deseos. Aunque no le pareció dema-

siado bien el exagerado entusiasmo de Biddy ante la perspectiva de visitar a «tío Ash», a tía Martha y a su queridísima Nora», Biddy tenía el plan de representar —contando con la cooperación de Nora— una comedia y una gran ópera el próximo verano, a pesar de que no conocía a Nora todavía. Cuando Neil dijo que para el próximo verano los Davis ya no estarían allí, Biddy adoptó una actitud arrogante, propia de su madre, y desechó esas trivialidades.

»Me alegro mucho. Biddy será como Winthrop —se dijo Neil—. Exclamará: «¡Pues claro que soy de color! Y también tengo un dedo del pie torcido. ¿Tiene todo eso algo de particular?»»

Aquella fría tarde de abril, después de comer, Vestal tomó el camino del autobús. Iba muy animada. Biddy la seguía, saltando bajo los arcos desnudos de vegetación. Tenían que estar de vuelta a las cinco. Volvieron a las cuatro y media.

—No seas niña. Quítate el abrigo tú solita y vete arriba a jugar —ordenó Vestal a Biddy.

Neil sorprendido, preguntó con diplomacia:

—¿Qué tal fue la visita?

—Si quieres que te diga la verdad, bastante mal. Fueron tan amables como podían ser. Tienen una casa muy linda. Pero... Puede que su color sea lo de menos. Puede que sean... demasiado inteligentes para mí. El caso es que de pronto deseé encontrarme en casa de Judd Browler hablando de las verduras del huerto. Nora estuvo demasiado encantadora y hasta tolerante con nuestra pobre hija. Neil, ¿estás seguro de que quieres que procure ser natural con tus orgullosos amigos, todos esos hindúes, coreanos, sionistas y negros? Estoy harta de tanta propaganda. Y tampoco estoy demasiado segura de poder conseguirlo, querido. Temo que voy a fracasar. Del todo.

Neil lo temía también.

Ash no había encontrado todavía trabajo de profesor. (Ya no se atrevía a hablar de un puesto en la Universidad.) Vendió su casa con ayuda de Frank Brightwing, quien se mostró jovial con «ustedes los negros» y procuró que el comprador

pagase la mitad de su valor. Ash creyó más fácil hallar trabajo en los medios educativos de Nueva York —algo así como un mercado de esclavos—, y había decidido dejar Grand Republic. «Probablemente para siempre», pensó Neil, desolado

Inesperadamente, Vestal no quiso acompañarle a despedir a los Davis. No podía abandonar su trabajo. Puede que Neil se equivocase, pero estaba seguro de que ella pretendía, con su actitud, recordarle que era una desgraciada mujer blanca obligada a mantener a un pobre negro, y que ese heroísmo era demasiado fatigoso para que durase.

Grand Republic estaba muy orgullosa de su nueva estación de ferrocarril; de la sala de espera y del gran vestíbulo de piedra gris en cuyas paredes colgaban retratos de los exploradores Radison, Groseilliers, David Thompson, Le Suer, el Teniente Pike y el Sieur Duluth. Neil pensó con orgullo: «Xavier era uno de ellos. Biddy y yo somos de su raza. No pertenecemos a la de los Prutt y los Wargate. Estos son sólo... *parvenus*.»

El grupo de negros congregado allí para decir adiós a Ash tuvo tantas frases amables para el amigo que se iba como para Neil. Estaban presentes todos aquellos con quienes trabó amistad en los últimos seis meses: la familia Woolcape entera, los Davis, los Brewster, Phil Windeck —vestido exageradamente y dedicado ahora al contrabando de alcohol—, Axel Skagstrorn Borus Bugdoll, Wash, Hack Riley, el doctor Darius Melody, Sugar Gowse... En cuanto a Sophie, Neil la cogió del brazo con tanta naturalidad que ni siquiera se dio cuenta de que lo hacía.

Todos gritaron a los Davis: «Le echaremos de menos, profesor»; «Un beso a Harlem de mi parte»; «¡Oh, Martha, cuánta falta vas a hacerme! », y: «Vuelve pronto, Nora». Pero cuando Ash se separó de ellos para acercarse a la verja que conducía al andén, en sus ojos se retrataba el desaliento. No sólo dejaba a sus amigos, sino también el único lugar de América en donde los blancos le permitieron pasar por ciudadano responsable y por hombre de ciencia.

La última visión que Neil tuvo de Ash fue la siguiente:

con Nora de la mano, bajaba los escalones que conducían al andén. Parecía desolado, mientras pedía perdón a una gruesa mujer blanca que le reprochaba a grandes gritos haberla empujado.

Luego Neil oyó cómo un blanco, a espaldas suyas, explicaba a un amigo:

—Ese individuo a quien han venido a despedir es un negro bastante culto que era químico o algo por estilo de la Wargate. En fin, con cada negro que sale de aquí, nuestra ciudad mejora sensiblemente.

Ambos individuos se echaron a reír. Porque no oían cómo la tierra se estremecía.

Cuando aquella noche, en su hogar, sonó el timbre del teléfono y Neil descolgó el aparato, oyó una voz de mujer enteramente desconocida, que decía:

—¿Es Neilly?

—Sí.

—Tu amigo Ash ha salido de la ciudad, y tu amigo Drexel ha muerto. Pronto te tocará a tí el turno, encanto.

—¿Quién habla?

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? Pero no quiero que mi nombre ande en boca de unos cuantos negros pervertidos. Oye, dime, ¿es cierto que Vestal también lleva sangre negra..., por parte de madre? ¿Por qué no salís de una vez de esta ciudad, cochinos farsantes? Aquí nadie desea vuestra presencia.

Neil colgó el receptor. No dijo nada a Vestal.

Más tarde —estaban leyendo los dos— ella le dijo en tono bajo y apremiante:

—No levantes la vista, pero... alguien nos mira fijamente a través del cristal de esa ventana.

Neil se levantó y salió de la casa. Pero no tropezó con nadie en el exterior.

Mr. Cedric Staubermeyer preguntó a su vecino el doctor Cortez Kelly:

—¿Verdad que Kingsblood destrozó el corazón de su padre y fue responsable de su muerte?

El mismo Kelly, que en otra ocasión negó tan hermosa

teoría, respondió ahora:

—Sí. Puede que eso sea cierto.

Su odio intenso hacia los judíos hizo a Mr. Staubermeyer muy ducho en el arte del rumor y que se deleitase practicándolo. Noche tras noche, mientras otros vecinos de Sylvan Park decían:

—No tengo nada que objetar a la presencia de Kingsblood. Parece un buen muchacho —repetía Mr. Staubermeyer:

—Verá usted, no sólo fue despedido del Banco por desfalco, sino que se peleó con su propio padre y le chilló de tan horrible modo que el pobre hombre murió de un ataque cardíaco. Me lo ha contado el propio ayudante del viejo doctor Kingsblood, que presencié la escena.

—¿Cómo? ¿Es cierto eso? ¡Caramba!

## CAPITULO LIII

SIGUIÓ la epidemia de los despidos. Pero no todos se pusieron en contra de los pobres seres del oscuro Egipto. Algunos soldados, al volver del frente, afirmaron que «si un hombre era bueno para morir con ellos en Europa, también había de ser bueno para cenar con ellos en Minnesota». Y eligieron a Phil Windeck miembro de la Legión Americana.

Pero se mostraron menos afectuosos de lo que sus respectivos padres se habrían mostrado en su lugar. Treinta años atrás, los negros conseguían bastante más de lo que ambicionaban, porque al parecer ambicionaban bastante menos que ahora. Por entonces sólo pedían un techo, algo que comer y no ser linchados. Ahora pedían todos los derechos de un ser humano, y los blancos, que en algunas ocasiones fueron condescendientes y les ofrecían una fuente de patatas frías, se negaban a darles trabajo en el taller o un sitio en el colegio electoral, diciendo: «Hemos sido demasiado bondadosos. Tenemos que aplastar a estos simios antes de que pretendan desempeñar nuestros cargos tan bien como nosotros mismos.» La cruzada blanca nunca fue tan peligrosa como ahora, pero cualquier pequeño avance que se consiguiese era un aumento de dignidad humana, no un simple lazo rosado que uniese dos cadenas.

Los pequeños laureles de Phil pudieron ser para Neil un consuelo, ya que éste no sabía cuánto dudó Phil antes de aceptarlos. Pero en esos momentos sufría el efecto de graves contrariedades domésticas. Vestal prosperaba en casa Tarr. Tanto, que ya no creía simplemente «ayudar un poco a su esposo», sino que se sabía en franco y triunfante camino del éxito. Había llegado a ser maestra en el arte de vender. De joven y popular matrona, estaba convirtiéndose en mujer. Dijo a Neil que cuando naciese el niño tomaría una niñera y seguiría trabajando. Sería jefe de compras en casa Tarr, con despacho propio, viajes a Nueva York, *pullman*, dos habitaciones en un hotel y cenas elegantes.

»Puede que algún día tenga un negocio de su propiedad y me emplee a mí como portero... de color. ¿Le hago algún bien siguiendo a su lado? ¿Por qué no dejo esta casa, por qué no cambio de modo de vivir? ¿Sabría abrirme camino, vivir solo, como Sugar Gowse? ¿Tendré el deber de irme? Lo haré, si eso ha de representar una ayuda para ella.»

Pero su tímida decisión no le sirvió de nada dos días después, en ocasión de una escena muy interesante ocurrida en su propio hogar. Morton Beehouse, acompañado de su hermano Oliver y de una hermana de Vestal que vivía en Duluth, fue a visitarle. Al parecer estaba decidido a hacer todo lo posible por salvar a su pobre hija.

—Buenas noches, Neil. Siéntate —dijo Morton. Y estaban en casa de Neil—. Esta tarde hemos de enfrentarnos con un deber no muy agradable. Quiero creer de ti que, aunque hayas podido cometer el error de evadir muchas responsabilidades, tu intención ha sido siempre buena. Estoy convencido de que has arrastrado a Vestal y a Bidy a la actual ignominia que se ven obligadas a sufrir, sin darte cuenta.

Vestal se limitaba a escuchar. O estaba de acuerdo con lo que oía, o había prometido guardar silencio.

—De haberte dado cuenta —siguió diciendo Morton—, estoy seguro de que habrías tomado las medidas necesarias para remediar inmediatamente la situación. Ellas no tienen la culpa, no son responsables de tu color. No comprendo por qué esperas que hayan de sufrir las consecuencias.

—¿Qué esperan de mí? ¿Qué les pida que me abandonen? —preguntó Neil.

El tío Oliver se apresuró a interrumpirle:

—Evidentemente, muchacho tienes que hacerlo. Todavía no es demasiado tarde para salvar su reputación, pero si vas retrasando mucho el...

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no. Quiero mucho a Vestal. Entiendo perfectamente su desgracia. No quiero coaccionarla. Ha de hacer lo que ella decida. Y, a propósito, quizás no desee hacer lo

que ustedes imaginan. No me casé con ninguno de ustedes sino con ella.

—A Dios gracias —dijo tío Oliver en igual tono vulgar.

—He decidido que, puesto que soy negro, Bidy y el hijo que esperamos son negros también. Estoy harto de tener que avergonzarme de ello, porque ustedes los blancos se empeñan en que sea así.

—Entiendo —dijo el tío Oliver—. Entiendo —repitió—. De modo que tu intención es que esos dos inocentes seres queden... digamos marcados con el estigma de...

—No. No diremos nada parecido. Lo que ustedes no entienden es que he dejado de considerar un beneficio el hecho de ser blancos. No creo que mis amigos negros sean inferiores a una vieja momia como usted. Y no quiero ser brusco.

—Entiendo, entiendo.

Ahora bien, Oliver era abogado de Eisenherz y conocía a fondo los contratos de ventas efectuados en Sylvan Park y los «contratos limitados», una de cuyas cláusulas era: «Que ningún blanco, ya fuese Dumas o San Agustín, podía comprometerse a vender nada a un negro.» Todo Grand Republic, con excepción de Cinco Puntas, Swede Hollow, Canoe Heights y algunas extensiones de terreno pantanoso, estaba sujeto a dichos «contratos limitados». Era un excelente y diplomático sistema para decir a los negros limpios y ambiciosos que los blancos, por ser superiores a ellos, los prefieren sucios, exentos de ambición y bien lejos de allí.

Oliver también sabía muchas cosas acerca de la Sant Tabac y fue a visitar a Boone Havock y a Rodney Aldwick para discutir el asunto. Aunque ninguno de los tres constaba oficialmente como afiliado a la Asociación.

Neil y Vestal oyeron aquel domingo cómo se cerraba la puerta de la calle. Luego sonó en el comedor el desesperado llanto de Bidy. Corrieron a su lado. La niña levantó la cabeza para mirarlos fijamente, con aire rebelde. Tenía los ojos enrojecidos y parecía muy apenada.

—Mamá —exclamó—, Mrs. Staubermeyer dice que soy una negra.

—¡Oh!

—¿Es verdad que soy una negra?

—Tanto como tu padre y tu madre. Puedes juzgar por tí misma si lo somos o no. Nosotros nos tenemos por guapos. ¿Tú qué crees?

—¿Soy negra como el pequeño Sambo, como ese horrible muchacho de las latas de betún?

—No te pareces nada al pequeño Sambo. Pueda que seas como... el tío Ash. Y como Nora.

—¡Oh! A ellos los adoro.

Bien, ¿qué ha ocurrido? Explícate.

—Estaba jugando con Teddy y Tessie Staubermeyer. Tessie me llamó negra. Yo dije que no lo soy. Y él dijo que su papá y su mamá siempre se burlan de mi papá porque es negro y que, por lo tanto, yo también lo soy. Y dijo que no podría seguir jugando con ellos a menos que me desnudase, y yo no quise hacerlo...

—Pero, ¿qué historia es esa? —dijo Neil, con la glacial cólera del hombre frío.

—Tessie y Teddy dijeron que si soy negra soy una esclava, y que los esclavos sólo son útiles para desnudarse y servir a sus amos. Luego, mistress Staubermeyer, que estaba en el porche y oía la conversación...

—¿Conque estaba en el porche?

—...dijo que no tenían que obligarme a desnudar porque hacía frío, pero que me estaba muy bien empleado que mi padre, tan altanero y orgulloso, no fuese más que un negro. Añadió que lo mejor que podía hacer era irme a casa. Así lo hice.

Cuando la acostaron, Bidy se reía ya. Dijo que era una negra como Nora Davis, y que también era una princesa india llamada Rayo de Sol Gatito Romero. Había llegado a adorar ambas románticas figuras con un sentimentalismo que su padre jamás llegaría a igualar.

Cuando salieron de su habitación, Neil refunfuñó:

—Lamento que haya tenido que saberlo por boca de una familia de degenerados. Ven. Hemos de hablar con Stauber-

meyer.

Al atravesar el pasillo echó una ojeada a su guarida y observó que su Winchester favorito estaba colgado de la pared. No fue una asociación de ideas. Simplemente... recordó que era un excelente tirador y que para practicar este deporte no era un obstáculo su pierna coja.

Cedric Staubermeyer —comerciante en pinturas y alfombras— no era hombre decidido y práctico como su vecino Mr. Vander. Era indeciso, y en vez de hablar balbuceaba. Pero su histerismo resultaba peligroso. Cuando abrió la puerta de su casa y vio a Neil y Vestal en el umbral, quedó confuso y dijo de mala gana:

—Pasen.

La puerta era de roble dorado. Una cortina de malla cubría el cristal —que tenía forma de rombo— en la parte interior.

La repisa de la chimenea de la sala de estar era también de roble. Sobre ella había un espejo. Y encima del tapete, más o menos oriental, que cubría la mesa, había un folleto de Jat Snood.

Mrs. Staubermeyer tenía una personalidad más definida que la de su esposo. Era una arpía de abundante y despeinada cabellera gris. Los miró con los brazos en jarras.

—No voy a hablar de llamar a la policía en todo este ridículo asunto —dijo Neil—, pero si se repite lo que esta tarde ha ocurrido a mi hija, les advierto que voy a armar jaleo.

—¿Puede decirnos cómo? —preguntó Mrs. Staubermeyer.

Fue una pregunta difícil. Neil sintió un repentino alivio al oír gritar a Cedric:

—¿Armar jaleo? Querrá decir que serán otros los que lo armen y ustedes quienes sufran las consecuencias. ¿Saben siquiera cómo se alegrarían los vecinos viéndose libres de unos cochinos negros como ustedes? Incluyendo a éste, su seguro servidor. Siempre sospeché que era usted negro u otra cosa por el estilo, Kingsblood. Trataba demasiado bien a los judíos.

—¿Acaso ustedes, los cultos gentiles, saben que su hijo pretendía que mi hija se desnudase? —preguntó Vestal inesperadamente.

Mrs. Staubermeyer se echó a reír. Su risa fue cortante como la hoja de un cuchillo.

—¡Oh, sí! —dijo sin dejar de reír—. En ese sentido es un hombre hecho y derecho. Todos los Staubermeyer son precoces. Y si me permite una observación, señora, le aconsejo que no se preocupe. Su hija no volverá a entrar en nuestro jardín.

Por espacio de unos días, Bidly, pensando en su desgraciada aventura, alternó un sentimiento de orgullo con otro de temor. A veces, durmiendo, temblaba. Varias versiones más o menos correctas acerca de lo ocurrido se difundieron por el vecindario. Según algunas, la actitud de Bidly había sido francamente indecente. La obligaron a quedarse en casa siempre que era posible. Alegrementemente se decían:

—Por lo menos, gracias a Dios, siempre tendrá *su jardín* en donde jugar libremente.

## CAPITULO LIV

MR. Oliver Beehouse averiguó que los terrenos de Sylvan Park estaban sujetos a las condiciones de los «contratos limitados» cuando Neil compró su casa el año 1941. Así, pues, por el hecho de ocultar que era un hombre de color, se hizo reo de un grave delito ofendiendo terriblemente a Mr. Eisenhower, Mr. Stopples, el código de Salud Pública, la constitución, la Biblia y la Carta Magna. Oliver Beehouse supuso que cuando su sobrina Vestal viese a su esposo no sólo sin trabajo, sino sin hogar, le abandonaría. Oliver entendía mucho de impuestos comerciales, pero muy poco de mujeres.

Pero había alguien que sabía acerca de ellas tan sorprendentemente poco como Oliver. Y ese alguien era Neil. Creyó que porque Vestal se ponía de su parte para hacer frente al tío Oliver, y porque dio a entender a Bidy que tanto su padre como su madre eran de color, podía confiar en que ella siempre le sería fiel.

Una tarde, pocos días después, al entrar en su casa procedente del trabajo, dejó perfectamente demostrado que no era «una inagotable fuente de paciencia y de amor». Miró con desprecio el atavío de su esposo y exclamó:

—¿No crees que te abandonas demasiado? Tendrás que presumir un poco si quieres encontrar algún día trabajo decente.

—No puedo permitirme el lujo de un traje nuevo, pero he cepillado y planchado cuidadosamente el que llevo.

—Tienes en la corbata una mancha de mermelada o algo por el estilo.

—No soy ningún Prutt.

Era una frase familiar que antes encontraron graciosa. Pero Vestal no sonrió. Siguió atacando.

—Otro síntoma de que sigues mal camino es que esquivas tan a menudo mi compañía. Eso me preocupa. Pasas demasiados ratos con charlatanes de baja estofa. Brewster, por ejemplo ¿No se llama así aquel predicador?

—Sí. Te consta que se llama así. Y permite que te diga que no huyo de tu lado para pasar junto a los de mi raza ni un cuarto de hora más del tiempo que solía pasar jugando al poker con la pandilla de Judd, o cazando, o sin hacer nada práctico por regla general. A pesar de que debería hacerlo. ¿Crees es absurdo mi interés como cruzado de mi raza? En cambio, creías que mi anterior manera de perder el tiempo era algo noble y varonil.

—Sigo creyéndolo. Sobre todo, comparándolo con el fanatismo de estos días, viendo cómo tú y todos esos cretinos queréis arreglar el mundo.

—¡Vestal!

—Mira, estoy cansada. Completamente harta. Creo que antes de cenar voy a echarme un rato. Estoy fatigada. Lo peor del caso, Neil, es que tienes dos personalidades distintas: por un lado, el muchacho con quien me casé; por el otro, un negro cuyos intereses desconozco totalmente. ¿Con cuál de los dos estoy casada en la actualidad?

Apenado al ver que la lealtad de Vestal peligraba, fue a pedir consejo a su madre. Era una deliciosa tarde de primavera. El sol jugaba al escondite con las nubes. Halló a su madre completamente sola en una habitación. Las persianas de la ventana estaban cerradas. Parecía un fantasma o el alma de un niño que estuviese en el limbo todavía.

—Mamá —murmuró suplicante—, ¿cómo puedo persuadir a Vestal de que su situación no es peor a la de millones de mujeres negras?

—No creo que lo logres, hijo. Y si ella cree que está peor, lo estará realmente. No estoy segura de aconsejarte bien, pero creo que deberías rogarle que se fuera lejos de aquí cuando haya nacido el niño. Estarás muy solo. No tienes idea de lo solo que vas a estar. Tanto como lo estamos Joan y yo por tu causa. Pero creo que las relaciones entre Vestal y tú van de mal en peor. Ella tiene carácter. Puede que sea mejor que le pidas que se vaya antes de que la situación empeore.

—Puede que sí.

Finalizaba la primavera. De vez en cuando nevaba todavía

alguna media hora. Los ciruelos, las lilas y los almendros en flor quedaban entonces como velados. No obstante, cuando todos los árboles se cubrieron de hojas, el perfecto ex diplomático llamado Berhold Eisenherz dejó su villa de Florida y emigró hacia el hogar como dirigiéndose al destierro.

Fijos los ojos en una fotografía dedicada de Su Excelencia el Honorable sir Reginald Widescombe, que había sobre una mesa de madera de sándalo, en la biblioteca de Hillhouse, las manos colocadas de manera que sus yemas —cada una de ellas como una edición en miniatura de su pulcra y calva cabeza— se tocasen, Mr. Eisenherz escuchaba a Mr. William Stoppie. Este le estaba explicando que por haber vendido una finca a Neil Kingsblood, conocidísimo agitador negro, habían faltado a lo estipulado en los «contratos limitados», ofendiendo a la vez a los inocentes propietarios blancos de otras fincas de Sylvan Park. El hecho de que ignorasen que aquel individuo fuese de color no remediaba nada a ojos de la ley. Lo peor del caso era que de no remediar pronto el asunto, las restantes fincas que Mr. Eisenherz poseía en Sylvan Park sufrirían una lamentable desvalorización.

—¿La habrán sufrido ya? —preguntó preocupado Mr. Eisenherz.

No, todavía no. Pero todo el mundo sabía que iban a sufrirla, porque nadie ignora que los negros como aquel individuo no se bañan y promueven frecuentes alborotos. Y aunque él, Mr. Stoppie, no tenía prejuicios, y aunque tampoco los tuviese Mr. Eisenherz, resultaba imposible negar la evidencia. ¿No era así?

Bertie Eisenherz había querido mucho a la mulata que fue su amante durante los dos años que estuvo destinado a la Legación de Portugal. Toda esta imbecilidad, completamente insular, le fastidiaba. Pero necesitaba dinero —siempre necesitaba dinero para seguir manteniendo su precaria convicción de que era «un gran señor»—, y aunque adoraba su Renoir y su colección de autógrafos de Henry James, era el legítimo nieto de Simón Eisenherz, el más astuto y decidido escamoteador de títulos de propiedad de terreno a los indios que hubo

en toda la región norte de Minnesota.

Así, pues, Neil recibió una concisa carta de cierta firma jurídica, de la que formaba parte el abogado Rodney Aldwick, citándole para una entrevista.

Preocupado, fue a ver a Aldwick. Este le estrechó la mano. Su actitud era amistosa y cordial.

—Personalmente, Neil, considero estúpido todo esto; existe la desgraciada coincidencia de que, conociendo lo estipulado en los «contratos limitados», tanto sus vecinos como ese pobre viejo Stopples pueden ponerte un pleito acusándote de fraude por haber comprado tu casa simulando no saber que eras..., bueno, digamos de color.

Tras lo cual se quedó mirando a Neil, complacido, como esperando tener el placer de verle perder los estribos y de oírle protestar gritando que no lo sabía. Pero Neil había quedado inmóvil y silencioso. Algo decepcionado, Aldwick siguió diciendo:

—Mr. Eisenherz sigue dispuesto a indemnizarte entregándote la misma suma que pagaste por la finca. Sólo que ahora no ofrece, sino insiste, exige, que abandones en seguida la casa en cuestión. Al fin y al cabo, ¿qué significa eso para ti? Nada más que una mudanza. Si te niegas, pondrán el asunto en manos de la ley, y creo que los gastos que del pleito se deriven y que Mr. Eisenherz se vea obligado a hacer, o sea, las costas, serás tú quien haya de pagarlos finalmente. Te advierto que serán considerables. Yo me encargo de ello. ¡Ja, ja, ja! Y bien, mi querido amigo, ya sabes a qué atenerte.

—Es mi casa. La compré legalmente. La pagué honradamente. Y no estoy dispuesto a abandonarla.

—Vamos, vamos, Neil, los dos somos hombres de mundo.

—Yo no.

—Sabes que este asunto no guarda relación con la legalidad ni con la razón, Neil. Si los propietarios de Sylvan Park quieren que el monótono vecindario del lugar siga siendo «blanco como un lirio», lo conseguirán, puedes estar seguro. Y tú estarías mejor en otro barrio más cosmopolita. El mío,

por ejemplo.

—Ya oíste lo que dije.

—Sí, sí, amigo mío, lo oí. Y, en consecuencia, permíteme decirte que los tribunales se harán cargo del caso. Y que no tardaremos en echarte. Si para entonces sigues negándote a abandonarla, serás encarcelado por desacato a la autoridad. Hasta la vista.

Neil puso su asunto en manos de Sweeney Fishberg, quien manifestó que toda la razón estaba de su parte, pero que probablemente perdería el pleito. Sweeney era mitad judío y mitad irlandés, mitad comunista y mitad católico romano, mitad propagandista contra los prejuicios y mitad cínico con respecto a todo cuanto significase propaganda. Era como una nueva versión de San Francisco por Henry Mencken, un Lenin con ribetes de George Schuyler. Le gustaba hablar con Clem Brazenstar, pero prefería ir de caza con Boone Havock.

—Hay dos sistemas para defendernos —dijo pensativo—. Alegar que ellos no pueden probar que es usted negro, y que, en este estado, los escasos gérmenes de negro que coinciden en usted no implican necesariamente que lo es.

—No —dijo Neil, obstinado—. Quiero combatir lo de los contratos limitados. Demostrar que eso es ilegal. Puesto que me obligan a ser negro, quiero demostrar que lo soy.

—Usted fue quien les dio pie para ello, ¿no es cierto? Bueno, ahora no es usted más que un mártir crónico más. Le creí, para ello, demasiado buen jugador de golf. ¿Sigue empeñado en sacar de la cárcel a John Brown? ¿Por qué recurren a mí todos ustedes, los chiflados y abolicionistas? Soy católico de Boston y republicano. El asunto le costaría una bonita suma que ni siquiera posee. Tenga en cuenta que los imponentes Beehouse apoyan a Rodney, y que éste es el Joven Dios del momento. En cuanto a mis honorarios, subirán bastante más de lo que puede usted imaginar teniendo en cuenta mi modesta oficina. No, será mejor que acepte la proposición del viejo Bertie. Y que luego, aprovechando las sombras de la noche, vaya usted a su casa y pinte extraños símbolos en las paredes, y... Está bien, está bien, está bien. No se enfade. Me encargaré

del caso y obligaré a ese presumido de Aldwick a agachar la cabeza.

Antes de que Rod pudiese evitarlo, Sweeney Fishberg fue a visitar a Bertie Eisenherz y consiguió de él que no llevase el caso a los tribunales hasta el otoño. Estaba convencido — como suelen estarlo siempre los radicales de su especie — de que durante ese plazo de tres o cuatro meses Dios se dignaría despertar para echar una ojeada a sus hijos en la tierra y contemplar lo que hacían.

La noticia del aplazamiento, que significaba soportar a los «horribles Kingsblood» otra estación, fue muy mal acogida en Sylvan Park. W. S. Vander y Cedric Staubermevet, temerosos de que la proximidad de Biddy los contaminase, gritaron:

—No esperaremos a que intervenga la ley. Echaremos de aquí a esos negros. Antes de que arruinen nuestra propiedad.

Y porque ninguno de ellos se lo propuso, no dedicaron un solo pensamiento a la madre de Neil, que seguramente tenía más sangre negra que éste.

Una noche cálida, *Príncipe* se paseaba de un lado a otro del jardín. Era feliz, y teniendo en cuenta que era un perro de mediana edad, hasta podía decirse que se sentía romántico. Le oyeron entonar un pequeño canto de amor perruno. Pero algo debió de intranquilizarle de súbito, pues se acercó a la ventana abierta y empezó a ladrar para preguntar qué ocurría. Neil, para tranquilizarle, salió al jardín y acarició su suave cabeza. *Príncipe* le miró con adoración y se alejó para admirar el extraño espectáculo de una ardilla que aprovechaba la noche para dar un paseo.

Neil volvió al interior. Cuando, sentado ya, se disponía a hojear el periódico, oyó un sorprendente disparo de fusil. Haciendo caso omiso a Vestal, que gritaba: «¡No salgas, no salgas!», se dirigió al portal.

Vio a *Príncipe* tendido junto a la acera. Ahora no era sino una masa de carne, un cuerpo inerte. Quedó boquiabierto. Seguidamente sintió como si una ráfaga de viento cruzara a su lado. Era Biddy, que corría en pijama para arrodillarse junto al perro, el único compañero de juegos que le había quedado.

En la penumbra, Neil creyó ver los ojos del animal fijos en él con expresión de reproche.

—¡Oh, cobardes! —gimió Vestal—. Neil, la próxima vez te tocará a ti. O a Biddy.

Dos noches después encontró su periódico en el jardín — donde solía dejarlo el repartidor— hecho pedazos. Y a la mañana siguiente leyó la siguiente inscripción en la puerta de su garaje: «Márchate, negro.» Aquel mismo día, y aunque se suponía que el Ku-Klux-Klan no existía ya en Grand Republic, recibió un típico aviso de los que solía enviar aquella asociación. El papel decía: «Será mejor que abandone pronto el vecindario. No crea que puede jugar con nosotros. Le enviamos este aviso en nombre de la cruz de Cristo, de las mujeres honradas y de la civilización americana.»

Todo cuanto pudieron hacer en noches sucesivas fue permanecer silenciosos y alerta. Sentarse y esperar. Sentarse y escuchar, esperando...

Mr. Josepus Lovejoy Smith —firmaba Jos L. Smith— nació en la parte Norte del Estado de Nueva York, y solía decir:

—No. No soy pariente de Joseph Smith, el mormón, aunque él hablaba con los ángeles cerca de donde nací yo. Pero soy pariente próximo de Gerrit Smith, que encendió el infierno del abolicionismo y de la prohibición, no obstante lo cual siguió siendo un respetable agente de fincas.

Era un caballero grueso y tranquilo, de sesenta años, que tenía en la Avenida Chippewa una importante tienda de juguetes, libros y papelería. No era devoto ferviente, pero sí medianamente republicano. Su tradición abolicionista, su disgusto porque Gerrit Smith acabó renegando de John Brown, le hicieron creerse culpable de no haber hecho suficientes cosas por los negros. Pero no sabía qué hacer, aparte de indignarse por los linchamientos de que hablaba la Prensa y vender cuantos libros podía de Myrdal y Cayton y Du Bois.

Neil y Vestal habían comprado algunas revistas y felicitaciones de Navidad en su establecimiento. Su oscura casa, que parecía una gran gallina clueca, no estaba muy lejos de la de los Kingsblood. A menudo le veían pasar con el paraguas

abierto bajo la lluvia. Pero nunca le dijeron más que «buenos días» o «¿Tiene usted colores de acuarela?»

El día que le vieron entrar, jadeante, en su sala de estar, ambos quedaron perplejos.

—Puede que no les interese saberlo —dijo entrecortadamente—, pero mi padre, de muchacho, estuvo en el frente durante el último año de la guerra civil. La madre de mi padre era hija del coronel de un regimiento de Vermont y parienta de Owen Lovejoy, que, según creo, luchó desesperadamente contra la esclavitud. Espero no ser inoportuno. He creído necesario venir a decirles que he oído rumores..., mejor dicho, que me han propuesto formar parte de un grupo que... Bueno, varios vecinos tienen planeado echarles de esta casa a la fuerza.

—¿Está seguro? —preguntó Neil.

—¿Puedo preguntarle si piensa defender su hogar, si tiene intención de luchar?

Neil miró a Vestal como interrogándola, y ella respondió:

—Hasta el último instante.

Neil añadió:

—Prefiero la muerte a ser yo quien empiece la refriega, pero si ellos empiezan tengo aquí algunas escopetas...

—No soy partidario de la violencia ni del uso de las armas de fuego —explicó Mr. Smith—. Sólo cazo perdices una vez al año. Pero me molesta «la ley de las masas». Si cree que pueden servirle algunos cartuchos del calibre diez, se los traeré. Mi escopeta es muy vieja. A propósito. Quise indagar qué noche han decidido iniciar el ataque. Se lo pregunté al individuo que vino a proponerme les ayudase, su vecino Curtiss Havock, pero se negó a decírmelo. Y puesto que viene al caso, Mr. Kingsblood (Neil, si no le importa), ¿aceptaría usted trabajo en mi establecimiento? Puede empezar mañana si lo desea.

—¿Sabes una cosa? —dijo Vestal después—. Empiezo a pensar que existen realmente diferencias de razas. Ningún negro, por mezquino que sea, puede ser tan odioso como Curtiss, Feathering y los Staubermeyer. Empiezo a molestarme.

Su jornada de trabajo en la librería Smith fue de una decepcionante vulgaridad. Nadie le miró con fijeza, nadie pareció ofenderse por recibir de sus negras manos una docena de lápices negros. Vestal, al salir de Casa Tarr, fue a buscarle para comer juntos. Juntos también tomaron el autobús que había de conducirlos al hogar. Nadie reparó en ellos. Admitieron que eran bastante absurdos, pero pronto llegaron a la conclusión de que no lo eran, y sintieron que sus temores crecían. Porque un tal Mr. Matozas, un individuo que llevaba un bigote igual al de un ciclista de 1890, detective de la patrulla particular del Comisario de Seguridad, o sea el jefe de policía, fue a visitarlos aquella misma noche, y dijo jugueteando tímidamente con su sombrero hongo:

—Vengo a hacerles algunas preguntas de parte del comisario. Pura rutina.

Vestal, a quien no le gustó ni el sombrero hongo ni la porra con funda de piel que salía de uno de sus bolsillos laterales, gritó:

—Puede decir al comisario que ha sido testigo de una escena sospechosa. Una familia que se queda en el hogar, en su propia casa, oyendo por radio el programa «Tierra de la Libertad» y leyendo un discurso del presidente Truman.

A Matozas le gustaba reír. La risa era crónica en él, aunque tuviese los puños apretados. Se echó a reír, pues, y dijo:

—Sí. Desde luego diré eso al comisario. Y se alegrará de saber que por lo menos una familia se porta decentemente en esta cochina ciudad ¡Qué niña tan linda tienen ustedes!

—Sí. Nos consta que lo es. Pero, ¿dónde la ha visto usted? Hace una hora que la he acostado.

—¡Oh! La he visto por ahí. Nosotros, los de la Patrulla Particular, andamos siempre de un lado a otro.

Neil decidió que había llegado el momento de intervenir.

—¿Qué desea de nosotros? —preguntó.

—El Comisario ha pensado que hay algo que deben saber. Corrientemente, y por ser su esposa sobrina del consejero Beehouse, habría venido a verlos él en persona, pero el juez Beehouse se presentó en la oficina y manifestó que se inhibe

del asunto y que la ley ha de seguir su curso ante todo.

—¿Qué ley? ¿Qué curso? Quisiera que sus amenazas fuesen algo más claras —manifestó Neil.

—¿Amenazas? Yo sólo he venido a decirles que si quieren hacer el equipaje en seguida y mudar de domicilio, mis hombres están dispuestos a ayudarlos. Pero que si deciden no... Mire usted, no sé nada de nada, pero... sería horrible que una masa de incontrolados viniese hacia aquí y que nosotros llegásemos tarde. Buenas noches, amigos.

—El comisario —dijo Neil seguidamente—, el jefe de ese individuo, no es más que un satélite del alcalde Fleeron y gran amigo suyo. Gran amigo también de Wilbur Feathering y, por extraño que parezca, de Rodney Aldwick. Creo que será mejor que saquemos de aquí a Bidy. Inmediatamente.

La sacaron del lecho y la vistieron casi sin que la niña se despertase. Neil la llevó a casa de mamá Kingsblood. Vestal le acompañó. Parecía una Diana cazadora envuelta en los pliegues de un abrigo de pelo de camello. El camino de vuelta lo hicieron corriendo. ¡Tenían tanto miedo!

Permanecieron en el oscuro vestíbulo, desde donde podían vigilar la calle. Neil bajó de su guarida su escopeta favorita. Comprobó que la mano que había apoyado sobre el cañón estaba helada. La noche era agradable. Después del largo encierro invernal, invitaba a salir y a pasear. Pero había demasiada gente en la calle. Vecinos y extraños. Neil creyó ver que todos se paraban cerca de su casa para mirarla fijamente. Vieron a Matozas, el detective, al alcalde Fleeron y a Mr. Wilbur Feathering.

Nada ocurrió. Absolutamente nada. Se fueron a dormir. Sólo que no durmieron. Neil se levantó frecuentemente para mirar por la ventana. No vio nada sospechoso. Únicamente al detective Matozas que estaba en el jardín de Curtiss Havock, apoyado en el tronco de un chopo de los llamados de Virginia, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Se pasó la noche allí. Claro que a lo mejor le gustaban los chopos y los cigarrillos...

Mientras desayunaban, Neil dijo:

—Seguramente será esta noche. —Ella inclinó afirmati-

vamente la cabeza—. ¿Quieres irte? —preguntó Neil, suplicante.

—Nada de eso.

—Puedo llamar a algunos amigos. Por ejemplo... a un capitán de color, el capitán Windeck. ¿Por qué no vas a pasar la noche a casa de tu padre y nos dejas tranquilos?

—¿Tú quieres que me vaya?

—Sí. Creo que sí.

—Pues no me voy. Me quedo aquí —dijo Vestal.

Pat Saxinar abandonó el retiro de su casa de vecinos para hacer una visita a Neil en la tienda de Smith. Por su padre, el perturbado tío Emery, conocía el rumor de que «iba a ser bombardeada la casa de Neil».

Neil telefoneó a Phil Windeck al garaje en donde éste había conseguido una nueva colocación —buena, aunque el sueldo fuese malo— y a Evan Brewster, pero ninguno de los dos tenía noticias concretas. Deseó que Ash y Ryan Woolcape estuviesen en la ciudad. Intentó hablar con el doctor Cope Anderson —el corpulento químico para quien sus amigos negros eran iguales que sus amigos blancos, y quizá mejores todavía—, pero Cope y Paz Anderson estaban en Milwaukee.

Mr. Smith llevó a la tienda dos cajas de cartuchos, que entregó a Neil, limitándose a decir:

—¡Oh! He encontrado por casualidad estos cartuchos. Puede que le sirvan si va de cacería el próximo otoño.

Para Neil, aquellos cartuchos sólo tenían el valor de lo «antiguo». Eran como símbolos de fe. Su calibre era del diez; Neil no había visto una escopeta del calibre diez desde la Guerra Civil.

Otra vez volvieron juntos en el autobús Vestal y Neil. Su calma era la calma nerviosa que precede a la batalla. No tenían ganas de preparar la cena. Se limitaron a tomar unos bocadillos y café. El ya no rogó a Vestal que se fuese. No porque ella dijese nada en concreto, sino porque tenía aspecto de luchadora.

Fueron a casa de mamá Kingsblood para ver a Bidy, y volvieron en seguida. Neil empezó a bajar sus escopetas y sus

municiones.

Estaban a oscuras en la sala. Desde allí divisaban perfectamente el pequeño porche semicircular. Sonó el timbre. Al ver a Pat Saxinar en el umbral, la hicieron pasar entusiasmados.

Tres minutos después volvió a sonar el timbre. Vestal, que hacía las veces de centinela, exclamó:

—Es un muchacho apuesto. Parece un soldado. Creo que lleva el uniforme de la Legión Americana. Magnífico. ¡Dios mío! Me parece que es de color.

Y le abrió la puerta. Entró Phil Windeck. Había recobrado su pulcro aspecto de militar. Llevaba en el bolsillo una pistola automática del calibre 45. Vestal le acogió con igual naturalidad que antes a Pat. Con bastante más naturalidad que al siguiente recluta, que no fue otro sino Sweency Fishberg.

El siempre descontento individuo iba mal peinado y parecía de mal humor. Resultaba tan militarista por su aspecto como el propio profesor Einstein.

—Prestamos este servicio a casi todos nuestros clientes —refunfuñó—. La mayoría de ellos lo necesitan.

La pistola automática de Phil no le pareció bien. Dijo que era «ilegal, inútil y propia para actos de violencia». Pero se la devolvió a su dueño.

Luego apareció en mitad de la calle otra figura. Era un hombre grueso y encorvado. Caminaba despacio, sin tomarse la molestia de ocultar una enorme escopeta que se había cargado al hombro. Tenía nariz de conejo y ojos de viejo halcón. Era Josepus Lovejoy Smith, que antiguamente perteneció al Comité Republicano del Distrito. Inmediatamente después apareció Lucian Firelock. Su paso era nervioso. Avanzaba con los ojos fijos en el suelo, como si meditase profundamente. Llevaba consigo una escopeta *Marlin* de repetición, pulcramente guardada en su estuche. Al ver a Pat en la puerta exclamó:

—Buenas noches. ¿Está en casa Mr. Kingsblood? ¡Oh! Buenas noches, Neil. Buenas noches, señorita.

Dijo esto último mirando a la enfermera que acababa de

llegar después que él, Sophie Concord, vestida de uniforme, envuelta en los pliegues de su capa oscura.

Saludó a Neil con una inclinación de cabeza y exclamó alegremente, dirigiéndose a Vestal:

—Creí que podría ayudarla, Mrs. Kingsblood, si hay que guisar o cuidar de algún... enfermo.

El Reverendo Evan Brewster, fue el último en aparecer. Llevaba el chaleco oscuro y el cuello de clérigo que casi nunca usaba. Y una escopeta bajo el brazo.

Firelock le preguntó:

—¿Sabe usted algo acerca de los comicios del Missisipi, Mr. Brewster?

Le costó más llamar «Míster» a Evan que haberle llamado «General» o «Eminencia».

Phil Windeck y Evan fueron presentados a Jos L. Smith. Después del consiguiente y firme apretón de manos, éste dijo a Neil:

—Hasta hoy no había tratado con caballeros de color. Según parece, apenas tienen *acento*.

La reunión estaba cada vez más animada. Era una típica noche de principios de estío en Sylvan Park. Con pájaros, niños jugando en el jardín y paz por doquier. Pero con escopetas, municiones y —gracias a Vestal y a Sophie— café en abundancia. Neil dio a Sophie una lección práctica acerca del manejo del fusil. Ella, demostrando que carecía de prejuicios en la materia, cerraba los ojos al apretar el gatillo. Vestal los miraba riendo. Como la mayoría de los presentes no había cenado, empezó a preparar huevos con jamón, pero Evan le quitó la sartén para demostrar cómo «un cocinero de típico restaurante ambulante da vuelta a un huevo arrojándolo al aire y recogéndolo en la misma sartén».

—Esta «reunión de sociedad» amenizada con armas de fuego —dijo Evan— me recuerda cuando estudiaba griego con un clérigo congregacional en Massachusetts. Había instalado su despacho en un cobertizo del jardín. Se sentaba ante una mesa plegable, sobre la cual, además del texto griego, tenía una escopeta del 22... para matar a los conejos que inten-

taran comerse sus zanahorias.

En aquel instante una piedra arrojada desde fuera rompió el cristal de una de las ventanas del salón. Corrieron hacia la puerta de entrada y vieron que un nutrido grupo de personas se había reunido en la calle, al amparo de la obscuridad. Antes de «aprestarse a la lucha», Evan apagó la espita del gas y sacó una fuente llena de huevos fritos. Los sitiados procedieron a comerlos cogiéndolos con las manos, mientras Neil apagaba las luces. Por los jardines vecinos se movían en silencio unas sombras. Era absurdo pensar que aquella masa humana pudiera constituir «un peligro». No obstante, Neil apostó cuidadosamente a sus hombres.

—Llama por teléfono a la policía —insistió Vestal.

—¿Crees que servirá de algo?

—Posiblemente sí... desde el punto de vista legal —explicó Fishberg.

Cuando Neil consiguió comunicar con el sargento de turno en el cuartelillo de policía, su interlocutor se mostró evasivo.

—¿Dice que hay gente merodeando alrededor de su casa, caballero? ¿Qué tiene usted en ella? ¿Un parque zoológico?

—Nos amenazan. Soy... Bueno, soy negro, ¿sabe usted? Quieren echarnos.

—Qué canallas, ¿verdad? ¿Dónde ha dicho que vive? ¿En la calle Mayo?

—Ya le dije antes dónde vivo.

—Pues claro. Conozco perfectamente su historia Kingsblood. Nos han informado de que algunos muchachos intentan armar jaleo en su barrio. Pero, ¿quién diablos es usted? ¿Una vieja miedosa? Había oído decir que los negros tienen miedo hasta de su sombra. ¿No se ve con ánimos de aguantar un inocente disturbio sin molestar en seguida a la policía? Nosotros —aquí un bostezo— tenemos cosas más importantes que hacer.

—Esto es interesante —dijo Neil a su *ejército*—. La policía lo sabe todo. Lo sabía antes de que empezase. El alcalde Fleeron es uno de los vecinos que quieren echarme de aquí.

Buena gente... la policía.

—Ya lo creo —dijo Swceney Fishberg—. Usted nunca se ha encontrado ante un piquete de ejecución.

Se acabaron las risas. Neil había escogido su puesto, una ventana de la sala de estar y colocado a Windeck en la otra.

—Tú retírate al comedor —dijo nerviosamente a Vestal—. Has de tener cuidado con el niño.

A Sweeney se le ocurrió entonces telefonar a la oficina del *sheriff* Alex Snoxwflower, que no se había dejado dominar por Fleeron. En la obscuridad cogió el receptor y repetidamente intentó conseguir línea. Luego dijo enojado:

—Han cortado el hilo telefónico.

Lucían Firelock estaba asombrado y molesto por saberse a aquel lado de la barricada. Pero se volvió hacia Phil para decir en tono decisivo:

—Mr. Windeck, ¿sobre qué lugar del cuerpo dispararía usted si quisiera detener el avance de un individuo y no herirle de gravedad? ¿Entiende, Phil?

El paisaje que servía de fondo a la escena no podía ser más plácido: una calle de suburbio. Las ramas de los árboles se movían dulcemente, formando como una persiana ante los fríos cristales de las iluminadas ventanas a lo largo de ella. Pero la amenaza iba creciendo. Primero fueron docenas, luego veintenas de hombres y mujeres excitados los que llenaban los jardines de las casas de enfrente y cruzaban la calle. En el centro de la misma se agrupaban los más agresivos. Sus corbatas atrevidas y sus elegantes americanas de mezclilla resultaban doblemente grotescas junto a la expresión de aquellos rostros que hablaban de «deseo de matar».

Habían dejado de ser seres humanos. Eran sólo burbujas de la obscura catarata del odio. Desde su rincón en la sala de estar, Neil, inmóvil, en actitud rígida, vio quiénes eran los caudillos de la masa: William Feathering, el reverendo Dr. Jat Snood H. W. Vander y Cedric Staubermeyer. El estúpido pero testarudo Mr. Vander era «jefe militar». Los seguían unos setenta u ochenta locos de voz alterada y rostro descompuesto. Vecinos pobres, vecinos prósperos, varios individuos a

quienes Neil veía por primera vez, y encolerizados fieles del tabernáculo de Snood.

Pero también vio que había muchas otras personas que alzaban y movían los brazos en señal de protesta. Charles Sayward, S. Ashiel Denver, Norman y Rita Kamber y la encantadora Violet Kamber, que no hacía sino acrecentar la furia homicida general con sus gritos de: «¡Cuidado, cuidado todos!» Tenían el rostro arrebolado por el deleite del mismo horror que vivían. Vio una especie de fortaleza formada por cinco clérigos —Buncer, Gadd, Lenstra, el padre Perdón y el rabino Sarouk—, de pie todos ellos, con los brazos alzados, haciendo advertencias a la masa... con veinte años de retraso.

Sweeney Fishberg, con ayuda de una linterna anotaba los nombres de los presentes por si les interesaba llamarlos a declarar como testigos el día de mañana. No vio a Randy Spruce, ni al alcalde Fleeron, ni a Rodney Aldwick. Pero vio que en casa de Judd Browler había algunos individuos a quienes era imposible identificar.

El grupo, en principio, se detuvo en la esquina donde estaba situada la casa de Neil. También en los jardines de Curtiss Havock y de Orlo Vay, sin que éstos protestasen. Ahora llegaba ya a las aceras que había frente y junto a casa de Neil. Los clérigos que se oponían a su avance habían sido rechazados. Sus figuras se perdieron entre las sombras de los espesos árboles.

—Ya sabéis que mató a su padre —gritó un desconocido.

Y otra media docena de desconocidos respondieron:

—Desde luego. Y le ajustaremos las cuentas por su acción.

Algo ocurrió entonces que distrajo su atención. Neil no pudo comprender, en principio, de qué se trataba. Pronto vio que por entre la masa anónima surgían tres hombres que avanzaban —como los continentales de 1776— con destino a la puerta principal de su casa. Eran John Woolcape, Albert Woolcape y Borus Bugdoll. Hubiese sido imposible decidir cuál de los tres — el erudito, el astuto dueño de la lavandería o el aventurero— estaba más furioso. Sin embargo, fue Albert

—quien con tanto ahínco procuró no ser un negro beligerante— el que gritó:

—Vamos, abrid y dejad paso.

Por el color de piel de Borus dedujeron los otros quiénes eran. Se arremolinaron a su alrededor. Neil no volvió a verlos. Sólo vio una masa informe de gente y unos garrotos en el aire. Oyó un grito.

Luego, como una corriente fangosa, que avanzase lentamente, los asaltantes se acercaron al jardín de Neil. Este, sin meditar lo que hacía, furioso ante lo que consideraba «allanamiento de morada», pero sin sentir demasiado miedo, se encaminó hacia la puerta de entrada, dio vuelta a la llave y abrió. Quedó de pie en el umbral, con la escopeta en la mano. Observó que la brisa era fresca y agradable. También que Phil y Vestal estaban detrás de él. Esta sostenía un revólver automático absurdamente grande.

—Pienso matar a quien se atreva a dar un paso hacia aquí. Todos quedaron inmóviles.

Vander, el leñador, que seguía al frente de la masa, gritó con voz estentórea y resuelta:

—No diga tonterías. Vais a abandonar esta misma noche el vecindario. En caso contrario, derribaremos la casa hasta acabar con sus cimientos y ajustaremos las cuentas a los malditos negros ahí reunidos.

—Mr. Vander —gritó Neil en tono glacial.

—Dígame.

—Generalmente, cuando pronunciamos la palabra *negro*, evitamos hacerlo con desprecio.

—Vamos, hermanos —exclamó en aquel instante Jat Snood—. Dios lo ha querido. Adelante.

Neil apoyó la culata de la escopeta en su hombro. Feathering gritó: «¡Cuidado! », pero Vander añadió con desprecio:

—No se atreverá a disparar.

Así, pues, Vander... Snood y Feathering avanzaron hacia Neil. Mientras esto ocurría, alguien disparó por entre la masa, y la bala, rozando el hombro de Neil, fue a incrustarse en Vestal. La oyó respirar entrecortadamente, y por un segundo vol-

vió la cabeza para mirarla.

—No es nada —dijo ella—. Me rozó el brazo. Vamos, dispara tú.

Pero Neil no quería precipitarse. Comprendió que su persona era un blanco perfecto. Además, estaba escogiendo cuidadosamente el suyo. Dudaba entre Vander, Snood y Feathering. En realidad, Vander merecía ser el primero, pero el misionero del diablo tenía méritos sobrados para...

Entonces disparó. La primera bala se incrustó en el muslo derecho del reverendo Jat Snood, que se desplomó. La segunda en la rodilla derecha de Feathering. Por desgracia, y quizá debido a que Neil estaba algo nervioso, la tercera dejó ileso a Vander y fue a rozar el dedo de un pie de Cedric Staubetmeyer, quien se alejó lanzando alaridos de dolor, camino de su hogar.

La masa de atacantes dio unos pasos atrás y empezó a disparar. Seguidamente, Mr. Jos L. Smith, desde una ventana del piso superior —la de la pequeña habitación blanca y rosada de Bidy—, atacó con su escopeta del calibre diez, disparando sin vacilar sobre la brigada de asaltantes, que se dispersó pidiendo socorro.

La policía esperaba seguramente este momento, desde el lugar en donde estaba apostada —ni siquiera dos manzanas más allá— con el coche correspondiente. Mientras la artillería de Mr. Smith seguía sonando, se oyó la sirena, y el camión de la policía se abrió paso delicadamente por entre la multitud que se retiraba. Unos policías corrieron en dirección a la puerta en donde estaban Neil, Phil y Vestal.

Los capitaneaba el detective Matozas. El y sus hombres debieron de recibir órdenes concretas, pues asieron del brazo a Neil y a Phil, y al llegar ante Vestal, a quien Sophie estaba vendando un brazo, Matozas refunfunó:

—Puede quedarse aquí. No es usted a quien buscamos, sino a esta pandilla de negros que han alborotado el vecindario y disparado sobre conocidos ciudadanos.

Vestal apartó la experta mano de Sophie y después de unos cariñosos golpecitos en la misma, dijo sin la menor vaci-

lación al detective Matozas:

—En tal caso, tendrá que llevarme a mí. ¿Acaso no sabe que también soy negra?

Uno de los policías dijo a otro compañero:

—No sabía que ella fuese mulata.

—Eres idiota —repuso su interlocutor—. La cosa está bien clara. Fíjate en sus mandíbulas.

—Está bien —dijo Matozas—. Pero no la llevaremos con los demás. Nada de eso. ¡Maldita sea! Quédese en su casa y deje de hacer comedias para despertar la simpatía de los demás.

Y la cogió del brazo.

— ¡Oh! Le aseguro que me llevará —dijo Vestal dulcemente. Y dio con la culata del revólver sobre la cabeza del detective.

Cuando, junto con Neil, era arrastrada hacia el camión de la policía, dijo apretando el brazo de su esposo:

—¿Tienes tú tanto miedo como yo? ¿Me apretarás la mano cuando estemos ahí dentro? Está tan obscuro... Con mi mano entre las tuyas no estaré tan asustada. ¡Qué magnífico principio para nuestro «Booker», Neil! Escucha. ¿Oyes cómo los Smith le chilla a la policía? Debe de haber muchos hombres blancos buenos ¿no crees?

—Vamos, andando —gritó un policía.

—En seguida —respondió Vestal.

